

CONTEXTOS DE PRODUCCIÓN Y CONSUMO DE PIEDRA TALLADA DURANTE EL NEOLÍTICO EN COSTAMAR: AVANCE DE RESULTADOS

PRESENTACIÓN

El yacimiento de Costamar ha deparado un interesante conjunto de materiales líticos tallados atribuido a las diferentes fases neolíticas documentadas. El reparto desigual entre las mismas es notorio, dado que casi la totalidad de la colección se adscribe a la fase inciso-impresa (NII), con 5154 restos, mientras que los restos relacionados con las estructuras asociadas a las cerámicas lisas (NL) y lisas toscas (NLT), suman un total de 122 y 44 respectivamente. Una cifra de 235 objetos no muestra una atribución clara, quedando así englobados en el neolítico genérico (NG). En conjunto 5555 repartidos entre restos de talla y utillaje propiamente dicho (Fig. 1). Se trata de un equipamiento lítico característico de las fases neolíticas detectadas, donde están bien representados los objetos utilizados en las tareas cotidianas del ámbito doméstico en el que se circunscriben (procesado de diversas materias orgánicas e inorgánicas relacionadas con el consumo alimenticio o la elaboración de objetos, labores agrícolas, instrumental de caza...). La propia labor de talla o confección del instrumental ofrece buenas muestras de realización en el sitio para el grueso de las cadenas operativas observadas.

El avance de resultados que mostramos en estas páginas se ciñe básicamente a la clasificación general de la producción lítica partiendo de premisas de carácter tecnológico y tipológico, a la vez que se exponen las líneas generales de su estudio desde una perspectiva diacrónica. Al mismo tiempo serán abordados los principales puntos de interés y problemáticas suscitadas por el análisis efectuado hasta la fecha, que esperamos poder concretar en un futuro cuando se completen los estudios de detalle planteados. Desde esta perspectiva conviene señalar como se ha procedido a la clasificación de la totalidad de los efectivos de atribución neolítica. Para ello hemos distinguido, en los distintos cuadros clasificatorios, entre los restos de talla propiamente dichos y el utillaje retocado según su repartición entre distintas estructuras (grupos estratigráficos) y niveles (unidades estratigráficas) –ver apéndice cuadros en CD adjunto-. En el primer caso viene reflejada la cifra de restos por cada una de las categorías consideradas, desde productos de talla (lascas, láminas/laminitas y fragmentos), núcleos, productos de acondicionamiento del núcleo, así como unos apartados específicos para los fragmentos indeterminados, las esquirlas y las cúpulas térmicas. En los cuadros tipológicos se muestra la distribución de los objetos retocados entre los grupos tipológicos considerados (García-Puchol, 2005). Para ello hemos seguido una lista tipo abierta de carácter general pensada para su aplicación sobre conjuntos mesolíticos y neolíticos y basada en los trabajos fundamentales de Javier Fortea (1973) y Juan-Cabanilles (1984). Publicaciones posteriores ofrecen un mayor grado de detalle en su aplicación a series neolíticas (Juan-Cabanilles, 2008), en cualquier caso fácilmente comparable con los grupos principales aquí reflejados.

Resulta obvio como el grueso de la información y de las discusiones planteadas va a ir referida al conjunto del neolítico inciso-impreso. Un conjunto numeroso de restos que muestra una serie de caracteres generales comunes, pero que también plantea ciertos interrogantes a la hora de discernir el abanico temporal abarcado.

	NII	NL	NLT	NG
RESTOS DE TALLA	4255	102	40	221
UTILLAJE	801	20	4	14

Figura 1.– Clasificación general de los restos de talla y el utillaje retocado según su atribución por fases.

Avanzaremos algunos rasgos destacados como el peso pronunciado de la talla laminar así como la aparición de útiles característicos del neolítico antiguo (véase láminas retocadas, taladros, geométricos con una notoria presencia de retoque en doble bisel) toda vez que también se detectan particularidades interesantes que quizá deban explicarse por el propio contexto de consumo al que se asocian (piezas astilladas, importante presencia de retoque abrupto sobre lascas, porcentaje elevado de retoques simples profundos en algunos casos de carácter invasor, documentación significativa de raspadores y en general de lascas retocadas). Aunque el número de objetos individualizados en las estructuras atribuidas a la fase de cerámicas lisas y lisas toscas es muy bajo, cabe subrayar igualmente ciertos aspectos remarcables. Los escasos objetos recuperados sugieren su atribución a un momento neolítico avanzado, donde la presencia de tres puntas de flecha y de alguna lámina de gran tamaño incidiría en su modernidad (neolítico final/eneolítico). La detección de las puntas de flecha de talla bifacial en los contextos neolíticos valencianos publicados (básicamente referidos al registro centro-meridional) refleja un marco temporal que situaríamos a partir de la segunda mitad del IV y abarcaría el III milenio cal BC, contextos del neolítico final/eneolítico y del horizonte campaniforme de transición (García-Puchol, 2005). Esta fecha se retrotrae en relación con los contextos del neolítico medio catalán donde, sin que podamos hacer más precisiones, podría retrasarse hacia la primera mitad del IV milenio cal BC (Gibaja, 2002). Avanzándonos a la discusión final apuntaremos ahora cómo justo en dos de estas estructuras (45-298 y 46-299), situadas muy cerca entre sí y en las inmediaciones del área no excavada, han aparecido dos microburiles junto a un trapecio asimétrico de retoque abrupto. La presencia de estos objetos, y señalando que no disponemos de más datos resolutivos, nos introduce en el debate sobre la asociación microburiles/geométricos.

De forma casi exclusiva, la materia prima empleada para la obtención de útiles líticos tallados es el sílex. En todas las fases consideradas se encuentra ampliamente representado un sílex blanco de grano fino y en ocasiones medio y con un grado variable de opacidad. Una variedad relativa a un sílex negro opaco de grano de fino resulta igualmente característica, si bien su representatividad es menor. Otras modalidades que abarcan tonalidades meladas y marrones, y también en la gama del gris aparecen de forma más esporádica. No hemos documentado restos tallados sobre cristal de roca pero sí un ejemplar sobre sílex jaspoide melado. Desconocemos en gran medida las potenciales fuentes de aprovisionamiento del conjunto de estos materiales. El sílex negro no resulta infrecuente en las series líticas prehistóricas del área, lo que sería indicio de su relativa cercanía sin más precisiones. Sobre el sílex blanco, al que corresponde una destacada frecuencia, conocemos referencias de la probable localización de áreas fuente en posición secundaria en el entorno inmediato del yacimiento (Flors, comunicación personal), además de coincidir su caracterización con la variedad silíceo identificada como sílex evaporítico del Ebro (Fernández-López, 2006). Debemos añadir a este respecto cómo un porcentaje elevado del conjunto lítico ofrece una pátina blanca muy desarrollada, aspecto que impide hacer más precisiones sobre su repartición entre los principales grupos detectados. En cualquier caso conviene destacar como el sílex blanco ofrece unas cualidades remarcables para la talla laminar, aspecto que redundará también en su amplia representatividad. Pasaremos a continuación a detallar las características generales de estas producciones atendiendo a las distintas fases consideradas.

LA PIEDRA TALLADA DEL NEOLÍTICO INCISO-IMPRESO

El conjunto de objetos líticos tallados clasificados en las estructuras pertenecientes a la fase inciso-impresa es numeroso: un total de 5154 repartidos entre restos de talla (4340) y utillaje retocado (814). La repartición es marcadamente desigual entre estructuras con una cifra superior a 200 efectivos (grupos estratigráficos 135 y 189) o entre 100 y 200 (grupos estratigráficos 100, 188, 189, 117-370, 230-483 y 278-531) y muchas otras con cifras discretas (Fig. 2). En 43 de las estructuras no se han hallado restos líticos.

Los restos de talla alcanzan una cifra elevada, siendo las lascas y fragmentos de lascas los objetos mejor representados (Figs. 3, 4). El conjunto analizado ha deparado igualmente un porcentaje elevado de restos informes clasificados como fragmentos indeterminados (más de un centímetro) y esquirlas (menores de un centímetro), además de una baja presencia de cúpulas térmicas.

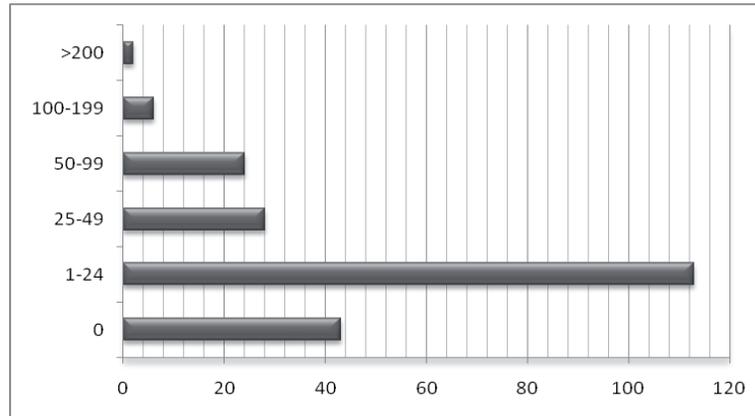


Figura 2.– Representación gráfica del número de estructuras según la cifra de restos líticos tallados.

Podemos observar además, cómo las actividades de talla para el grueso del conjunto se realizan in situ, tanto en lo que se refiere a la extracción de lascas como de productos laminares. La cifra de núcleos recuperados, siendo reducida, da cuenta de la realización de estos trabajos en el lugar, toda vez que también se han documentado productos de acondicionamiento del núcleo relacionados con la talla laminar (crestas y semi-crestas, alguna tableta y avivados). Un aspecto que llama la atención, y que deberá ser analizado con más detenimiento, es la escasa presencia de restos corticales detectada. Este hecho podría apuntar, sobre todo en relación con las materias primas mejor representadas (sílex blanco), a la llegada de matrices previamente preparadas.

La producción de lascas obedece en buena medida a cadenas operativas que no dejan entrever una conformación elaborada del núcleo (generalmente informes), posiblemente debido al avanzado grado de agotamiento. La estimación inicial indica que los tamaños de los soportes son en general reducidos, con módulos concentrados entre los 2 y 4 centímetros. En otro orden, la producción laminar es particularmente reseñable. Si bien en la confección de útiles hemos detectado una utilización equiparable de soportes en forma de lascas, resulta evidente cómo los soportes alargados suponen una cifra significativa, sobre todo en relación con ciertos útiles característicos más o menos elaborados (taladros, geométricos, truncaduras y especialmente láminas con algún tipo de retoque). Aún cuando el número de núcleos analizado es reducido, podemos avanzar cómo responden a las características producciones de soportes alargados definidas en otros conjuntos del neolítico antiguo del ámbito peninsular (García-Puchol, 2005, 2009; Manen, Marchand, Carvalho, 2007; Carvalho, 2008). Se trata de volúmenes de explotación envolvente y morfología piramidal que dan lugar a láminas de tamaño variable tanto en longitud como en anchura (Figs. 5, 1; 6, 4). También tenemos un ejemplo de núcleo con negativos de extracciones muy regulares (marcado paralelismo) y morfología cilíndrica (Fig. 5, 2). La documentación de soportes con perfil rectilíneo junto a otros que dibujan una curvatura pronunciada abogarían por el recurso a los dos esquemas descritos (piramidal, y cilíndrico). La figura 7 refleja la repartición por módulos de anchura de los soportes brutos de una muestra, no advirtiéndose concentraciones particulares más allá de dos picos principales (8-9 milímetros y 12 milímetros). El grado de fracturación afectaría al 86 por ciento de los soportes brutos. La longitud máxima alcanzada en los casos completos supera en contadas ocasiones los 60 milímetros, si bien contamos con algunos ejemplares mayores, caso de una semi-cresta sobre sílex negro –93 por 19 por 7 milímetros– (Fig. 5, 3). Entre las longitudes mínimas señalaremos la medición de piezas que no llegan a los 30 milímetros. La regularidad de los soportes conseguidos es desigual, y en ocasiones destacada. Predominan las secciones trapezoidales, estando bien representadas las triangulares, de bordes paralelos y subparalelos. Los talones pueden ser tanto lisos como facetados (las indicaciones apuntadas obedecen al estudio efectuado de una muestra sobre el 15 por ciento del conjunto). El tamaño de los núcleos laminares analizados es en general reducido, lo que apuntaría hacia una reducción integrada de los mismos. El diagnóstico a propósito de la técnica utilizada abogarían por el uso de la percusión indirecta no descartándose la presión (aspecto que deberá corroborarse cuando

	NII
PRODUCTOS DE TALLA	
LASCAS	715
FRG. LASCAS	1148
LÁMINAS	99
FRG. LÁMINAS	642
NÚCLEOS	
LASCAS	21
LÁMINAS	10
FRAGMENTOS	27
PRODUCTOS ACONDICION.	
TABLETAS	1
CRESTAS	23
AVIVADOS	1
FRG. INDETERMINADOS	1282
ESQUIRLAS	345
CÚPULAS TÉRMICAS	26
TOTAL	4340

Figura 3.– Clasificación de los restos de talla del NII

CLASIFICACIÓN RESTOS DE TALLA NII

■ L ■ LM ■ N ■ PAN ■ FI/E/CT

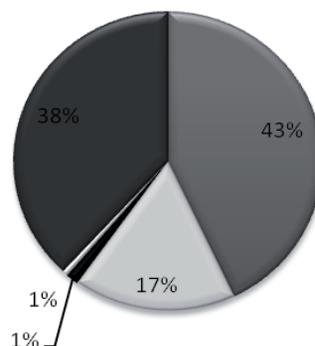


Figura 4.– Clasificación de los restos de talla: L (lascas), LM (láminas/laminitas), N (núcleos), PAN (Productos de acondicionamiento del núcleo), FI/E/CT (Fragmentos indeterminados, esquirlas y cúpulas térmicas).

se profundice en el análisis técnico sobre la totalidad de la muestra). Otro punto que deberá corroborarse cuando se profundice en el análisis técnico sobre la totalidad de la muestra). Otro punto que debe evaluarse con detenimiento es el relativo a la utilización del tratamiento térmico ligado a la talla laminar. Un número no desdeñable de soportes laminares, así como alguna cresta, presenta una pátina brillante que podría relacionarse con el recurso al tratamiento térmico. Principalmente obedecen a objetos confeccionados sobre sílex blanco. En el momento actual trabajamos en la posibilidad de poder confirmar este y otros aspectos relacionados.

A propósito del utillaje hemos señalado en primer lugar la atención hacia soportes tanto alargados como en forma de lasca. En ambos casos existe una selección dirigida en base a la morfología buscada. En esta línea observamos cómo para la fabricación de los taladros se hace uso de láminas espesas cuyas características morfo-técnicas nos lleva a relacionarlas en no pocos casos con las fases iniciales de reducción del núcleo laminar. Una parte significativa de soportes pertenecientes a la fase plena de explotación, previa modificación intencional o no de uno o ambos bordes, pueden identificarse en el grupo de láminas con retoque simple marginal. En el caso de los raspadores también se observa cierta tendencia a la elección de lascas espesas al igual que las piezas astilladas (clasificadas en el grupo diversos). En cualquier caso se comprueba la presencia de utillaje expeditivo.

El porcentaje de útiles retocados atribuidos a la fase inciso-impresa resulta notable, en torno al 20 por ciento del total de los objetos líticos recuperados (Figs. 8, 9). Esta cifra podría verse ligeramente incrementada en caso de un mejor estado de preservación de los materiales (concreciones adheridas que afectan a los bordes). El grupo más numeroso de objetos lo constituyen las láminas/laminitas con retoque simple/invasor (alrededor de un 30 por ciento), entre las que encontramos un predominio absoluto de piezas con retoque simple marginal y en ocasiones muy marginal (Figs. 6, 6-7; 10, 4-5; 11, 5).

Una parte no desdeñable de estos retoques puede deberse al uso de la pieza más que a una conformación intencionada del objeto.

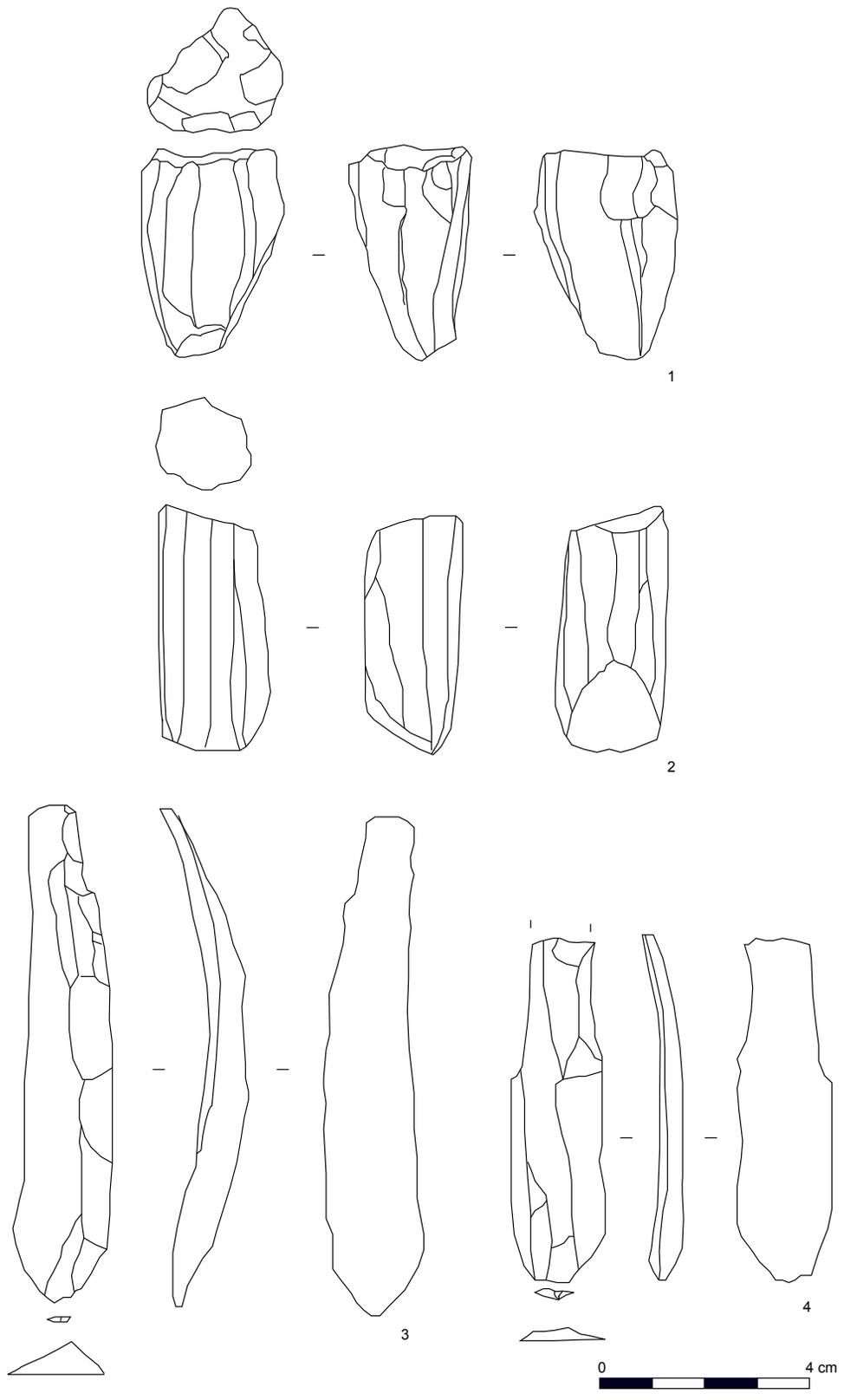


Figura 5.- 1. Núcleos, cresta y lámina del NII. GE 156 (UE 15602). 2. GE 227 (UE 22702). 3-4. GE 330-583 (UE 33002).

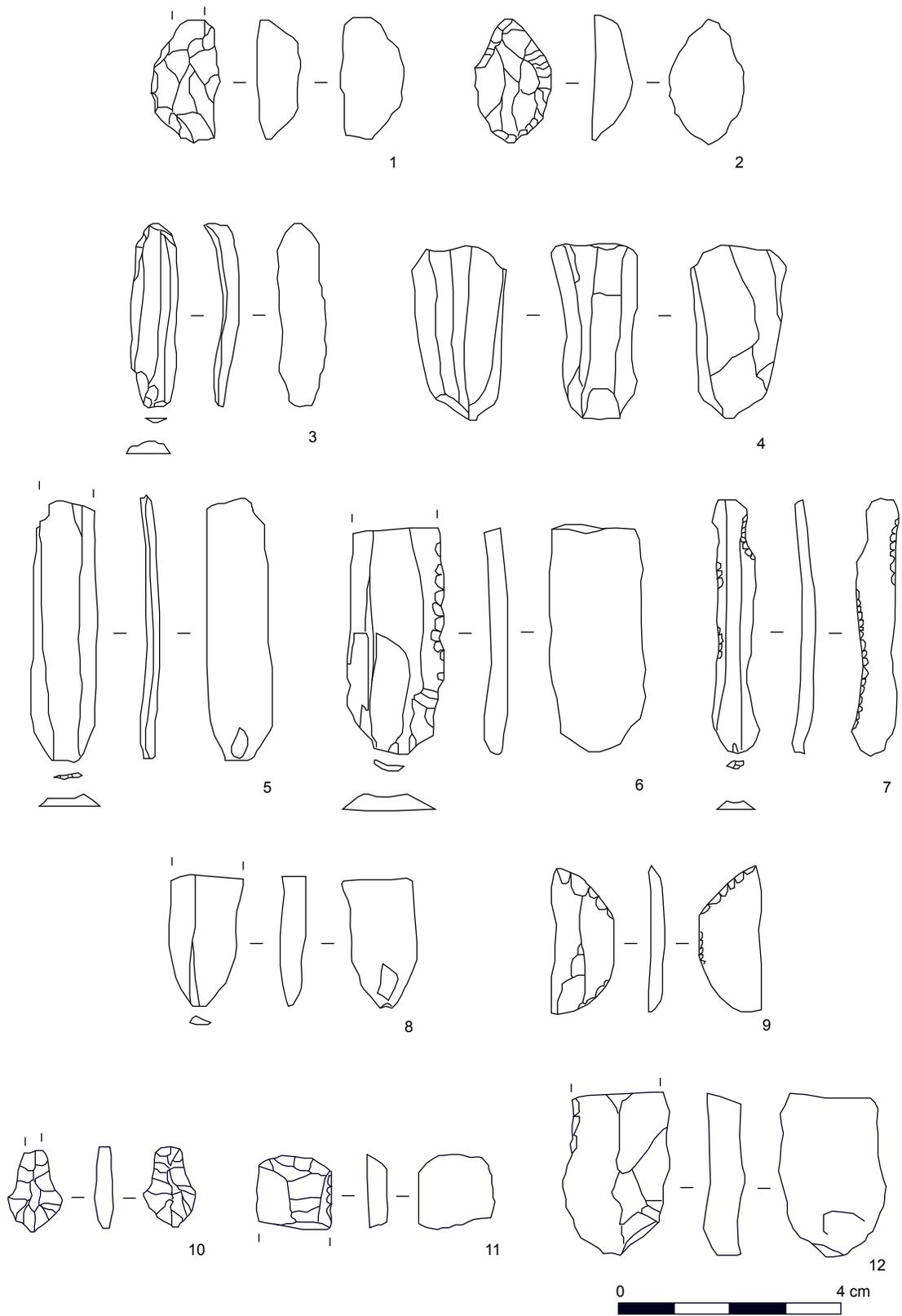


Figura 6.— Restos de talla y utilaje retocado del NII. 1-9. GE 135 (UE 13502).
10-12. GE 285-538 (UE 28502).

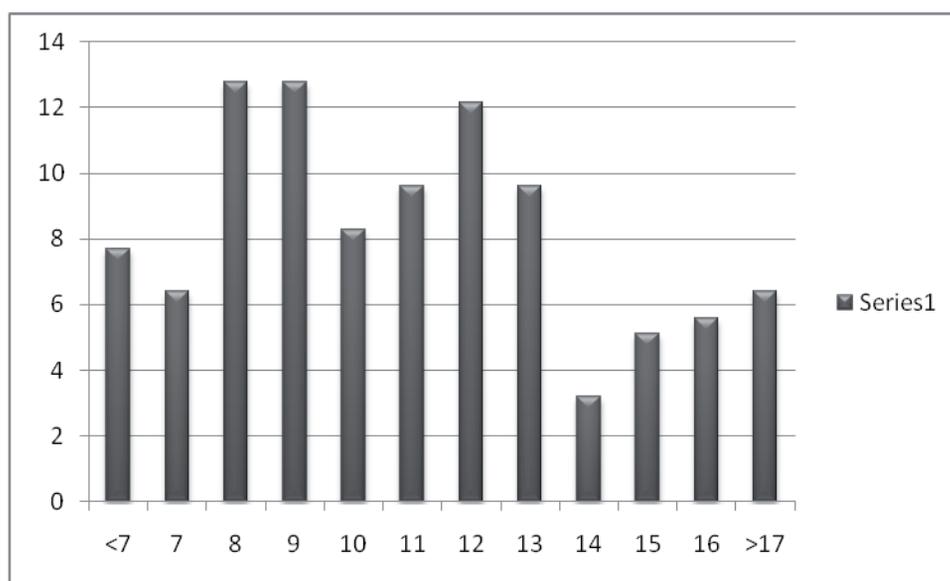


Figura 7. Porcentaje de láminas por módulos de anchura sobre una muestra del conjunto del NII. (Total: 156 objetos). Anchuras expresadas en milímetros.

Le seguirían el grupo de lascas con retoque marginal/invasor (18 por ciento) con una clara ventaja de las lascas con retoque simple marginal, de disposición lateral y/o distal. El retoque abrupto hace su presencia en varios de los grupos acordados. De forma más expeditiva, aparecen sobre soportes en forma de lascas (13 por ciento) pero también sobre morfologías alargadas (6 por ciento). En este caso conviene señalar cómo, salvo en el caso de un ejemplar, se trata de retoques abruptos que calificaríamos de marginales dado que no modifican de forma sustancial el borde del objeto (Juan-Cabanilles, 1984; García-Puchol, 2005). Del mismo modo el retoque abrupto se utiliza en la conformación de perforadores y taladros. En torno a un 5 por ciento de los efectivos retocados corresponden a este grupo, donde destaca la elaboración de los taladros, pieza particularmente característica del primer neolítico en un buen número de contextos peninsulares analizados (ejemplo de Or, Sarsa, Cendres; Juan-Cabanilles, 1984, 2008; García-Puchol, 2005, 2009). Tal como podemos observar (Figs. 10, 6; 11, 6), los taladros estudiados obedecen a las descripciones efectuadas: piezas sobre soporte laminar que muestran una punta espesa destacada, conformada a base de retoques abruptos que pueden ser alternos (Juan-Cabanilles, 1984; 2008; Cava, 2000). Los perforadores responden igualmente a piezas apuntadas sobre lascas o láminas y reflejan una mayor variabilidad morfotécnica (Figs. 10, 7-8; 11, 4). Otro de los grupos con una cifra moderada pero significativa de objetos es el de los raspadores (Figs. 6, 11; 11, 3). Alcanzan un porcentaje alrededor del 9 por ciento de la colección de objetos retocados, mostrando como característica definitoria la conformación de un frente redondeado distal a base de retoque simple/abrupto. En el conjunto de Costamar hay un predominio neto de los soportes en forma de lasca, y en ocasiones estos objetos muestran también retoques laterales. El grupo de muescas y denticulados supone una cifra de objetos baja, repartida tanto sobre soportes en forma de lasca como laminares –cercana al 7 por ciento– (Fig. 10, 3). El número de truncaduras (fracturas retocadas sobre soportes laminares) es también reducido (4 por ciento), tratándose principalmente de objetos que obedecen a la descripción de truncaduras simples oblicuas. Del mismo modo, los buriles clasificados no llegan al 1 por ciento del total del total de útiles retocados.

Mención aparte merece el grupo de los geométricos, más por su significación relativa a la discusión cronológica en el contexto general del primer neolítico (Juan-Cabanilles, 1984; Binder, 1987), que por la propia relevancia numérica alcanzada en el conjunto (Figs. 6, 9; 10, 9-12).

NII	
1. RASPADORES*	
1.1. SOBRE LASCA	61
1.2. SOBRE LÁMINA	11
2. PERFORADORES Y TALADROS	
2.1. PERFORADOR	23
2.2. TALADRO	19
3. BURILES*	6
4. LASCAS RET. MARGINAL	
4.1. LASCA RET. MARGINAL	111
4.2. LASCA RET. INV.	9
4.3. LASCA RET. IRREGULAR	28
5. LASCAS BORDE ABATIDO	
5.1. LASCA BORDE ABATIDO	111
6. LÁMINAS RET. MARGINAL/INV.	
6.1. LÁMINA RET. MARGINAL	189
6.2. LÁMINA RET. INVASOR	20
6.3. LÁMINA RET. IRREGULAR	26
7. LÁMINAS BORDE ABATIDO	
7.4. LÁMINA BORDE BA MARG.	44
7.6. FRAG. LÁMINA BA	1
8. MUESCAS Y DENTICULADOS	
8.1.1. LASCA MUESCA	18
8.1.2. LÁMINA MUESCA	11
8.2.1. LASCA DENT.	14
8.2.2. LÁMINA DENT.	13
9. GEOMÉTRICOS	
9.1. TRAPECIO R.A	6
9.3. TRIANGULO R.A	2
9.4.1. TRIÁNGULO DB.	2
9.5. SEGMENTO R.A	4
9.6. SEGMENTO DB.	9
9.7. RECTÁNGULO	1
10. TRUNCADURAS	
10.2. TRUNCADURA SIMPLE OBL.	26
10.3. TRUNCADURA DOBLE	3
12. ÚTILES COMPUESTOS	
15. DIVERSOS*	49
MICROBURIL	1
TOTAL	814

Figura 8.– Clasificación tipológica del utillaje retocado del NII.

El número de ejemplares clasificado entre las estructuras atribuidas a la fase inciso-impresa supone una cifra de 24 (3 por ciento). Los segmentos de doble bisel constituyen el morfotipo mejor representado entre los subgrupos considerados (Fig. 8). De todos modos hay una variabilidad importante dado que encontramos tanto piezas confeccionadas mediante retoque abrupto (trapezios, segmentos y triángulos) o doble bisel (segmentos y triángulos). Resulta interesante señalar la significativa representatividad del doble bisel sobre formas segmentiformes. Este hecho coincidiría con la generalizada relevancia alcanzada por estas armaduras en buena parte de los contextos del neolítico antiguo epicardial y postcardial del noreste peninsular (Juan-Cabanilles, 2008).

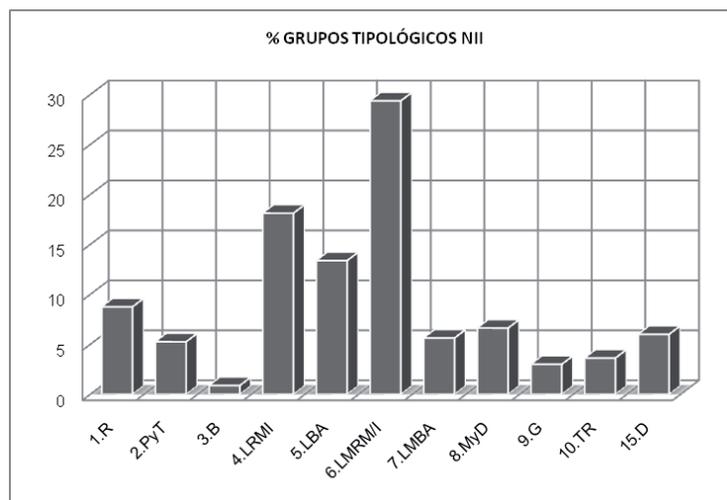


Figura 9.– Porcentaje de aparición de los diferentes grupos tipológicos considerados en el NII.

La fractura mediante la técnica del microburil –los microburiles han quedado consignados en los cuadros correspondientes al utillaje retocado por una cuestión del interés de su asociación con la presencia de armaduras–, no parece tener relevancia dada la práctica ausencia de piezas y estigma resultado de su utilización. De la serie analizada en este apartado sólo hemos reconocido una pieza que responde a esta descripción además de un posible microburil accidental, si bien conocemos dos microburiles más asociados a estructuras neolíticas posteriores asociadas a cerámicas lisas toscas.

El grupo que engloba la categoría de diversos incorpora una variabilidad importante de artefactos no incluidos en las principales agrupaciones descritas (Fig. 6, 1-2). Si bien no son numerosos (en torno al 6 por ciento del total), algunas de las piezas consignadas invitan a una particular reflexión. Este sería el caso de las piezas astilladas, que hubieran podido por sí mismas acaparar una agrupación independiente. No siendo numerosas, responden a unos rasgos característicos que podríamos resumir en la presencia de extracciones burinantes resultado probablemente de su uso a modo de cinceles (Gibaja, Palomo, Bicho *et alii*, 2007). En los ejemplos que nos ocupan, básicamente se recurre a soportes en forma de lascas espesas. Se han incluido en este mismo grupo otras piezas particulares, como algunos productos de acondicionamiento con retoques y fragmentos indeterminados retocados. Por último destacaremos una pieza singular hallada en una de las estructuras funerarias (285-538): una pequeña pieza bifacial en forma de proyectil pigmeo (Fig. 6, 10). Se trata de un objeto que no encajaría bien en el contexto cronológico analizado si tenemos en cuenta el retoque conformador (bifacial) y la morfología de la pieza (a modo de proyectil). El carácter atípico de la misma podría apuntar hacia la consideración como pieza de fortuna, a no ser que aceptemos la posibilidad de una intrusión procedente de estructuras cercanas atribuidas a fases neolíticas más avanzadas.

RELACIÓN DE LA PIEDRA TALLADA EN LOS CONTEXTOS FUNERARIOS DE LA FASE INCISO-IMPRESA.

Los restos líticos recuperados en las estructuras de enterramiento atribuidas al neolítico inciso-impreso suponen una cifra moderada y variable según los contextos. Los conjuntos destacados corresponden a las estructuras 257-510 y 310-563. La relación de objetos reflejada en la figura 12 presenta una elevada proporción de fragmentos indeterminados y esquirlas. Los productos de talla (lascas y láminas) están representados, así como las piezas nucleares (dos núcleos de lascas). Las piezas retocadas son escasas y se reparten entre lascas retocadas, alguna lámina retocada así como alguna muesca (Fig. 13). Haremos especial mención de dos objetos aparecidos en la estructura 310-563. Uno de los casos corresponde a un fragmento de núcleo sobre sílex blanco con probables evidencias de tratamiento térmico (presencia de superficies mates y pátinas brillantes).

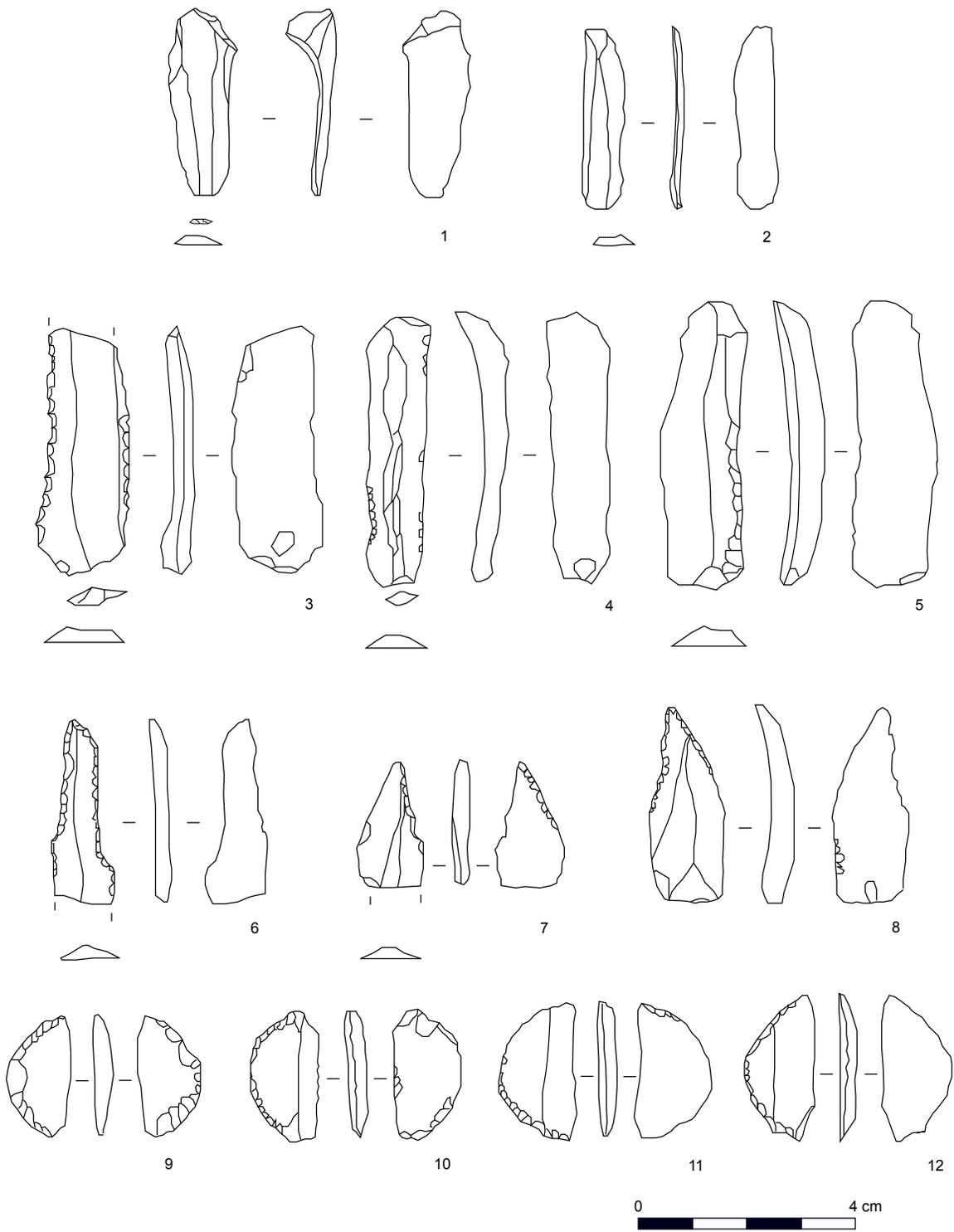


Figura 10.- Objetos laminares y utilaje retocado recuperado en la estructura GE 188 (UE 18802).

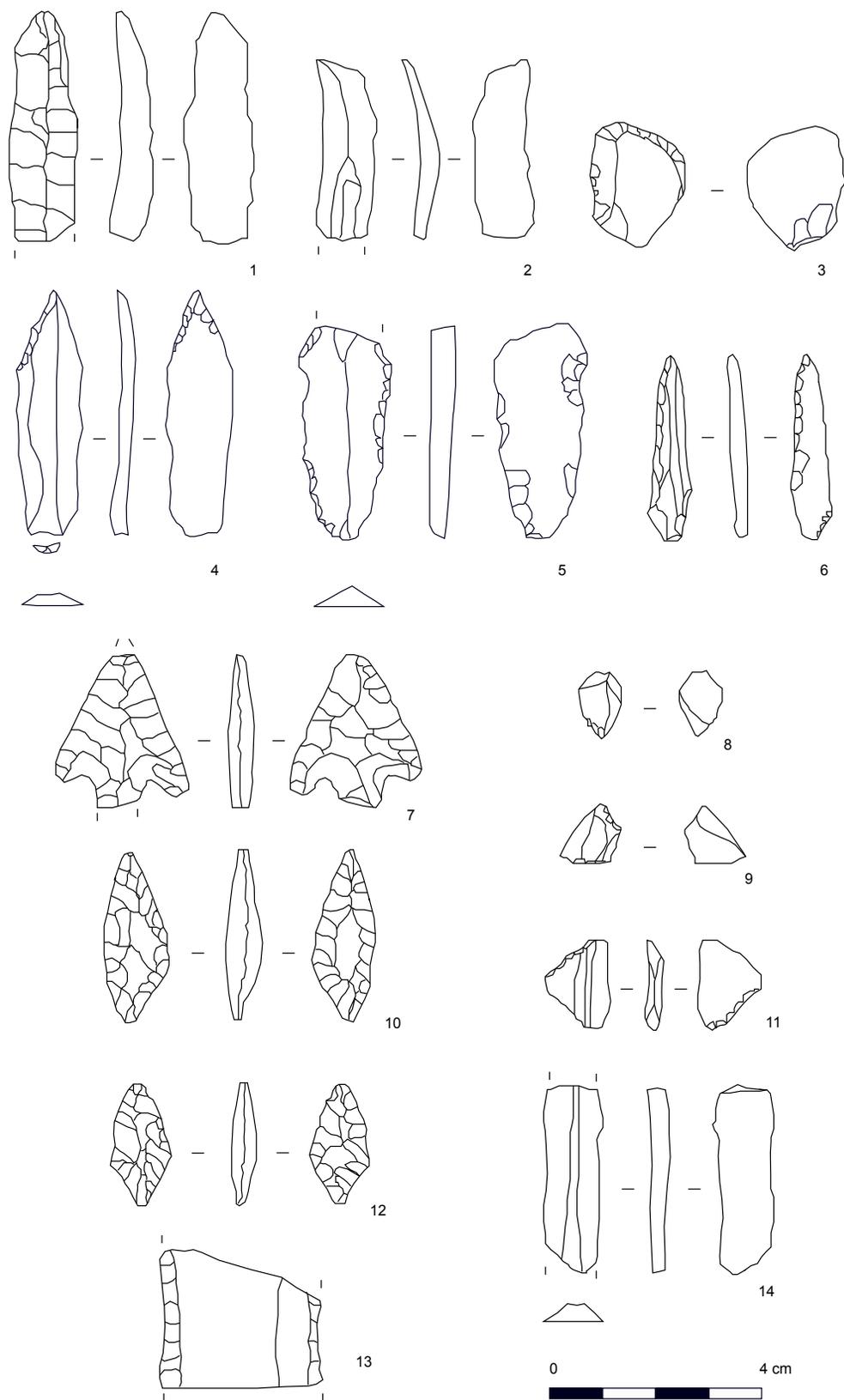


Figura 11.— Restos de talla y utillaje retocado del NII. 1-5. GE 189 (UE 18902). 6. GE 227 (UE 22702). Restos de talla y utillaje retocado procedentes de las estructuras atribuidas al Neolítico final/eneolítico. 7. GE 432-685 (UE 43202). 8. GE 46-299 (UE 4602). 9, 11. GE 45-298 (UE 4502). 10. GE 237-490 (UE 23702). 12-14. GE 302-555 (UE 30202).

GE	254-507	257-510	257-510	285-538	310-563
UE	25402	25702	25704	28502	31002
PRODUCTOS DE TALLA					
LASCAS		8	7	1	6
FRG. LASCAS	1	9	14	6	15
LÁMINAS		1		2	
FRG. LÁMINAS	1	5	2	2	8
NÚCLEOS					
LASCAS				1	
LÁMINAS					
FRAGMENTOS		1			1
PRODUCTOS ACONDICION.					
TABLETAS					
CRESTAS					
AVIVADOS					
FRG. INDETERMINADOS	2	16	7	4	21
ESQUIRLAS	1		1	6	14
CÚPULAS TÉRMICAS					
TOTAL	5	40	31	22	65

Figura 12.– Clasificación de los restos de talla procedentes de las estructuras funerarias del NII.

GE	257-510	257-510	285-538	310-563
UE	25702	25704	28502	31002
1. RASPADORES*				
1.2. SOBRE LÁMINA	1		1	
2. PERFORADORES Y TALADROS				
2.2. TALADRO			1	
3. BURILES*				
4. LASCAS RET. MARGINAL				
4.1. LASCA RET. MARGINAL	1			1
4.2. LASCA RET. INV.				1
4.3. LASCA RET. IRREGULAR	1	1		
5. LASCAS BORDE ABATIDO				
5.1. LASCA BORDE ABATIDO	1	2		1
6. LÁMINAS RET. MARGINAL				
6.1. LÁMINA RET. MARGINAL	1			3
6.3. LÁMINA RET. INVASOR				2
7. LÁMINAS BORDE ABATIDO				
8. MUESCAS Y DENTICULADOS				
8.1.1. LASCA MUESCA	1			
8.1.2. LÁMINA MUESCA		1		
8.2.2. LÁMINA DENTICULADA		1		
9. GEOMÉTRICOS				
10. TRUNCADURAS				
10.2. TRUNCADURA SIMPLE OBL.				
15. DIVERSOS*			1*	1
TOTAL	6	5	3	9

Figura 13.– Clasificación del utillaje retocado procedente de las estructuras funerarias del NII.

Una segunda pieza correspondería a un fragmento de lámina con restos del denominado lustre de cereales. De la estructura 285-538 procede un objeto particular anteriormente descrito: una pequeña pieza con retoque bifacial total a modo “proyectil” bifacial que podríamos calificar de pigmeo (Fig. 6, 10). El mismo contexto incluye un raspador (Fig. 6, 11) y un taladro, además de diversos restos de talla. La estructura 254-507 ha deparado en cambio un número reducido de restos de talla.

Sobre la interpretación que sugiere su asociación con los contextos de inhumación apuntaremos hacia una vinculación que podríamos calificar de casual para el grueso del conjunto. Su presencia entre el sedimento que acabó cubriendo el fondo de las sepulturas explicaría el carácter poco elaborado y expeditivo de gran parte de los objetos tallados. Aunque no podemos descartar alguna asociación directa, resulta difícil corroborar este extremo tal como sucede de forma clara con otros objetos materiales descritos.

LOS RESTOS TALLADOS DEL NEOLÍTICO FINAL/ENEOLÍTICO

De las estructuras atribuidas a la fase de cerámicas lisas y lisas toscas –agrupación realizada en base a las características mostradas por la vajilla cerámica– procede un conjunto lítico tallado que muestra algunos marcadores temporales interesantes (Figs. 14, 15). En primer lugar señalaremos la clasificación de tres puntas de flecha de talla bifacial (cerámicas lisas) que, no siendo numerosas, ayuda a clarificar una posición cronológica que cabría situar a partir de la segunda mitad del IV milenio cal CB en un contexto neolítico final/eneolítico. La datación ¹⁴C obtenida en la cercana área del Prat de Cabanes, donde se identifican estructuras y materiales similares, serviría para centrar esta posición en la primera mitad del III milenio cal BC (Guillem, Martínez, Pérez-Jordà *et alii*, 2005). En cambio, la documentación del collar de variscita en una de las tumbas podría ser un indicador que retrotraería y a su vez ampliaría el intervalo temporal abarcado por esta etapa. Este y otros aspectos deberán ser contrastados a la luz de nuevos datos y análisis.

El número reducido de objetos estudiados no facilita, si quiera a grandes rasgos, la caracterización de la estructura industrial. De todos modos podemos enumerar algunos elementos que se repiten en líneas generales en contextos de producción lítica del neolítico final/eneolítico (García-Puchol, 2005; Fernández-López, 2006). En primer lugar la mencionada presencia de retoque plano bifacial para la conformación de proyectiles (puntas de flecha). A los tres ejemplares documentados en las estructuras en la que se documentan las cerámicas lisas (una foliácea, una romboidal y un fragmento) podrían sumarse otros objetos localizados en estructuras de atribución imprecisa (neolítico genérico) –caso de una punta de flecha de la estructura 92 y dos pequeños fragmentos de retoque bifacial de la estructura 64– o incluso una pieza de pedúnculo y aletas hallada en una estructura ibérica. Uno de los ejemplares muestra evidencias de tratamiento térmico (Fig. 11, 10, 12), técnica bastante común en la elaboración de esta clase de utensilios en contextos similares (García-Puchol, 2005). Los proyectiles geométricos apenas suman dos ejemplares. Uno de los casos, un segmento de doble bisel procedente de la estructura 244, debe ser considerado intrusivo dado el contexto general estudiado.

La aparición puntual de fragmentos laminares de mediano/gran tamaño sobre materias primas particulares se convertiría en un elemento igualmente distintivo. Estas piezas advierten de la existencia de amplias redes de distribución que garantizan el reparto de producciones artesanales singulares desde los talleres/áreas de explotación. Poco más podemos indicar sobre la producción laminar dada la parquedad de objetos que corresponderían a las cadenas operativas de explotación comunes. Los soportes alargados brutos están representados en la muestra estudiada (22 piezas), pero no así los núcleos y productos de acondicionamiento del núcleo. Sin que podamos hacer más precisiones, señalaremos la detección de ciertas tendencias comunes en series coetáneas como sería la regularidad mostrada por algunos soportes y unos módulos de longitud y anchura más centrados.

La piedra tallada de las estructuras con evidencias de inhumaciones resulta escasa y poco indicativa (Fig. 16). No se han clasificado piezas retocadas y entre los restos tallados hay una representación moderada/baja de productos de talla. El carácter secundario de los enterramientos parece invalidar la hipótesis de una relación intencional.

Los objetos tallados recuperados en contextos de cerámicas lisas toscas, suponen una cifra escueta –44– (Figs. 14; 15). Con los datos actuales, la sincronía de las estructuras con cerámicas lisas y lisas toscas parece la hipótesis más plausible. La piedra tallada muestra sin embargo algunos datos discordantes que aumentan si cabe la complejidad interpretativa de esta fase. Poco podríamos añadir a propósito de los restos de talla identificados con la excepción de la clasificación de dos microburiles (Fig. 11, 8-9).

Estas piezas no resultan extrañas en contextos del neolítico final/eneolítico tal como indicaría su documentación en algunos yacimientos de las comarcas centro-meridionales valencianas (García-Puchol, Molina, 1999; García-Puchol, 2005).

	NL	NLT
PRODUCTOS DE TALLA		
LASCAS	24	11
FRG. LASCAS	26	8
LÁMINAS	4	1
FRG. LÁMINAS	18	12
NÚCLEOS		
LASCAS		
LÁMINAS		
FRAGMENTOS		
PRODUCTOS ACONDICIONAMIENTO		
TABLETAS		
CRESTAS		
AVIVADOS		
FRAGS. INDETERMINADOS	27	7
ESQUIRLAS	3	1
CÚPULAS TÉRMICAS		
TOTAL	102	40

Figura 14.– Clasificación de los restos de talla del neolítico final/eneolítico.

GE	90	96
UE	9002	9602
PRODUCTOS DE TALLA		
LASCAS	7	6
FRG. LASCAS	3	1
LÁMINAS		1
FRG. LÁMINAS	6	1
NÚCLEOS		
LASCAS		
LÁMINAS		
FRAGMENTOS		
PRODUCTOS ACONDICION.		
TABLETAS		
CRESTAS	1	
AVIVADOS		
FRG. INDETERMINADOS	5	1
ESQUIRLAS	5	1
CÚPULAS TÉRMICAS		
TOTAL	27	11

Figura 15.– Clasificación de los restos de talla procedentes de las estructuras del neolítico/final eneolítico con vestigios funerarios.

	NL	NLT
1. RASPADORES*		
1.1. SOBRE LASCA		
1.2. SOBRE LÁMINA		
2. PERFORADORES Y TALADROS		
2.1. PERFORADOR	2	
2.2. TALADRO		
3. BURILES*		
4. LASCAS RET. MARGINAL		
4.1. LASCA RET. MARGINAL	3	
4.2. LASCA RET. INV.	2	
4.3. LASCA RET. IRREGULAR	1	
5. LASCAS BORDE ABATIDO		
5.1. LASCA BORDE ABATIDO	1	
6. LÁMINAS RET. MARGINAL/INV.		
6.1. LÁMINA RET. MARGINAL	2	1
6.2. LÁMINA RET. INVASOR		
6.3. LÁMINA RET. IRREGULAR		
7. LÁMINAS BORDE ABATIDO		
7.4. LÁMINA BORDE BA MARG.		
7.6. FRAG. LÁMINA BA		
8. MUESCAS Y DENTICULADOS		
8.1.1. LASCA MUESCA		
8.1.2. LÁMINA MUESCA		
8.2.1. LASCA DENT.		
8.2.2. LÁMINA DENT.	2	
9. GEOMÉTRICOS		
9.1. TRAPECIO R.A		1
9.3. TRIANGULO R.A	1	
9.4.1. TRIÁNGULO DB.		
9.5. SEGMENTO R.A		
9.6. SEGMENTO DB.	1	
9.7. RECTÁNGULO		
10. TRUNCADURAS		
10.2. TRUNCADURA SIMPLE OBL.	1	
10.3. TRUNCADURA DOBLE		
11. PUNTAS DE FLECHA		
11.3. ROMBOIDAL	2	
12. ÚTILES COMPUESTOS		
15. DIVERSOS*		
MICROBURIL		2
TOTAL	20	4

Figura 16.– Clasificación del utillaje retocado del neolítico final/eneolítico.

También en algunos de los yacimientos líticos de superficie conocidos en el barranco de la Valltorta en Castelló (De Val, 1977), fueron reconocidas asociaciones interesantes de microburiles/ foliáceos. En su interpretación, la autora aboga por la pervivencia de tradiciones epipaleolíticas geométricas en sociedades eneolíticas, al tiempo que desvincula la presencia de microburiles y la fabricación de proyectiles geométricos –escasamente representados en conjunto–. Los dos casos que analizamos en este apartado sugieren alguna puntualización. Una de las piezas apareció en la estructura 45-298, junto a un trapecio simétrico con un lado ligeramente cóncavo (Fig. 11, 11). El otro ejemplar procede de una estructura cercana (grupo stratigráfico 46-299); ambas estructuras se encuentran en una zona limítrofe con el área abarcada hasta la fecha por la excavación. Fabricados sobre soportes de reducido tamaño, las materias primas identificadas corresponden al sílex blanco mayoritario y el negro.

Esta conjunción microburil/trapezio invita también a la reflexión a propósito de su relación con series líticas anteriores, no contando con pruebas fehacientes que muestren su asociación con la serie geométrica de la fase inciso-impresa del propio yacimiento. Este aspecto coincidiría con la información publicada en buena parte de los registros del neolítico antiguo en el mediterráneo peninsular (Juan-Cabanilles, 1984; García-Puchol, 2005; Juan-Cabanilles, 2008).

La relación quizá más obvia debería fijarse con el mesolítico geométrico, cuando técnica del microburil/trapezios y triángulos de retoque abrupto son una constante. No tenemos datos para confirmar este extremo, que obligaría además a descontextualizar hallazgos y rellenos, pero tampoco podemos descartar la existencia de un ruido de fondo que deberá ser tenido en cuenta cuando se amplíen los trabajos de excavación en un yacimiento de gran complejidad e interés secuencial. Resulta obvio cómo la naturaleza de los datos manejados obliga a ser sumamente cautos. Cabe subrayar además que en ambos casos los materiales proceden del relleno de dos estructuras en las que los materiales cerámicos están presentes y que existen igualmente ejemplos suficientes para no descartar su filiación neolítico final/eneolítico, eso sí, sin pruebas de su relación con la fabricación de geométricos.

MATERIALES LÍTICOS PROCEDENTES DE LAS ESTRUCTURAS DEL NEOLÍTICO GENÉRICO (NG)

En este apartado incluimos un reducido número de evidencias líticas procedentes de estructuras prehistóricas neolíticas sin una atribución precisa. En conjunto 235 objetos repartidos entre restos de talla (221) y utillaje retocado (14) (Figs. 17; 18). El detalle de su distribución por estructuras aparece reflejado en el apéndice (véase CD adjunto). En general el número de restos clasificados es bajo, salvo alguna excepción puntual (grupo estratigráfico 353-506). Los materiales líticos por tanto no facilitan una adscripción precisa aunque en uno de los casos podemos confirmar su relación con el neolítico final/eneolítico dada la clasificación de una punta de flecha de talla bifacial y morfología romboidal (grupo estratigráfico 422-675). Entre los útiles se han clasificado principalmente láminas y lascas con algún tipo de retoque.

VALORACIÓN

En estas líneas hemos tratado de sintetizar algunos de los aspectos más relevantes sobre las producciones de piedra tallada neolíticas documentadas hasta la fecha en el yacimiento. Se ha podido comprobar la relevancia alcanzada por el conjunto de la fase inciso-impresa, que acapara el grueso del conjunto, en tanto que los restos asociados a las cerámicas lisas y lisas toscas suponen una cifra testimonial. A pesar del estado preliminar del estudio presentado podemos plantear una serie de cuestiones generales relevantes para estos contextos de producción y consumo que situaríamos grosso modo en dos fases principales: una fase antigua en torno a los primeros siglos del V milenio cal BC, y una fase avanzada que cabría enmarcar a partir de la segunda mitad del IV milenio cal BC, si bien la fecha del Prat de Cabanes avanzaría esta posición a los primeros siglos del III milenio cal BC.

Señalaremos en primer lugar como las ocupaciones de la fase inciso-impresa ofrecen un equipamiento industrial característico de los conjuntos líticos con niveles epicardiales/postcardiales del noreste peninsular mejor conocidos –véanse los ejemplos de Alonso Norte en Alcañiz, Teruel (Benavente, Andres, 1989); Guixeres de Vilobí, en Sant Quirze del Vallés, Girona (Mestres, 1992); la Timba dels Barenys en Riudoms, Tarragona (Miró, 1996); La Lámpara y La Revilla en Ambrona, Soria (Alegre, 2008). De forma generalizada muestran un marcado componente laminar orientado a la fabricación de una serie de útiles con un mayor o menor grado de estandarización. Destaca en todos los casos la importancia numérica de las láminas/laminillas retocadas (retoques simples o de uso), y en algún ejemplo es posible reconocer las trazas del denominado lustre de cereales. La clasificación de taladros y geométricos también resulta una constante. Un geometrismo además marcado por la amplia representación del doble bisel sobre morfologías segmentiformes (Juan-Cabanilles, 2008, 248). La discusión a propósito de su significación sigue suscitando interesantes trabajos que abordan la cuestión general sobre la aparición del neolítico en el ámbito mediterráneo peninsular (Barandiarán, Cava, 2002; Juan-Cabanilles, Martí, 2002; 2007-2008). Su detección en contextos del

	NG
PRODUCTOS DE TALLA	
LASCAS	40
FRG. LASCAS	50
LÁMINAS	5
FRG. LÁMINAS	45
NÚCLEOS	
LASCAS	2
LÁMINAS	
FRAGMENTOS	1
PRODUCTOS ACONDICION.	
TABLETAS	
CRESTAS	2
AVIVADOS	
FRG. INDETERMINADOS	61
ESQUIRLAS	15
CÚPULAS TÉRMICAS	
TOTAL	221

Figura 17.– Clasificación de los restos de talla procedentes de estructuras neolíticas de atribución genérica (NG).

	NG
1. RASPADORES*	
1.1. SOBRE LASCA	1
1.2. SOBRE LÁMINA	
2. PERFORADORES Y TALADROS	
3. BURILES*	
4. LASCAS RET. MARGINAL	
4.1. LASCA RET. MARGINAL	1
4.2. LASCA RET. INV.	1
4.3. LASCA RET. IRREGULAR	
5. LASCAS BORDE ABATIDO	
5.1. LASCA BORDE ABATIDO	1
6. LÁMINAS RET. MARGINAL/INV.	
6.1. LÁMINA RET. MARGINAL	4
6.2. LÁMINA RET. INVASOR	
6.3. LÁMINA RET. IRREGULAR	1
7. LÁMINAS BORDE ABATIDO	
7.4. LÁMINA BORDE BA MARG.	1
7.6. FRAG. LÁMINA BA	
8. MUESCAS Y DENTICULADOS	
9. GEOMÉTRICOS	
10. TRUNCADURAS	
10.2. TRUNCADURA SIMPLE OBL.	1
11. PUNTAS DE FLECHA	
11.3. ROMBOIDAL	1
12. ÚTILES COMPUESTOS	
15. DIVERSOS*	3
MICROBURIL	
TOTAL	14

Figura 18.– Clasificación del utillaje retocado procedente de estructuras neolíticas de atribución genérica (NG).

neolítico antiguo cardial/epicardial queda probada en el caso de Chaves (Cava, 2000) y otros conjuntos como La Draga (Palomo, 2000). Sin embargo, los problemas asociados a las dataciones ^{14}C y/o a la lectura de las interpretaciones estratigráficas en secuencias amplias dificultan un posicionamiento en términos de filiación mesolítica/neolítica a una escala regional amplia (Juan-Cabanilles, 2008, García-Puchol, 2009). Los yacimientos castellanenses con cerámicas cardiales/epicardiales como Can Ballester (Gusi, Olària, 1979; Casabó, Rovira, 1990-1991), Mas Nou (Olària, Gusi, 1987-1988), y Cova Fosca (Olària, Gusi, Estévez *et alii*, 1988; Olària, 1990-1991), cuentan también con una documentación significativa de estas piezas.

Los útiles confeccionados sobre soporte lasca son también numerosos en el ejemplo que nos ocupa –véase lascas con retoque simple, lascas de borde abatido, muescas y denticuladas–. Una parte importante de los mismos sugieren un carácter expeditivo ligado a una escasa conformación, en tanto que también se observan piezas que repiten un esquema determinado, caso de algunos dorsos, perforadores sobre lascas e incluso algunas piezas astilladas.

El conjunto de materiales líticos analizados proceden del relleno de un número significativo de estructuras a modo de fosas/silos, donde han podido llegar de forma accidental o intencional (una vez amortizado su uso inicial). Hemos observado en este sentido acumulaciones desiguales sin que podamos advertir en el momento actual de relaciones sincrónicas directas, aspecto sí desarrollado en el caso del estudio de la vajilla cerámica –véase el subapartado “Sincronía y diacronía en Costamar. Las primeras fases de ocupación”–. No contamos sin embargo con espacios conservados de producción y/o consumo que podrían estar asociados a estructuras de habitación o áreas particulares del espacio habitado. Con todo, y dada la relevancia numérica del registro analizado, resulta obvia la realización en el yacimiento de tareas de producción y consumo de piedra tallada. Se identifica el recurso a distintas cadenas operativas para la confección de soportes en forma de lascas y también laminares. Las materias primas empleadas son diversas, y no siempre es factible su discriminación dado la presencia de pátinas blancas sobre un porcentaje no desdeñable de la colección. Sin duda destaca la utilización de un sílex evaporítico de color blanco y grano fino, pero también está representado (en una proporción bastante menor) un sílex negro opaco de grano fino y córtex rojizo además de otras variedades. Los soportes laminares ofrecen una regularidad y tamaño variables. Se han identificado matrices de explotación envolvente que responden a morfologías piramidales y también cilíndricas –en unos casos sobre sílex blanco–. En cualquier caso, las láminas analizadas sobre esta misma materia prima confirmarían la relevancia de la misma en relación con los soportes regulares y estandarizados, no pudiendo descartar el recurso a la técnica de talla por presión. Recordaremos que este tipo de explotación envolvente, que da lugar a láminas/laminillas de dimensiones variables, resulta una tónica habitual en el neolítico antiguo peninsular (García-Puchol, 2005; Manen, Marchand, Carvalho, 2007; Carvalho, 2009). La presencia de crestas, semicrestas y algún avivado apuntarían a la realización de las tareas de reducción *in situ*. Es cierto que la proporción de restos corticales es muy baja en general, lo que apuntaría a que el desbastado se llevaría a cabo fuera del yacimiento. Avanzar en el análisis sobre la caracterización y formas de aprovisionamiento de recursos silíceos –reconocimiento de las áreas fuente– permitirá establecer los términos en que se organiza la economía del sílex a una escala local y regional.

Otro aspecto que convendrá analizar con detenimiento es el de la posibilidad del tratamiento térmico para mejorar las cualidades de talla en relación con la producción laminar. Se han detectado en el conjunto algunos restos con evidencias de superficies mate/pátina brillante, elementos distintivos de esta práctica. Esperamos que el análisis en profundidad de la colección permita concretar éste y otros extremos relacionados con la tecnología de fabricación laminar.

Las actividades relacionadas con la utilización del instrumental tallado deben responder a un amplio abanico de posibilidades. A falta de estudios derivados de análisis traceológicos, la propia morfología de los útiles, algunas evidencias de uso (véase lustre) y sobre todo los datos conocidos a través de series sincrónicas (Gibaja, 2008) implican una gama de tareas relacionadas con el procesamiento de otras materias primas (vegetales, animales o minerales), las actividades de caza o de otra índole. Poco podemos añadir sobre la aparición de restos líticos tallados en el interior de las fosas de inhumación, aspecto que no parece reflejar una asociación intencional.

Por otro lado, los materiales líticos tallados localizados en estructuras asociadas a una fase neolítica avanzada confirman su adscripción al neolítico final/eneolítico. Los datos sobre fabricación

y consumo de piedra tallada no permiten una caracterización global de estas producciones pero si señalar algunas coincidencias clave en relación con otras series mejor conocidas. La presencia de puntas de flecha de talla bifacial abogan por una cronología avanzada (neolítico final/eneolítico). El escaso margen de concreción del que disponemos para las evidencias arqueológicas de este período, no permite por el momento despejar la amplitud del abanico temporal abarcado.

Diversos son los aspectos remarcables a propósito de la piedra tallada del neolítico de Costamar. El conjunto de la fase inciso-impresa en particular aporta datos de especial interés dada la cuantía y naturaleza de los materiales clasificados. Nos permite de este modo indagar en aspectos relacionados con la tecnología de fabricación, las actividades asociadas al consumo e incluso las condiciones y naturaleza de la deposición. Pero más allá de factores de índole tecnológica y funcional, resulta factible tratar de avanzar en el papel jugado por la economía del sílex en las relaciones sociales de producción y reproducción de estas sociedades neolíticas. En este trabajo hemos planteado una visión preliminar del potencial de información que puede ser abordado, aspecto que podría además ser contrastado desde una perspectiva diacrónica amplia de continuar los trabajos de campo en el lugar.

INTRODUCCIÓN

Los útiles pulimentados con filo aparecen en el registro arqueológico a partir de los horizontes neolíticos. Si bien la técnica del pulido ya era conocida en momentos anteriores, su aplicación a la fabricación de instrumentos líticos de forma sistemática se generaliza a partir del desarrollo de la economía agrícola y ganadera. Al mismo tiempo, para la fabricación de estas nuevas herramientas se va a emplear, de forma preferente, otro tipo de soportes líticos de propiedades distintas de los utilizados, habitualmente, en la industria lítica tallada. Así, la tenacidad y resistencia que ofrecen rocas de naturaleza ígnea y metamórfica van a determinar su empleo como soporte de este nuevo instrumental.

La característica de los útiles líticos pulimentados es la presencia de un filo cortante elaborado con esta técnica. En buena parte de los casos, estas piezas líticas necesitan un sistema de empuñadura que puede estar elaborado con madera, fibras vegetales o también asta de cérvidos (Orozco, 1999). Si bien es habitual recuperar únicamente la hoja de piedra en los contextos arqueológicos, se conoce con bastante exactitud las formas y posibilidades de empuñadura y uso de muchas de estas piezas a partir tanto de evidencias etnográficas y de reconstrucciones experimentales, como de algunas piezas prehistóricas recuperadas completas.

La industria lítica pulimentada suele relacionarse con tareas de tala, desbroce y, en general, manipulación de madera. Se considera que son las herramientas del leñador y del carpintero aunque la zona activa –cuya característica es el filo cortante– puede ser utilizada en otros trabajos, como por ejemplo tareas de carnicería, ocasional o habitualmente. Esa consideración sobre su uso más frecuente (madera) y su semejanza morfológica con instrumentos contemporáneos está en la base de las denominaciones con las que tradicionalmente se etiquetan estas piezas: hachas, azuelas,...

La clasificación tipológica de los instrumentos pulimentados responde a criterios morfométricos, prescindiendo de la funcionalidad de la pieza, y suelen emplearse las categorías tradicionales, bien aceptadas entre los investigadores. De este modo la diferencia entre hachas/azuelas se establece a partir de la simetría del bisel del filo cortante que, en ciertos casos, está en relación con el empuñadura de la hoja de piedra (filo paralelo al mango en el caso de las hachas y perpendicular en el caso de azuelas). Otras categorías tipológicas que suelen aparecer en la bibliografía, como cinceles, escoplos, ... tienen una definición más imprecisa. Serán pues, elementos morfológicos y métricos los que nos permitan una primera ordenación del conjunto lítico pulimentado recuperado en el yacimiento prehistórico de Costamar.

Junto a la variabilidad morfométrica de las piezas estudiadas, se ha realizado una aproximación a la naturaleza del soporte lítico. La naturaleza de las materias primas determina las técnicas de fabricación empleadas, puede tener relación con la variabilidad tipológica, y también puede influir en el trabajo que se realiza con el instrumento. Pero el interés de la determinación petrográfica del soporte viene dado por la información que aporta sobre las áreas de procedencia o áreas fuente de estos materiales, permitiendo establecer la circulación de materiales (Ricq-De Bouard, 1996; Orozco, 2000).

También cabe destacar el valor simbólico que las piezas pulimentadas adquieren para las comunidades que se desarrollan entre el neolítico y la edad del bronce: en determinadas ocasiones, estos útiles pasan a formar parte del ajuar funerario, apareciendo en asociación con otros elementos líticos, cerámicos y óseos.

LA INDUSTRIA PULIMENTADA DE COSTAMAR

Hemos estudiado 17 piezas recuperadas en el yacimiento de Costamar, procedentes de contextos diversos. Aunque buena parte de ellas corresponden a instrumentos pulimentados, en muchos casos la fragmentación o la alteración del soporte dificulta su clasificación. Se ha podido comprobar la existencia de varios elementos singulares atendiendo tanto a su tipología como a su soporte, y

en este sentido cabe destacar por un lado, la pieza C-411-66402-01, unidad estratigráfica 41102, fragmentada (Fig. 1), que corresponde a un instrumento denominado anillo-disco, bien documentado en los horizontes neolíticos y calcolíticos de Francia, donde son frecuentes en contextos del neolítico antiguo (Burnez, Roussot-Laroque, 1995). También denominados discos perforados, suelen estar realizados sobre rocas duras, como jadeíta o nefrita (Curtet, 1944), aunque se conocen piezas elaboradas sobre sílex, utilizando la talla en su fabricación y reservando la superficie sin pulir (Joffroy, 1970). Suelen presentar el borde interior de la perforación pulido, caras planas y el borde exterior suele ser cortante.

Sobre la función de estas piezas singulares se ha planteado la posibilidad de su uso como armas arrojadas, objetos simbólicos o religiosos o simples ornamentos (Cordier, 1950, entre otros).

Por otro lado, en el conjunto de Costamar destaca la pieza C-000-14002-01, que corresponde tipológicamente a un escoplo, pero elaborado en este caso sobre un soporte óseo, probablemente una pieza dental de mamífero marino (Fig. 2). Se trata de un material que en mano presenta una tonalidad blanquecina, algo veteada, muy similar a algunas sillimanitas.

Junto a estas piezas singulares, en el conjunto de Costamar aparecen otros instrumentos líticos que no presentan filo cortante, como abrasivos, percutores, o también fragmentos líticos sin transformar.

La cronología estimada para el conjunto corresponde al neolítico. Algunas unidades estratigráficas de Costamar se relacionan con un momento antiguo dentro del ciclo neolítico, con abundancia de cerámicas incisas e impresas (NII en las tablas), y otras con una fase más reciente, con mayor representación de cerámicas lisas (NL y NLT). Las piezas líticas que no están en asociación con elementos claramente diagnósticos en cuanto a cronología, se remiten de manera genérica (NG) al neolítico (véase el subapartado “Sincronía y diacronía en Costamar. Las primeras fases de ocupación”).

El tamaño reducido de este conjunto lítico no nos permite plantear el análisis de diferencias tipológicas a través del tiempo. Únicamente hemos optado por presentar en tablas separadas las piezas cuyas unidades estratigráficas corresponden al relleno de estructuras (Fig. 3) de aquellas que se han recuperado en contextos funerarios (Fig. 4). En el Mediterráneo peninsular no suelen apreciarse diferencias tipológicas entre las piezas recuperadas en contextos habitacionales y funerarios (Orozco, 2000), si bien los datos conocidos en el marco valenciano proceden en su mayoría de contextos funerarios calcolíticos.

En las tablas que resumen la tipología y características de las piezas, las dimensiones se expresan en milímetros, teniendo como referente la orientación y las medidas habituales en los útiles pulimentados con filo, de tal modo que el extremo distal corresponde al filo o zona activa, y el extremo proximal al talón (Orozco, 2000). En aquellas ocasiones en que se trata de otros elementos líticos, se ha tomado el eje máximo como referencia.



Figura 1.– Fragmento de anillo-disco recuperado en los niveles neolíticos de Costamar.

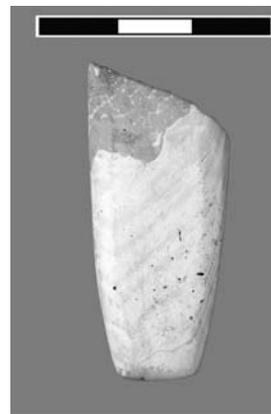


Figura 2.– Escoplo confeccionado sobre soporte óseo, probablemente pieza dental de mamífero marino.

FASE	UE/contexto	Pieza	LM	AM	EM	Materia prima	
NII	GE 140 UE 14002	Azuela	45,60	32,30	11,10	Anfibolita	Superficie pulida en ambas caras. Filo muy desgastado en lado izquierdo. Bisel asimétrico. Piqueteado en el talón.
NII	GE 192 UE 19202	Azuela	42,40	44,10	13,60	Sillimanita	Fractura de la zona proximal. Superficie y bordes pulidos. Desgaste del filo en borde derecho.
NII	GE 109-362 UE 10902	Azuela	41,20	38,30	11,20	Corneana	Pieza muy desgastada. Forma trapezoidal. Talón biselado; presenta levantamientos. Desgaste intenso del filo en un borde.
NII	GE 135 UE 13502	Abrasivo	89,30	68,10	16	Arenisca	Sin filo. Superficies planas en ambas caras. Morfología tendente a trapezoidal. Bordes redondeados.
NII	GE 411-664 UE 41102	Frag. Anillo-Disco	96,50	47	19	Anfibolita	Perforación central pulida. Filo cortante.
NII	GE 140 UE 14002	Escoplo	40,30	18,50	7	Soporte óseo	Rectangular. Filo bisel asimétrico. Sección rectangular
NL	GE 212 UE 212002	Escoplo	40,20	18,30	8,10	Sillimanita	Superficie pulida. Algunos levantamientos en extremo proximal.
NL	GE 237-490 UE 23702	Frag. Distal	38,50	58	29	Diabasa	Sección oval. Bisel del filo simétrico. Desgaste intenso y melladuras en el filo.
NLT	GE 279-532 UE 27902	Escoplo	52	23,30	13	Corneana. Material muy alterado	Concreciones. La alteración afecta la superficie pulida y la zona activa.
NG	GE 64-317 UE 6402	Azuela	46	31,80	13,70	Sillimanita	Fracturada en filo y borde derecho. Superficie pulida.
NG	GE 312-565 UE 31202	Hacha	89	68,30	28,60	Corneana	En la superficie se aprecia el piqueteado anterior al pulido. Bordes pulidos, sin aristas. Piqueteado en el talón. Melladuras y desgaste en el filo.
NG	GE 91 UE 9102	Fragmento	61,40	25,30	12,60	Caliza	Lasca sin transformar. Superficie natural. Presenta ambos extremos biselados.

Figura 3.– Materiales líticos recuperados en niveles y unidades estratigráficas de relleno de cronología neolítica en el yacimiento Costamar.

FASE	UE/Contexto	Pieza	LM	AM	EM	Materia prima	
NII	GE 257-510 UE 25704	Percutor	88,70	60,20	38,30	Caliza	Levantamientos y huellas de percusión en ambos extremos
NL	GE 96 UE 9602	Azuela	68,80	46	11,50	Corneana	Forma trapezoidal. Superficie pulida en ambas caras. Bordes con aristas. Ligero desgaste en un extremo del filo
NL	GE 96 UE 9602	Azuela	82,90	38	30	Anfibolita	Superficie pulida en caras y bordes. El talón presenta huellas de percusión. Sección cuadrangular. Piqueteado para enmangue en borde, cerca del extremo proximal. Desgaste del filo en un borde.
NL	GE 96 UE 9602	Escoplo	42,30	15	8,60	Sillimanita	Forma triangular. Superficie pulida. Desgaste del filo en borde derecho
NL	GE 96 UE 9602	Frag. Informe	71,50	31,20	10	Corneana. Material muy alterado	Fragmento informe, que no presenta filo, ni huellas de fabricación

Figura 4.– Materiales líticos recuperados en contextos funerarios de cronología neolítica en el yacimiento Costamar.

VALORACIÓN SOBRE LA INDUSTRIA PULIMENTADA DE COSTAMAR

El conjunto lítico recuperado en este yacimiento resulta de enorme interés. Considerando el análisis del repertorio de piezas llama la atención, en primer lugar, la gran variedad tipológica presente en este yacimiento. No sólo están presentes los tipos característicos de la industria pulimentada: hachas y azuelas, sino que encontramos una buena representación de otras piezas, como las etiquetadas como escoplos que en muchos casos pueden considerarse como pequeñas azuelas de morfología tendente a rectangular. Es éste el criterio empleado en esta clasificación, y no la función o trabajo desempeñado por estas herramientas. Llama la atención la escasa representación de las hachas, tan sólo una pieza entra en esta categoría (Fig. 5). La cantidad de azuelas y escoplos hacen suponer que en Costamar, a lo largo del neolítico, se realizaron tareas de transformación de la madera, esto es, trabajos de carpintería. Resulta novedosa la incorporación de este repertorio de útiles a las etapas antiguas del neolítico, dado que estos elementos se han documentado en Cova de les Cendres, donde los útiles pulimentados son escasos, en contextos del V milenio aC (Orozco, 2009). La obtención de dataciones absolutas de los niveles de Costamar permitirá tener un mejor conocimiento sobre la aparición y desarrollo de estas piezas a lo largo del neolítico. Azuelas y escoplos son frecuentes en los yacimientos de cronología posterior, principalmente del calcolítico, siendo piezas que tienen representación en lugares de hábitat y también en contextos funerarios (Orozco, 2000).

Es tremendamente singular el fragmento de anillo-disco, pieza desconocida en los contextos neolíticos peninsulares. Tal como se ha señalado anteriormente, este tipo de objetos son frecuentes en yacimientos franceses, y tienen una amplia cronología desde los inicios del neolítico. Su presencia en el registro de Costamar, su significado y posible función, se analizará de forma más detallada en futuros trabajos.

Además de la industria pulimentada con filo, en Costamar ha aparecido una pieza que si bien no es tipologizable a partir de sus rasgos morfométricos, merece destacarse puesto que puede formar parte de procesos productivos muy variados. Nos referimos a la pieza clasificada como “abrasivo” (grupo estratigráfico 135, unidad estratigráfica 13502), cuyo soporte lítico (arenisca) presenta esas propiedades erosivas. Rebajar, pulir, afilar,... son algunas de las labores en las que pudo emplearse esta pieza, sin que podamos precisar sobre qué material se realizó el trabajo. La pieza recuperada en este yacimiento presenta dos caras planas pulidas.



Figura 5.- Hacha (C-312-56502-01) con un intenso desgaste en la zona activa.



Figura 6.- Conjunto de piezas líticas pulimentadas que formaban parte de la inhumación doble documentada en Costamar.

La mayor parte de las piezas líticas estudiadas proceden de niveles procedentes de estructuras habitacionales. En dos contextos funerarios de Costamar se han recuperado materiales pulimentados que corresponden a diferentes fases cronológicas. El enterramiento más antiguo muestra, entre el ajuar que acompaña la inhumación, una pieza que corresponde a un percutor (grupo estratigráfico 257-510, unidad estratigráfica 25704), elaborado sobre un canto de caliza, que no presenta huellas de fabricación sino únicamente huellas de uso (pequeños levantamientos y cúpulas) en ambos extremos, que indican una larga utilización. Estas piezas suelen asirse directamente con la mano, sin precisar de empuñadura. Las rocas calcáreas no suelen ser las más buscadas para la confección de estas herramientas, por su poca tenacidad, aunque no son extraños en el registro arqueológico los percutores de caliza.

La inhumación doble corresponde a un momento más reciente en el ciclo neolítico, y formando parte del ajuar depositado aparecen dos azuelas, un escoplo, y un fragmento informe de corneana, que no corresponde a un útil elaborado (Fig. 6), un repertorio relativamente numeroso a tenor del total del conjunto estudiado. La tipología de estos elementos líticos no difiere sustancialmente del repertorio presente en el resto del yacimiento, como tampoco de los tipos habitualmente recuperados en contextos funerarios.

La determinación petrológica de los soportes líticos aporta datos sobre cuestiones como la relación entre la morfología y/o función con un determinado tipo de roca, el conocimiento de las propiedades de diferentes litologías, pero también permite profundizar en el sistema empleado para la obtención de estos recursos líticos. Para cubrir la demanda lítica se evidencian dos sistemas, que pueden actuar de forma conjunta: la explotación directa del medio por parte de las comunidades —o suministro directo— y un sistema de suministro indirecto o extraterritorial, que pone de manifiesto contactos con otras zonas o grupos (Orozco, 1998).

En el caso de Costamar, se han realizado unas determinaciones preliminares que muestran una gran variedad de litotipos en el conjunto de materiales pulimentados: corneanas, sillimanitas y anfíbolitas son las principales litologías, existiendo una única pieza elaborada sobre diabasa. Se observa una selección preferente de litologías de naturaleza metamórfica, cuyas zonas de procedencia o áreas fuente pueden ser diversas, atendiendo a criterios de petrogénesis, dado que estas litologías se forman en zonas de intenso metamorfismo. Si se considera la variabilidad interna que presenta el grupo de las corneanas, como también las anfíbolitas (Álvarez, 1993; Álvarez, Clop, 1998, entre otros) y los diversos contextos geológicos en los que se localizan estos materiales, se hace imprescindible profundizar en su caracterización.

El hecho de que nos encontremos con materiales líticos cuya formación geológica de origen se encuentra relativamente alejada del yacimiento (sur de la Península, área pirenaica, entre otras zonas) no resulta excepcional, ni significa necesariamente que los grupos prehistóricos se desplacen por el territorio en busca de los soportes líticos deseados. Se hace necesario, a partir de los datos preliminares obtenidos en Costamar, profundizar en el análisis de ésta y otras colecciones líticas de yacimientos próximos, tanto geográfica como cronológicamente para poder determinar la dinámica de obtención de soportes líticos que, a tenor de la escasa representación de diabasas en Costamar, ya podemos valorar como diferente de la observada en yacimientos del centro y sur de las tierras valencianas.

Por último, llama la atención el escoplo realizado sobre un soporte óseo, presumiblemente una pieza dental de algún mamífero marino, como hemos referido con anterioridad, por la semejanza visual con las piezas de Costamar confeccionadas sobre sillimanita. Cabe preguntarse si se trata de una copia, una imitación, o una prueba experimental realizada por los grupos neolíticos de este yacimiento. Esperamos que los trabajos en curso aporten datos de interés sobre las cuestiones que se abren con el análisis preliminar de este conjunto.

Dentro de la cultura material recuperada durante las intervenciones arqueológicas realizadas en estos tres años de excavaciones ininterrumpidas, es sin lugar a dudas la cerámica la que destaca por su cantidad y variedad de producciones. Uno de los principales retos de cara al futuro es el de realizar el estudio pormenorizado de los materiales cerámicos agrupados por fases, con la finalidad de presentar secuencias tipológicas sincrónicas y diacrónicas, definir estilos decorativos, realizar estudios morfométricos, investigar aspectos funcionales de los vasos, etc. Dado el enorme volumen de fragmentos recuperados, no podemos presentar aquí un estudio definitivo ya que cada fase cultural documentada requeriría de su propio monográfico. Los estudios realizados hasta hoy son aún parciales y han estado mediatizados por la necesidad de cumplir con los informes y memorias previas, por lo que no se ha profundizado por igual en todos los campos a analizar y ni siquiera podemos aportar el mismo grado de información para todas las etapas de ocupación documentadas. A este respecto, cuando tuvimos que iniciar el estudio detallado del material cerámico, debimos plantearnos por dónde empezar. La gran cantidad de fragmentos adscritos a la fase neolítica era tan importante como la del resto de fases documentadas, pero quizás las propias características y la extensión del asentamiento de Costamar invitaban a iniciar los trabajos sobre este momento de ocupación.

El periodo del bronce no era menos importante, con una de las pocas estructuras de hábitat que tenía la ventaja de caracterizarse por su gran potencia estratigráfica, lo que quizá podría favorecer la documentación de fases evolutivas en los aspectos formales de los vasos. El otro gran grupo de materiales se correspondía con el momento ibérico, caracterizado por la presencia de vasos propios acompañados de las vajillas importadas desde el mundo romano, como reflejo de un modo de vida que abocará en la transformación del núcleo en un importante centro de intercambio comercial. Finalmente, la fase andalusí presentaba el aliciente de poder analizar la cultura material cerámica de una comunidad rural que permitirá a la postre contrastar datos con las áreas mejor conocidas de los núcleos urbanos.

En este apartado recogemos los datos aún preliminares de los estudios cerámicos en curso; para la fase neolítica, sin duda en estado más avanzado, hemos podido plantear ya una tipología basada en el análisis de más de siete mil setecientos fragmentos cerámicos, aproximadamente el 44 por ciento de los materiales cerámicos adscritos al periodo neolítico recuperados hasta la fecha.

En contraste con ello, para las fases posteriores apenas podemos realizar un esbozo a vuela pluma de las principales características que definen las cerámicas documentadas en el ámbito de Torre la Sal, si bien las particulares de sus producciones, formas y estilos decorativos, nos ha permitido aportar en ocasiones un gran número de datos y presentar cuando menos un primer estudio de los conjuntos recuperados, lo que ha proporcionado las bases necesarias para la discusión de aspectos relacionados con los momentos de ocupación y abandono de determinadas zonas, contactos e intercambios a media y larga distancia, etc. Queda por tanto un laborioso trabajo por delante, pero como ya hemos comentado con anterioridad, la cantidad de información que se ha acumulado durante las investigaciones es tal, que debe ser presentada, aún a riesgo de que podamos errar en nuestras conclusiones preliminares. El tiempo y el esfuerzo diario nos permitirán comprobar o refutar las ideas aquí planteadas.

INTRODUCCIÓN

La excavación del yacimiento de Costamar ha aportado un importante volumen de materiales cerámicos, cuyo estudio diacrónico mediante el análisis de los conjuntos documentados en cada estructura (véase el subapartado “Sincronía y diacronía en Costamar. Las primeras fases de ocupación”), unido a los datos aportados por otros elementos materiales –principalmente la industria tallada y los objetos de adorno–, nos ha permitido diferenciar dos grandes momentos de ocupación: una primera fase definida por un patente predominio de la cerámica decorada mediante la técnica inciso-impresa; y una segunda fase en la que los conjuntos recuperados están compuestos exclusivamente por formas lisas. Tanto la decoración como las formas de la primera fase nos remiten al neolítico antiguo, en un momento inicial del V milenio cal BC, según los resultados proporcionados por la única datación radiocarbónica realizada hasta el momento (semilla de *Hordeum sp.*, referencia de laboratorio UCI-AM 60738, 5965±25 BP, 4933-4786 calibrada a 2σ), perteneciente al relleno de amortización del grupo estratigráfico 130 (unidad estratigráfica 13002). Por otro lado, los depósitos asociados con las producciones que hemos denominado cerámica lisa y lisa tosca, a través de las características formales de la cerámica y de la industria lítica recuperada, y a la espera de obtener una datación absoluta, parecen poder situarse entre la segunda mitad del IV milenio y los primeros siglos del III milenio cal BC, no descartándose un posible momento de coetaneidad con la fase documentada en el área de la restinga fósil, de la que se obtuvo una fecha por ¹⁴C de 2910-2860 BC –calibrada a 2σ– (Guillem, Martínez, Pérez *et alii*, 2005).

Como norma general, los restos aparecidos presentan problemas de conservación derivados de las condiciones propias de sedimentación del yacimiento. La mayor parte de los rellenos han sido afectados en algún momento por las oscilaciones del nivel freático, lo que ha influido en la formación de concreciones calizas en la superficie de la cerámica, llegando a ocultar en ocasiones la decoración. Los procesos tafonómicos también han afectado a la propia integridad de las piezas, requiriendo la aplicación de tratamientos específicos para su consolidación (Carrascosa, Lastras, Reina *et alii*, en este volumen). Evidentemente, la consecuencia más directa es, que casi todos los ejemplos muestran una degradación en sus superficies que se ha traducido en la desaparición de ciertos tratamientos específicos, como puede ser el bruñido o la pigmentación. Por lo tanto, el proceso de registro ha presentado de partida dos complicaciones que se han tenido presentes en el propio desarrollo del sistema de clasificación: el elevado índice de fracturación y la degradación que afecta a las superficies de muchos de los fragmentos recuperados.

El primero debe ser tenido en cuenta a la hora de contabilizar los fragmentos; un material que tiende a fracturarse fácilmente mostrará una sobre representación en una contabilización simple frente a piezas más resistentes a la ruptura. Aunque este aspecto ha sido advertido en numerosos estudios, (Orton, Tyers, Vince, 1997), en el caso de Costamar quizás sea menos problemático por el hecho de que todos los restos presentan unas características técnicas muy semejantes. No obstante, se procedió a comparar la *ratio* entre el número de fragmentos y el peso del material recuperado en diversas estructuras escogidas al azar, obteniendo como resultado una equiparación entre ambos valores; es decir, aquellos conjuntos donde se ha documentado una importante cantidad de fragmentos, el peso neto de materiales también sigue la misma tendencia al alza. Aunque pueda parecer una obviedad, lo cierto es que no siempre estos niveles se equiparan y lo que se pretendía era evaluar si el método de contabilización sería apropiado. En cambio, ponderar el valor real que tendrían ciertos tratamientos de la superficie de los vasos es una cuestión mucho más compleja de resolver debido a la erosión que han sufrido las superficies de los fragmentos. Este es un dato que se ha tenido en cuenta durante el estudio cerámico, al constatarse una mayor representación de la cerámica sin tratamiento superficial sobre la tratada –bruñido, incrustación de almagre, aguada y pintada– que posiblemente no se daría en realidad.

Tanto las producciones cerámicas de la fase inciso-impresa como las asociadas a las cerámicas lisas de Costamar, presentan unos rasgos técnicos similares, si bien durante la segunda fase

se constata la presencia de una producción a la que hemos denominado “lisa tosca”. Este tipo de vasos constituye el 22,87 por ciento de las cerámicas que aparecen en la fase más reciente, y sólo representan un 2,69 por ciento del total inventariado para el periodo neolítico.

Se registran, tanto en solitario, como acompañadas del otro tipo de piezas lisas que son las características de este momento y que se identifican por presentar un grado de ejecución técnica mucho más apurado (prácticamente sin distinción con el observado para la fase inciso-impresa). Por ello, además de los rasgos ya explicados, en el criterio inicial seguido para diferenciar las dos fases cerámicas, ha sido fundamental constatar la presencia de fragmentos decorados mediante la técnica inciso-impresa, así como de ciertos rasgos formales de los vasos y, obviamente, contrastar su correcta adscripción a través del análisis del resto de artefactos recuperados como por ejemplo la industria tallada (García-Puchol, en este volumen). Desde esta óptica, identificar las estructuras pertenecientes a la fase más reciente (conjuntos lisos), especialmente aquellas que tienen pocos restos materiales, no siempre ha sido una tarea sencilla, ya que en la fase más antigua también existen materiales lisos y algunos tipos de recipientes se pueden documentar en ambos periodos.

Desde un punto de vista cuantitativo, sobresalen abrumadoramente los materiales que se adscriben a la fase antigua. El 86,04 por ciento de las cerámicas (15.024 fragmentos) pertenecen a la fase inciso-impresa, frente a un 11,77 por ciento de los restos cerámicos (2055 fragmentos) que claramente se relacionan con la etapa más reciente. El 2,19 por ciento restante (383 fragmentos), se ha de atribuir a materiales que no hemos podido asociar a ninguno de estos dos momentos y cuyos depósitos han sido considerados como neolítico genérico (véase el subapartado “Sincronía y diacronía en Costamar. Las primeras fases de ocupación”).

De los 17.462 fragmentos cerámicos inventariados para los 390 grupos estratigráficos adscritos a las fases neolíticas, se han estudiado de momento 7724 fragmentos (44,23 por ciento) procedentes de 93 grupos estratigráficos, por lo que los datos que presentamos se refieren en todo momento a la parte estudiada y no al total inventariado. Del total inventariado, se han identificado 2901 fragmentos correspondientes a formas y fragmentos informes decorados (16,61 por ciento). De estos, 1222 (42,12 por ciento) han sido analizados con una base de datos creada al efecto y han servido para crear la tipología y el *thesaurus* decorativo, mientras que el resto está pendiente de análisis. En cuanto al número mínimo de individuos estudiados (bordes), suman un total de 472 individuos (38,63 por ciento sobre el total estudiado e incluido en la base de datos). Aún así, las formas con suficiente entidad como para asegurar su pertenencia a un tipo y una variante concretos han sido 178 (37,71 por ciento del número mínimo de individuos estudiados) y sobre ellas basamos los porcentajes presentados.

ENSAYO DE TIPOLOGÍA: LA FORMA Y LA FUNCIÓN

A la hora de abordar una tipología, por definición el estudio y clasificación de tipos, se eligen una serie de atributos clave, cuyos valores absolutos (mediciones), la combinación entre ellos a través de diversas fórmulas (índices) y su tratamiento informático y estadístico, permitirá crear agrupaciones formales objetivas (en tanto que métricas) de un conjunto dado, facilitando así su comparación con otros conjuntos sincrónicos o diacrónicos, la observación de rasgos evolutivos que caracterizan las diferentes producciones, etc. Muchos investigadores han desarrollado y aplicado sus propios sistemas, en ocasiones realmente complejos, incluyendo los programas informáticos que permiten procesar los datos, y cuentan con la ventaja de generar y presentar los conjuntos cerámicos estudiados de un modo “matemático”, evitando al máximo las descripciones textuales subjetivas.

El conjunto cerámico de Costamar se caracteriza por su alto grado de fragmentación, lo que dificulta la aplicación de determinados valores métricos –como la altura del vaso o el diámetro máximo de la pieza, la situación de los elementos de prensión, etc.–. Por otra parte, se evidencia una gran uniformidad formal y decorativa que facilita la identificación de tipos y de algunas de sus variantes que han sido establecidas a partir de atributos como el diámetro de boca o el tipo de borde (véase la tabla 01 de atributos en el CD adjunto).

La ordenación tipológica de Costamar obedece a la necesidad de crear una herramienta básica para el estudio del conjunto cerámico de este asentamiento y se planteó bajo una óptica funcional y de aproximación al conocimiento de la comunidad que lo generó. Consideramos que el

vaso es creado con un fin, y para ello, el o la ceramista –a través de la etnografía se asume que “...la inmensa mayoría de la producción corre a cargo de las mujeres, como es normal en la mayor parte de las sociedades preindustriales donde no se utiliza el torno.” (González-Ruibal, 2005, 50)–, recrea una cadena operativa que va desde la selección del tipo de arcillas hasta el acabado final del vaso, reproduciendo un trabajo especializado cuyos conocimientos siguen unas pautas culturalmente definidas (González Urquijo, Ibáñez *et alii* 2001; González-Ruibal, 2005; Vossen, 2009). Obviamente, la propia historia de cada vaso conlleva un uso del mismo que será diferente de la función para el que fue concebido; así, a parte de su finalidad –definida por sus rasgos técnicos, formales y en ocasiones decorativos– y uso inicial, el vaso posee su propia “trayectoria funcional” por el que el objeto cambia su función, bien manteniendo todas sus características originales, o bien mediante un reciclaje “... tras la pérdida parcial o total de las propiedades de las piezas.” (Menacho, 2007, 152); dentro de este tipo de reciclaje debería incluirse un último proceso de reaprovechamiento parcial que implica una transformación final del vaso o de una parte del mismo (elaboración de piezas discoidales recortadas, machacado de fragmentos para su utilización como desgrasante, etc.).

Con el fin de facilitar la comprensión global de nuestra tipología, cada tipo genérico es identificado con un nombre que intenta reflejar lo que podríamos denominar tipos emic arqueológicos; dado que los tipos *emic* son “...las denominaciones asignadas a las vasijas por los usuarios.” (Menacho, 2007, 151), en nuestro caso –ya que obviamente desconocemos sus nombres originales–, los vasos han sido nombrados siguiendo criterios formales de fácil reconocimiento (olla, cazuela, cuenco, etc.), lo que no implica una necesaria correlación directa entre su significado y la función para el cual fueron concebidos.

Las formas de los vasos documentados en Costamar parecen agruparse en tres grandes grupos funcionales:

- vasos destinados a la preparación, cocinado y servicio de alimentos;
- vasos de gran formato destinados al almacenaje de sólidos y líquidos;
- vasos que facilitan el transporte, almacenaje y servicio de líquidos.

Estos tres grandes grupos funcionales no son siempre excluyentes entre sí, por lo que no se ha establecido una separación en la tipología, si bien las características propias de cada tipo, como el tamaño, capacidad, estabilidad, transportabilidad y receptividad (Menacho, 2007, 151), serán determinantes en la función del vaso y de su contexto de uso.

LAS FORMAS CERÁMICAS

La tabla tipológica desarrollada (Fig. 1; véase también las tablas tipológicas 02 a 06 del CD adjunto), abarca tanto los conjuntos con decoración inciso-impresa como los lisos. Hay varias razones que justifican la adopción de esta estrategia. La primera de ellas, es que la ausencia de estratigrafía vertical dificultaba la visión diacrónica de los materiales recuperados y por lo tanto obstaculizaba el poder aislar rasgos diferenciales entre los distintos contextos, más allá de la simple presencia o ausencia de decoraciones. El segundo aspecto, que fue surgiendo conforme avanzaba el estudio cerámico, radica en que se pudo comprobar cómo algunos prototipos de la fase antigua pervivían en la fase más moderna, y por tanto resultaba pertinente mantener la denominación.

La construcción de la tipología parte de la caracterización de los perfiles más completos, así como de la verificación de estos prototipos a partir de su confrontación con la muestra que ha sido estudiada de forma pormenorizada. La tipología de Costamar se desarrolla a partir de 15 tipos que comprenden 30 variantes. En la codificación que se sigue en la figura 1, el número hace referencia al tipo al que pertenecen los vasos y la letra corresponde a la variante, establecida a partir de una clasificación de los bordes que los agrupa según su modelado y orientación (este rasgo se expresa mediante un código de ocho letras, de la A a la H, que agrupa estas variantes; véase la tabla 04 del CD adjunto). Los tipos con el código enmarcado en negro se corresponden con aquellas formas que, por el momento, sólo se han registrado en los conjuntos lisos pertenecientes a la segunda fase de ocupación. Las piezas cuyo código aparece sin enmarque son exclusivas de los contextos inciso-impresos. De igual modo, las que van acompañadas de un asterisco, son aquellas piezas que se documentan tanto en conjuntos inciso-impresos como lisos –para una visión diacrónica de la tipología véase la tabla por fases (06) en el CD adjunto–.

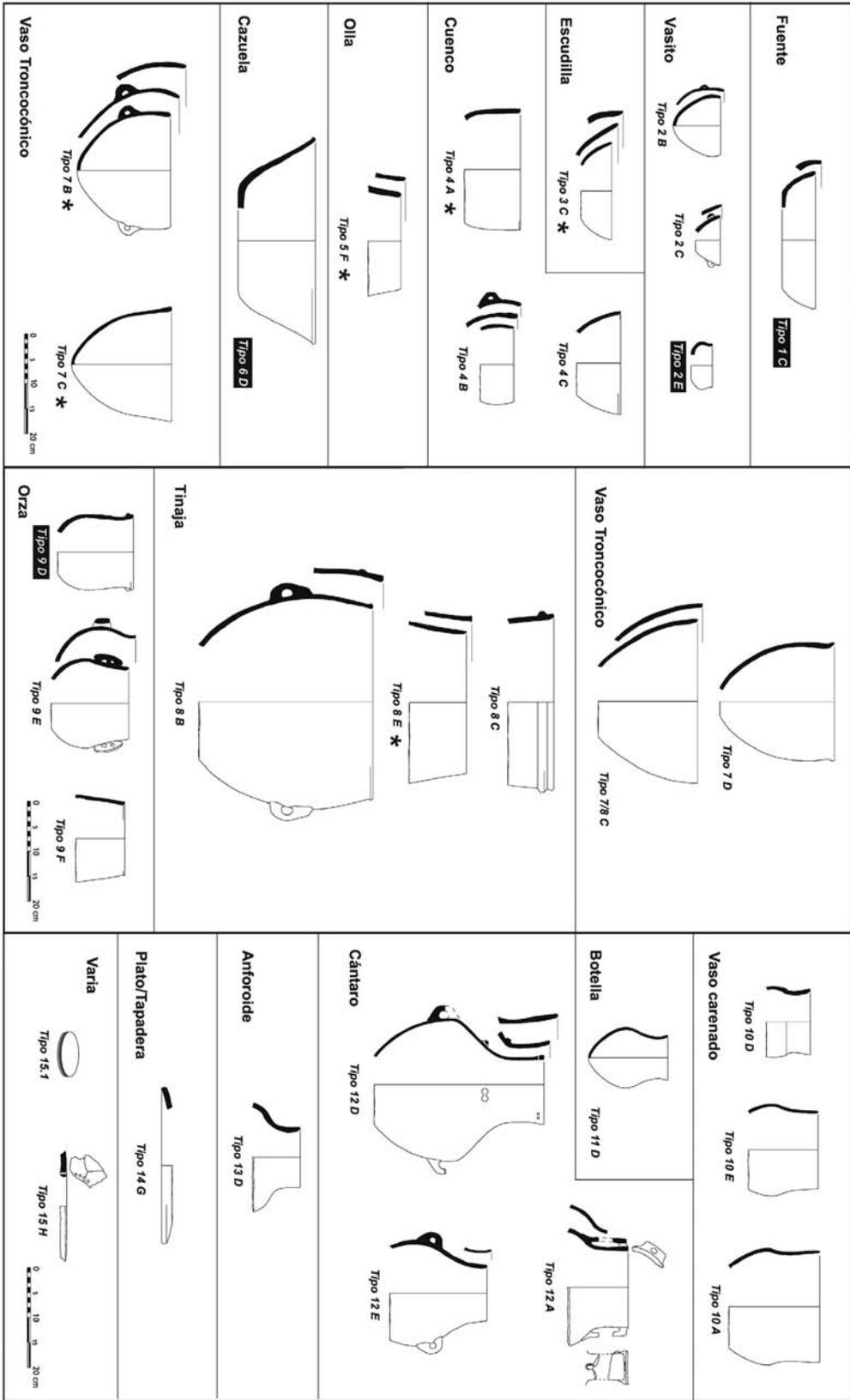


Figura 1.—Tipología de los vasos cerámicos de Costamar.

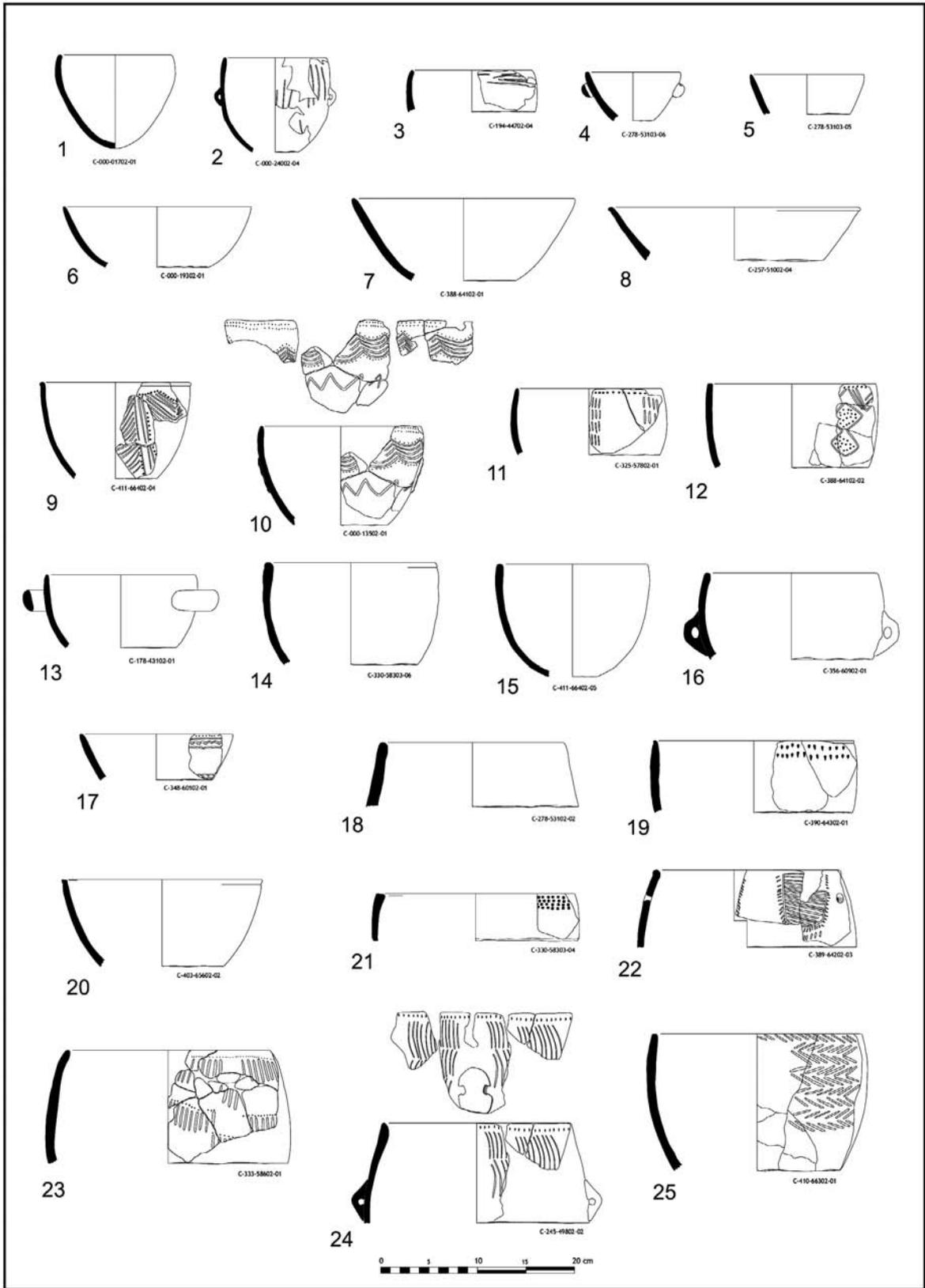


Figura 2.- Vasitos, escudillas, cuencos y ollas.

FUENTE. TIPO 1

Recipiente caracterizado por tener un diámetro de boca (en torno a los 27 centímetros en los especímenes estudiados) superior a su base y por poseer poca altura (sobre los 5 centímetros), lo que le confiere una gran estabilidad. Se trata de un vaso cerámico de base plana y carente de decoración que sólo se ha documentado en los contextos asociados a los conjuntos lisos del yacimiento. Es un tipo muy poco frecuente y de momento tan sólo se ha documentado una variante (1C). Su funcionalidad suele estar relacionada con actividades de preparación, cocinado y servicio de alimentos.

VASITO. TIPO 2

Recipiente de pequeñas dimensiones con un diámetro de boca que oscila entre 8 y 12 centímetros, base de tendencia convexa y en ocasiones con asas. El tipo 2 es uno de los recipientes más comunes en el yacimiento, y existen ejemplares tanto decorados como sin decorar, aunque predominan los segundos. Se han documentado las siguientes variantes:

2B: Vasito con borde de tendencia convergente. Es el más común de todos y en lo concerniente al tamaño es ligeramente mayor que el resto. Por ahora únicamente se ha documentado asociado a conjuntos inciso-impresos.

2C: Vasito de borde exvasado. No tan común como el anterior caso, también aparece vinculado a conjuntos inciso-impresos.

2E: Vasito de borde cóncavo divergente. De las tres variantes es la única que se ha recuperado asociada a los conjuntos de materiales lisos. Sólo poseemos por el momento un ejemplar, que es a su vez el vasito de menor tamaño.

Por su tamaño y manejabilidad es indicado para un uso individual como parte del servicio de alimentos.

ESCUJILLA. TIPO 3

Vaso cerámico caracterizado por coincidir su diámetro superior con la boca, ser de base convexa y de perfil bajo. Sólo se ha recuperado una variante (3C) caracterizada por tener un borde de tendencia divergente con diferentes grados de inclinación; todos los ejemplares constatados presentan superficies lisas. La mayor parte de los fragmentos tienen un diámetro que oscila entre los 19-20 centímetros, si bien hay un ejemplar que alcanza los 26 centímetros. La envergadura de este ejemplar le acerca a la fuente 1C, sin embargo, formalmente mantiene una serie de diferencias claras: un borde que presenta una mayor inclinación así como una base más pequeña. No siendo una forma muy usual, aparece tanto en los contextos más antiguos como en los más recientes, aunque en estos últimos se observa una mayor robustez en su cuerpo.

Se trata de un vaso generalmente asociado al cocinado y servicio de alimentos –por ejemplo las tortas de cereal– y, como suele ser frecuente en este tipo de vasos, el mayor tamaño de algunas piezas puede relacionarse con los “...contextos rituales donde se procesan y distribuyen alimentos para una cantidad mayor de personas, comprendiendo generalmente la red social de la unidad doméstica”. (Menacho, 2007, 151).

CUENCO. TIPO 4

El cuenco tipo 4 es la tercera forma con más representación dentro del yacimiento (véase gráfico 02 en el CD adjunto). Es uno de los tipos definitorios de los conjuntos inciso-impresos, aunque también se ha documentado algún espécimen dentro de la fase más reciente. La mayor parte de los ejemplos inventariados tienen un diámetro de boca que oscila entre los 14 y los 19 centímetros, sin embargo hay variantes de mayor tamaño (hasta 25 centímetros). Se caracterizan a su vez por poseer un cuerpo de tendencia esférica y todos los casos estudiados presentan una base convexa, pudiendo estar decorados. Las variantes documentadas son las siguientes:

4A: El tipo 4A es el cuenco de mayor envergadura (24-25 cm), y está caracterizado por tener un borde recto. Todos los fragmentos inventariados carecen de decoración y es la única variante de cuenco que perdura en los conjuntos de la segunda fase de ocupación.

4B: Es la variante más usual que se registra en Costamar y se asocia a conjuntos inciso-impresos. Aunque la mayoría están decorados también hay ejemplares totalmente lisos. Sus características más comunes son: su forma esférica acusada, borde de tendencia convergente, base convexa y a menudo presencia de asas simples verticales.

4C: Únicamente poseemos un ejemplar perteneciente a este tipo, recuperado junto a vasos inciso-impresos. La única decoración de este ejemplar son una serie de incisiones regulares en el labio. El principal elemento formal es la presencia de un borde exvasado.

Los cuencos pueden cumplir múltiples funciones (servir, conservar, cocinar e incluso almacenar determinados alimentos) y los diferentes tamaños condicionarán su uso, tanto en ambientes domésticos como rituales y en determinados contextos constatados a través de estudios cerámicos etnoarqueológicos se utiliza para cocinar y servir salsa (González-Ruibal, 2005, 46-48), aunque sus funciones pueden ser múltiples.

OLLA. TIPO 5

Recipiente del que apenas poseemos datos. Se trata de un vaso cerámico con un diámetro situado entre 19 y 26 centímetros, de borde recto de tendencia convergente (Tipo 5F). Probablemente tendría un cuerpo esférico (que es donde se situaría su diámetro máximo) que acabaría en una base convexa. Apenas se documenta en el yacimiento y en todos los casos carecen de decoración, registrándose en las dos fases de Costamar.

Su tendencia cerrada le hace propicio para el cocinado de alimentos, posibilitando el hervido y probablemente se asociaría a una segunda pieza que cumpliera la función de tapadera (no necesariamente realizada sobre cerámica aunque sí que se ha recogido un ejemplar de este tipo). Aunque se ha diferenciado del tipo anterior, como ya se ha visto, algunos de los cuencos de mayores dimensiones pueden cumplir la misma funcionalidad de cocinado de alimentos. Al no disponer de piezas enteras no podemos obtener datos relativos a posibles restos de exposición al fuego, si bien este extremo es muy difícil de identificar debido a las alteraciones post-deposicionales de los fragmentos (Menacho, 2007, 159), por otra parte bien constatadas en Costamar (exposición de los fragmentos en áreas abiertas, alta fragmentación, concreciones calizas y afección por la oscilación del nivel freático).

CAZUELA. TIPO 6

Tipo que se ha recuperado en uno de los conjuntos lisos excavados en el yacimiento de Costamar. Por tanto, de momento sólo poseemos un ejemplar (tipo 6D) perteneciente a esta forma que presenta las siguientes características: borde convexo exvasado con un diámetro de 41 centímetros (que es por otra parte el diámetro máximo del recipiente), cuerpo acampanado y base plana. Se trata de un vaso cerámico de gran capacidad, similar a un barreño actual, es decir, un recipiente en el que la relación anchura-altura es mayor para la primera. No presenta en su superficie ningún tipo de decoración como es común en los vasos de esta fase de Costamar. La forma se caracteriza por su gran estabilidad y la alta capacidad de manipulación que permite usos relacionados con el procesado de alimentos que no requieren una exposición directa al fuego, si bien sus características formales admiten otras tareas (almacenar agua, guardar y fermentar el cereal, etc.).

VASO TRONCOCÓNICO. TIPO 7

Con 50 ejemplares se trata sin lugar a dudas del tipo más común en Costamar y uno de los que mejor define los conjuntos inciso-impresos, si bien puede haber alguna perduración asociada a la fase lisa. Existen diferentes formatos de este recipiente con capacidades muy distintas, si bien como puntos comunes, habría que destacar que el diámetro máximo se suele situar en la mayoría de

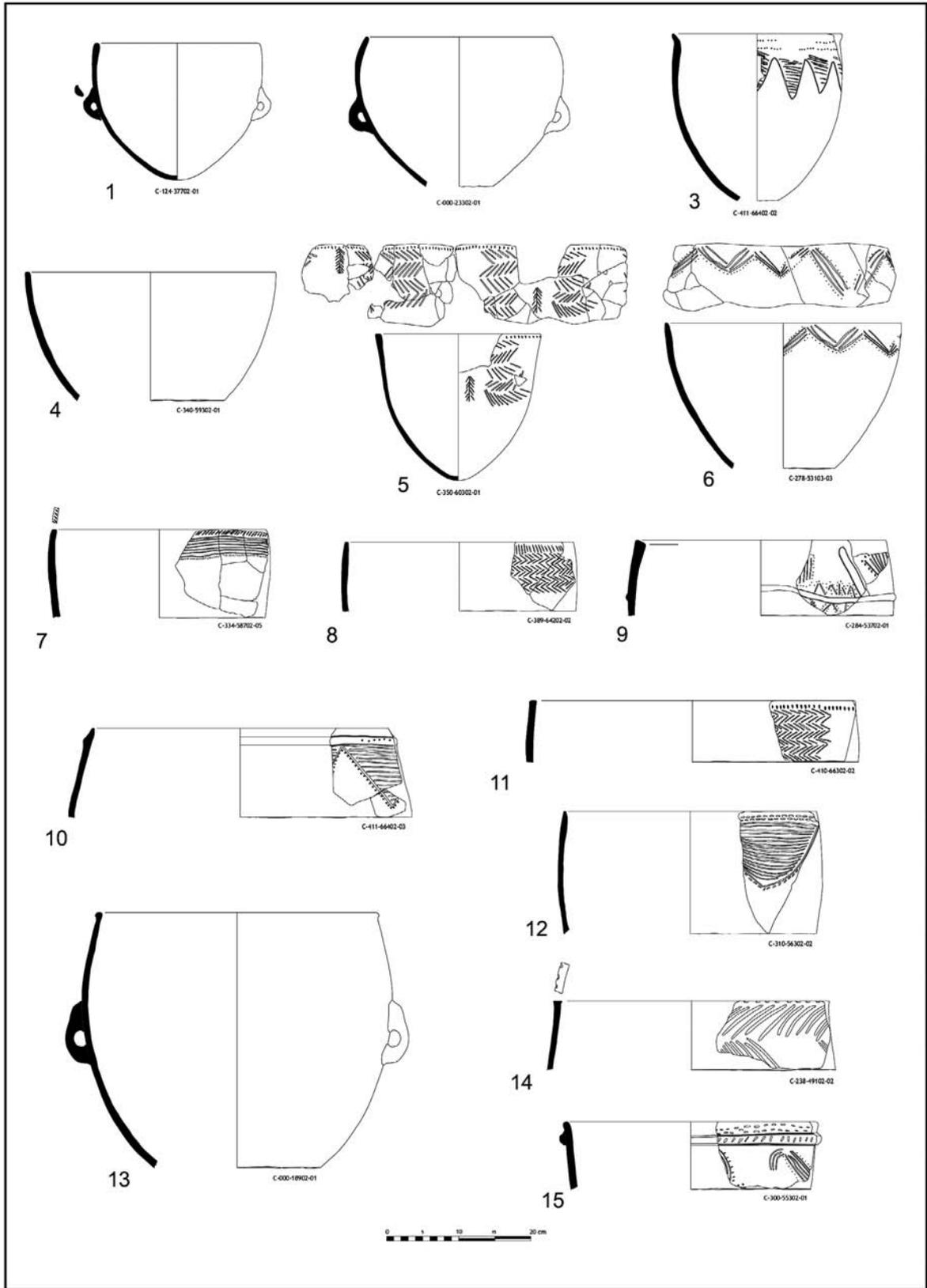


Figura 3.– Vasos troncocónicos y tinajas.

los casos en el borde, en ocasiones presenta asas simples y su cuerpo es de forma troncocónica invertida que acaba en una base convexa. Se han documentado ejemplares lisos, con decoración inciso-impresa, algunas de gran riqueza, e incluso plástica (véase el gráfico 06 de las técnicas decorativas por formas en el CD adjunto). Las variantes registradas son las siguientes (véase gráfico 03 del CD adjunto):

7B: Variante caracterizada por tener un borde convexo convergente (que en ocasiones puede ser considerablemente acusado), cuyo diámetro en los ejemplos más pequeños alcanza los 20 centímetros (lo que le acerca a los cuencos tipo 4B; véase la tabla de formas 04 según los bordes y el diámetro de boca en el CD adjunto) y en los más grandes los 32 centímetros. Es la forma más común de todas, de hecho podría afirmarse que es la definitoria de los conjuntos inciso-impresos, aunque en este caso hemos registrado también un ejemplar asociado a la fase lisa. Algunos individuos poseen asas simples verticales y pueden ser lisos o decorados.

7C: No tan común como el anterior, el tipo 7C se caracteriza por tener un borde de clara tendencia exvasada. Los ejemplares recuperados presentan unos diámetros que oscilan en torno a los 21-28 centímetros. Por el momento únicamente se ha registrado en los conjuntos inciso-impresos y puede ser liso o decorado.

7D: Sólo se ha exhumado un ejemplar perteneciente a este tipo con decoración inciso-impresa, cuyo rasgo más característico es la presencia de un borde de 23 centímetros, cóncavo exvasado, en forma de "S".

7/8C: Es la variante que presenta mayor envergadura, con diámetros entre 31 y 47 centímetros. Se trata de una pieza con los rasgos formales del prototipo 7C pero con una serie de parámetros bastante particulares, como es su mayor tamaño, la presencia de decoración plástica en algunos de los casos (no obstante puede haber ejemplares lisos), y ciertos aspectos que los acercan a las tinajas 8C (aunque su altura sería menor). Estaríamos ante un recipiente de gran capacidad que por el momento es exclusivo de la fase más antigua.

Su gran capacidad y difícil transportabilidad le hacen aptos para el almacenaje, tanto de sólidos como de líquidos, sobre todo de agua (González-Ruibal, 2005, 46-47). Su altura y la base convexa le confieren una gran inestabilidad, por lo que requiere de apoyos laterales o que sea hincado parcialmente en el suelo.

TINAJA. TIPO 8

Este recipiente, por lo común de gran envergadura, probablemente sería el vaso cerámico de almacenaje por antonomasia, además de ser el segundo tipo más documentado del conjunto estudiado. Es un tipo que se documenta mayoritariamente en conjuntos inciso-impresos aunque también hay un ejemplar que se ha documentado en la fase lisa. Además de los ejemplos lisos y decorados, es el tipo en el que la decoración plástica, sobre todo a base de cordones aplicados, supera al resto de técnicas decorativas (véase el gráfico 06 de las técnicas decorativas por formas en el CD adjunto). Gran parte de las asas dobles de gran tamaño que se han registrado en este yacimiento es muy posible que se vinculen a esta forma. Las variantes aparecidas son las siguientes:

8B: Es la variante más usual de todas, siempre documentada en la fase más antigua. Se trataría de una pieza de cuerpo de tendencia ovoidal (la parte de mayor diámetro no coincide con el borde sino con el cuerpo), borde convexo convergente y base convexa. Los recipientes de este tipo más pequeños presentan un diámetro de boca de 34 centímetros y en los más grandes llegan a alcanzar los 54 centímetros.

8C: Es la variante menos usual en el yacimiento, aunque como la anterior, siempre aparece asociada a conjuntos inciso-impresos. Los especímenes recuperados presentan un borde de tendencia exvasada con unos diámetros de unos 35 centímetros, y aunque los fragmentos que poseemos no son muy grandes, todo indica que se trataría de un tipo que presentaría un cuerpo troncocónico invertido con base convexa, lo que le acercaría a los recipientes que en algunas tipologías se ha denominado cerámicas en "forma de saco".

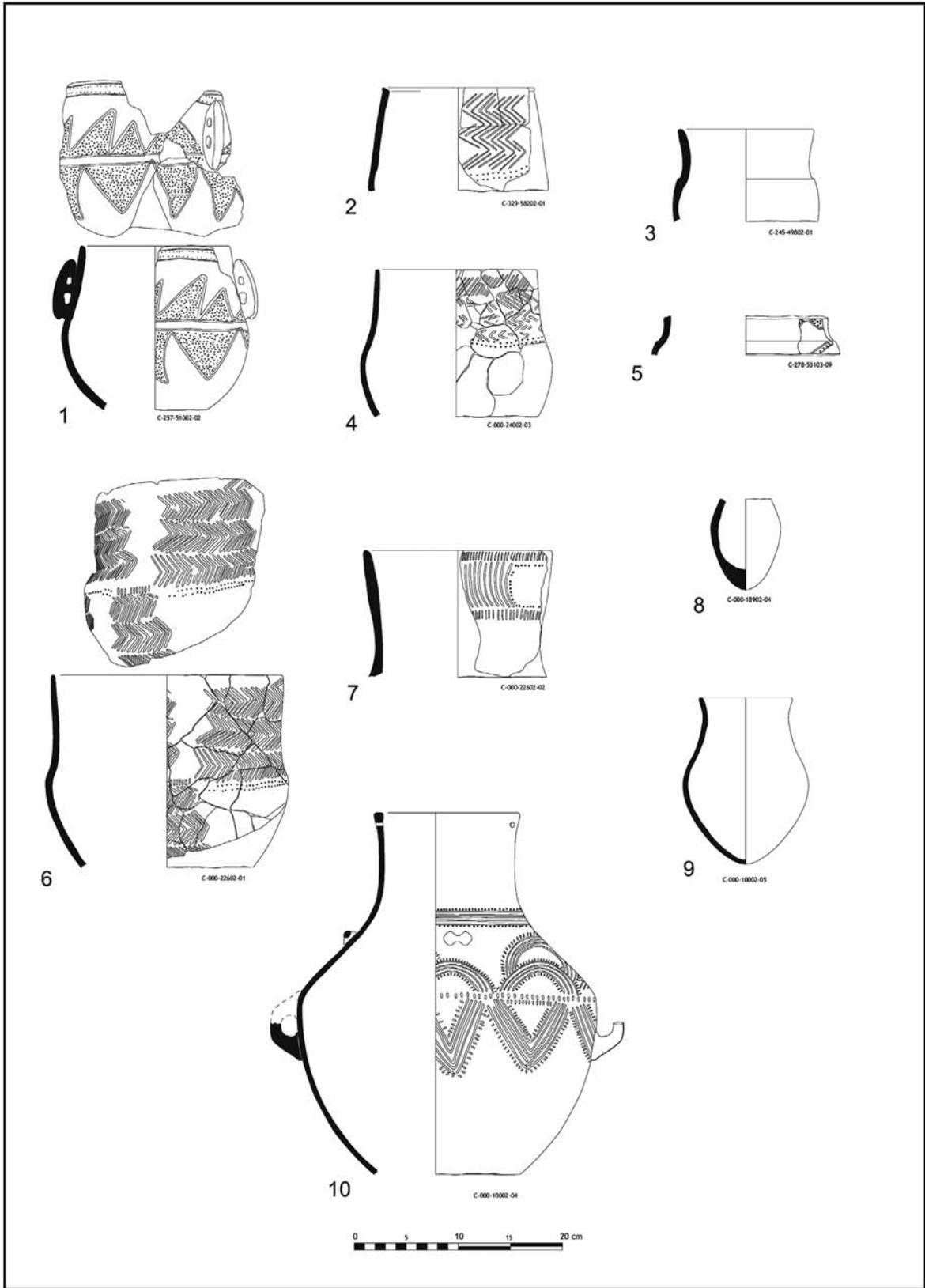


Figura 4.- Orzas, vasos carenados, botellas y cántaros.

8E: Esta cerámica comparte bastantes rasgos con el tipo 8B (cuerpo de perfil ovoide, base convexa); sin embargo, en esta variante el borde se proyecta recto, con una ligera tendencia exvasada. A diferencia del tipo 8B, presenta una envergadura más pequeña (diámetro de borde entre 28 y 38 centímetros) y no se ha recuperado ningún fragmento con decoración plástica. El tipo 8E es la única variante que aparece asociada tanto a conjuntos inciso-impresos como lisos.

En contextos actuales se usa para el almacenaje y en la fermentación de la cerveza (González-Ruibal, 2005, 48, fig. 7).

ORZA. TIPO 9

Es un tipo poco registrado en el yacimiento, caracterizado por tener un cuerpo esférico de base convexa, con un perfil que en su mitad superior tiene una tendencia reentrante. El diámetro de la boca oscila entre los 12 y los 17 centímetros. Otro rasgo es que normalmente presenta algunos elementos de presión exclusivos, como orejetas o mamelones y se documenta tanto en conjuntos lisos como en decorados. Presenta las variantes que describimos a continuación:

9D: Esta variante, de la que únicamente tenemos un ejemplar, se recuperó dentro de un conjunto liso. Es un tipo cerámico que tiene un cuerpo más bien cilíndrico que acaba en un borde cóncavo de tendencia exvasada. Es además el espécimen de menor tamaño.

9E: Es el más común de las tres variantes y está caracterizado por tener un cuerpo esférico (en algunos ejemplos bastante acusado) con un borde ligeramente cóncavo y de tendencia convergente. Es a su vez un recipiente sólo documentado en conjuntos inciso-impresos que tiende a desarrollar una decoración profusa.

9F: Variante de la que tenemos exclusivamente dos ejemplares decorados. En apariencia, es un vaso cerámico de cuerpo esférico, pero en este caso la proyección del borde es recta, con una inclinación hacia el interior. Los bordes de esta forma presentan un labio biselado hacia el interior.

Caracterizado por su fácil transportabilidad, parece tratarse de un vaso polifuncional (guardar y fermentar, servir, etc.) si bien sus elementos de presión y su profusa decoración (incluso en el tercio inferior del vaso, incluyendo restos de tratamiento de la superficie con almagre) apuntan a que no sería usado habitualmente en labores que requieran su exposición directa al fuego.

VASO CARENADO. TIPO 10

Se trata de una forma muy poco registrada en el yacimiento que, al igual que el tipo 9, su configuración surge de la unión de dos volúmenes, aunque en este caso mediante una inflexión más marcada. Los cuatro ejemplos estudiados (durante el inventario se documentó un quinto fragmento en una estructura no incluida en la base de datos), se han recuperado formando parte de conjuntos inciso-impresos. Aunque también hay un ejemplar liso, lo usual es que desarrollen una compleja decoración, especialmente a base de zigzags verticales. Las variantes aparecidas son las que siguen:

10A: El único ejemplar perteneciente a esta variante es un recipiente, cuya mitad inferior es un cuerpo esférico de base convexa a partir del cual, mediante una suave inflexión, surge una pared prácticamente recta. A su vez, es el que presenta mayor envergadura (22 centímetros de diámetro de borde). Presenta una profusa decoración inciso-impresa mediante zigzags verticales y una línea doble de puntos marcando la inflexión de la carena.

10D: Es la variante más pequeña de las tres (13 centímetros de diámetro del borde), siendo el rasgo más característico la existencia de una inflexión que marca el cambio de trayectoria del cuerpo. El tipo 10D se caracteriza por tener un borde ligeramente exvasado, habiéndose documentado un ejemplar liso y dos fragmentos que se caracterizan por presentar una decoración de triángulos rellenos con un puntillado.

10E: La variante 10E es prácticamente una copia del tipo 10A, sin embargo en este caso el borde se inclina hacia el interior y su formato es más pequeño (15 centímetros). No obstante reproduce los mismos motivos decorativos (zigzags verticales y doble línea de puntos en la carena).

Al igual que para el tipo 9, parece tratarse de un vaso polifuncional, igualmente muy decorado incluso en el tercio inferior del vaso y también con restos de tratamiento a la almagra. Los únicos paralelos etnoarqueológicos que hemos encontrado se encuentra en el repertorio de los maos de Etiopía, siendo su función principal fermentar la pasta de cereal (González-Ruibal, 2005, 48, fig. 8, 4).

BOTELLA. TIPO 11

Recipiente de cuerpo fusiforme, con cuello incipiente y borde cóncavo que se abre hacia el exterior. Apenas se han registrado tres ejemplares; no obstante, por el momento sabemos que sólo se documenta relacionado con los conjuntos inciso-impresos de Costamar. Pueden ser decorados o lisos y tienen un tamaño más bien pequeño (borde de 9 centímetros de diámetro).

Su forma la hace propicia para el trasiego y servicio de líquidos, tanto en contextos de uso domésticos como rituales.

CÁNTARO. TIPO 12

Este recipiente, con distintas variantes, se caracteriza por tener un cuerpo de forma esférica u ovoidal (en los modelos de inspiración cucurbitácea), cuyo elemento más sobresaliente es el desarrollo de un cuello que acaba en un borde, cuyo diámetro por lo común es mucho menor que el resto del cuerpo. Cuenta con una representación destacable frente a otros recipientes. Estos rasgos hacen de este vaso cerámico un contenedor apropiado para líquidos. Siempre se ha documentado asociado a la fase inciso-impresa y pueden ser lisos o decorados. También parece que la mayor parte de ellos poseen asas o elementos de suspensión. Estas son las variantes aparecidas:

12A: Este tipo es muy poco frecuente y todos los fragmentos carecen de decoración. Quizás desde un punto de vista formal sea la variante que más se aleje del prototipo descrito, ya que su diámetro de boca, de tendencia recta, alcanza los 16 centímetros, acercándose en anchura al diámetro mayor del vaso cerámico.

12D: Aunque es posible que este tipo de cántaro tenga variantes lisas, en líneas generales es un recipiente que desarrolla una rica decoración en la que suele combinar distintas técnicas (incluida la decoración plástica). Todo indica que podrían existir diferentes formatos, que en el caso de los ejemplos más pequeños alcanza los 8 centímetros de diámetro de borde y en los más grandes los 18 centímetros. Formalmente, esta variante es la que responde mejor a las características de un recipiente con cuello, es decir, es la forma en la que este rasgo es más acusado. La tendencia del borde es que se incline ligeramente hacia el exterior.

12E: El tipo 12 E es el más común de todos, con un claro predominio de los ejemplares lisos. En este caso, el borde (cuyo diámetro oscila entre los 8 y los 12 centímetros), tiende a inclinarse hacia el interior del recipiente, en la que se diferencia menos la transición entre el cuerpo y el cuello. Es en definitiva un ejemplar quizás más inspirado en los modelos cucurbitáceos.

Las características formales de este vaso parecen encaminadas al trasiego y almacenaje de líquidos, incluyendo el procesado mediante fermentación de bebidas alcohólicas.

ANFOROIDE. TIPO 13

Únicamente se ha estudiado un fragmento de borde de este tipo; sin embargo el arranque del cuerpo permite adivinar cómo este vaso se correspondería con algunos recipientes documentados en otros yacimientos; se caracterizan por poseer borde recto o un poco exvasado, como sería nuestro caso, cuello diferenciado, cuerpo fusiforme similar al de una peonza y una base convexa. Normalmente, suelen poseer dos asas u otros elementos de presión enfrentados. Esta variante, que en nuestro ejemplar carece de decoración, se ha documentado asociada a un conjunto inciso-impreso. Como en el caso del cántaro, sus características lo hacen apropiado para contener líquidos. A este respecto, debemos hacer notar su parecido formal con diversos vasos estudiados por la etnoarqueología, en los que su uso está destinado al almacenaje y fermentación de la cerveza y la hidromiel (González-Ruibal, 2005, 46, fig. 2, 1; 47, fig. 6).

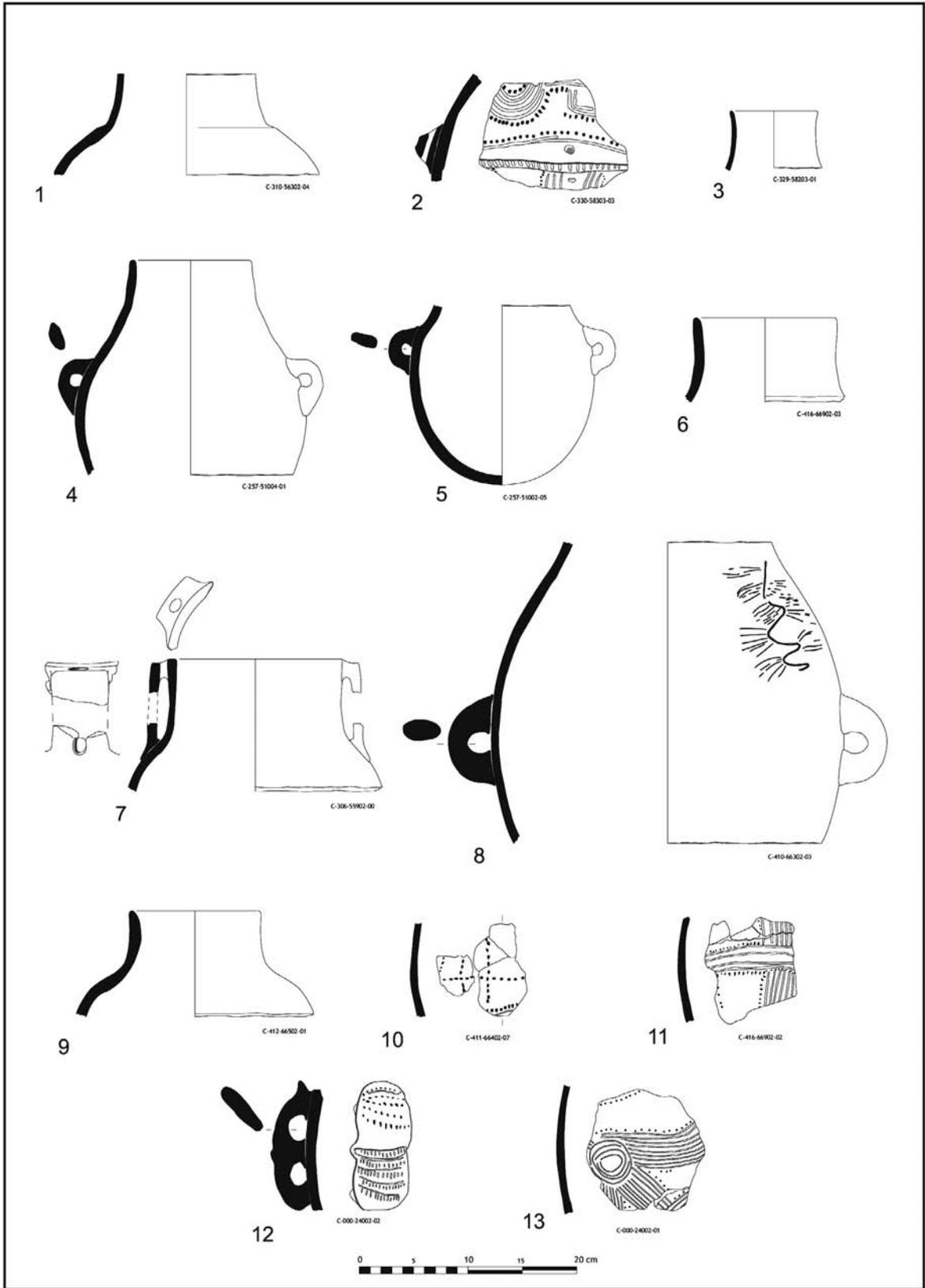


Figura 5.- Cántaro, anforoides y fragmentos decorados.

PLATO/TAPADERA. TIPO 14

Apenas se ha documentado un ejemplar que nos ha servido para identificar este tipo, que apareció asociado a un conjunto inciso-impreso. La enorme inclinación que presenta el borde sólo permite considerar dos opciones formales: o bien se trata de un plato muy abierto, o bien de una tapadera que por su diámetro (31 centímetros) probablemente serviría para tapar un contenedor de gran tamaño. Los fragmentos recuperados carecen de decoración.

VARIA. TIPO 15

Bajo esta denominación recogemos aquellos elementos cerámicos que no pueden clasificarse bajo los anteriores epígrafes. Por el momento, en la base de datos hemos incluido dos tipos:

15H: Se ha documentado en un conjunto inciso-impreso y posee una rica decoración. Se trata de fragmento totalmente plano que presenta una especie de borde con una inclinación horizontal. No estamos muy seguros de que se trate de un recipiente; de hecho no se puede descartar que tuviese una función ornamental, es decir, que fuese una especie de placa decorativa. Por el momento, no podemos ofrecer muchos más datos ya que se trata de un fragmento del que no poseemos mas ejemplos.

15.1: Bajo esta denominación designamos a los discos, es decir, fragmentos recortados de manera intencional, por lo general en forma circular a partir de los restos de recipientes rotos (un ejemplar, fragmentado por la mitad y con perforación central, parece presentar una forma hexagonal). Por el momento se han documentado seis casos, siendo curiosa su asociación: en la estructura 230-430 apareció el hexagonal –con perforación central– y dos circulares –uno con perforación central y otro no–. En la estructura 000-140 aparecieron nuevamente otros dos circulares, presentando uno de ellos perforación central. El sexto ejemplar se recuperó aislado en el grupo estratigráfico 071-342, es circular, también con perforación central y se ha realizado sobre un fragmento decorado.

Este tipo de piezas podrían haberse usado como tapones, como elementos en el procesado de fibras textiles, como fichas de juego e incluso podrían relacionarse con actos simbólicos (artes adivinatorias, amuletos, etc.); así, las que presentan perforación central parecen destinadas a cumplir una función ornamental, como la 15H, (¿colgantes?), si bien ello no excluye su posible atribución simbólica.

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LAS FORMAS CERÁMICAS

Todo el repertorio cerámico aparecido en el yacimiento de Costamar, desde el punto de vista formal tiende a reproducir líneas simples, normalmente con cambios en la trayectoria de las paredes del vaso poco marcadas. Esta simplicidad formal, permite agrupar a la mayoría de las diferentes variantes en tres grandes familias que se pueden comparar con vasos documentados en otros yacimientos del mismo horizonte cultural, sobre todo en sus fase más antigua: vasos de cuerpo esférico o globular, contenedores de forma ovoide o troncocónica (tamaño medio o gran formato), y por último, lo que podríamos llamar vasos con cuello.

– **Vasos de cuerpo esférico o globular.** Agrupan una amplia gama de recipientes con funcionalidad y formatos diferentes, equiparables a cuencos de distinto tamaño, vasitos y una serie de formas globulares de borde reentrante que hemos denominado ollas; este tipo de vasos está bien representado en el conjunto cerámico de Costamar (28 por ciento). La mayor parte de los tipos poseen unos rasgos muy similares: diámetro mayor situado en la boca del recipiente, cuerpo de tendencia esférica y bases convexas. Pueden presentar asas o alguna clase de elemento de prensión (mamelones), aunque es normal que carezcan de ellos. En ocasiones, a partir del borde es complicado establecer a que tipo concreto pertenece, siendo determinante en muchos casos el diámetro de la boca.

En esta familia se pueden incluir el vasito tipo 2, el cuenco tipo 4 y, aunque en el yacimiento de Costamar son menos frecuentes, la olla tipo 5, normalmente con un tamaño muy superior.

Este tipo de cerámicas tienen una gran representación en los yacimientos de época neolítica. La gran mayoría de las formas descritas se pueden correlacionar con los grupos V, VI, VII y XIII de la tipología de Joan Bernabeu (1989, 23 y ss., fig. II.5, 6, y fig. II.37-40; *cfr.* Bernabeu, Molina, Guitart *et alii*, 2009, 19-21); formas 1 y 2 del trabajo de Nuria Ramón sobre la cerámicas neolíticas antiguas de Aragón (Ramón, 2006, 136, 138, 140, 142-145, 147, 177 y lám. 1-9) y con alguna de las denominaciones recogidas por Carme Olària para los estudios de Cova Fosca: cuenco-cazo, cuenco tipo bol, cuenco de paredes rectas, etc. (Olària, 1988, 187).

– **Contenedores de forma ovoide o troncocónica (tamaño medio o gran formato).** Son las formas preponderantes en este yacimiento (48 por ciento). Abarca un grupo de piezas que por lo común presentan un diámetro de boca considerable, con un borde de tendencia reentrante o recta; no obstante, también se han registrado variantes exvasadas (tipos 7C y 8C). Son vasos de gran capacidad, probablemente asociados al almacenaje de sólidos o líquidos, si bien se han catalogado piezas de menor tamaño. Tienen base cónica y pueden poseer elementos de presión y por lo común la altura de estos vasos cerámicos es su rasgo métrico más sobresaliente. En nuestro caso, los recipientes cerámicos que responden a estas características son el vaso troncocónico tipo 7 y la tinaja tipo 8.

Se trata de formas ampliamente documentadas en yacimientos neolíticos castellanenses como la cercana Cova de Petrolí en Cabanes (Aguilella, 2002-2003a) o la Cova de les Bruixes en Rossell, Castellón (Mesado, 2005) y que se encuentran con frecuencia en las tipologías al uso. Son cerámicas que se pueden asimilar a la clase C/grupo XIV dentro de la tipología de Bernabeu (1989, 38, ss., fig. II.21-25; *cfr.* Bernabeu, Molina, Guitart *et alii*, 2009, 21) o bien el grupo formado por las cerámicas ovoides y en forma de “saco” en la tipología de Cova Fosca de Olària (1988, 186 ss.). También se asemejan a la forma 3a y 3b del estudio Nuria Ramón sobre neolítico antiguo aragonés (Ramón, 2006, 178, 181, láms. 10-11).

– **Vasos con cuello.** En este epígrafe se incluyen aquellos recipientes, normalmente de cuerpo globular, que presentan cuello, ya sea marcado o no, y con una abertura de boca mucho menor que el diámetro de cuerpo. A veces combinan diferentes tipos de asas. No se trata de un grupo tan numeroso como los anteriores (13 por ciento), si bien en este yacimiento ha alcanzado cierto grado de representación (a excepción del tipo 13 del que solo hemos estudiado un individuo). Son recipientes cuyas características los hacen apropiados para el servicio, contención y transporte de líquidos, lo cual no excluye otras funciones.

La botella tipo 11, el cántaro tipo 12 (incluyendo la variante 12A, más atípica) y el anforoide tipo 13, son los prototipos definitorios de este grupo.

Este tipo de formas cuentan con paralelos en otros yacimientos cuya representatividad dentro del registro arqueológico, al igual que ocurre en Costamar, suele ser modesta. Los recipientes con cuello se pueden relacionar con el grupo XII de Bernabeu (1989, 31, fig. II.11-15; *cfr.* Bernabeu, Molina, Guitart *et alii*, 2009, 21) y la forma 6 de Ramón (2006, 193, 195, lám. 16-17). A su vez, se puede establecer cierta comparación con algunas formas recogidas por Carme Olària, bajo el epígrafe de “botellas” o “pseudos-botellas” (Olària, 1988, 188).

Dentro de estas tres familias se encuentran los recipientes que constituyen la base del repertorio aparecido en el yacimiento de Costamar, agrupando un total de 159 individuos (89 por ciento). Destacan por su abundancia el vaso troncocónico tipo 7 (28 por ciento) y la tinaja tipo 8 (20 por ciento), seguido del cuenco tipo 4 (17 por ciento), el cántaro tipo 12 (11 por ciento) y el vasito tipo 2 (10 por ciento).

El resto de formas, más difíciles de vincular a estos tres grandes grupos, son menos usuales. En este apartado habría que incluir algunos recipientes de tendencia esférica pero de perfil bajo como la escudilla tipo 3 (2 por ciento), así como recipientes más extraños como el plato/tapadera tipo 14 (1 por ciento) o el tipo 15 (1 por ciento), –como ya hemos dicho, en el caso de la 15H no descartamos que sea una placa decorativa relacionada con los discos con perforación–. Así mismo, dentro de este apartado habría que incluir la orza tipo 9, con una representación ligeramente mayor que las anteriores (3 por ciento). Los recipientes de base plana, como la fuente tipo 1 y la cazuela tipo 6 (ambos con un 1 por ciento), son exclusivos de los conjuntos asociados a la fase lisa (neolítico final/eneolítico).

Es interesante señalar que hay una serie de recipientes y atributos formales que están presentes en otros yacimientos del neolítico valenciano, que sin embargo no se han observado en el yacimiento de Costamar. En este sentido, carecemos de vasos provistos de una sola asa, ya sean jarros o cubiletes; tampoco se han registrado formas semejantes a cilindros de base plana, vasos geminados y toneles, destacando igualmente la ausencia de asas sobreelevadas, asas pitorro o tuneliformes, siendo por tanto elementos diferenciadores que pueden obedecer a características formales regionales.

EL REPERTORIO INCISO-IMPRESO Y LOS ASPECTOS ORNAMENTALES

Gran parte de los aspectos tipológicos, ya han sido referidos en el anterior apartado. De cualquier manera, es evidente como los conjuntos inciso-impresos desarrollan una variabilidad formal mucho mayor que la aparecida en la fase posterior, tanto en recipientes simples como complejos, con unos valores métricos en los que suele primar la profundidad. En todos los casos los recipientes tienen bases convexas, así como una mayor presencia de los elementos de prensión (asas dobles, múltiples, orejetas, inclusive algunos tipos de mamelones).

En la muestra estudiada, el repertorio de tipos y variantes que se ha documentado para esta etapa es el siguiente: vasito (2B y 2C); escudilla (3C); cuenco (4A, 4B y 4C); olla (5F); vaso tronco-cónico (7B, 7C, 7D y 7/8C); tinaja (8B, 8C y 8E); orza (9E y 9F); vaso carenado (10A, 10D y 10E); botella (11D); cántaro (12A, 12D y 12E); anforoide (13D); plato/tapadera (14G); y varia (15H).

Recordemos que para esta *facies* cerámica poseemos una datación radiocarbónica que nos sitúa a inicios del V milenio cal BC.

El estudio de la decoración encierra un alto grado de complejidad; por ello, se ha generado todo un conjunto de herramientas que nos permiten acercarnos a esta cuestión. El objetivo que se pretende es llegar a definir cada uno de los atributos que componen la decoración (elementos), su organización (estructura), su agrupación (motivos) así como el modo en que estas unidades forman entidades ornamentales más complejas (esquemas decorativos). De la misma forma que han hecho anteriores trabajos, otro de los propósitos que se ha tenido presente es la creación de un *thesaurus* de decoraciones (véase CD adjunto).

El 12 por ciento del material estudiado está decorado y se asocia sin excepción a la fase de cerámicas inciso-impresas. Esto en apariencia puede parecer una proporción pequeña; sin embargo, si analizamos el número mínimo de individuos (bordes), el número de vasos decorados es superior a los lisos –58 por ciento frente al 42 por ciento del total estudiado– (véase gráfico 01 en CD adjunto). Ello implica que una cifra importante de fragmentos informes lisos, originariamente perteneció a las partes no decoradas de las piezas. Este dato nos es extraño si se tiene en cuenta, que en la mayor parte de los vasos cerámicos decorados, la decoración se concentra en su tercio superior (78 por ciento; véase el gráfico 10 sobre la ubicación de la decoración en CD adjunto), siendo el resto del cuerpo del recipiente liso.

En la muestra estudiada, las técnicas decorativas básicas que se han documentado son las siguientes: incisión, impresión, plástica y almagra. A este listado habría que añadir todas las combinaciones que se dan entre estas técnicas decorativas (incluyendo la técnica de la decoración plástica que puede ser aplicada o no aplicada), por lo que tenemos cuatro técnicas principales que han permitido la documentación de un total de 15 combinaciones (véase el gráfico 05 sobre las técnicas decorativas en el que se desglosan cada una de las combinaciones registradas en Costamar).

No obstante, la incisión y la impresión, ya sea en solitario o empleadas conjuntamente, destacan con fuerza por encima del resto de técnicas (véase gráficos 04 y 05 del CD adjunto). En el material estudiado se observa que ambas están presentes en el 91 por ciento de los fragmentos decorados, de ahí que para referirnos a esta fase de ocupación de Costamar hayamos empleado la denominación “conjuntos inciso-impresos”.

En cuanto a la decoración plástica, la decoración aplicada es muy superior a la no aplicada (12 por ciento frente a un 2 por ciento escaso que alcanza la segunda). En la mayor parte de los casos, los elementos aplicados suelen ser cordones que pueden recibir alguna clase de tratamiento posterior. Sin embargo, la decoración no aplicada, por lo común se realiza pellizcando o modelando la superficie del recipiente con un instrumento, de tal forma que en la sección del fragmento no se aprecia diferencia entre la superficie y el elemento en relieve conseguido.

Dentro de los fragmentos con restos de almagra se incluyen tanto aquellos en los que la aplicación del óxido de hierro se incrusta en el interior de la incisión o la impresión (lo que en este yacimiento es más bien atípico), como la decoración cubriente de la superficie del vaso mediante la técnica de la aguada. La representación de la técnica dentro del conjunto no alcanza el 7 por ciento, cantidad que a nuestro juicio se queda baja con respecto al peso real que tendría esta técnica dentro de las cerámicas de este yacimiento; las condiciones de conservación evidentemente han sido un factor importante por la erosión de las superficies de los fragmentos, lo que sin duda a debido de reducir en gran medida la muestra.

Dejando de lado aquellos recipientes que carecen de decoración, la pauta general es que en la mayoría de los vasos cerámicos el repertorio decorativo se plasma con la técnica inciso-impresa, si bien hay que hacer notar que, tanto en el vasito tipo 2, como en el cántaro tipo 12, hay un claro predominio de los recipientes lisos, aunque hay especímenes decorados en ambos casos –de hecho, algunos ejemplos de cántaros se encuentran entre las piezas más ricamente decoradas–.

La decoración plástica sólo se ha registrado en el vaso troncocónico tipo 7, la tinaja tipo 8 y el cántaro tipo 12. Es interesante observar cómo la ornamentación plástica es la técnica predominante en la forma tinaja (casi la mitad de estos recipientes reproducen esta decoración; véase el gráfico 06 del CD adjunto), incluso por encima de la incisión y la impresión, mientras que en el cántaro y en el vaso troncocónico su presencia es más bien anecdótica.

Los recipientes en los que se han registrado restos de almagra son el vasito, el cuenco, el vaso troncocónico, la orza, el vaso carenado y el tipo 15 H. De entre todos estos, es en los cuencos donde se documenta con mayor asiduidad (no obstante en un porcentaje poco representativo si se compara con el resto de técnicas que se documentan en esta forma).

Otros elementos que definen y dan gran homogeneidad a los conjuntos decorados del neolítico antiguo de Costamar, son la ausencia total de impresión cardial y de boquique, habiéndose registrado únicamente tres fragmentos con impresión de gradina, documentados en una misma estructura (grupo estratigráfico 334-587).

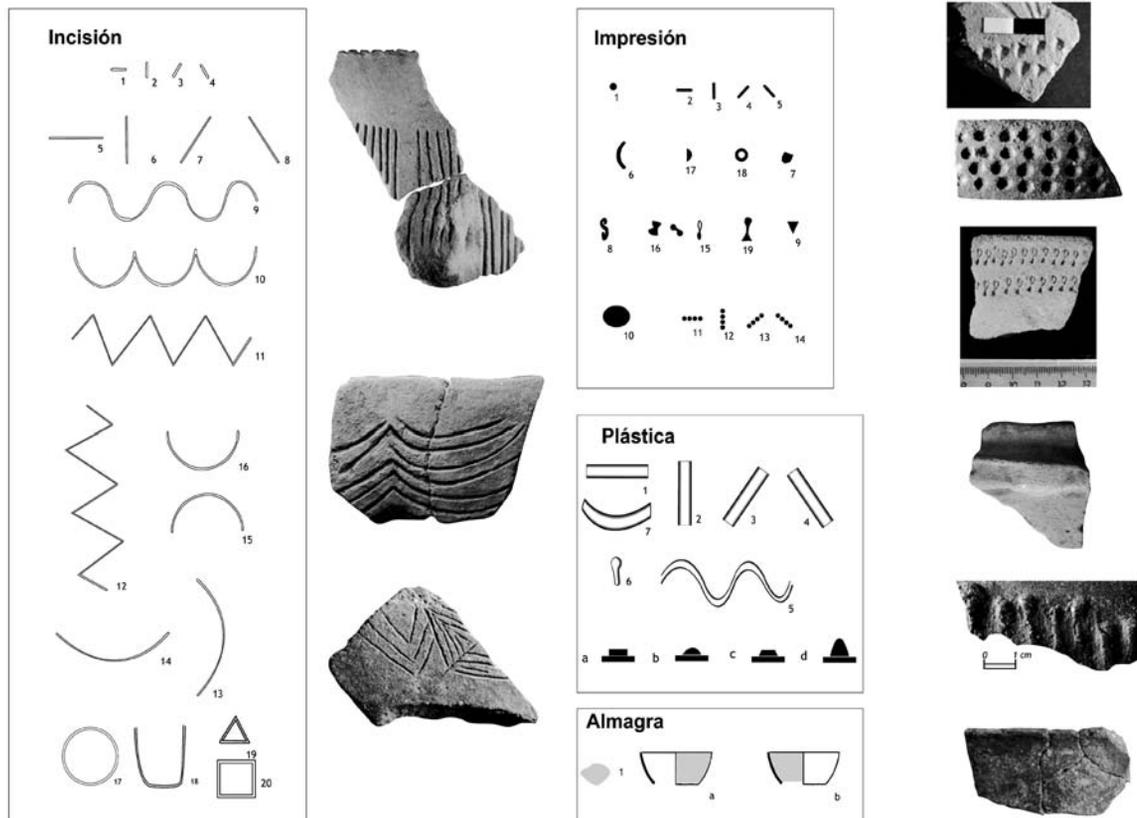


Figura 6.– Codificación de elementos decorativos.

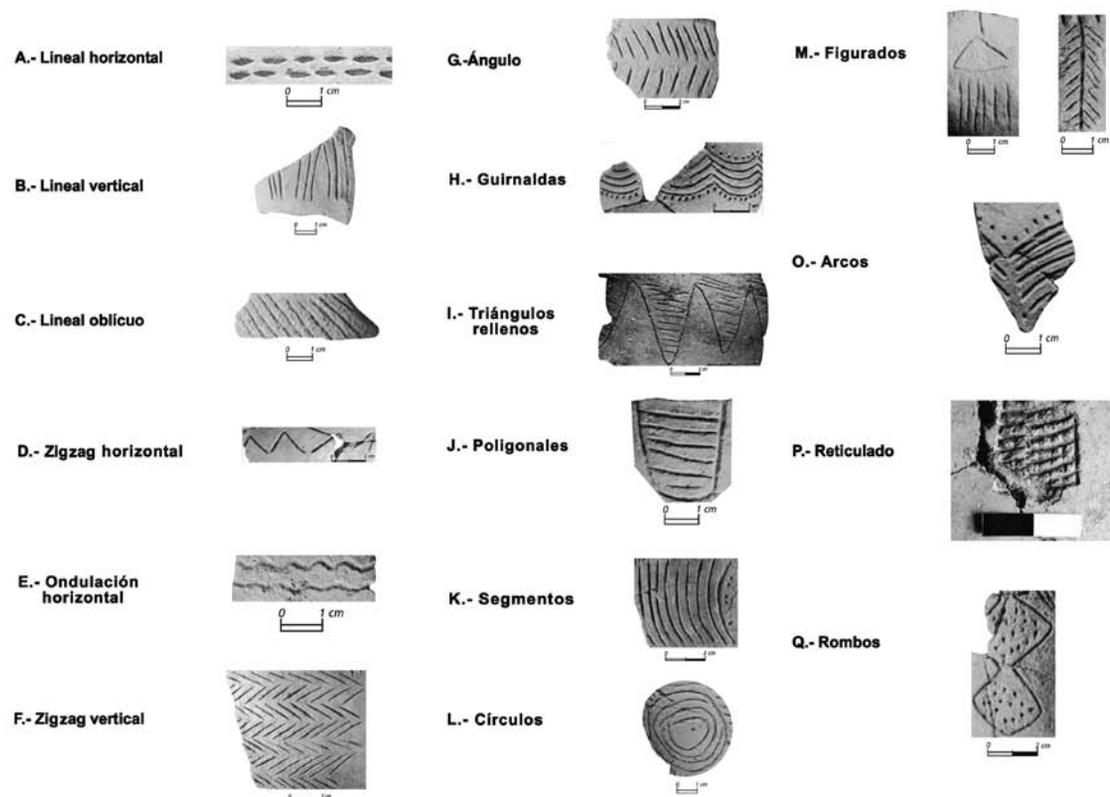


Figura 7.- Familias de motivos decorativos.

Así mismo, la diversidad de situaciones a la hora de plasmar la decoración en el vaso cerámico es amplia. No son escasos los fragmentos en los que la ejecución de la ornamentación se lleva a cabo con un solo instrumento, con independencia de que se haya empleado técnica incisa o impresa en la misma superficie, observándose diversos ejemplos en los que se han utilizado varios instrumentos sobre el mismo vaso (en cualquier caso, estos aspectos son cuestiones que se encuentran en un estadio bastante inicial del análisis).

En el proceso de clasificación se ha prestado especial atención a los motivos decorativos que aparecen en los recipientes, cuya intención última, como dijimos, sería la construcción de un *corpus* decorativo. Recopilar los motivos que se plasman en los fragmentos, ha permitido comprobar la existencia de una gran diversidad y riqueza de diseños decorativos (véase CD adjunto). Para su clasificación se han tenido en cuenta diversos aspectos: en primer lugar, se aislaron los elementos decorativos básicos (Fig. 6; véanse igualmente las tablas 07 y 08 del CD adjunto).

La agrupación de elementos generan los motivos decorativos, cuya estructura (aplicación de una o varias técnicas combinadas sobre el mismo vaso) acaban por formar las familias o agrupaciones de los motivos que nos han permitido crear el *corpus* decorativo. La documentación gráfica puede verse en las tablas 09 a 12 del CD adjunto, donde se clasifican todos los motivos registrados en el estudio decorativo de Costamar; el sistema de codificación se explica de modo esquemático en la Fig. 8 (véase tabla 14 Codificación de los motivos cerámicos en el CD adjunto) mientras que en el documento 20 del CD se presenta el *thesaurus* decorativo completo con sus correspondientes códigos.

Se han aislado siguientes familias o agrupaciones de motivos (Fig. 7):

Motivos lineales: Como su nombre indica se incluye en esta categoría todos aquellos diseños definidos por un disposición lineal de los elementos, ya sea horizontal, vertical u oblicua.

Zigzags: Todos aquellos motivos que forman una franja que en su desarrollo crean ángulos alternativos, entrantes y salientes, ya sea en posición horizontal o vertical.

Ondulación: Bajo este término se han incluido los diseños que forman una franja en cuya configuración se reproduce una figura en "s" encadenada.

Ángulo: Esta categoría comprende todos aquellos diseños que reproducen esta forma geométrica.

Guirnaldas: Se ha empleado esta denominación para referirse aquellos motivos, generalmente combinados con una franja horizontal de la que penden semicírculos encadenados.

Triángulos rellenos: Como su nombre indica, serían todos aquellos diseños que reproducen esta figura geométrica, normalmente encadenando varias de ellas en su desarrollo y con alguna clase de relleno (puntillados, líneas paralelas).

Poligonales: En esta definición hemos incluido todas aquellas figuras de carácter poligonal. Normalmente, es un diseño que reproduce un rectángulo en posición vertical con los ángulos curvos. El interior está completado por una trama de relleno.

Segmentos: Los segmentos serían todos los que reproducen una porción de círculo en distinta orientación.

Círculos: Tal y como su nombre indica se trata de todos aquellos diseños en forma círculo.

Figurados: Motivos que reproducen en su trazado elementos de carácter figurativo (vegetales, soliformes, antropomorfos, etc.).

Arcos: Con este término aludimos a los motivos formados por una franja horizontal, en cuya composición se incluyen semicírculos encadenados. La abertura del semicírculo se sitúa en la parte inferior (a diferencia de las guirnaldas que se emplaza en la parte superior).

Reticulados: Diseños diversos que están compuestos por una trama formada por el cruce de líneas.

Rombos: Motivo decorativo que emula esta forma geométrica. Puede aparecer aisladamente o formando encadenados.

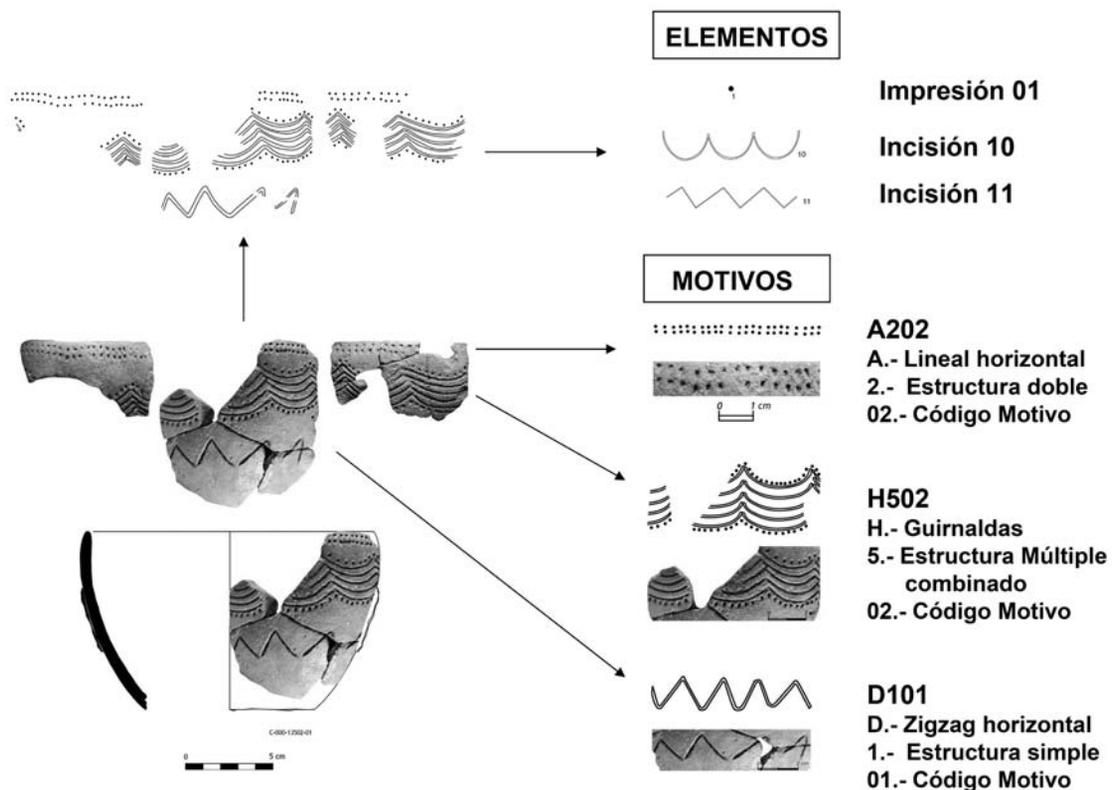


Figura 8.— Proceso de identificación y codificación de los motivos decorativos.

Dentro del yacimiento Costamar hay un claro predominio de los motivos lineales horizontales, seguidos de los motivos en zigzag vertical (véase el gráfico 07 de técnicas y motivos decorativos en el CD adjunto). El resto de agrupaciones aparecen de manera menos frecuente; de hecho, algunas de estas familias sólo están representadas por un motivo exclusivamente. La plasmación de estos motivos suele ser, en la mayoría de los casos, en frisos horizontales.

Junto a la delimitación individual de cada uno de los diseños que aparecen en el yacimiento, se ha seguido otra línea de trabajo, aún no concluido, que pretende observar la asociación existente entre las formas cerámicas y los motivos decorativos (véanse las tablas 15 y 16 del CD en las que se distribuyen los motivos decorativos según los tipos formales).

En este sentido, hemos constatado cómo las formas cuenco, vaso troncocónico y tinaja hacen uso de una mayor variedad de motivos en la decoración que el resto de morfotipos, si bien ello no es necesariamente un sinónimo de complejidad. Así, se percibe que algunas formas muestran una especialización decorativa, es decir, tienden a reproducir generalmente un tipo de diseños concretos.

Un dato que ejemplifica esta situación lo constituyen los vasitos tipo 2, en los que por el momento sólo se han documentado decorados con motivos lineales; mayor asociación parece darse en los vasos carenados de perfil más sinuoso (tipos 10A y 10E) donde el predominio absoluto es el zigzag vertical, mientras que la forma con carena más acusada (10D) se asocia a triángulos rellenos. En definitiva, el objetivo que se persigue es reconstruir el repertorio decorativo de cada tipo, cuáles son los motivos que son compartidos, o de otro modo, cuáles tienden a ser más propios de ciertas formas cerámicas. Este trabajo aún se encuentra en sus inicios y deberemos esperar a tener el estudio completo para determinar si existen asociaciones estadísticamente significativas, en especial de aquellos motivos decorativos más recurrentes (por ejemplo la asociación del zigzag vertical con determinados vasos) e intentar determinar rasgos propios y comunes con otros yacimientos.

Siguiendo el mismo enfoque, se ha realizado una codificación de los esquemas decorativos según se observa en la figura 9.

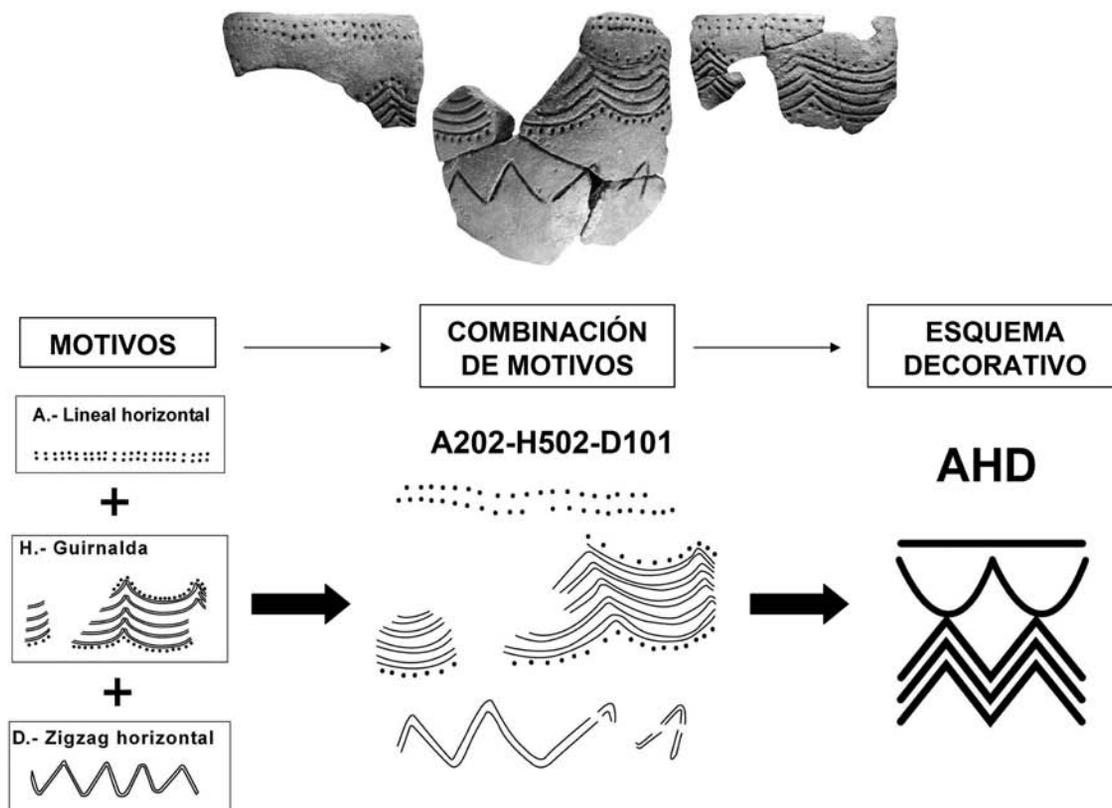


Figura 9.- Codificación de los esquemas decorativos.

La generación de los códigos a partir de la combinación de los motivos decorativos se presenta en la tabla 18 del CD adjunto, mientras que la relación entre los esquemas y los tipos formales pueden verse en la tabla 19. Mediante estos esquemas se pretende obtener datos relacionados con la distribución recurrente de motivos, combinaciones que, de un modo u otro, identifican cánones compositivos que pueden estar relacionados con la forma del vaso, con estilos propios que son aprendidos y transmitidos, con imitaciones de otros modelos, etc. Se trata de un amplio campo en el que habrá que cotejar los diferentes esquemas documentados en Costamar con los de otros yacimientos, máxime cuando se observan combinaciones complejas muy similares que pueden encontrarse en ámbitos lejanos y que contribuyen a definir el lenguaje simbólico neolítico a través de la ornamentación de los vasos.

EL ANTROPOMORFO OCULADO DE COSTAMAR

Dentro de los materiales recuperados en el asentamiento neolítico de Costamar, sobresale un cántaro que presenta una composición de gran complejidad, cuyo motivo principal lo constituye un antropomorfo (número de inventario C-000-10002-04). El motivo aparece en un vaso cerámico que se corresponde con el tipo 12D de la tipología de Costamar. Se trata de un recipiente que alcanzaría una altura entre 36 y 40 centímetros, un diámetro de boca de 12 centímetros y 29 centímetros de diámetro máximo, habiéndose estimado una capacidad aproximada de 16 litros. Presenta diferentes elementos de prensión, en concreto, dos asas simples verticales enfrentadas, una orejeta horizontal (aunque es posible que tuviese alguna más) y conserva 14 perforaciones a lo largo del borde, (si bien como luego veremos, por el ritmo en el que aparecen, lo más probable es que la cantidad total alcanzase los 22 agujeros).

Toda la decoración se ha ejecutado mediante la combinación de distintas técnicas decorativas, que en la mayor parte de los casos ha sido realizada con un único instrumento de punta redonda, con un diámetro de unos 3-4 milímetros. La incisión ha sido el recurso preferente, no sólo en los trazos largos sino también en los cortos. Únicamente en algunas zonas del dibujo, los trazos incisos cortos son sustituidos por impresiones, que presentan una matriz de sección circular, realizados con la punta del instrumento. Con todo, a veces resulta complicado distinguir las impresiones de las incisiones, especialmente en el caso de los trazos cortos. Junto a estas dos técnicas, que constituyen la base fundamental del dibujo, a su vez, el vaso presenta ejemplos de decoración plástica con impresiones.

El dibujo que se muestra en la figura 10, es una proyección de la decoración realizada sobre la superficie del cántaro, que a escala 1:1 ocupa un espacio cercano a los 80 por 30 centímetros. La plasmación en dos dimensiones del dibujo ha tenido que resolver diferentes problemas, todos ellos derivados de los fuertes cambios de trayectoria que experimenta la pared del vaso cerámico (véanse las fotos en el CD adjunto y Láms. VI-VII). Fundamentalmente, el principal escollo ha sido la gran diferencia de diámetro entre el cuello (12 centímetros) y la carena (28 centímetros), lo que ha obligado a distorsionar ciertas partes del dibujo para adaptar todo el diseño a un plano horizontal. Así mismo, se advierte que algunos segmentos de la decoración han sido reconstruidos; a pesar de ello, los fragmentos faltantes no han dificultado en exceso este proceso.

Toda la decoración se estructura en dos campos claramente diferenciados, siendo el límite de separación de las dos escenas las asas verticales simples y especialmente la presencia de dos cordones verticales aplicados y decorados con impresiones. El único diseño que circunda todo el recipiente se desarrolla en la línea de la carena y es un motivo lineal horizontal ininterrumpido, formado por uno o dos trazos cortos verticales según la parte del cántaro. La composición frontal está definida por la presencia de un antropomorfo que ocupa todo el campo decorativo, desde el borde hasta la base (en este caso cercenada por la rotura del vaso). Es la línea de la carena la que parece marcar una división entre lo que sería la parte superior del tronco y la inferior.

El rostro de la figura o quizás la nariz si nos atenemos a otros paralelos como la Venus de Gavà (Bosch, Estrada, 1994, 287-291), aparece esquematizado por un polígono alargado de tendencia rectangular, en posición vertical, cuyo lado superior es más largo que el inferior. Sobre éste se sitúan dos círculos en bajorrelieve rodeados por trazos incisos rectos que hacen de ojos. Este rasgo anatómico está exagerado de tal manera que recuerda a los ídolos oculados en cuanto a la enfatización de este atributo.

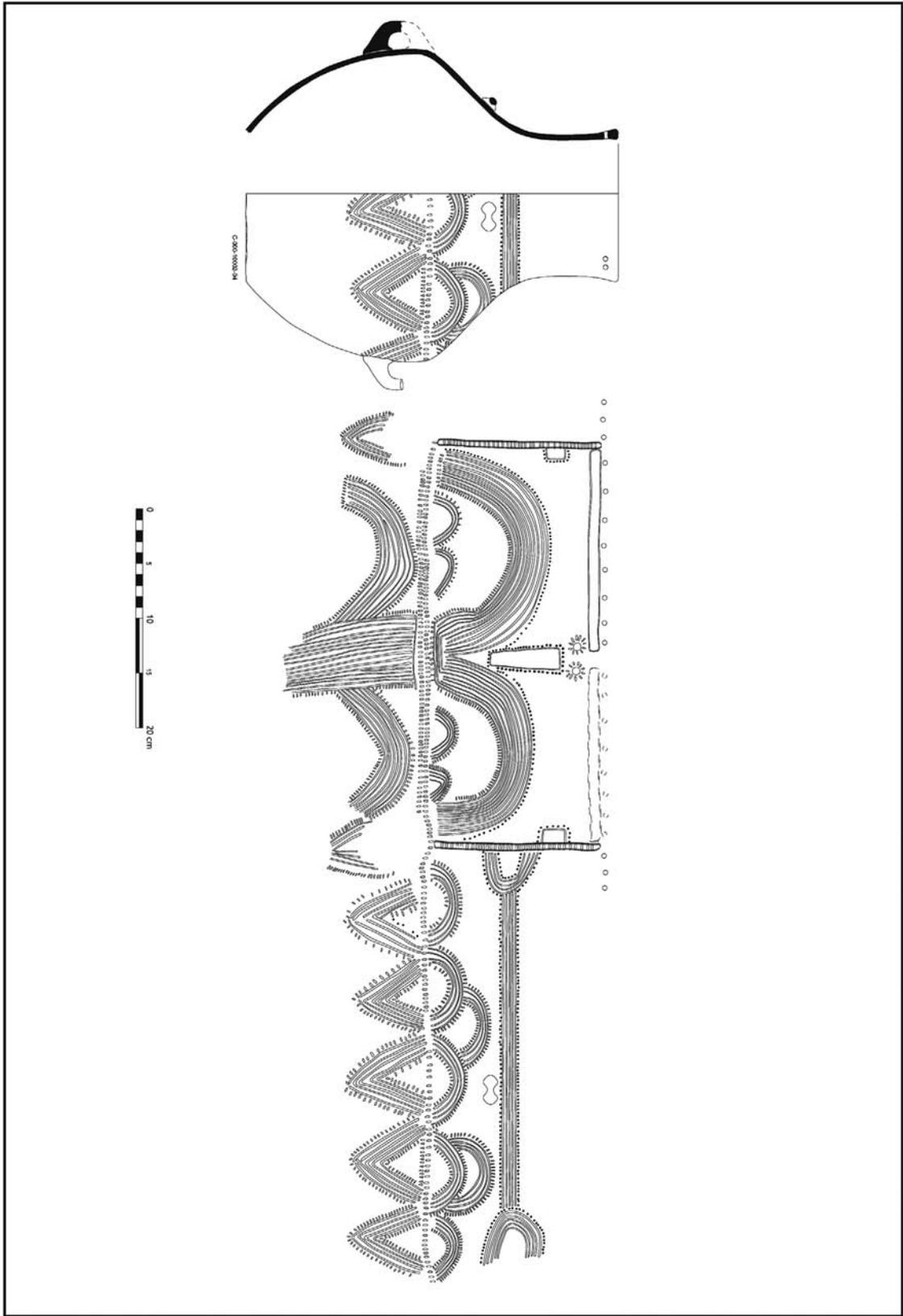


Figura 10.- Cántaro con antropomorfo oculado de Costamar.

Por encima de los ojos se sitúan dos rectángulos, también alargados, que parten de la vertical de los ojos y se desarrollan hasta los cordones verticales aplicados. Este mismo motivo se documenta en algunos ejemplos recuperados en la Cueva de los Murciélagos (Sueros), la Cueva del Muerto (Carcabuey) y la Cueva Negra (Rute), en la provincia de Córdoba (Gavilán, Vera, 1993, 98-99, figs. 5, 6, 8), y han sido interpretados como cejas.

Como ya se ha comentado, la parte superior del vaso está coronada por una línea de perforaciones dispuestas como sigue: a la izquierda del cordón izquierdo hay tres perforaciones y a la derecha del cordón derecho hay otros dos y un tercero –justo al lado del cordón vertical– que coincide con una de las fracturas, por lo que está incompleto; sobre las líneas horizontales que formarían las “cejas”, se conservan ocho perforaciones que llegan a la altura del ojo izquierdo –los cinco primeros bien conservados, el sexto a medias y el séptimo y el octavo solo se intuyen en su parte inferior, coincidiendo éste último con la vertical del ojo izquierdo–.

En cuanto al tronco y los brazos del antropomorfo, están elaborados con dos grandes arcos conectados, realizados mediante trazos incisos paralelos que están flanqueados por incisiones o impresiones, ocupando toda la escena. A cada lado del tronco, y por debajo de las mencionadas extremidades superiores, se sitúan respectivamente dos arcos de menor tamaño. Así mismo, por encima de los brazos y algo desplazado hacia los laterales de esta escena, hay dos pequeños diseños rectangulares, dibujados con una línea incisa simple, que en su parte exterior presentan una serie de impresiones y que se asocian a los dos cordones verticales. En principio estos dos elementos no parece que tengan relación con el antropomorfo, a menos que pudieran simbolizar los oídos.

La parte inferior de la figura, que como hemos apuntado arranca de la división que marca la línea de la carena, presenta dos elementos diferenciados. Por un lado, una franja vertical de gran grosor, formada por líneas incisas paralelas, que se presenta como una continuación del tronco y que llega hasta la base del recipiente. Por otro, hay que mencionar cómo a partir de esta franja, a cada lado, salen dos arcos que representan las dos extremidades inferiores. La configuración de esta parte anatómica imita a las extremidades superiores, de tal manera que el recurso decorativo empleado para trazar brazos y piernas es el mismo.

La escena contrapuesta al antropomorfo tiene una naturaleza totalmente distinta. En este caso, se trata de una composición realizada exclusivamente con motivos geométricos. El motivo principal lo constituye un ángulo invertido coronado por un arco. Esta agrupación se repite cinco veces en este espacio, formando una franja en el que la carena divide el arco del ángulo invertido. Dos arcos adicionales se superponen en dos ocasiones a los arcos que cierran los ángulos. Esta composición recuerda vagamente a la registrada en uno de los vasos de cuerpo globular recuperados en Cova de l'Or, Beniarrés, (Martí, Hernández, 1988, 84, fig. 29). La parte superior de este diseño está realizada por una franja horizontal que finaliza, a cada lado, en dos semicírculos cuya parte abierta se adosa a los cordones aplicados verticales. En todos los casos, las franjas que forman estos diseños están ejecutadas por líneas paralelas incisas flanqueadas por impresiones o, como ocurre la mayor parte de las veces, por trazos cortos incisos.

Sin lugar a dudas, este recipiente posee la decoración más compleja de todas las documentadas en el asentamiento de Costamar. Igualmente, el antropomorfo plasmado en este cántaro es el único ejemplo claro que poseemos de esta clase de representación; de hecho, los motivos de carácter figurativo no suelen ser muy comunes en este yacimiento. No obstante, pensamos que la pieza C-300-55302-01 (Fig. 3, 15), también es posible que tuviese una imagen de este tipo formando parte de la decoración. En esta tinaja, la rotura afectaría a toda la figura a excepción del brazo izquierdo que se alzaría en diagonal.

Más allá de los fragmentos recuperados en el yacimiento, el cántaro de Costamar también constituye un *unicum* dentro del ámbito castellonense. Al menos por el momento, no existe ningún otro ejemplo de cerámica recuperada en este espacio geográfico que tenga un antropomorfo oculado formando parte de su aparato decorativo. No en vano, los trabajos que han recopilado las representaciones de antropomorfos sobre soporte cerámico dentro del área levantina, han señalado cómo todas las muestras procedentes de yacimientos arqueológicos se circunscriben a la cuenca del río Sérpis, cuencas menores de La Marina, cuenca del río Albaida y cuenca del río Canyoles, frente a la representaciones parietales donde obviamente alcanza una difusión mucho más general (Torregrosa, Galiana, 2001, 159, grupo 1; Martí, 2006). Todos estos casos se relacionan con el neo-

lítico antiguo y, en general, la investigación ha subrayado el fuerte vínculo con el arte esquemático registrado en abrigos (Martí, Hernández, 1988; Torregrosa, Galiana, 2001, 160; *cf.* Mateo, 2008). Sin embargo, ninguno de los antropomorfos aparecidos en la zona meridional valenciana se pueden relacionar de manera exacta con el aparecido en Costamar (*vid.* Torregrosa, Galiana, 2001, 188, fig. 9). Únicamente, un fragmento recuperado en la Cova de l'Or (Beniarrés) muestra una prolongación del tronco entre las extremidades inferiores, en forma de barra vertical, que es semejante al de nuestro vaso (Martí, Hernández, 1988, 73, fig. 19,2).

Por el contrario, algunas representaciones conservadas en abrigos, sí que recuerdan más la configuración del ejemplo aparecido en Costamar, como es el caso de los personajes radiados con dedos muy abiertos aparecidos en el abrigo de los Estrechos de Albalate (Utrilla, Calvo, 1999, 59, fig. 8).

Pero sin duda los vasos con paralelos más firmes para los antropomorfos oculados se constatan en la provincia de Córdoba. Los ejemplares procedentes de las cuevas de los Murciélagos (Zuheros), del Muerto (Carcabuey) y Negra (Rute), se caracterizan por presentar oculados asociados a determinados vasos con cuello, cuya característica formal principal es la presencia de un cordón interior perforado que está presente en un solo lateral del vaso, “...no contándose, además, con ningún ejemplar decorado mediante esteliformes u oculados en que éstos se encuentren en la cara opuesta al cordón interior.” (Gavilán, Vera, 1993, 83). En la cueva de los Murciélagos se han documentado también fragmentos de borde en los que las perforaciones aparecen debajo del labio como en nuestro vaso; por otro lado, en el grupo estratigráfico 238-491 de Costamar se documentó un fragmento de borde, perteneciente también a nuestro tipo 12D, con un cordón interior que conserva dos perforaciones verticales como los registrados en las cuevas cordobesas.

Como hemos visto, en el cántaro de Costamar se reproduce el mismo esquema decorativo asociado un mismo tipo de vaso, en el que el borde interno perforado o la situación de las perforaciones bajo el labio, en todos los casos comprobados coincidiendo con el panel frontal en el que se representa el antropomorfo oculado, debe ser interpretado bajo criterios funcionales que, como ya han apuntado Gavilán y Vera, podrían ser el filtrado y vertido de líquidos a través de los agujeros, impidiendo así la salida de residuos sólidos (Gavilán, Vera, 1993, 86).

Aunque ambos investigadores consideran que a este tipo de vasos, por lo demás excepcionales, “...hay que reconocerles un matiz exclusivo y concederles una especificidad en sentido conceptual de la que carecen otros productos cerámicos...” opinan sin embargo que su funcionalidad “...no tiene necesariamente por qué ser ritual.” (Gavilán, Vera, 1993, 86-87). Otros autores en cambio, relacionando los motivos antropomorfos y geométricos documentados en los vasos cerámicos con las representaciones rupestres, hablan claramente de la religiosidad neolítica “...por lo que se refiere a su función y significado.” (Martí, 2006, 137).

A este respecto, somos conscientes de la singularidad de este tipo de vasos, cuyos diseños decorativos presentan una fuerte carga simbólica que nos lleva al mundo de las creencias de estas primeras comunidades agrícolas. Aunque el concepto del signo representado pueda ser diferente, el ideograma se transmite y permanece como “...una representación conceptual abstracta y simbólica de conjuntos mitológicos por medio de los cuales estas comunidades construyen un sistema coherente para regular todos los ámbitos de la vida social.” (Borrás, 2009, 88). En ocasiones, algunos de los signos representados son el reflejo de una vinculación con la comunidad, revelándose a través de otros soportes (colgantes, vestidos, tatuajes, espacios públicos y privados, etc.) llegando incluso a convertirse en identificaciones tribales que reproducen un mismo canon decorativo (Wagner, 2009, 137). Otros signos se relacionan directamente con las creencias, por lo general estrechamente vinculadas a la fertilidad en todas sus acepciones.

Las esquematizaciones antropomorfas, tanto en posición de orantes, documentado en los conocidos vasos alicantinos con decoración cardial (Martí, Hernández, 1988; Martí, 2006), como los oculados del ámbito cordobés (Gavilán, Vera, 1993), representaciones en relieve como la Venus de Gavà (Bosch, Estrada, 1994) o incluso la modificación intencional de vasos con el fin de realzar sus rasgos humanos (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008), forman parte de un sistema de valores y creencias que se repiten a lo largo del tiempo y cuyos símbolos han perdurado hasta nuestros días (véanse los antropomorfos representados en los vasos cerámicos de las tribus bereberes en Wagner, 2009, 142-143).

EL REPERTORIO DE LA FASE DE CERÁMICAS LISAS

Carecemos de dataciones absolutas para los contextos cerámicos pertenecientes a este momento de ocupación. Los rasgos que presentan estas cerámicas, la industria tallada asociada, así como la presencia de ciertos tipos de objetos de adorno muy característicos de fases avanzadas (collar de variscita), nos llevan a un marco cronológico que grosso modo se situaría entre la segunda mitad del IV milenio y los primeros siglos del III milenio cal BC. Por otro lado, como ya se ha comentado con anterioridad, la presencia de materiales pertenecientes a un tipo de producción a la que hemos denominado "lisa tosca" no parece que tengan una significación cronológica especial.

Los conjuntos lisos parecen experimentar una doble evolución. De un lado, muestran una patente reducción en su repertorio, con una tendencia a la desaparición de ciertas formas presentes en la fase anterior (vaso carenado, botella, cántaro, anforoide, tapadera, tipo 15H). De otro lado, aunque el grueso de las formas que se siguen utilizando son heredadas del periodo precedente (escudilla, cuenco, olla, vasito, vaso troncocónico y tinaja), asistimos paralelamente a la aparición de un nuevo elenco de recipientes: la fuente tipo 1 y la cazuela tipo 6. En esta misma línea, a su vez, hay que destacar la evolución de variantes no existentes en tipos propios de los conjuntos inciso-impresos como el vasito 2E y la orza 9D.

Todos los datos que poseemos indican que las bases planas parecen ser un atributo exclusivo de la fase lisa, aunque no excluye su convivencia con bases convexas, al menos en este periodo más avanzado. Del mismo modo, otros atributos formales como las asas, tienden a reducir su variabilidad ganando en simpleza. Asimismo, hay que subrayar cómo en este momento en Costamar no ha aparecido ningún ejemplo de decoración esgrafiada ni peinada, como ocurre en otras áreas geográficas.

El repertorio que se asocia a esta fase es el siguiente: fuente (1C), vasito (2E), escudilla (3C), cuenco (4A), olla (5F), cazuela (6D), vaso troncocónico (7B), tinaja (8E), orza (9D).

COSTAMAR EN EL MARCO DEL NEOLÍTICO DE LA PROVINCIA DE CASTELLÓN

A partir de la cerámica hemos hablado de la existencia de dos grandes momentos, uno más antiguo, que hemos relacionado con los conjuntos inciso-impresos y otro más reciente, que se vincula a las cerámicas lisas. Con todo, esta doble distinción debe ser matizada, siendo conscientes de que esta división en dos fases puede ser ampliada con el tiempo, dando lugar a la visión de una evolución cultural más rica y compleja. Para ello se están barajando toda una serie de variables que permitirán ajustar mejor la cronología concreta de cada estructura.

En primer lugar, hay que tener presente que la cerámica es un elemento mueble más dentro del conjunto de materiales que se han registrado en los rellenos que obliteran las distintas estructuras negativas. De hecho, no siempre es el resto arqueológico que más destaca cuantitativamente. Por ello, gran parte de los esfuerzos que estamos realizando se dirigen al análisis de los rellenos de amortización de las estructuras, observándose una relación entre los materiales cerámicos y el resto de artefactos recuperados (silex, fauna, elementos pétreos, etc.) cuyos grados de representatividad y en ocasiones su escasez, tiene una significación cronológica que obedece a unas pautas de comportamiento diferenciadas entre las diferentes etapas de ocupación del yacimiento.

En segundo lugar, se está profundizando en el estudio de la cerámica y su ubicación espacial, rastreando aquellos aspectos más excepcionales con el fin de comprobar si estos elementos son un indicio que permita matizar su adscripción crono-cultural. Así por ejemplo, se está estudiando si la concentración en unas pocas estructuras negativas de algunos tipos de impresiones (como la gradina) o motivos decorativos específicos (caso de los reticulados) permiten establecer una diferenciación cronológica. En definitiva, como vimos en los primeros apartados, se ha planteado un método de trabajo basado en el análisis de los estratos de amortización discontinuos que asume que la excavación y amortización de las estructuras negativas no pudo ser sincrónica en todos los casos; con la aplicación de este método se intenta paliar la inexistencia de una secuencia estratigráfica vertical propia de este tipo de yacimientos, circunstancia que a priori condiciona la potencialidad del análisis desde la óptica de la evolución de la cultura material.

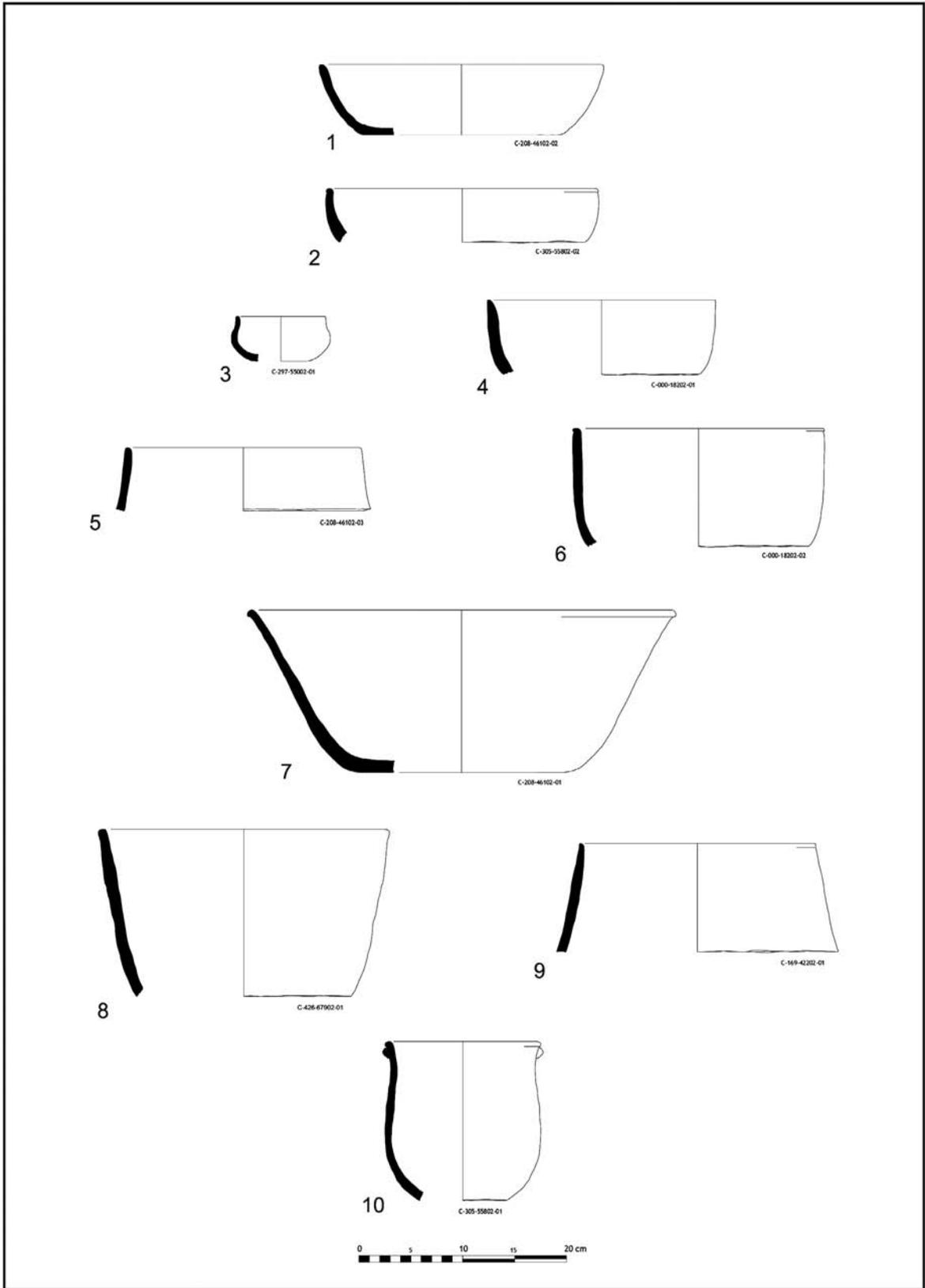


Figura 11.– Repertorio de vasos correspondientes a la fase de cerámicas lisas.

Una vez expuestas estas ideas, nos gustaría tratar una última cuestión: las cerámicas de Costamar en el contexto de los yacimientos neolíticos al sur del Ebro. No hace mucho, Norberto Mesado recopiló todos los yacimientos del área castellonense con evidencias de presencia cerámicas inciso-impresas (Mesado, 2005, pp. 49 y ss.; este investigador emplea la expresión “neolítico inciso”). La figura 12 es una adaptación del mapa publicado por este autor (Mesado, 2005, fig. 55) en el que se han añadido todos aquellos yacimientos de los que hay alguna noticia reciente sobre la presencia de materiales neolíticos, o no fueron incluidos en el mencionado plano en el momento de su publicación, como por ejemplo el abrigo del Mas de Martí (Fernández, Guillem, Martínez *et alii*, 2005; Martínez, Guillem, Cueva, 2008, 32); la Cova dels Diablets (Aguilella, Olària, Gusi, 1999); y Cingle del Mas Nou (Díaz, Olària, Gusi, 1988; Olària, 1999). Se ha señalado con diferentes símbolos los yacimientos arqueológicos distinguiendo las que aparecen al aire libre o en superficie, las cuevas y los abrigos, además de haberse indicado en qué yacimientos aparecen cerámicas con decoración inciso-impresa (*negrita cursiva*), lo cual no excluye la existencia de otros tipos cerámicos, sean coetáneos o no.

Ciertamente, los datos que poseemos sobre estos yacimientos arqueológicos no son en todos los casos los mismos. A excepción de Cova Fosca (Aparicio, San Valero, 1977; Olària, 1985) y la Cova de les Bruixes (Mesado, 2005), que cuentan con monografías propias, en el resto de los enclaves, en el mejor de los casos, sólo se han realizado excavaciones puntuales. De estas excavaciones, únicamente el Abrigo del Mas de Martí, la Cova dels Diablets y el Cingle del Mas Nou, a lo que habría que añadir los últimos trabajos en la Cova de Petrolí (Aguilella, 2003), tienen intervenciones recientes. Todo esto implica que, de los 23 yacimientos neolíticos que podemos referir al sur del Ebro, 17 son conocidos a través de excavaciones antiguas, remociones clandestinas o bien a partir de fragmentos recogidos en superficie por aficionados.

Este desigual conocimiento nos obliga a ser prudentes a la hora de sintetizar elementos comunes; no obstante, lo que si quisiéramos señalar es que en todos estos yacimientos se han recuperado cerámicas que, tanto formal como decorativamente, se pueden asimilar a los materiales aparecidos en Costamar, al menos a los pertenecientes a la fase más antigua, es decir, lo que hemos denominado “conjuntos inciso-impresos”. Esta semejanza pensamos que es clara en el caso de Cova Fosca, la Cova de les Bruixes, la Cova de Petrolí, la Cova dels Diablets, el Abrigo del Mas de Martí y el Cingle del Mas Nou, yacimientos donde una parte importante de los recipientes publicados no sólo son perfectamente asimilables tipológica y ornamentalmente a los de Costamar, sino que incluso un buen número de los motivos concretos (diseños lineales, zigzags, guirnaldas, etc.) recuerdan a los documentados en nuestro asentamiento. En cuanto al resto de yacimientos, los datos que poseemos sugieren la presencia de materiales con bastantes puntos en común con las cerámicas que estamos estudiando.

Es indudable que hay que analizar cada caso concreto de forma particular, puesto que no todos los asentamientos (en los que en ocasiones se observan una potente secuencia estratigráfica) presentan exactamente la misma *facies* cerámica que Costamar, es decir, materiales con incisiones, impresiones, decoraciones plásticas y a la almagra, y con una rara presencia o incluso con total ausencia de otros tipos de ornamentos característicos de las fases antiguas, como es la impresión cardial. También queremos subrayar que esta semejanza, tampoco debe ser interpretada *sensu estricto* como una afinidad cronológica ya que en parte puede obedecer a las escasas intervenciones realizadas hasta el momento.

Como reflexión final nos gustaría señalar cómo en toda el área castellonense, cada vez parece más evidente la existencia de una cultura material con unos claros puntos en común dentro del período neolítico, más allá de la existencia de rasgos particulares. Desde esta óptica, consideramos que el yacimiento de Costamar constituye un ejemplo que viene a reforzar esta idea. No quisiéramos poner ninguna etiqueta a este fenómeno, que aparentemente es compartido por los yacimientos mencionados (aunque en distinto grado), puesto que ello implicaría un análisis con una extensión y profundidad del que carecen estas líneas. Sin embargo, en nuestra opinión cada vez se hace más necesario emprender un análisis comparativo de todos estos yacimientos para progresar en su mayor conocimiento y evaluar la existencia real de elementos comunes frente a otros que puedan ser propios de áreas concretas. Asimismo, al menos para el territorio que se ha marcado, y en el estado actual de las investigaciones, creemos que debe evitarse utilizar expresiones como “cardialoide”, “pseudo-cardial” o “epicardial” para referirse a las cerámicas citadas, puesto que son conceptos cuya carga semántica —y cronológica— quizás no definan con precisión a estos conjuntos cerámicos.

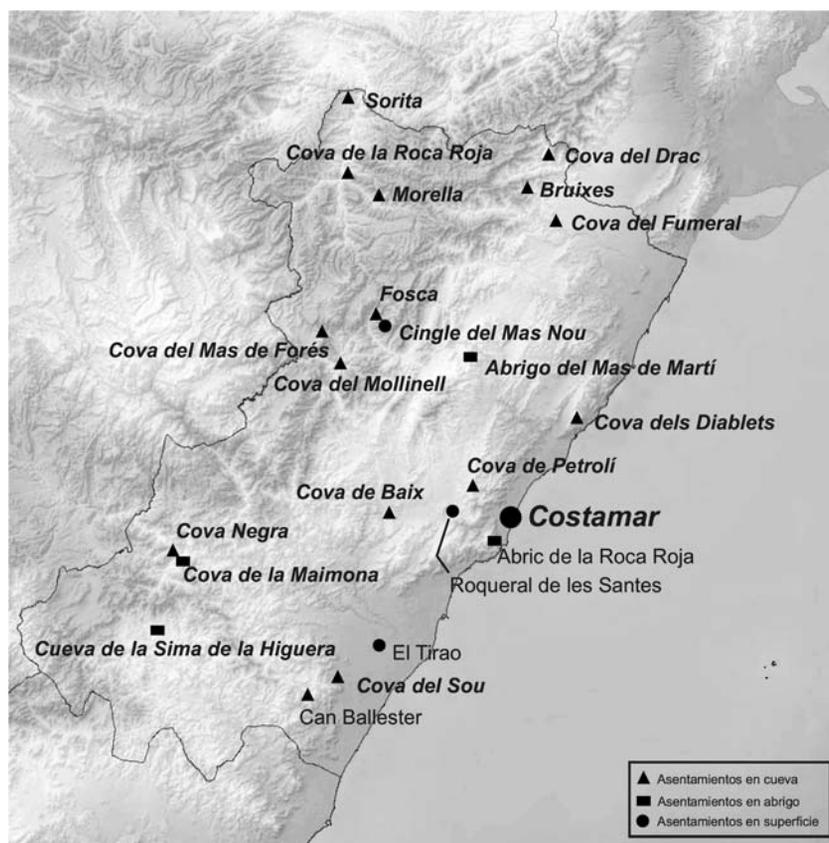


Figura 12.– Mapa de los yacimientos neolíticos con cerámica inciso-impresa en la provincia de Castellón.

CONCLUSIONES

En el asentamiento de Costamar confluyen diversos factores que aportan nuevos datos a la investigación sobre el neolítico: por un lado, el área excavada en extensión (57.905 metros cuadrados), ha permitido documentar un gran número de estructuras vinculables a este horizonte cultural (390); y por otro, la intervención ha permitido recuperar un gran número de restos cerámicos cuya homogeneidad, tanto en su configuración formal como en la decorativa, nos ofrece una visión uniforme cuyas características básicas pueden ser rastreadas sin problemas en yacimientos del mismo periodo. A pesar de ello, como ya se ha comentado, se dan particularidades como la ausencia de asas tuneliformes, asas sobreelevadas, vasos geminados y formas cilíndricas de base plana, morfotipos y atributos formales que quizás no llegaron a incorporarse a la cultura material de todas las áreas geográficas, reflejando con ello aspectos regionales o locales cuya diversidad enriquecerá el repertorio cerámico neolítico.

Para la fase más reciente, los materiales recuperados presentan nuevas formas, como ocurre en otros asentamientos del neolítico final/eneolítico. Los nuevos tipos transforman el canon volumétrico y la proporción de los recipientes, primando los perfiles bajos con un gran diámetro de boca frente a su altura, a lo que hay que añadir la presencia de bases planas como característica de estos los nuevos vasos.

Por otro lado, el conjunto cerámico de la fase antigua vendrá definido por su ornamentación, realizada mediante la técnica inciso-impresa combinada con decoraciones plásticas y la pigmentación con almagre; la ausencia de algunas técnicas como las impresiones cardiales para el primer momento de ocupación u otras como las incisiones peinadas o esgrafiadas para la segunda fase, refuerzan aún más la visión uniforme que se obtiene del corpus decorativo.

Como se ha visto, la mayor parte de los fragmentos reproducen esquemas recurrentes basados en franjas horizontales, generalmente ubicadas en el tercio superior del vaso cerámico, destacando

el predominio de los motivos lineales y de los zigzags, si bien no puede olvidarse que se dan diseños decorativos de gran complejidad simbólica, como en el cántaro del grupo estratigráfico 100 en el que se reproduce un antropomorfo oculado.

Los recipientes serán utilizados, por un lado como contenedores, especialmente para el almacenamiento de agua y puede que también de grano aunque no hay que olvidar que este es más fácil de guardar y transportar en cestos de mimbre o en sacos, por lo que es bastante probable que determinados recipientes se usaran no como contenedores directos de grano sino para guardar o fermentar la pasta del cereal y de otros productos (González-Ruibal, 2005, 45); así por ejemplo, está bien documentado etnográficamente la elaboración de diversos tipos de líquidos fermentados como la cerveza, la hidromiel y otros tipos derivados de productos locales, por lo general recolectados; a este respecto, no queremos pasar por alto que los estudios arqueobotánicos han documentado la presencia de *Arbutus unedo*, el madroño o “arbusto del que solo se come un fruto” por el alto contenido alcohólico contenido en las bayas maduras y usado entre otras cosas para obtener bebidas alcohólicas mediante fermentación.

Determinados tipos cerámicos se convertirán en utensilios básicos en la transformación de alimentos posibilitando el hervido, sistema que permite “...un mayor aporte al cuerpo humano de proteínas, lípidos, glúcidos, vitaminas e hidratos de carbono.” (Gusi, 2001, 155); el predominio de las formas ovoides y los restos de ahumado y cremación de las caras exteriores que pudieran conservarse indicarían este uso culinario; las formas bajas y abiertas como las escudillas o las fuentes, asociadas a la fase de cerámicas lisas, nos hablan de una doble función, la de la preparación del alimento (por ejemplo las tortas de cereal) y su servicio individual o bien colectivo, en este último caso, utilizando los vasos de mayor tamaño cuyo contexto de uso se asocia generalmente a determinadas ocasiones rituales o festivas (González-Ruibal, 2005, 47).

Los vasos individuales para el consumo de caldos o servicio de salsas (cuencos) y otros tipos destinados al almacenaje de otros alimentos como frutas, miel, etc., conforman un elenco de formas que nos hablan de pautas culturales relacionadas con la alimentación de la comunidad (González Ruibal, 2005, 61), con un mayor uso de determinados tipos y con ello un mayor desgaste y pronta sustitución que se reflejará en el registro arqueológico.

Además, los fragmentos cerámicos de Costamar nos aportan una información adicional: su ornamentación. La decoración de los vasos, normalmente ocupando el tercio superior del recipiente, está realizada básicamente con la técnica de la incisión y la impresión, reservándose la decoración plástica a los vasos de mayor tamaño, y en ocasiones presentan restos de almagra, si bien en este caso, su existencia está directamente relacionada con el estado de conservación de la pieza. Los motivos decorativos, líneas, zigzags, orlas, triángulos, soles, ramiformes, etc., se combinarán formando verdaderos esquemas decorativos que apuntan hacia un simbolismo definido culturalmente, cuyas manifestaciones pueden ser rastreadas en el arte parietal, siendo el vaso cerámico un soporte más de este verdadero lenguaje simbólico. Al margen de las apreciaciones cronológicas que puedan derivarse del estudio estilístico de los vasos, los motivos representados se localizan en un gran número de asentamientos distribuidos a lo largo de buena parte de la franja mediterránea peninsular, al menos desde el VI milenio cal BC; esta generalización temática, estilística y simbólica, obedece a una concepción global que trasciende más allá de los límites inmediatos de explotación del territorio ocupado por una comunidad. La transmisión de ideas, el intercambio de bienes, los lazos comarcales e interregionales empiezan a ser vislumbrados a medida que se conocen más datos sobre este periodo. Así, aunque la fabricación de los recipientes sea local, la tecnología empleada, los elementos superfluos como la simbología reflejada en los motivos decorativos, e incluso la transmisión de su técnica, nos hablan de un elemento de cohesión intergrupala que permite definir el periodo. No en vano, la cerámica implica la existencia de un conocimiento técnico por parte de ciertos miembros de una comunidad, por lo general las mujeres, que será transmitido de madres a hijas, dando una cohesión a la cultura material que quizás pueda ser analizada desde los ámbitos regionales.

El vaso cerámico, con su funcionalidad y con toda su carga simbólica, se nos presenta como un elemento de análisis complejo que puede ser abordado desde múltiples ópticas (técnicas, cronológicas, estilísticas, etc.) pero sobre todo no puede hacernos olvidar que su estudio debe estar encaminado al conocimiento de las comunidades que lo crearon.

INTRODUCCIÓN

Frente al abundante registro neolítico, la aparición en el curso de las excavaciones de un grupo de estructuras que se encuadra en la edad del bronce, ha permitido aportar una serie de datos de gran interés para comprender la evolución del poblamiento en Costamar durante parte del segundo milenio, así como su tránsito a los momentos más tempranos del primer milenio. Como se ha explicado en capítulos anteriores, las estructuras negativas que se han documentado, algunas de ellas de una complejidad notable como el grupo estratigráfico 108, no destacan por su cantidad; sin embargo, han aportado un rico repertorio de cerámicas que permite hacernos una idea bastante completa de la cultura material de este periodo.

El volumen total de fragmentos catalogados que se enmarcan en el bronce asciende a 14.317, de los cuales 13.427 pertenecen a la unidad habitacional 108. De esta ingente cantidad de material se han seleccionado los perfiles más completos, así como los restos que presentaban decoraciones, con la finalidad de componer una imagen aproximada del panorama cerámico. Esto quiere decir que la ardua tarea de acometer el estudio final de todo el volumen de cerámicas está por hacer y por lo tanto los resultados que se van a exponer a continuación constituyen un esbozo que se verá completado en el futuro con la catalogación de cada elemento. De igual manera, sospechamos que las conclusiones no van a variar mucho en este sentido puesto que los restos tienden a reproducir unos parámetros formales y decorativos recurrentes.

La realización de dos dataciones radiocarbónicas ha permitido clarificar el esquema evolutivo de los restos que se adscriben a este periodo, de tal manera que la exposición de los conjuntos se hará siguiendo la siguiente secuencia:

- Grupo estratigráfico 97-350. Tal y como se ha explicado en epígrafes precedentes es un rebaje en el terreno de superficie notable que presenta en su interior toda una serie de cubetas, que se ha interpretado como un hipotético "granero". Esta estructura de almacenaje compleja contrasta de un modo patente con las agrupaciones de estructuras que se habían observado en el periodo neolítico. La muestra para realizar la datación (referencia de laboratorio Beta-264155) se tomó de unidad estratigráfica 9703, un depósito de amortización documentado en el interior de la estructura negativa que cubría todas las cubetas, y se hizo sobre un fragmento de molar (m 4) de un ejemplar de *Bos taurus* que ofrece una cronología de 3000 ± 40 BP, calibrada a dos sigmas, 1380 - 1120 aC. (Véase pags. 162 ss.)

-Grupo estratigráfico 108. Esta estructura habitacional, se ha interpretado como una cabaña cuyo fondo estaría excavado en el terreno. La potencia que alcanza la secuencia estratigráfica es considerable, de tal manera que se han podido documentar cuatro fases de ocupación consecutivas, así como un momento definitivo de abandono. La datación (referencia de laboratorio Beta-264154) en este caso se hizo sobre un hueso de *Cervus elaphus* que arroja una fecha de 2880 ± 40 , calibrada a dos sigmas, 1208 - 930 aC. La muestra se recogió en la unidad estratigráfica 10832 (C53, Z=254), que se corresponde con uno de los niveles de pavimento de la fase III de ocupación.

-Grupo estratigráfico 33-286 y grupo estratigráfico 67-320. Carecemos de dataciones radiocarbónicas para estas estructuras, sin embargo, creemos que la colmatación de estos silos (unidades estratigráficas 3302 y 6702 respectivamente) se produjo en un momento posterior al abandono de la estructura habitacional 108. Los restos cerámicos apuntan a una cronología que se enmarcaría a inicios del primer milenio.

Como ya se ha comentado en el apartado relacionado con la sincronía y diacronía de las estructuras, donde se detallan los criterios para la adscripción a una fase determinada de la totalidad de las estructuras analizadas, algunas de las asignadas a estos dos momentos de ocupación –genéricamente bronce tardío y bronce final–, no presentan demasiados materiales (algunas tienen menos de cinco fragmentos cerámicos) y su adscripción se ha realizado atendiendo a las características tecnopológicas observadas, por lo que estas estructuras, asignadas provisionalmente a estos dos

periodos, como por ejemplo los grupos estratigráfico 42-295 y 214-467, ambas asignadas al bronce final, deberán ser tomadas con todas las cautelas como explicaremos más adelante.

No obstante, tendríamos un primer grupo de materiales que se enmarcaría entre 1380-1120 aC (grupo estratigráfico 97-350, con un total de 491 fragmentos cerámicos); un segundo entre el 1208-930 aC (grupo estratigráfico 108, con un total de 13.427 fragmentos); y a ellos habría que sumar los 113 fragmentos provenientes de otras seis estructuras, adscritas a este momento por sus semejanzas técnicas y formales: tipo de pasta, de cocción, tratamiento superficial y formas.

Por último, una serie de restos, cuantitativamente mucho menos importantes, que se deberían fechar con posterioridad al 1000 aC, está representado por el grupo estratigráfico 33-286, con 88 fragmentos cerámicos; y 67-320 que cuenta solo con cuatro fragmentos, si bien tres de ellos son perfiles enteros. De los 12 grupos estratigráficos restantes asignados a esta fase cabe destacar la estructura 214-467 ya mencionada, que aglutina 91 fragmentos de un total de 194 fragmentos inventariados.

Las dataciones obtenidas presentan una serie de particularidades que a nuestro juicio hay que subrayar. Un aspecto que se evidencia es cómo los segmentos temporales de los grupos estratigráficos 97-350 y 108 se solapan. Aunque hemos establecido una relación de anterioridad de la primera con respecto a la segunda, hay que tener presente que estadísticamente existen las mismas probabilidades de que ambos conjuntos fuesen sincrónicos, al menos durante el segmento temporal que va del 1208 al 1120 aC, por lo que ambas estructuras podrían haber estado funcionando a la vez. Por otro lado, la asignación cronológica que se ha establecido para los grupos estratigráficos 33-286 y 67-320 se basan en una conjetura más endeble. Como se ha expresado con anterioridad, en los dos casos se ha empleado como criterio de datación el establecimiento de paralelos con los materiales de otros yacimientos, con un obstáculo importante de partida, y es la escasez de materiales que estos depósitos presentan, a pesar que pueda haber formas más o menos significativas.

Todas las fechas expuestas hasta ahora sitúan los conjuntos recuperados en Costamar en lo que se ha denominado bronce tardío y bronce final. Puesto que la mayor parte de la cerámica se enmarca en la segunda mitad del segundo milenio, antes de describir los hallazgos de forma pormenorizada, esbozaremos un estado de la cuestión en el que se encuentra la investigación de este complejo periodo.

EL BRONCE TARDÍO EN EL ÁREA VALENCIANA AL NORTE DEL ALTO VINALOPÓ

Desde que Miquel Tarradell definiese las características de lo que se ha denominado bronce valenciano (Tarradell, 1962; 1969), una de las preocupaciones más recurrentes dentro de la investigación, especialmente a partir de la década de los 80, ha sido el establecimiento de sus fases internas, abordada desde diferentes campos (Barrachina, 2004, 18). Esta intensa labor ha desembocado en el establecimiento de una periodización que se desarrolla durante un extenso periodo que va de finales del III milenio a inicios del I milenio, aunque no siempre expresada con los mismos términos y con los mismos límites cronológicos (*vid.* a este respecto la completas explicaciones de M^a. J. De Pedro y A. Barrachina; De Pedro, 1998, 5-17; Barrachina, 2004, 495-503). A pesar de que el establecimiento de las distintas fases culturales en las que se subdivide la edad del bronce en el territorio valenciano varía según el autor, así como la concreción cronológica de cada uno de ellas, hoy en día existe en la bibliografía especializada una aceptación más o menos generalizada de la existencia de una serie de grandes horizontes.

El primer gran periodo que se puede fijar va aproximadamente desde el 2200 hasta el 1500 aC (De Pedro, 2004, 43). En este segmento de tiempo se ha intentado implantar una diferencia entre lo que se ha llamado el bronce antiguo, más apegado a las tradiciones eneolíticas, y un bronce pleno, fase en el que ya estarían plenamente desarrolladas las características propias del bronce valenciano. Con todo, se ha advertido en más de un trabajo que esta doble diferenciación, sobre todo en el territorio situado al norte del Vinalopó, es complicada ya que los cambios que propiciarían el paso de un momento a otro serían demasiado sutiles (De Pedro, 1998, 272). Establecer esta distinción es especialmente compleja debido al "ruido" que incorpora la pervivencia de un conjunto de rasgos desde el horizonte campaniforme de transición hasta la mitad del II milenio, lo cual a juicio B. Martí y J. Benabeu, aconseja no utilizar esta subdivisión (Martí, Bernabeu, 1992; en este caso, ellos emplea-

ban los términos bronce antiguo/bronce medio). Hacia el 1500 aC y hasta el tránsito del II milenio al I milenio, habría que situar el siguiente bloque, lo que actualmente se denomina bronce tardío (De Pedro, 2004, 43). Aunque el establecimiento del inicio de esta fase, como su final, ha sido objeto de intenso debate debido a la complejidad de procesos que se observan en este momento, cada vez este marco tiene una mayor aceptación. El peldaño final dentro de este proceso se corresponde con lo que se ha denominado bronce final, que se originaría en el área valenciana con el cambio de milenio (De Pedro, 1998, 273).

La denominación bronce tardío, fue empleada por primera vez por F. Molina-González para referirse a los contextos posteriores a la cultura del Argar y anteriores al bronce final en los yacimientos del Sureste, como Cerro de la Encina, la Cuesta del Negro o Cabezo Redondo, con un fuerte componente de materiales decorados con un estilo Cogotas I (Molina, 1978). Según este autor, este proceso cronológicamente se materializaría de forma plena en torno al 1400 aC (Molina, 1978, 199), aunque poco tiempo después, algunos investigadores (Arteaga, Serna, 1979-1980) adelantarían esta fecha en la zona del bajo Segura al 1300-1200 aC (Barrachina, 2004, 533). No obstante, fue Milagros Gil-Mascarell quien realmente aplicó el término bronce tardío al territorio valenciano como un horizonte cultural diferenciado (Gil-Mascarell, 1981). El planteamiento de esta investigadora era que esta fase se tendría que aplicar a aquellos yacimientos del bronce valenciano en cuyo registro se apreciase influencias meseteñas de Cogotas I y el desarrollo de ciertos tipos cerámicos específicos, especialmente formas con carena alta, cuerpo cóncavo y borde más o menos recto o abierto (Martí, De Pedro, 1997, 60; Abarquero, 2005, 310). Por ello, tal y como señala esta autora, *"...a partir en líneas generales del año 1200 a. de C., algunos poblados pertenecientes a la cultura del Bronce Pleno comienzan a recibir elementos foráneos indicativos de ciertos contactos y relaciones con otras culturas extrarregionales: los tipos cerámicos que en ellos aparecen evidencian que estos contactos se realizan por un lado con las poblaciones meseteñas y por otro con las regiones del sureste..."*, y continúa explicando cómo *"...la existencia de estos materiales en yacimientos del Bronce Pleno sean debidos más a ocasionales y esporádicos contactos entre las distintas poblaciones que a relaciones continuadas y permanentes, por lo que su incidencia en el sustrato indígena debió ser prácticamente nulo."* (Gil-Mascarell, 1981, 31). Los yacimientos que esta investigadora tomó como arquetipos que ejemplificaban esta situación fueron la Illeta dels Baynets en Campello, el Tossal del Castellet en Castelló de la Plana, Cabezo Redondo en Villena y San Antón de Orihuela, dentro de un marco cronológico que va del 1200 al 1000 aC (De Pedro, 1998, 13; Martí, De Pedro, 1997, 60; Barrachina, 2004, 497).

Sin embargo, tras la formulación pionera de Gil-Mascarell, las publicaciones llevadas a cabo en los últimos veinte años del siglo pasado comenzaron progresivamente a apuntar cómo esta explicación distaba de ser satisfactoria en todos los casos. Las voces más críticas señalaban las dificultades que planteaba trasladar de manera absoluta el esquema de evolución cultural del bronce tardío/ bronce final a todo el territorio valenciano (Fernández-Castro, 1988, 175; González-Prats, 1992, 138-141). En cierto modo, gran parte de la problemática residía en la dificultad para trazar un marco evolutivo general del bronce pleno al bronce final que fuese coherente para todos los yacimientos comprendidos en este extenso lapso de tiempo. Poco a poco, se fue observando cómo, en palabras de B. Martí y M^a Jesús De Pedro, *"...el segmento temporal comprendido entre dos periodos se convertía en tierra de nadie donde, mientras los unos sitúan las perduraciones o decadencias, los otros hablan de siglos brumosos de los que paulatinamente irán surgiendo las nuevas culturas."* (Martí, De Pedro, 1997, 61).

Con más o menos rapidez, se fue subrayando que mientras la secuencia evolutiva estaba clara en la zona del Sureste (valle del Vinalopó y bajo Segura; véase a este respecto Jover, Segura, 1993; Jover, López, López, 1995; Jover 1999), por el contrario al norte del alto Vinalopó, el desarrollo cultural dentro de este mismo espacio temporal no podía ser analizado desde los mismos parámetros (Hernández, 1986, 348; Martí, De Pedro, 1997, 67). El factor que imposibilitaba un análisis en los mismos términos era precisamente la dificultad para aislar en los yacimientos el elemento que a un nivel material definía el bronce tardío, es decir, la existencia de cerámicas con influencias de Cogotas I (De Pedro, 1998, 273). A la hora de explicar esta anomalía, algunos autores plantean la necesidad de regionalizar el enfoque de análisis, diferenciando la zona meridional de la septentrional (González-Prats, 1992). En cualquier caso, desde mediados de los 90, se comenzó expresar cómo

en el territorio que se extiende desde el norte del Vinalopó hasta el área castellanense, era necesario redefinir la concepción que se tenía del bronce tardío (Mata, Martí, Iborra, 1996; Martí, De Pedro, 1997; Delibes, Abarquero, 1997). Para algunos autores, se hacía necesario comprobar en esta zona la presencia de elementos de Cogotas I o bien confirmar su ausencia (Martí, De Pedro, 1997, 67).

Eva Ripollés, con su estudio sobre el yacimiento de Les Raboses (Albalat dels Tarongers), fue la primera en plantear la existencia de un bronce tardío carente de influencias de Cogotas I en el área valenciana entre el 1300-1000 aC (Ripollés, 1994; Martí, De Pedro, 1997, 74). Para esta investigadora habría *"...una fase reciente, tardía o final, como se la quiera denominar, del Bronce Valenciano, no vinculada a la presencia de cerámica del ámbito de Cogotas I, y con entidad y personalidad propia, fruto del rico sustrato precedente, que no supondrá en ningún modo ruptura con la dinámica anterior. La ruptura vendrá con el Bronce Final, cuando las nuevas influencias sobre todo de los C.U., darán lugar a una serie de cambios."* (Ripollés, 1994, 33). Tras este trabajo novedoso, parte de la bibliografía se concentró precisamente en definir este bronce tardío carente de influencias meseteñas, así como de situar con mayor precisión su momento de inicio.

Desde este punto de vista, los materiales aparecidos en Les Raboses se han intentado paralelizar con las fases más recientes de Muntanya Assolada (Alzira) y todo un conjunto de yacimientos documentados en el Camp del Turia, como el Tossal de Sant Miquel de Lliria, Casa de Camp y Alterret, Ermita de Montiel y Llometa del Tío Figueres (*vid.* Martí, De Pedro, 1997, 74 ss.), así como con otros asentamientos emplazados en el área castellanense, como el Torrelló d'Onda, Les Planetes en Benassal y Ereta de Castellar (De Pedro, 2002, 252). En esta labor de síntesis ha tenido especial relevancia la publicación completa de los materiales de esta época pertenecientes al Puntal dels Llops (De Pedro, 2002). La suma de estos datos confirmaba la hipótesis inicial de Eva Ripollés (Ripollés, 1994), de tal manera, que se ratificaba la existencia de una fase del bronce tardío sin elementos Cogotas I en yacimientos valencianos, (De Pedro, 2002, 251). Las características que definían a un nivel cerámico a este bronce tardío era la presencia de *"...vasos carenados de tendencia plana y perfil acampanado, o los recipientes de almacenaje profusamente decorados con cordones simples o múltiples; además de otras formas cerámicas, como los vasos geminados, ollas ovoides o fondos planos, y de un variado repertorio de decoraciones incisas e impresas."* (De Pedro, 2002, 251). Otro aspecto interesante que se planteó en este trabajo fue el retrotraer en casi doscientos años el comienzo de este horizonte cultural, de tal manera que el inicio de esta fase habría que emplazarla a partir de mediados del II milenio, en base a las fechas que estaban proporcionando un conjunto de yacimientos como Pic dels Corbs, Cabezo Redondo, Orpesa la Vella, Torrelló y Can Ballester, además del mencionado Puntal del Llops (De Pedro, 2002, 252).

En esta última década, la publicación de obras colectivas, como las Jornadas sobre *"La Edad del Bronce en tierras Valencianas y en sus zonas limítrofes"* celebradas en Villena en el año 2002, ha supuesto el afianzamiento de las teorías desarrolladas en el periodo anterior. La presencia de un bronce tardío sin elementos Cogotas I fuera del ámbito sureño del territorio valenciano, para fechas enmarcadas entre el 1500-1000 aC, parece estar cada vez más asumido (De Pedro, 2004, 43-52). Sin embargo, una lectura de los distintos contextos publicados apuntan a que no en todas las zonas existe la misma casuística. Ello no únicamente se ha de poner en relación con las propias características que presentan estos yacimientos, sino también con el estadio en el cual se encuentra su estudio. La imagen que tenemos de muchos de los asentamientos mencionados por las publicaciones procede, no en pocos casos, de excavaciones parciales, que nos ofrecen una idea sesgada de su secuencia, a menudo carentes de dataciones absolutas, o bien de prospecciones en las que sólo podemos contar con hallazgos superficiales.

Para las comarcas centrales del territorio valenciano, el final de la ocupación de La Lloma de Betxí (sobre todo con los materiales documentados en la habitación III), y especialmente, los niveles superiores de Muntanya Assolada, marcarían el tránsito del bronce pleno al bronce tardío, momento en el que también habría que situar el asentamiento de nueva planta del Puntal del Llops (De Pedro, 2002, 47). Como hemos visto, existe un buen número de yacimientos que reproducen los rasgos de este proceso en la comarca del Camp del Turia e incluso más al sur de este espacio; no obstante, si quitamos el caso de La Lloma de Betxí, que claramente se asocia al bronce pleno, la única datación radiocarbónica que poseemos pertenece al Puntal dels Llops con un 1688-1503 aC, muestreada en sus rellenos constructivos (De Pedro, 2002), y que enlazaría con la última etapa de ocupación de La

Lloma de Betxí. Ello implica que a la hora de definir las características del bronce tardío en esta zona tenemos bien fechado el comienzo de este horizonte, con una cantidad importante de yacimientos que refrendan este modelo; sin embargo, por la misma razón, la inexistencia de dataciones posteriores nos impiden seguir su desarrollo a lo largo de la segunda mitad del II milenio.

En el territorio del bajo Palancia, incluyendo el área castellanense, la situación es más variada y compleja. Les Raboses, los niveles asociados a la fase II del Pic dels Corbs y el Torrelló d'Onda reproducen el esquema observado en el Camp del Turia, de un bronce tardío autóctono sin influencias meseteñas, dentro de un marco cronológico que se encuadra preferentemente *circa* 1500-1300 aC. Yacimientos como Les Planetes (González-Prats, 1978) y Ereta del Castellar (Ripollés, 1997) se pueden también incluir en esta agrupación, si bien carecemos de fechas radiocarbónicas para estos ejemplos. Por el contrario, si avanzamos en el tiempo se puede documentar un panorama más variado, especialmente a partir del 1300-1200 aC. De un lado, tenemos un conjunto de asentamientos en los cuales sí que parecen penetrar las influencias de Cogotas I, como sería el caso de la fase III del Pic dels Corbs (Barrachina, 2004), Tossal del Castellet y Orpesa la Vella. En este mismo ámbito geográfico habría que citar también el Castell de Morella (Barrachina, 2004, 538), si bien en este caso carecemos de dataciones absolutas. A partir de los materiales publicados de estos yacimientos se puede observar que, tanto a un nivel formal (presencia de cazuelas con carenas altas), como decorativo (aparición de técnicas decorativas como boquique, excisión, etc.), son palpables las influencias meseteñas, aunque en distinto grado. En esta misma línea, Amparo Barrachina ha señalado que ciertos rasgos formales presentes en Ereta de Castellar (Villafranca del Cid) y Cases de Montcada (Alzira) se pueden incluir en este grupo de yacimientos, con la excepción de que en estos casos no se asocian a las típicas ornamentaciones de Cogotas I (Barrachina, 2004, 543).

Frente a estos asentamientos, en el otro polo, habría que mencionar unos yacimientos que, en fechas relativamente altas, carecerían del componente meseteño. Aquí habría que incluir la Cova del Mas de Abad, l'Abric de les Cinc en Almenara, el Torrelló del Boverot (Clausell, 2004) aunque en este caso con restos exigüos, y los últimos datos aportados para el yacimiento de Les Raboses (Ripollés, 2000, 98). Con respecto a estos dos últimos, se ha señalado cómo los datos que se poseen entrarían en contradicción con la información conocida en el Pic dels Corbs, para esta mismas fechas (Barrachina, 2004, 546).

LOS MATERIALES CERÁMICOS DEL YACIMIENTO COSTAMAR

Los materiales del bronce del yacimiento Costamar presentan un conjunto de rasgos técnicos homogéneos, que hacen que sean fáciles de diferenciar con respecto otros tipos de cerámicas a mano aparecidas en el yacimiento. En líneas generales, las pastas suelen tener mejores cocciones que las neolíticas, con unas características uniformes en cuanto a su composición. El desengrasante presenta una granulometría por lo común pequeña, aunque en los grandes contenedores tiende a ser mayor. Igualmente, su modelado acostumbra a ser cuidado en la mayoría de los vasos, aunque puede ser algo más desigual en piezas destinadas al almacenaje y recipientes de mayor tamaño. Gran parte de los vasos cerámicos presenta una pasta de una dureza superior a la de sus precedentes neolíticos, que se fractura con mayor dificultad y es menos vulnerable a los procesos post-deposicionales.

Otro aspecto que destaca en estos materiales es la presencia de bruñidos en una proporción mayor con respecto a fases anteriores. Este tratamiento de las superficies afecta tanto a la parte exterior del vaso cerámico como a la interior. No obstante, el bruñido no es un fenómeno generalizado en todos los fragmentos; de hecho, en las piezas de gran formato suele estar ausente. Por el contrario, los vasos de pequeño tamaño, especialmente los carenados, suelen tener este tratamiento. En ocasiones, también se ha observado la presencia de escobillados y otros tipos de trazas que se pueden asociar al empleo de alguna clase de elemento vegetal para ayudar a moldear el vaso o simplemente como tratamiento exterior de estas superficies. Asimismo, el porcentaje de piezas lisas es muy alto, a diferencia de lo que ocurre en el registro documentado en el neolítico. Así, la única ornamentación que llevan algunos de estos especímenes son impresiones paralelas o digitaciones en el borde, aunque se ha de señalar a este respecto que dentro del cómputo global de fragmentos registrados tampoco es una práctica habitual. Esta carencia de ornamentación ya fue señalada por

Tarradell en los años 60 como uno de los rasgos definitorios del bronce valenciano (Barrachina, 2004, 201).

Los elementos de prensión, tampoco destacan por su frecuencia. En este sentido, lengüetas y asas (que pueden tener distintas secciones) aparecen escasamente en el registro.

De igual manera que ocurría en la fase neolítica, otros de los aspectos más característicos que presentan los materiales del bronce documentados en el yacimiento de Costamar atañe a las propias condiciones de recuperación de estos hallazgos. Los restos de los grupos estratigráficos 33-286, 42-295, 67-320 y 214-467 se han exhumado en los rellenos de colmatación de estructuras negativas tipo silos que cortaban el nivel geológico y se caracterizaban por la presencia de un único depósito de amortización. Por el contrario, tanto el grupo estratigráfico 97-350 y el 108 presentan una situación más compleja debido a su singularidad, como veremos a continuación.

Todas las referencias a los morfotipos generales que se hagan en el texto, más allá de el establecimiento de un paralelo concreto, se van a realizar siguiendo las tipologías desarrolladas por M^a Jesús De Pedro (1998) y Amparo Barrachina (2004) a partir del análisis de materiales de la Lloma de Betxí (Paterna, Valencia) y del Pic dels Corbs (Sagunto, Valencia), respectivamente.

GRUPO ESTRATIGRÁFICO 97-350

Las cerámicas que se presentan a lo largo de estas líneas proceden de los depósitos de obliteración de esta estructura negativa. En concreto se han seleccionado del estrato más superficial, unidad estratigráfica 9702, y del relleno del cual procede la datación radiocarbónica (1380-1120 cal BC), unidad estratigráfica 9703, sellada por la anterior. Durante el proceso de clasificación se pudo comprobar que existían fragmentos cerámicos que pegaban entre las diferentes unidades que formaban este grupo estratigráfico (especialmente entre las unidades estratigráficas 9702 y 9703). Por el contrario, los estratos que amortizaban individualmente cada una de las cubetas que aparecieron en el interior de esta estructura apenas dieron materiales.

El grupo estratigráfico 97-350 ha proporcionado uno de los repertorios más singulares de materiales aparecidos en el yacimiento de Costamar. Dentro de este conjunto de formas, existen un grupo de cerámicas que visiblemente se pueden referenciar a materiales aparecidos en yacimientos de este periodo. Sin lugar a dudas, el tipo cerámico más común se corresponde con ollas de borde exvasado de cuerpo de tendencia ovoide, cercano a la forma 3.8c de la tipología de A. Barrachina (2004, 199), cuyo diámetro de boca es ligeramente inferior al diámetro máximo del recipiente (Fig. 1, 4-5). Aunque también se han documentado ejemplares de menor capacidad, con una inclinación de borde menos divergente (Fig. 1, 1), que se pueden asociar a morfotipos ya presentes en fases anteriores (grupo XII de la clasificación de M^a Jesús De Pedro; 1998, 34).

Los ejemplares carenados, presentan dos variantes principalmente. Por un lado, aparecen formas que heredan rasgos del periodo precedente, de pequeño tamaño, en el que el punto de inflexión se sitúa en la parte central, de tal manera que la parte inferior del mismo acaba en un cuerpo hemiesférico y la parte superior tiene un desarrollo más o menos reentrante o recto (Fig 1, 14). Estas formas claramente se puede asimilar al grupo VIII.2 de M^a. Jesús de Pedro y a la forma 4.1d, 4.7-8 de Barrachina (De Pedro, 1998, 32; Barrachina, 2004, 218, 227, 228). La otra variante, de la que únicamente poseemos un ejemplar (Fig 1, 13), en cambio es un morfotipo más característico del bronce tardío. Esta clase de recipientes con carena media, en ocasiones baja, caracterizados por tener un perfil bajo de tendencia abierta, en el que el diámetro máximo coincide con el borde, suelen contar con abundantes paralelos y se asocian a momentos avanzados que rebasan el bronce pleno (*vid.* a este respecto De Pedro, 2002, 250). Junto a estos ejemplos, podemos citar una serie de formas que constituirían parte del repertorio vascular del bronce valenciano pero que también se documentan en yacimientos con dataciones de la segunda mitad del II milenio aC. Entre estas habría que mencionar el vaso profundo con borde digitado de tendencia reentrante (Fig. 1, 2) y cuencos con asas con cuerpo ovoide (Fig. 1, 10, 11).

Sin embargo, la singularidad del grupo estratigráfico 97-350 precisamente reside en que, en los depósitos vinculados a esta estructura, ha aparecido una colección de formas para las cuales no hemos podido encontrar paralelos claros. En este sentido, hay que citar, quizás como más atípico, el recipiente de base plana y perfil divergente que tiene una compartimentación en su interior (Fig. 1, 8).

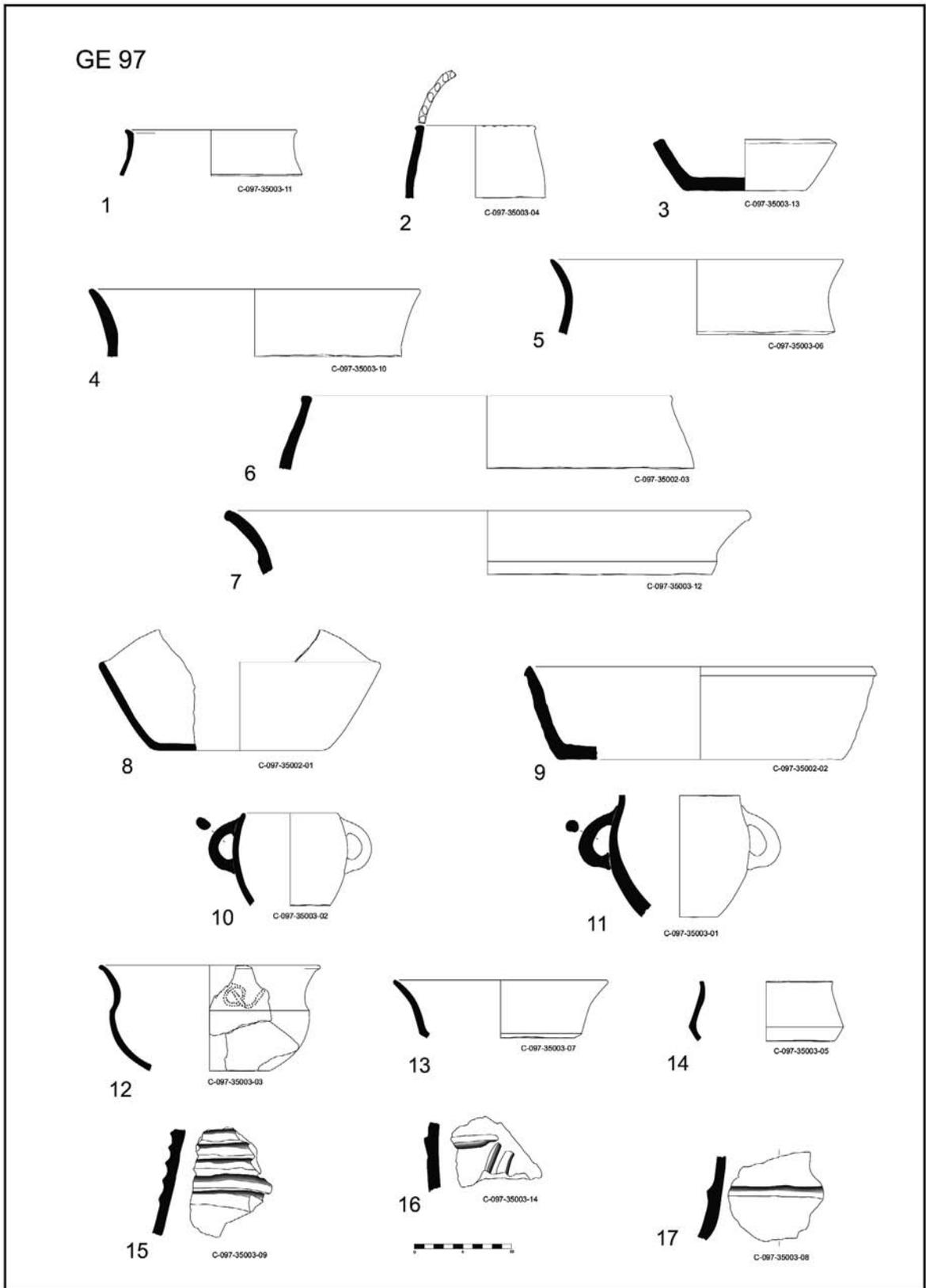


Figura 1.- Materiales cerámicos del bronce documentados en Costamar. Grupo estratigráfico 97-350.

Esta subdivisión, que consiste en una pared recta sobreelevada que segmenta el vaso cerámico en dos mitades, es una solución formal que se aleja de otras configuraciones, como la que se puede observar en los vasos geminados, que en realidad consiste más en la adición en el proceso de modelado de dos volúmenes que en origen estaban separados, que una división interna. Asimismo, podríamos considerar poco común la cazuela de base plana (Fig. 1, 9), con borde diferenciado de sección triangular. Esta pieza, que posee un acabado mucho más tosco que el resto de individuos, recuerda más a los prototipos de tradición neolítica lisa que se han recuperado en el yacimiento de Costamar que a los ejemplos de este momento. La mayor parte de los recipientes que se pueden relacionar con este tipo tienen una base cóncava o una base plana pero no tan marcada (véase el grupo III de de M^a. Jesús de Pedro y más concretamente la forma 1.4a-b de Barrachina (De Pedro, 1998, 30; Barrachina, 2004, 151).

Otro vaso cerámico particular es una fuente de perfil exvasada y gran diámetro de boca que presenta una carena reforzada (Fig. 1, 7). También, carecemos de paralelos claros para el recipiente carenado de cuerpo hemiesférico y borde abierto acampanado, en el que se plasma una decoración puntillada (Fig. 1, 12). De todos los ejemplares recuperados en el grupo estratigráfico 97-350, este es el que tiene una ejecución y acabado de mayor calidad. Y por último, hay que mencionar la presencia de un contenedor de cuerpo ovoidal y borde convergente (Fig. 1, 6), que si bien formalmente recuerda a algunos recipientes recuperados en otros yacimientos (véase el grupo XIII.1b y XIII.1c de M^a. Jesús De Pedro y la forma 2.5 de Barrachina (De Pedro, 1998, 35; Barrachina, 2004, 163) no deja de ser poco usual en el registro de materiales exhumados en Costamar.

Las decoraciones de este conjunto son escasas, prácticamente se reducen a unos fragmentos con decoración plástica y decoración impresa puntillada con relleno de pasta blanca. La primera (Fig. 7, 11-13) consiste en cordones aplicados, en la mayoría de los casos con una sección apuntada, que aparecen formando un trazado horizontal mediante líneas agrupadas o en solitario, aunque también existen fragmentos que parecen registrar otros desarrollos más complejos. Esta decoración, en esta estructura, sólo se asocia a recipientes de gran tamaño. Por otro lado, la decoración puntillada con relleno de pasta blanca se documenta en el vaso carenado de perfil acampanado (Fig. 1, 12). El motivo, que aparece en la parte superior del recipiente, consiste en una línea ondulada a la que se le encadena un círculo (Fig. 7, 9).

GRUPO ESTRATIGRÁFICO 108

Tal y como ya se ha comentado, el grupo estratigráfico 108 ha sido el que mayor número de materiales ha aportado. Todos estos materiales proceden de una estructura habitacional, excavada en el terreno, que presenta cuatro niveles superpuestos de ocupación y un último relleno masivo de abandono que termina por obliterar completamente la estructura excavada. La selección de cerámicas que se presenta a continuación es una muestra representativa de cada una de las fases en las que se puede dividir la evolución de esta estructura, que se corresponden con las unidades estratigráficas que vamos a describir a continuación.

Fase I.- De esta fase se han escogido los restos de las unidades estratigráficas 10848 y 10849, unidades equivalentes, que se corresponden con el nivel del suelo de ocupación de este momento. La Fase I se corresponde con la etapa más antigua de uso de la cabaña.

Fase II.- En este caso, las cerámicas proceden de las unidades estratigráficas 10843 = 10844, que son los rellenos constructivos asociados a este momento.

Fase III.- Las unidades estratigráficas que se han tomado como referencia en esta fase son la 10831 y 10832, que en realidad son la misma unidad de suelo de ocupación.

Fase IV.- De la última fase de ocupación, como el anterior caso, la cerámica se ha seleccionado del nivel de pavimento (unidad estratigráfica 10810=10811), aunque en esta ocasión también se ha escogido cerámica del primer depósito (unidad estratigráfica 10805) que comenzó a amortizar este espacio, lo cual en cierto modo se ha de considerar una especie de "interfase".

Fase Post.- El último momento se corresponde con un potente relleno, unidad estratigráfica 10802, que definitivamente rellenó el fondo de cabaña y que marca la inutilización de esta estructura.

Durante el análisis preliminar de los restos se pudo comprobar que hay materiales que pegan entre las fases II y III (en concreto la pieza C-000-10844-06 y el fragmento de borde C-000-10832-04), lo cual puede ser producto de una afección a los niveles del segundo momento de ocupación durante la adecuación del espacio durante la fase III. En este sentido es importante aclarar cómo en ocasiones los niveles que amortizan una ocupación, en la siguiente fase, son empleados como superficies constructivas.

FASE I

El repertorio cerámico de la fase I agrupa un conjunto de formas entre las que destaca abrumadoramente la presencia de ollas de cuerpo globular (Fig. 2, 1-4), con el borde más menos destacado, que pueden tener asas, lengüetas (en el menor de los casos) o bien carecer de cualquier elemento de prensión (grupo XII, XIII.1a y XIII.3, De Pedro, 1998, 34-35). Junto a los morfotipos de mayor tamaño, también se ha documentado algún ejemplar de menor formato (Fig. 2, 9), pero que en esencia reproduce los mismos parámetros formales. Así mismo, aparecen vasos carenados, con carena en la parte media y baja, cuerpo inferior hemiesférico y superior reentrante (Fig. 2, 6, 8), que como hemos visto cuenta con abundantes paralelos desde la primera mitad del II milenio.

Igualmente, de todos los momentos de ocupación que aparecen en el grupo estratigráfico 108, la fase I es la única que cuenta con presencia de vasos geminados –grupo XVI de M^a. Jesús De Pedro y a la forma 6 de Barrachina (De Pedro, 1998, 37; Barrachina, 2004, 242-244)–. El ejemplar C-000-10849-02 (Fig. 2, 10) únicamente conserva el arranque del asa sobreelevada que se sitúa en el punto de unión del recipiente. El otro ejemplar que ha aparecido en esta fase es parte de la zona de unión, por el cuerpo, entre ambos vasos (Fig. 2, 11).

Por lo demás, hay que destacar al mismo tiempo la presencia de un par de piezas más singulares dentro de los materiales aparecidos en esta fase. La primera es un vaso cerámico (Fig. 2, 5), del cual únicamente poseemos un borde de tendencia ligeramente exvasada, en cuyo exterior se observa una decoración incisa rellena de pasta blanca. Este individuo es semejante, como veremos, a un tipo recuperado en la fase post-deposicional. El segundo ejemplar (Fig. 2, 7) es una fuente abierta con una base probablemente cóncava, que cuenta como elemento de prensión una lengüeta. En la fase I del Torrelló d'Onda se ha documentado un recipiente con unas características iguales (Barrachina, 2004, 529, fig. 237).

En este momento, las únicas decoraciones que se documentan están realizadas mediante cordones aplicados e impresiones que pueden estar rellenas con pasta blanca. Las decoraciones plásticas (Fig. 6, 3-4) están realizadas con cordones lineales verticales de poco grosor, que en uno de los casos recuperados posee decoración impresa (Fig. 6, 4). Las impresiones puntilladas que poseemos muestran dos tipos de motivos. El primero (Fig. 6, 2) es una línea horizontal acompañada de una guirnalda. Mucho más interesante es el segundo diseño decorativo formado por una línea horizontal, situada en la parte superior del borde, de la cual nace una línea vertical (Fig. 6, 1). Es muy posible, por tanto que este puntillado relleno de pasta blanca mostrase un dibujo formado por una banda horizontal de la cual partirían líneas verticales hacia la base del recipiente.

FASE II

La fase II es el nivel de ocupación que menos materiales ha proporcionado, probablemente por su alto grado de arrasamiento. A pesar de ello, hay una serie de aspectos interesantes.

La pervivencia de ollas de cuerpo globular está perfectamente atestiguada (Fig. 2, 19); sin embargo, hacen su aparición en este momento de ocupación algunos ejemplares con asas de sección cuadrangular de menor tamaño y borde mucho más abierto (Fig. 2, 17). Con todo, hemos de advertir que este recipiente presenta unos rasgos formales que no se han documentado en el resto de niveles asociados a la cabaña.

Dentro de los vasos carenados tenemos dos ejemplos, uno de ellos que se puede asimilar a lo que sería un vasito (Fig. 2, 15) y otro de mayor tamaño cuyas características más sobresalientes son la posesión de asas, de las cuales apenas quedan indicios, su amplio diámetro y su profusa decoración (Fig. 2, 16).

Los únicos fragmentos decorados que se han registrado en este momento pertenecen a partes de cuerpo con decoración incisa pertenecientes al ejemplar descrito con anterioridad (Fig. 6, 5-6). El vaso carenado desarrolla un diseño formado por una banda paralela, situada en la carena, a base de dos líneas paralelas que separarían, en su parte superior e inferior respectivamente, dos líneas en zigzag horizontal realizadas con trazos múltiples. En la parte interna de los zigzags inferiores se observa cómo hay líneas horizontales acompañadas de trazos más cortos. Salvando las distancias, en La Loma de Betxí (Habitación III, nivel II, De Pedro, 1998, 162, fig. 103. 71) se observa un diseño decorativo que recuerda al aparecido en Costamar.

FASE III

De igual manera que la fase anterior, este nivel no ha proporcionado muchos materiales. Recordemos que en uno de los estratos pertenecientes a este momento, en concreto la unidad estratigráfica 10832, se obtuvo una datación radiocarbónica de 1208-930 cal BC.

En la fase III las ollas globulares siguen siendo la forma más recurrente, aunque no conservamos ningún perfil lo suficientemente completo, a excepción de un ejemplar de menor capacidad (Fig. 3, 1), con lengüetas en el borde. De hecho el tipo de olla del cual poseemos un fragmento más considerable se corresponde con un recipiente de borde más abierto, con un diámetro cercano al diámetro máximo de cuerpo, un perfil más ovoidal (Fig. 3, 6) –Grupo XIII.3 (De Pedro, 1998, 35). Además de este tipo de recipientes se han documentado vasos profundos de cuerpo cilíndrico, con lengüetas en el borde (Fig. 3, 2; aunque tampoco se descarta que sea un recipiente semejante a fig. 3, 1) y un vaso carenado, también con lengüetas, aunque en este caso en la línea de la carena, con un perfil superior reentrante pero con borde exvasado (Fig. 3, 5). Este vaso, tipológicamente se encuadra en la Forma 4.13 de la clasificación de A. Barrachina (2004, 231). Realmente, la forma más novedosa, con respecto a los niveles de ocupación precedentes, es un bol de cuerpo esférico y tendencia ligeramente abierta (Fig. 3, 3) –grupo V.1 de M^a. Jesús De Pedro y a la Forma 1.6 de Barrachina (De Pedro, 1998, 32; Barrachina, 2004, 153-154)–.

Los fragmentos decorados son escasos. Un grupo de piezas (Fig. 6, 8-10), combinan decoración incisa e impresa plasmada mediante una línea vertical cercana al borde flanqueada por dos líneas de puntos, que acabaría probablemente en su parte superior en una línea horizontal realizada con pequeñas incisiones. Es muy posible que esta decoración sea muy semejante a la que se observa en uno de los vasos carenados aparecidos en la unidad estratigráfica 10810, dentro de la fase IV (Fig. 3, 12). Además de estos fragmentos se ha recuperado uno en el que se puede ver el comienzo de un motivo realizado con una línea curva mediante un puntillado relleno de pasta blanca.

FASE IV

En los niveles correspondientes a la fase IV, se ha podido registrar un conjunto de materiales interesante en el que sobresalen las decoraciones. Las ollas de cuerpo globular siguen siendo la tónica dominante (Fig. 3, 11, 14). A su vez sobresale una abundante presencia de vasos carenados de cuerpo inferior hemiesférico y perfil superior reentrante de distinto tamaño (Fig. 3, 12, 13, 15; probablemente los fragmentos fig. 3, 16, 17 y 21 también se pueden incluir en esta categoría).

En todos estos ejemplares el diámetro máximo de borde y de cuerpo suelen coincidir o ser inferior, exceptuando la pieza C-000-10811-12 (Fig.3, 13), cuyo perfil se acerca más a la forma 4. 11 de Barrachina (2004, 230). En líneas generales este tipo de perfiles, que dibujan un vaso de forma globular con carena media alta se asocian fundamentalmente a contextos antiguos (De Pedro, 1998, 214).

Además de estas dos clases de recipientes, que son los que cuantitativamente destacan en el yacimiento, hay que mencionar la presencia un vaso con borde reentrante, que posee mamelones a la altura del labio, asas y un cuerpo posiblemente globular (Fig. 3, 10).

El último morfotipo que hemos podido aislar es un borde de plato-tapadera (Fig. 3, 19). Esta pieza se ha orientado de esta manera debido a que su gran grado de inclinación impediría observar la decoración si esta no se situase en su parte superior (caso de que fuera un plato con el borde muy exvasado).

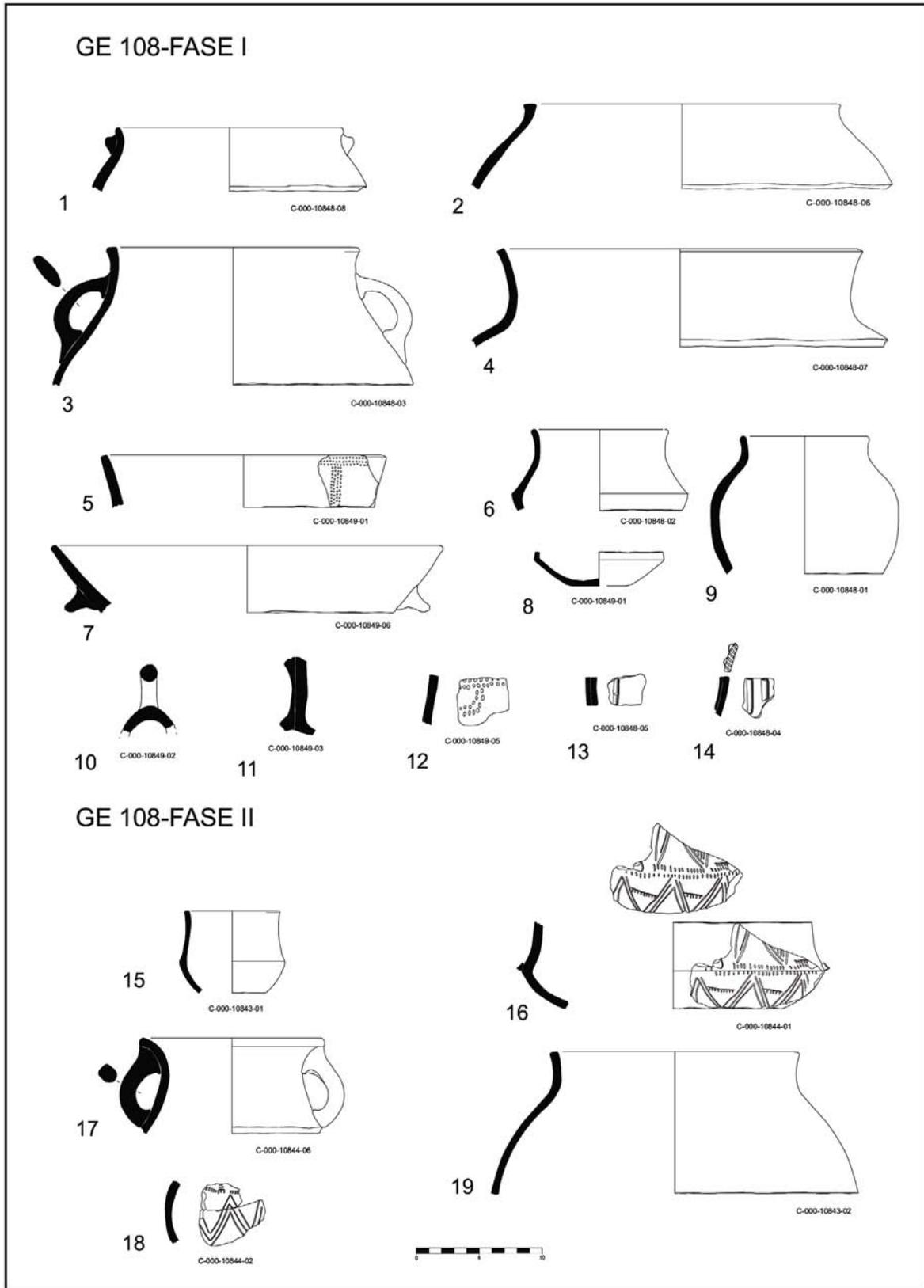


Figura 2.- Materiales cerámicos del grupo estratigráfico 108. Fases I y II.

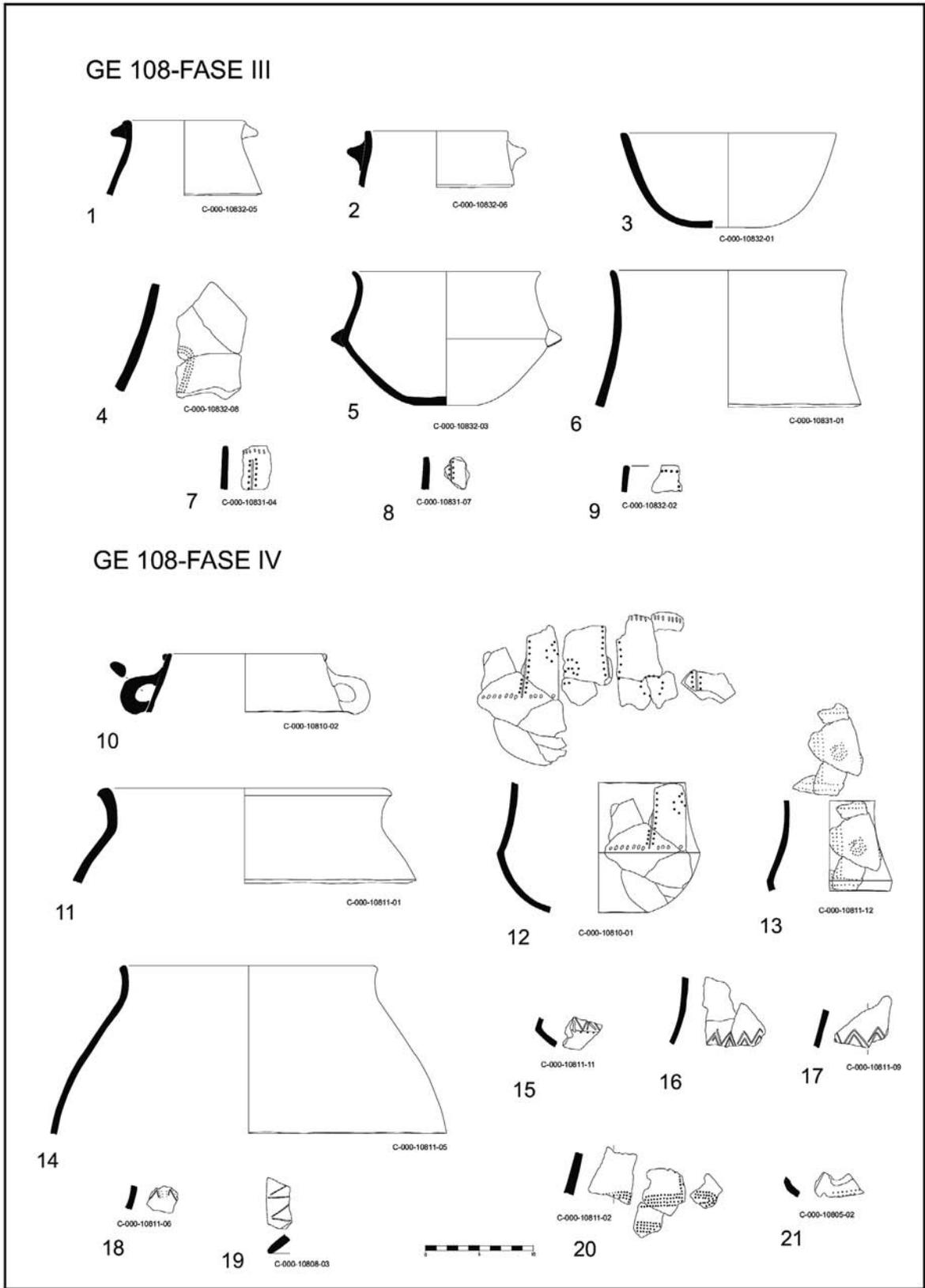


Figura 3.- Materiales cerámicos del grupo estratigráfico 108. Fases III y IV.

GE 108-FASE POST

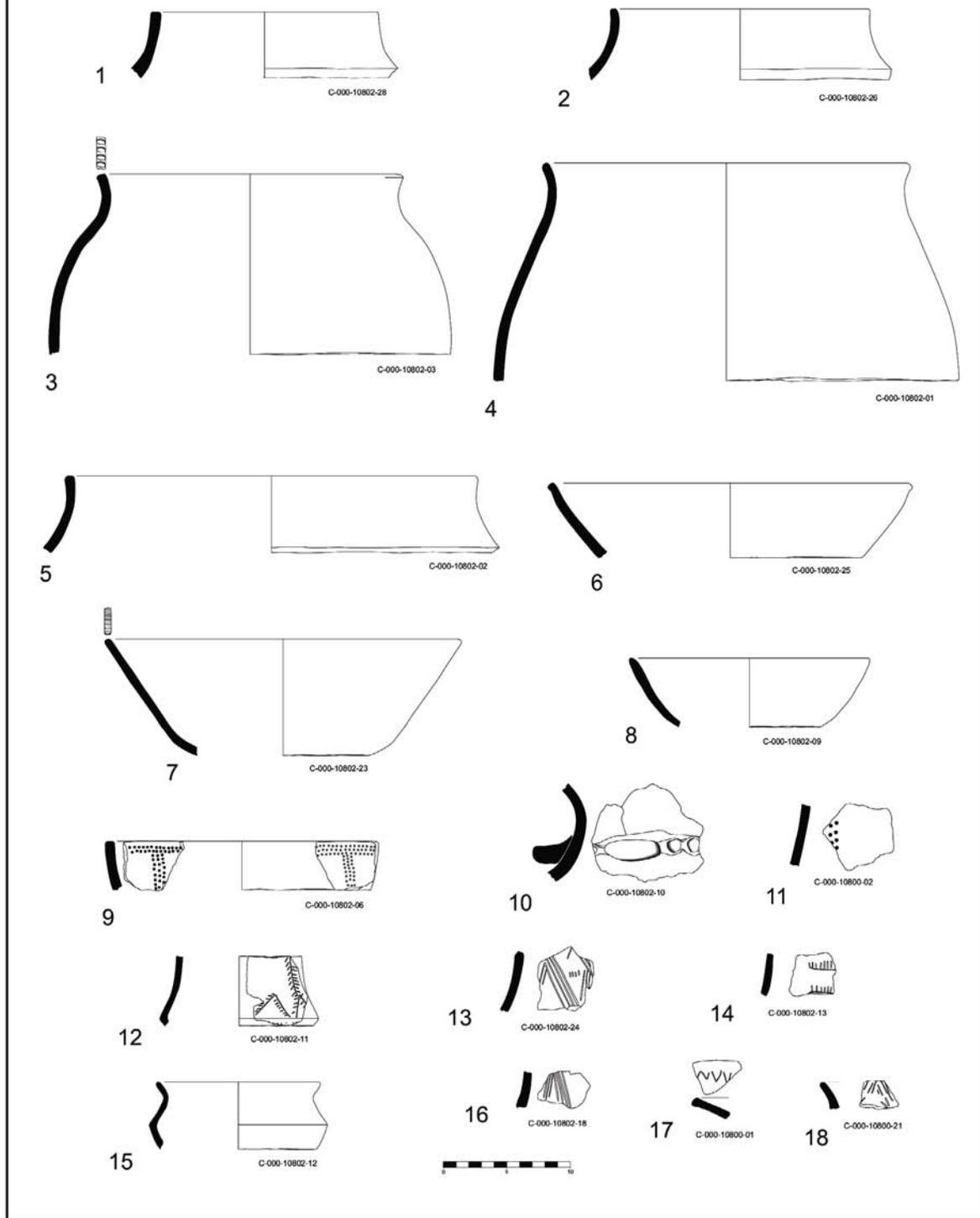


Figura 4.- Materiales cerámicos del grupo estratigráfico 108. Fase post-deposicional.

Las técnicas decorativas predominantes en este momento son la impresión y la incisión, a excepción hecha del recipiente C-000-10810-02 (Fig. 3, 10). Un grupo importante de fragmentos, en todos los casos pertenecientes a vasos carenados, presentan decoraciones incisas con motivos en zigzag realizados por la combinación de varios trazos (Fig. 6, 12-13) o mediante el empleo de líneas simples acompañadas de impresiones puntilladas (Fig. 6, 14-15).

Dentro de esta misma categoría de recipientes también se han registrado las composiciones más complejas. Ambos ejemplos, aun cuando emplean motivos decorativos concretos, reproducen un diseño muy semejante en el que se crean una serie de metopas en las cuales se insertan distintos elementos. En el primer caso (Fig. 6, 18), las decoraciones se han realizado exclusivamente con técnica impresa puntillada. El esquema decorativo en este vaso cerámico consiste en la creación de una serie de metopas, mediante la unión de dos bandas puntilladas horizontales, una situada en el borde y otra en la inflexión de la carena, que estarían conectadas por bandas verticales. En los espacios generados por este entramado se irían emplazando los distintos motivos. Sólo se ha conservado un motivo insertado en la metopa en el fragmento recuperado, consistente en un círculo relleno. En la covacha de l'Assud d'Almassora se ha documentado un vaso carenado que reproduce el mismo esquema decorativo (Barrachina, 2004, 544, fig. 245, 3).

El segundo caso (Fig. 6, 19), en esencia es la misma composición, aunque en este caso las bandas que forman las metopas están compuestas en su trazo horizontal por una línea simple dibujada por incisiones, y en su trazo vertical por una línea incisa flanqueada por líneas impresas puntilladas. El único motivo que se puede observar con claridad es un círculo simple, aunque los fragmentos recuperados apuntan a que éste sería el diseño empleado preferentemente en las metopas. Tal y como dijimos en el anterior punto, algunos de los fragmentos decorados que se registraron en la fase III (Fig. 6, 8-10), es más que probable que pertenezcan a piezas de este tipo.

Dentro del repertorio de decoraciones exclusivamente impresas tenemos varios fragmentos, pertenecientes a la misma pieza (Fig. 6, 11), ornamentados con bandas formadas con líneas múltiples de puntillados, aunque es difícil observar el diseño original, debido al gran grado de fragmentación que tiene estas piezas. Finalmente, hay que mencionar un ejemplo de ornamentación incisa (Fig. 6, 16), realizado con un instrumento de punta aguzada, que combina ángulos no encadenados.

FASE POST-DEPOSICIONAL

El momento final de la cabaña, como vimos, está representado por la aportación de un depósito de amortización de gran potencia en el que se ha recogido un volumen importante de materiales. Una vez más, en este estrato la forma que destaca cuantitativamente es la olla de cuerpo globular (Fig. 4, 1-5). Así mismo, por primera vez, se empieza a registrar un volumen importante de formas abiertas, que por su tamaño y profundidad se pueden clasificar como fuentes en unos casos (Fig. 4, 6, 7) –Grupo III de M^a. Jesús De Pedro y la forma 1.6 de Barrachina (De Pedro, 1998, 30; Barrachina, 2004, 153-154)– y escudillas en otros (Fig. 4, 8) –grupo II de M^a. Jesús De Pedro y forma 5 de Barrachina (De Pedro, 1998, 30; Barrachina, 2004, 152)–. Tanto las ollas como este conjunto de piezas abiertas carecen de decoración, si exceptuamos la presencia ocasional de líneas impresas en el borde.

Los vasos carenados no alcanzan un grado de representación tan grande como en fases anteriores; sin embargo, frente a las variantes que han aparecido en otros momentos, de cuerpo esférico y desarrollo reentrante a partir de la carena (Fig. 4, 11-13, 16), también aparecen ejemplares con dos puntos de inflexión (Fig. 4, 15).

Finalmente, hay que citar la presencia de una serie de formas que aparecen con menos asiduidad. Por una lado, un plato de gran apertura, del cual únicamente poseemos un pequeño fragmento de borde (Fig. 4, 17), y un cuenco o bol probablemente de cuerpo esférico con decoración impresa, tanto al interior como al exterior (Fig. 4, 9), similar al ejemplar documentado en la fase I (Fig. 2, 5).

Una vez más, en el capítulo de las decoraciones, los vasos carenados son los recipientes más ornamentados (Fig. 7, 2, 5, 6 y probablemente también 3 y 4). La colección de decoraciones que muestran estos vasos incluye zigzags horizontales mediante agrupaciones de líneas incisas (Fig. 7, 5-6), combinaciones de motivos lineales con trazos horizontales y verticales combinados (Fig. 7, 4) e impresiones puntilladas (Fig. 7, 3). Quizás el ejemplo más bellamente decorado se corresponde

con un vaso carenado con motivos ramiformes (Fig. 7, 2). Este ejemplar cuenta con un paralelo muy claro en la fase II del Pic dels Corbs (Sagunto), perteneciente a los fondos antiguos (*vid.* decoración 3.17 de A. Barrachina; Barrachina 2004, 288, fig. 288).

Otras decoraciones incisas aparecidas en esta fase representan zigzags con líneas simples (Fig. 7, 7), a veces no encadenados, y otras representaciones que también recuerdan a zigzags horizontales, pero no con una ejecución tan cuidada (Fig. 7, 8). Así mismo, en este contexto tenemos un cordón digitado asociado a una lengüeta (Fig. 7, 3).

Finalmente, hay que mencionar la decoración impresa que ostenta el recipiente C-000-10802-06 (Fig. 7, 1), que como hemos apuntado se asemeja al aparecido en la fase más antigua de la cabaña (Fig. 6, 1). No obstante, en este caso el motivo decorativo se sitúa tanto al exterior como al interior, y está formado por una banda horizontal situada en el borde de la cual sale otra vertical, realizadas con impresiones puntilladas. El relleno de las impresiones con pasta blanca sólo se documenta en la parte exterior.

GRUPOS ESTRATIGRÁFICOS 33-286 Y 67-320

Las cerámicas recuperadas en los grupos estratigráficos 33-286 y 67-320, aparecieron en los rellenos de colmatación de dos estructuras negativas. Como ya hemos dicho en la introducción, no tenemos por el momento dataciones absolutas para estos grupos, por lo que únicamente podemos encuadrar cronológicamente estos materiales a través de los paralelos formales que hemos establecido.

Hay que insistir nuevamente en la escasez de materiales recuperados en estos rellenos, especialmente si los comparamos con el gran volumen de restos documentados en los grupos descritos. Con todo, ciertas características formales presentes en los vasos cerámicos sugieren una datación más avanzada que los repertorios descritos hasta ahora, si bien las características técnicas que presentan estas piezas no difieren en esencia de las detalladas hasta ahora. Quizás el único elemento novedoso sea la aparición de escobillados en algunos fragmentos, así como la constatación de cocciones, por lo general, más cuidadas. Otro aspecto que también se observa a primera vista es la ausencia de decoraciones.

GRUPO ESTRATIGRÁFICO 33-286

En esta estructura únicamente se han podido recuperar tres recipientes. El primero de ellos es una olla de cuerpo globular de mediano tamaño (Fig. 5, 1); el segundo un vaso carenado con asa sobreelevada (Fig. 5, 2) y, por último, un contenedor de cuerpo ovoidal con borde divergente (Fig. 5, 3). La olla recuperada en este grupo estratigráfico reproduce unos parámetros formales que prácticamente se pueden rastrear durante toda la edad del bronce. No así, el contenedor cuyo formato es el mayor de los documentados en el yacimiento de Costamar.

El vaso carenado presenta como característica la inflexión a mitad de perfil, un diámetro de borde coincidente con el diámetro máximo del recipiente, y sobre todo un asa elevada, que es un rasgo que hasta este momento no se había documentado. Lógicamente, este tipo de asa se puede asociar a la pieza, de similares características, recogida en el grupo estratigráfico 67-320 (Fig. 5, 6), sin embargo, a diferencia de aquella, el asa no acaba en lengüeta. Como veremos a continuación este elemento formal, sin ser exactamente igual al atributo con el cual hemos establecido la comparación, pensamos que también se tiene que encuadrar en el bronce final.

GRUPO ESTRATIGRÁFICO 67-320

Tipológicamente, algunos de los recipientes aparecidos en el grupo estratigráfico 67-320 se asocian sin dudas al bronce final. Acaso la pieza más clara que se ha catalogado en este sentido es un perfil completo de vaso carenado con lengüeta vertical –asa “*ad ascia*”– (Fig. 5, 6). Las asas “*ad ascia*” son poco usuales en la península, y sus hallazgos se concentran principalmente en la zona del Ampurdan. Todos ellos se fechan en el bronce final II (Espejo, 2000-01, 50). En Camp-Redon, en Montpellier, son abundantes las asas con apéndices “*ad ascia*” con una cronología de bronce final II (Barrachina, 2004, 406).

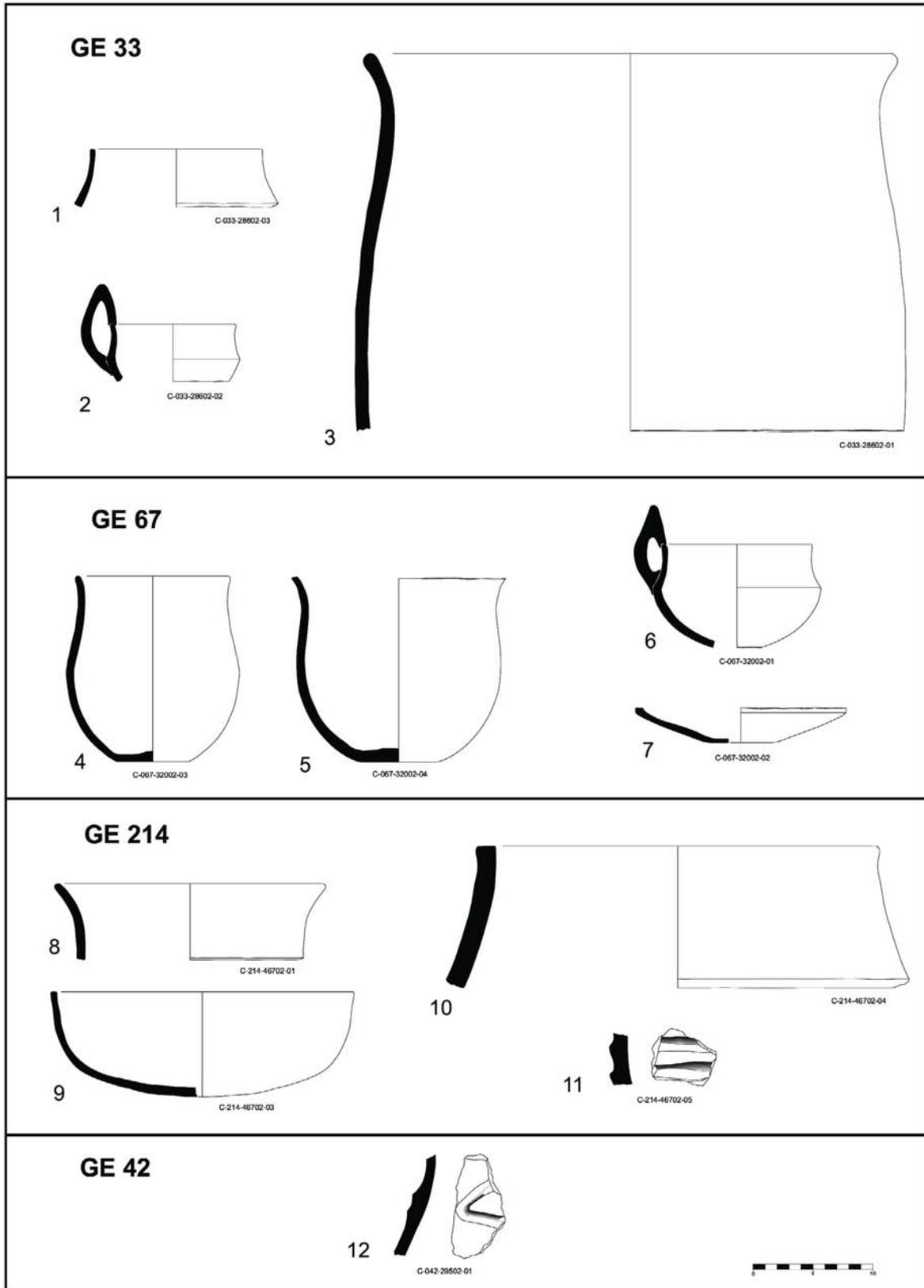


Figura 5.- Materiales cerámicos de los grupos estratigráficos 33-286, 42-295, 67-320 y 214-467.

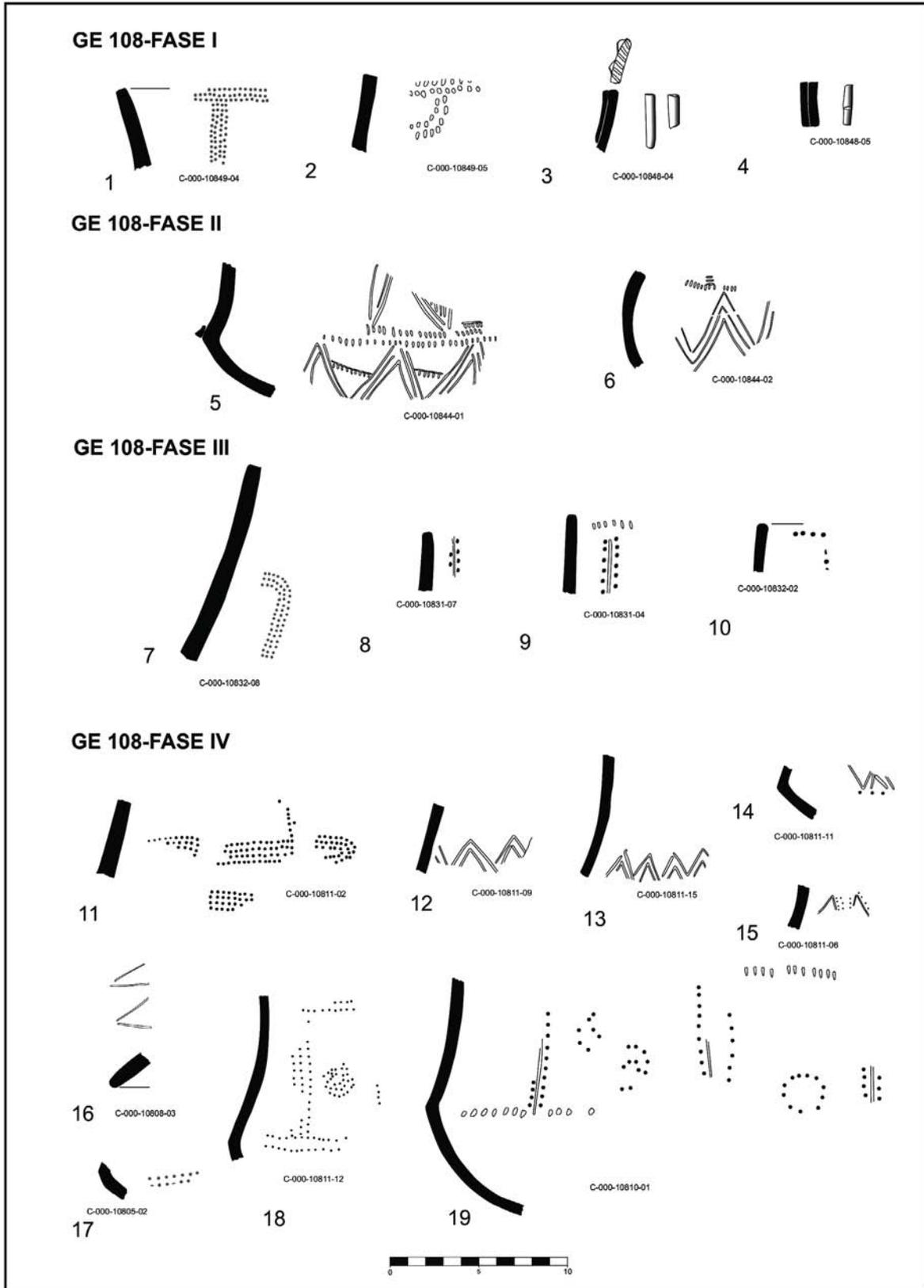


Figura 6: Decoraciones cerámicas de la edad del bronce. Grupos estratigráficos 108. Fases I, II, III y IV.

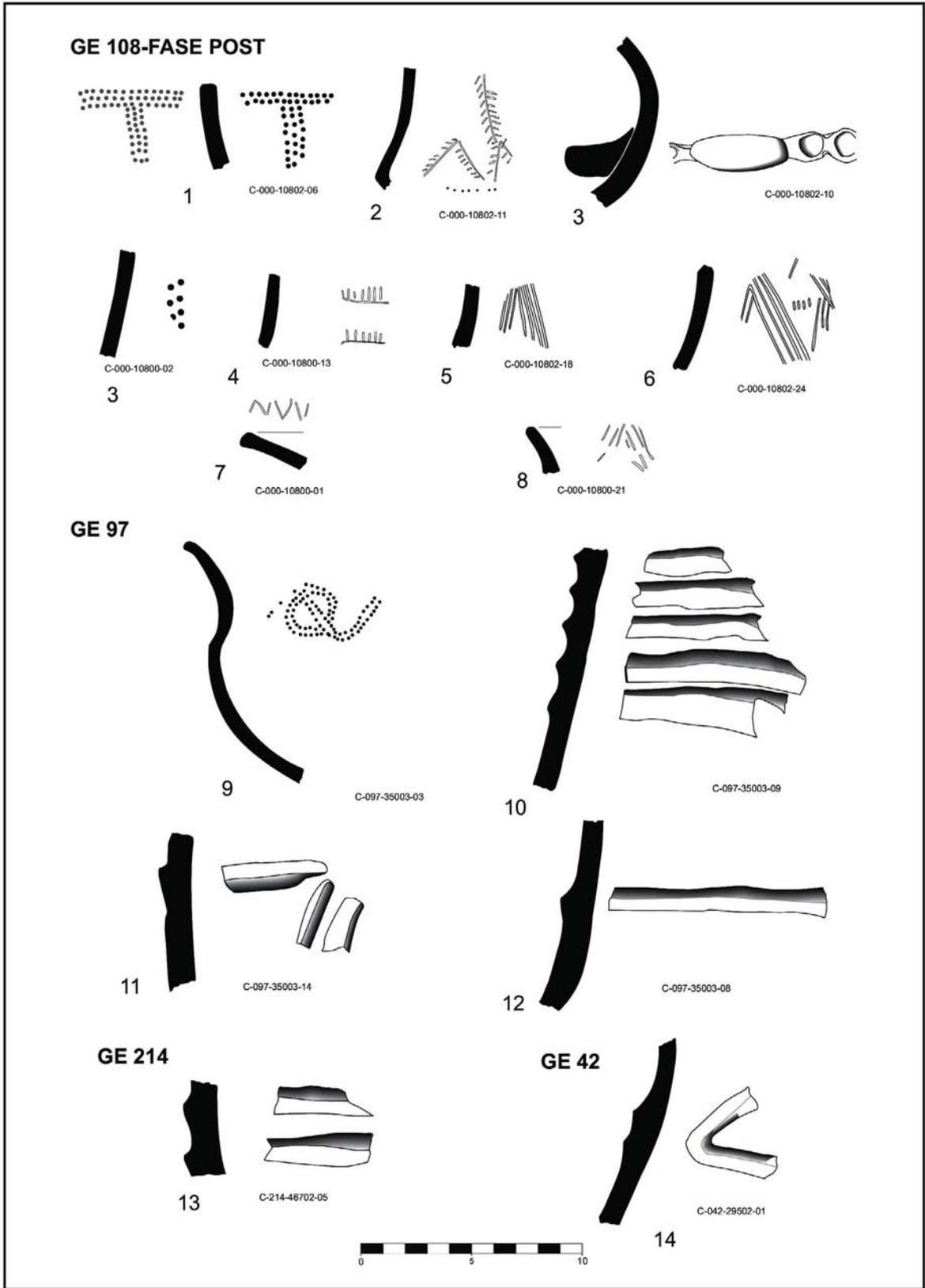


Figura 7.- Decoraciones cerámicas de los grupos 42-295, 97-350, 108 (fase post-deposicional) y 214-467.

Estas fechas “avanzadas” contrastan con las dataciones radiocarbónicas más antiguas que se han ido conociendo en otros yacimientos en los cuales también se han recuperado asas con lengüeta vertical. Un caso muy ilustrativo es el yacimiento de Can Roqueta II (Sabadell, Barcelona) donde hay conjuntos datados en la primera mitad del XVII ANE (López-Cachero, 2005, 28, nota 15). Por el contrario, en el levante, y más en la línea de lo que la bibliografía tradicional ha mantenido, las asas “*ad ascia*” se sitúan en las fases finales del bronce (bronce final), caso del Pic del Corbs (Barrachina, 2004, 406). No se puede descartar que quizás haya que hablar de distintas cronologías según la zona geográfica.

Por tanto, es posible que la datación de las lengüetas verticales esté en relación con sus características formales, el tipo de vaso cerámico en el cual aparece, la zona concreta y la cultura material a la que se asocia. Esta contextualización del atributo como método para afinar la cronología de este tipo de asas, ha sido un sistema que ya se ha advertido como necesario en otro tipo de atributos decorativos que tradicionalmente se consideraban muy característicos de un periodo concreto, como el caso de los vasos de apéndice de botón en el área del Nordeste peninsular (López-Cachero, 2005, 27-28).

Otra de las formas recuperadas en el grupo 67-320, prácticamente completa, es el vaso profundo con perfil en “S” (Fig. 5, 4-5). Se trata de piezas que se relacionan claramente con la forma 3 de la tipología de A. Barrachina (2004, 147 ss.) y que cuenta con ciertas semejanzas del grupo IX de M^a Jesús De Pedro (1998, 33, fig. 9a) aunque sin tener el perfil compuesto como es característico en el tipo definido por esta investigadora. Otro rasgo interesante es que en una de estas piezas (Fig. 5, 4), se han observado rastros de escobillado, producido por un ligero arrastre de una escobilla o de un peine, dejando unos trazos muy finos sobre la superficie. En este caso, su disposición desordenada hace pensar que se trata de un mero tratamiento superficial.

Estas cerámicas se caracterizan por ser vasijas compuestas por dos volúmenes unidos mediante una inflexión suave. La parte superior, boca y cuello, deriva de formas cilíndricas o hiperbólicas, mientras que el cuerpo es esférico u ovoide (Barrachina, 2004, 147). En definitiva es una forma con un perfil sinuoso, con borde diferenciado de inclinación variable, unido a un cuerpo de tendencia globular. Se trata de una definición que agrupa a prototipos de diferente envergadura y con un desarrollo del cuerpo muy diverso (globular, esférico, cilíndrico, etc.), que está ampliamente representada en los yacimientos de la edad del bronce.

Quizás el paralelo más cercano a la pieza que se ha documentado en el grupo estratigráfico 67-320 sea alguna de las cerámicas aparecidas en el yacimiento de Cabezo Redondo (Villena, Alicante), (Soler-García, 1987, 128, fig. 87, 9), aunque el tamaño de la nuestra es un poco menor (*cfr.* Ramón-Burillo, Ramírez, 2004, 380; forma 1).

Otro elemento destacable es la presencia de una base con carena (Fig. 5, 7). Su rasgo más característico es lo bajo que se sitúa precisamente la línea de la carena. La ruptura de la pieza justo por este punto de inflexión nos impide saber qué tipo de vaso carenado concreto sería, aunque sus medidas nos hacen pensar en un recipiente de cuerpo de tendencia abierta.

La evolución del conjunto de vasos carenados hacia perfiles más abiertos es un aspecto que algunos investigadores han empleado para argumentar una evolución interna del sustrato del bronce valenciano. Este proceso se produciría en una fase final paralela a la planteada para el sistema ibérico turolense, bronce tardío, que abarcaría desde el 1500 al 1150 cal BC (Barrachina, 2004, 381).

GRUPOS ESTRATIGRÁFICOS 42-295 Y 214-467-

Las cerámicas recuperadas en estas dos estructura, por el tipo de pasta recuerdan más a las producciones documentadas en los grupos estratigráficos 33-286 y 67-.320; sin embargo, el repertorio de materiales no incluye ningún rasgo lo suficientemente claro que nos permita fechar sin dudas estos recipientes en el bronce final. Dejando de lado el grupo estratigráfico 42-295, del que únicamente tenemos un fragmento de contenedor con decoración plástica (Fig. 5, 12), del grupo estratigráfico 214-467 se ha podido aislar el perfil de tres recipientes (Fig. 5, 8-10). El primero de ellos es un vaso cerámico de borde exvasado (Fig. 5, 8) recuerda a la forma 10.5b.1 de la tipología de A. Barrachina (2004, 265). Los dos prototipos restantes son una fuente (Fig. 5, 9) y un contenedor destinado al almacenaje (Fig. 5, 10). A igual que en el anterior caso también se documenta un fragmento con decoración plástica (Fig. 5, 11).

COSTAMAR DENTRO DEL BRONCE TARDÍO VALENCIANO

La investigación en los últimos años ha producido un importante volumen de publicaciones que han mejorado considerablemente nuestro conocimiento sobre la evolución de la edad de bronce en la segunda mitad del II milenio. Como es lógico, este aumento de datos se ha traducido en la necesidad de adaptar las explicaciones teóricas a la nueva información. Tal y como vimos en uno de los epígrafes anteriores, realmente la raíz del problema reside en la dificultad que hay para explicar el proceso de evolución cultural en las comarcas centrales y septentrionales del territorio valenciano, frente a un ámbito meridional mucho mejor conocido. La publicación desigual de esta documentación, –escasez de dataciones absolutas, abundante presencia de material descontextualizado, excavaciones parciales–, ciertamente no ha contribuido a mejorar la situación.

Esta complejidad ha sido señalada en múltiples trabajos a lo largo de los últimos años, si bien es innegable que, a su vez, han surgido propuestas que han intentado adaptar la documentación que se ha ido incorporando. A pesar de todo, poco a poco se ha ido esbozando una síntesis explicativa de este horizonte cultural, enmarcado grosso modo entre el 1500-1000 aC. El punto de partida se sitúa hacia mediados del II milenio, momento en el cual se registra un conjunto de cambios, más o menos perceptibles según el área, que hoy día se definen bajo la etiqueta de bronce tardío valenciano. Es evidente, ahora que podemos observar con suficiente perspectiva los estudios generados en los últimos treinta años, la importancia clave que ha tenido la incorporación de elementos procedentes de la cultura de Cogotas I a la hora de definir este periodo cronológico en la zona valenciana. No obstante, es en este punto donde empiezan a surgir los primeros obstáculos, algunos de ellos ya advertidos casi desde el momento de la formulación de esta idea. Mientras que el área del Vinalopó y bajo Segura se adapta perfectamente al diseño trazado, no ocurre lo mismo con el resto del territorio. Todo parece indicar que al norte del alto Vinalopó, el registro sugiere que las influencias meseteñas son difíciles de rastrear o que en muchos yacimientos no han sido documentadas.

La existencia de dos escenarios supuestamente disonantes ha obligado a que, desde mediados de los años 90, se busquen explicaciones alternativas. En este sentido, la enunciación de la tesis de la existencia de un bronce tardío valenciano caracterizado por una *facies* cerámica carente de rasgos meseteños, supuso una auténtica renovación en el panorama de la investigación. Yacimientos pertenecientes a las comarcas centrales valencianas, e incluso asentamientos emplazados más al norte de este marco geográfico, reproducen sin apenas diferencias este modelo. Sin embargo, este enfoque tiene dos grandes limitaciones, en parte derivadas del estadio en el que aún se encuentra la investigación. La primera de ellas es que en estas comarcas centrales, mientras se atestigua perfectamente el tránsito del bronce pleno al bronce tardío, siendo el paradigma explicativo de esta transformación las secuencias encadenadas de La Lloma de Betxí y el Puntal del Llops, no se puede dibujar un esbozo claro de la progresión que experimenta este proceso, puesto que no existen yacimientos excavados con una estratigrafía que abarque toda la segunda mitad del II milenio. Recordemos que la fecha más moderna que poseemos pertenece a Les Raboses, uno de los asentamientos arquetípicos que ha servido para articular esta explicación, alcanzando un 1300 aC para los niveles superficiales (Ripollés, 2000). La segunda dificultad estriba en que conforme nos adentramos en el área castellanense van surgiendo todo un grupo de yacimientos, especialmente aquellos que poseen niveles con fechas más adelantadas, que se alejan de este paradigma. Todos los datos indican que hay un conjunto de asentamientos, entre los cuales podemos citar el Pic dels Corbs (fase III), el Tossal de Castellet (en este caso con hallazgos superficiales descontextualizados, *vid.* Oliver, García, Moraño, 2005), y Orpesa la Vella (Barrachina, Gusi, 2004), por mencionar los más representativos, que en torno al 1300-1200 aC empiezan a documentar en su registro cerámico elementos de Cogotas I.

De todos estos casos citados, el único que posee una secuencia completa, desde el bronce antiguo/bronce pleno hasta el bronce final, con un estudio íntegro de la cultura material es el Pic dels Corbs (Barrachina, 2004). Su investigadora ha demostrado que existe un tránsito claro de una fase que se puede asimilar a un bronce tardío valenciano sin elementos exógenos –fase II–, en condiciones similares a las comarcas centrales valencianas, a un segundo momento en el que existe una patente penetración de influencias de la Meseta –fase III– (Barrachina, 2004, 408-438). Sin lugar a dudas, este proceso evolutivo es una referencia clave para explicar el desarrollo cultural entre el

1500-1000 aC en la zona castellanense, y una guía para comprender las secuencias documentadas en otros yacimientos con similares condiciones; aún así, tal y como esta misma investigadora advierte, existen yacimientos que no responden a esta visión (Barrachina, 2004, 546). Estos asentamientos, con dataciones avanzadas, a partir de un 1300 aC o fechas posteriores, siguen manteniendo un registro cerámico en el que no se observan con claridad las aportaciones de Cogotas I.

Una vez trazada esta síntesis, el paso más inmediato es ver en que punto de esta problemática se insertan los conjuntos excavados de Costamar. Para ello, creemos oportuno hacer una referencia a todos los yacimientos conocidos con fechas radiocarbónicas dentro del segmento cronológico *circa* 1500-1000 cal BC. En la tabla de la figura 8 (elaborada a partir de Barrachina, 2004) se hace referencia a todas las dataciones conocidas para estos límites cronológicos, entre las cuales se insertan las muestras de Costamar. Como se puede observar, dentro del rango de fechas en las que se mueven las cerámicas de Costamar, serían coetáneos los yacimientos que se reflejan en la tabla simplificada que mostramos a continuación. Se ha incorporado en una columna que simboliza el tipo de registro de materiales que presentan estos yacimientos en esos momentos; para ello emplearemos las siguientes abreviaturas, BTIM=bronce tardío con influencias meseteñas, BT=bronce tardío sin influencias de la Meseta.

YACIMIENTO	Cal BC 2 σ	TIPO
Pic dels Corbs, Sagunto	1728 - 1219	BTIM
Orpesa la Vella, Orpesa	1683 - 1132	BTIM
Pic dels Corbs, Sagunto	1616 - 1219	BTIM
Les Raboses, Albalat dels Tarongers	1520 - 1223	BT
Puig de la Nau, Benicarló	1516 - 1012	?
Pic dels Corbs, Sagunto	1427 - 1012	BTIM
COSTAMAR GE 097 UE 09703	1380 - 1120	BT
Cova del Mas d'Abad, Coves de Vinromà	1410 - 920	BT
Abric de les Cinc, Almenara	1394 - 843	BT
COSTAMAR GE 108 UE 10832	1200 - 930	BT
Pic dels Corbs, Sagunto	1294 - 832	BTIM
Torrelló del Boverot, Almassora	1210 - 900	BT

Figura 8.— Tabla comparativa de asentamientos con y sin influencias meseteñas. En negrita aparecen los yacimientos con fechas sobre muestras de vida corta.

Los contextos cerámicos más importantes recuperados en Costamar se vinculan a un bronce tardío sin influencias de la cultura de Cogotas I. Tanto el grupo estratigráfico 97-350 como el 108 carecen de las formas (recipientes de carena alta que se pueden asimilar a la Forma 4.2a-4a de la tipología de A. Barrachina) y del catálogo de técnicas y diseños decorativos propios de las producciones cogoteñas.

Los paralelos más cercanos a los contextos de Costamar lo constituyen la Cova del Mas d'Abad (Coves de Vinromà), l'Abric de les Cinc (Almenara) y Les Raboses (Albalat dels Tarongers), dentro del ámbito septentrional del territorio valenciano y con dataciones absolutas sobre muestras de vida larga (véase gráfico comparativo en el CD adjunto). Sin embargo, aunque a nuestro juicio esta filiación resulta manifiesta, es conveniente introducir una serie de aclaraciones.

El grupo estratigráfico 97-350, con una datación 1380-1120 aC, reproduce parte de las características que se observan en estos yacimientos: un repertorio vascular de cerámicas heredadas del bronce pleno al cual se le suman nuevos prototipos. La pieza C-097-35003-07 (Fig. 1, 13), un vaso carenado de perfil abierto, es un fiel reflejo de los cambios formales experimentados desde mediados del II milenio. Esta clase de vasos cerámicos se pueden aislar en los yacimientos antedichos y han sido considerados como una especie de “fósil director” consecuencia del salto evolutivo experimentado en la cultura material. No obstante, resulta significativo cómo este ejemplar es el único de su especie dentro de los conjuntos revisados. Es posible que un inventario exhaustivo permita localizar algún fragmento más de este tipo concreto, pero no deja de ser curioso que en todos los restos contabilizados no se hayan registrado más casos. De otro lado, como ya se explicó en el apartado correspondiente, el grupo estratigráfico 97-350 ha aportado un grupo de formas cerámicas que podríamos definir atípicas en yacimientos del mismo periodo (especialmente Fig. 1, 7-9, 12).

El volumen de restos aparecidos en el grupo estratigráfico 108 es considerable; sin embargo, pensamos que en este conjunto se puede observar una gran cohesión. De esta manera, pese a que es evidente que la aportación de los depósitos que componen las distintas fases de la cabaña son hechos diacrónicos, entendemos que esta secuencia estratigráfica se generó en un corto periodo de tiempo. Todos los materiales muestran unos rasgos compartidos que se rastrean sin problemas desde los niveles más antiguos de la ocupación (fase I) a los niveles de abandono (fase post-deposicional). Por lo tanto, consideramos que todas las fases en realidad presentan un conjunto de materiales que son la expresión de una misma *facies* cerámica, que se ha de fechar (tomando como referencia la muestra de la fase III) dentro del intervalo temporal situado entre el 1208 y el 930 cal BC.

Dicho esto, las cerámicas de la cabaña introducen un repertorio cerámico que, a la luz de los restos que se han documentado en excavaciones adscritas al mismo horizonte, se podrían considerar “arcaicas”. Desde este punto de vista, no sólo resulta evidente la ausencia de prototipos característicos del bronce tardío, como son los vasos carenados de perfiles exvasados, cazuelas con carena alta, etc., sino que también es palpable cómo este repertorio cerámico tiene una gran conexión con muchos de los morfotipos característicos del bronce pleno. Este aparente conflicto entre la fecha radiocarbónica y la imagen arcaizante que proyectan los materiales, podrían plantear la duda de que la muestra sobre la que se obtuvo la datación estuviera contaminada. Con todo, habida cuenta la selección de las muestras, la secuencia estratigráfica registrada, la escasez de dataciones sobre muestras de vida corta existentes para esta fase de la edad del bronce valenciano (véase gráfico comparativo en CD adjunto), y tras analizar los registros que pueden considerarse contextualizados y separar las asociaciones de materiales descontextualizados, no podemos descartar que se vayan documentando casos semejantes al del grupo estratigráfico 108 en otros yacimientos. Futuras dataciones absolutas basados en muestras de vida corta, en este y otros contextos, así como el avance de la investigación en otras excavaciones, permitirán afinar más las hipótesis de trabajo aquí planteadas.

Teniendo presente estos planteamientos, la lectura que hacemos es que tanto el grupo estratigráfico 97-350 como el 108, más allá de sus diferencias, constituyen un ejemplo de la perduración de lo que se ha denominado bronce tardío sin influencia de Cogotas I, dentro de un momento avanzado de la segunda mitad del II milenio.

Es evidente, dejando de lado aquellos paradigmas cercanos a nuestro caso, que actualmente hay un gran vacío de información de cómo este bronce tardío evoluciona a lo largo del marco cronológico que va *circa* 1500 a 1000 cal BC, sobre todo en sus etapas más recientes. A nuestro entender, la información aportada por la investigación en el área castellanense permite trazar un esquema que se puede observar en el gráfico de la página siguiente. En este cuadro sinóptico, se intenta poner de relieve la diversificación de situaciones que experimenta el bronce tardío en el área de Castellón, sobre todo en su estadio más avanzado.

Evidentemente, es una simplificación ya que el examen pormenorizado de cada caso permite introducir matices. En los últimos trabajos que se están realizando, la existencia de un horizonte con indudables rasgos de Cogotas I parece estar cada vez más demostrada, siendo quizás el ejemplo más inmediato y mejor constatado el de la fase III del Pic dels Corbs. A pesar de este paradigmático caso, en líneas generales algunas investigaciones sostienen que el grado de implantación de la tradición mesetefia en tierras valencianas es mínimo, y no va más allá de una simple influencia

técnica, hasta el punto de haber llegado a ser tildada como de “reciclada” por los alfareros locales (Abarquero, 2005, 313). Queda por tanto una gran labor en la que debemos intentar sopesar el valor real de esta influencia y definir hasta qué punto se cristaliza en cada yacimiento. Así mismo, es imprescindible poder determinar el modo en que se produce y a qué factores puede obedecer esa transición hacia un bronce tardío en las que son patentes las influencias de la Meseta, frente a una pervivencia de un substrato que continúa su propia evolución, en el que ejemplos como la Cova del Mas d’Abad, l’Abric de les Cinc, Torrelló del Boverot y Costamar son un exponente claro de este proceso. A nuestro juicio, quedaría por desentrañar la relación que existió entre ambas dinámicas.

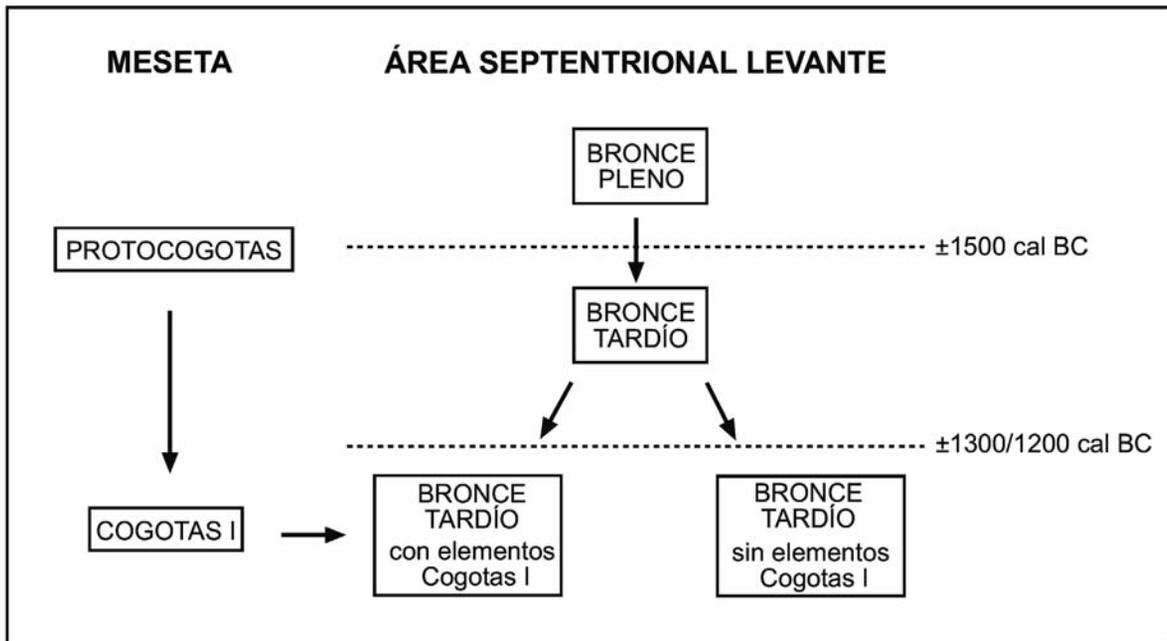


Figura 9.– Cuadro sinóptico del bronce tardío en el área septentrional levantina.

INTRODUCCIÓN

Las siguientes líneas pretenden ser una visión general de los materiales cerámicos pertenecientes a la fase ibérica que se han documentado en las últimas actuaciones arqueológicas, con especial atención por su importancia, al *oppidum* de Torre la Sal. El proceso de investigación de estos restos se encuentra en un estadio inicial, por lo que apenas podemos realizar un esbozo muy superficial de las principales características que definen las cerámicas documentadas pertenecientes a este periodo.

Los trabajos arqueológicos realizados durante el proceso de delimitación del yacimiento de Torre la Sal han permitido exhumar una considerable cantidad de restos cerámicos de diversa cronología. Aunque el volumen principal de estas cerámicas se corresponde con los restos pertenecientes a las etapas finales del asentamiento, en líneas generales, la información recuperada confirma los datos presentados en estudios anteriores: el claro predominio de los hallazgos pertenecientes al ibérico final frente a los que se han documentado del ibérico antiguo y pleno, así como de otras etapas posteriores (Arasa, 2001, 94). Lógicamente, algunos investigadores vinculan esta preponderancia de los restos del ibérico final con el auge que experimentó Torre La Sal a lo largo del siglo II aC (Arasa, 2001, 101), momento en el que este yacimiento costero se convertiría en un importante centro receptor y redistribuidor de mercancías. En cualquier caso no se puede descartar que en nuestro caso esta mayor cantidad de materiales pertenecientes a esta fase pueda estar motivada por dos razones que pasamos a desarrollar a continuación.

Tal y como se explicó en el apartados anteriores, el propósito principal de esta actuación ha sido el de delimitar la entidad y distribución de los restos en el espacio. Como se vio, estas acciones se han llevado a cabo afectando exclusivamente el nivel superficial hasta cota de aparición de los restos arqueológicos y en el menor de los casos excavando parcialmente algunos de los niveles de amortización. Esto quiere decir que la mayor parte de la información que poseemos se refiere a los rellenos correspondientes con las etapas finales del yacimiento. Únicamente, en algunos casos concretos, se planteó la realización de sondeos con la intención de tener en ciertos puntos una estratigrafía completa que pudiesen ofrecer una información más fiable relacionada con las distintas fases de ocupación.

En segundo lugar, el hecho de que los trabajos se hayan centrado en las zonas más periféricas del yacimiento puede haber influido en el registro de estructuras pertenecientes fundamentalmente a las últimas etapas de expansión del asentamiento. En otras palabras, es probable que intervenciones futuras en el núcleo original del yacimiento permitan exhumar mayor cantidad de materiales anteriores al ibérico final. De hecho, en la presente intervención los materiales más antiguos se han registrado en las zanjas situadas más al Este, que son las que se encuentran más cercanas a este núcleo. Por el momento, no se ha realizado una catalogación de los materiales aparecidos en los estratos; por ello, todas las impresiones que se van a comentar en el siguiente epígrafe deben ser tomadas como una información preliminar, que habrá que contrastar en el futuro con el inventario y estudio definitivo de los materiales recuperados.

Tipológicamente el grueso de los materiales recuperados se corresponde con restos de cerámica ibérica, cerámica común y fragmentos de ánforas. Destaca especialmente dentro de este conjunto la presencia de recipientes de contención. La datación de casi todos los elementos recuperados se enmarca entre finales del siglo II aC y la primera mitad del siglo I aC.

DESCRIPCIÓN DE LOS HALLAZGOS

Hoy por hoy, los materiales más antiguos se han documentado en las zonas adyacentes al yacimiento de Torre La Sal, concretamente en el sector 1 y en la zanja 96 A. En el sondeo realizado en el *Horreum* (sondeo 1/sector 1), en un estrato situado bajo los rellenos constructivos, se ha registrado la presencia de fragmentos informes de cerámica a mano, sin estar asociado a importacio-

nes. El grado de fragmentación de estas piezas impide adscribir las de manera clara a un horizonte cultural preciso; no obstante, por sus características técnicas se pueden enmarcar entre el bronce y el ibérico antiguo.

Durante el proceso de realización de la zanja 96, se recuperó un fragmento de cerámica fenicia (probablemente de tinaja), procedente de uno de los estratos más profundos. La presencia de esta clase de materiales no es nueva, de hecho ya se habían registrado en el yacimiento de Torre la Sal durante las campañas de 1990 y 1993 (Clausell, 1995), aunque por el momento son hallazgos bastante aislados.

Del ibérico antiguo y pleno, junto a un borde residual de cerámica ática de barniz negro Lamboglia 42 catalogado en uno de los rellenos de amortización del edificio C, sobresale especialmente un conjunto singular de materiales aparecidos en los enterramientos de la necrópolis ibérica localizados en el sector 10. Aunque en los ajuares de estas tumbas no se ha observado la presencia de ninguna importación, el tipo de ritual que se percibe en estos enterramientos lo acercan a los prototipos que se han documentado en necrópolis fechadas en el ibérico pleno. En este caso, el enterramiento está formado por una fosa simple (*loculus*), de sección circular, que recoge el vaso cerámico que contiene los restos del difunto y el ajuar.

Las piezas que se han empleado en estas tumbas para albergar los restos del difunto, reproducen tipos no documentados en las clasificaciones más usuales, lo que nos podría indicar la presencia de un taller local o bien la posibilidad de que ciertas piezas se manufacturaran a propósito para el rito funerario. Este rasgo es especialmente acusado en el grupo estratigráfico 57, en el que ha aparecido un plato formalmente cercano a los platos con borde sin diferenciar o escudilla de borde convexo A.III.8.3. de la tipología de C. Mata y H. Bonet (1992), aunque como rasgo característico presentaba en el borde un resalte para ajustar de manera hermética una tapadera. Esta tapadera se puede asimilar a las tapaderas de pomo anillado A.V.1.2. de la misma tipología (Mata, Bonet, 1992).

Por el contrario, el recipiente aparecido en el grupo estratigráfico 59, con una compleja decoración pintada, recuerda a los vasos cerámicos con cierre hermético que se agrupan en la denominación A.II.4 de esta tipología (Mata, Bonet, 1992).

Tal y como se ha dicho, el grueso de los materiales recuperados en el yacimiento ibero-romano de Torre la Sal, cronológicamente pertenecen a los siglos II y I a.C., siendo la cerámica ibérica el material predominante. Este tipo de producción se puede asimilar a lo que comúnmente se denomina cerámica fina o lo que algunos estudiosos designan como clase A (Mata, Bonet, 1992, 119). Es decir, piezas que se caracterizan por tener una pasta compacta, dura, de sonido metálico, sin impurezas visibles y con cocciones predominantemente oxidantes.

Aunque se han documentado más ejemplos con decoración pintada que en otras intervenciones, aún los fragmentos carentes de este tipo de ornamentación son los predominantes. Ello se debe a que la acidez de la tierra donde han aparecido estos restos ha dañado la superficie exterior de la mayor parte de los fragmentos, así como sus trazos pintados. Por tanto, la escasez de la cerámica pintada que se ha observado en los contextos es más probable que no se diera en la realidad.

El repertorio formal reproduce los tipos más usuales: tinajas, tinajillas, *lébes*, páteras, etc. En cualquier caso, una catalogación completa seguramente aportará más formas. Destaca también la importante cantidad de fragmentos de ánforas ibéricas que se han recuperado, especialmente del tipo A.I.1.2 de Mata y Bonet (1992) —ánforas con hombro redondeado—. A su vez dentro de los contenedores es interesante la presencia de tinajas tipo "Ilduradin", principalmente en el área del *horreum*, caracterizadas por tener un borde engrosado de sección ovalada o triangular, de tendencia reentrante y asas geminadas. Este tipo de contenedor suele aparecer en contextos del ibérico final.

Dentro de las producciones ibéricas, sin lugar a dudas sobresale el repertorio formal recuperado en la necrópolis, concretamente aquellas que se han documentado en los enterramientos del grupo B. Los recipientes que albergan los restos de la cremación, ya estén completos o no, en líneas generales se pueden asimilar a las tinajas A.I.2 (tanto de los subtipos con hombro y sin hombro, a partir de los ejemplos que conservan el borde), *lébes* A.II.6.2, y en menor medida tinajillas A.II.2. Dentro de las urnas, formando parte del ajuar también se han documentado *kálathoi* A.II.7 (tanto cilíndricos como troncocónicos) de pequeño formato, páteras A.III.8.2, platos/escudilla A.III.8.3, cuencos A.III.9, tapaderas de pomo discoidal A.V.1.1 y algún ejemplo de fusayola A.V.8 (tanto con cabeza como acéfala).

Todos los recipientes de cerámica ibérica que se han documentado, de los recuperados en el sector 7 de la necrópolis, tienen decoración pintada.

Por el momento son escasas otro tipo de producciones ibéricas, como las cerámicas ibéricas de pasta gris de carácter local o aquellas que han sido manufacturadas en la costa catalana (gris ampuritana). De este último tipo se han registrado fragmentos aislados en uno de los rellenos del espacio abierto que se sitúa entre el edificio A y B, así como en los rellenos de cenizas que colmatan uno de los posibles depósitos votivos de la necrópolis.

En cuanto a las producciones importadas existe un claro predominio de las cerámicas con un origen itálico, no obstante, esta supremacía en ciertos tipos concretos, como las ánforas, se suaviza.

Los restos de barniz negro, en comparación con los ejemplos ibéricos aparecen en menor cantidad y se reducen en todos los casos exclusivamente a campaniense A y campaniense B. Existe un claro predominio de la campaniense B sobre la A; de hecho de esta última producción apenas se han recuperado fragmentos. Todos los ejemplos que se han recuperado de campaniense B se pueden vincular a talleres calenos. En lo referente a las formas, en un primer análisis se ha podido observar recipientes tipo Lamboglia 5, Lamboglia 42b, en el caso de la campaniense A y Lamboglia 5, Lamboglia 1 y Lamboglia 8a como repertorio formal de la campaniense B.

A falta de un recuento completo de los materiales, este predominio aparente de las producciones calenas sobre la campaniense A es un dato bastante interesante, ya que hasta la fecha los estudios que habían analizado los materiales importados recuperados en las excavaciones de A. Fernández en el yacimiento de Torre La Sal, señalaban un proporción inversa. Es decir, la producción más representada era la campaniense A, con el 71,30 por ciento de los individuos, frente a un 27,60 por ciento que se observaba en la campaniense B; (Arasa, 2001, 94). Cronológicamente, esta proporción, siguiendo estos trabajos de investigación, se puede encuadrar entre el 125-75 a. C. (Arasa, 2000, 86), periodo a partir del cual las producciones calenas progresivamente comenzaría a sustituir a la campaniense A.

Es probable que esta preponderancia de la campaniense B en los rellenos de amortización de las estructuras ibéricas que se han excavado en la presente actuación, indiquen que los depósitos identificados en el sector oeste del yacimiento se puedan datar más bien partir de la primera mitad del siglo I aC. De cualquier manera, no se ha registrado hasta la fecha ningún ejemplo de Lamboglia 5/7 ni de Lamboglia 8b, que se asocian a un momento avanzado de esta producción (Marín, Ribera, 2001, 272). También, por ahora no ha aparecido ninguna decoración en losange, característica de la fase tardía del barniz negro caleno.

En uno de los contextos de abandono del edificio B se ha localizado un fragmento del borde de un plato Lamboglia 5 de pasta gris. Este tipo de piezas poco frecuente, y cuyo origen por el momento es desconocido, se suelen datar ya en el siglo I aC.

Junto a las producciones de barniz negro e imitaciones, han aparecido otro tipo de materiales también con un origen itálico: las paredes finas y cerámica común de procedencia campana. Las paredes finas, cuya funcionalidad prácticamente estuvo reducida a proporcionar vasos para beber, en este yacimiento están representadas por la forma Mayet II. Esta clase de vasitos tienen una datación bastante amplia (López-Mullor, 1989); aunque, las piezas más antiguas aparecen en torno al primer cuarto del siglo II aC, su presencia suele ser más usual en contextos del último cuarto del siglo II aC y el primer cuarto del siglo I aC. Por el tipo de pasta que presentan los distintos fragmentos, estos probablemente se puedan adscribir al área etrusca o lacial (pastas rojizas y anaranjadas), no obstante, tampoco descartamos la presencia de imitaciones, como las que se han registrado en otras áreas del Levante (López-Mullor, 2008, 365).

Los ejemplos de cerámica común itálica son bastante escasos por el momento en el yacimiento de Torre la Sal. Prácticamente, las únicas formas que se han recuperado pertenecen a fragmentos de tapadera Vegas 16, cazuelas de borde bífido Vegas 14 y una pátina de borde triangular con pared exvasada que se puede clasificar como una Vegas 13 (este tipo de perfiles a su vez son comunes en la *sartago*). Todas estas piezas se han producido en el área campana.

Los ungüentarios que aparecen reproducen las características de los prototipos helenísticos de perfil fusiforme, y en principio se pueden relacionar con las formas Camilli B.31 y Camilli B.32 (Camilli, 1999, 92 ss.). Esta clase de ungüentarios, que poseen una amplia difusión y cronología,

alcanzan la primera mitad del siglo I aC (Camilli, 1999, 32, 33). Como en el caso de las paredes finas, y a falta de un estudio completo, es presumible la presencia de ejemplos tanto importados, en su mayoría provenientes de la península itálica, como locales.

La localización costera de este yacimiento y su carácter de punto receptor-redistribuidor de mercancías, ha influido notablemente en el que los restos anfóricos ocupen un lugar destacable en los conjuntos. En este sentido sobresalen especialmente los ejemplos producidos en el área itálica, con un claro predominio del tipo Dressel 1 B y C. En diferentes puntos del yacimiento se han recuperado distintos ejemplos pertenecientes a este tipo formal, especialmente en el área del *horreum* y en el edificio A, localizado en el sector 14. Estas ánforas tienen un origen campano, aunque también se han podido aislar contenedores producidos en otras partes de la península Itálica (Etruria, Lacio) e incluso en las islas (Sicilia). Han aparecido, a su vez, varios fragmentos de ánforas greco-itálicas.

Junto a los contenedores itálicos producidos en la vertiente tirrénica, también se han identificado abundantes restos de ánforas procedentes de la costa Adriática, especialmente del área apula. Todos estos materiales se pueden asociar a la forma Lamboglia 2, aunque también se ha detectado algún fragmento de asa perteneciente a ánforas brindisianas.

En lo referente a los materiales púnicos, se han exhumado contenedores procedentes tanto del área africana como de la zona del Círculo del Estrecho. Claramente las ánforas púnicas del primer caso son las mayoritarias, habiéndose recuperado fragmentos de ánforas Mañá C2 y algunos restos pertenecientes a ánforas tripolitanas (Tripolitana Antigua). En cambio los materiales producidos en el ámbito del estrecho son escasos; no obstante, se ha podido aislar la presencia de ánforas Mañá C2. También en una proporción bastante elevada se han recuperado fragmentos de ánforas púnico-ebusitanas (por el momento la única forma documentada con claridad pertenece a ánforas tipo PE-17).

El predominio de los contenedores itálicos frente a otros producidos en otras áreas del Mediterráneo occidental, contrasta notablemente con los datos que se poseían hasta la fecha, donde existía un mayor número de ejemplares de procedencia púnica (Molina, 1997, 106-107).

Tal y como se ha dicho, todo este conjunto de materiales se pueden relacionar con el momento en el que el yacimiento de Torre la Sal experimenta su mayor desarrollo, sobre todo, a partir de la segunda mitad del siglo II aC (Arasa, 2001, 101).

Aunque existen perduraciones, como se ha explicado en anteriores apartados, la facies cerámica descrita en estas líneas, que constituye el grueso del volumen de material recuperado, se sitúa entre fines del siglo II aC y el primer cuarto del siglo I aC. No obstante, la presencia de ciertas importaciones anfóricas de la Bética (como son las ánforas Lomba do Canho 67) y algunas evidencias de ánforas tarraconenses (probablemente pertenecientes a Layetana 1/Tarraconense 1), en algunos de los sectores estudiados, sugieren extender el marco cronológico del asentamiento hasta los decenios centrales del siglo I aC. A nuestro juicio, un análisis exhaustivo de todos los restos es probable que aporte más datos en este sentido.

INTRODUCCIÓN

Bajo este epígrafe se reúnen todos aquellos materiales que se pueden fechar entre el siglo I-VII dC. El principal rasgo que hay que subrayar es la escasez de restos cerámicos que se vinculan a este marco cronológico. Esta parquedad de materiales está en consonancia con los datos que se han ido extrayendo en las distintas intervenciones arqueológicas realizadas en el asentamiento ibero-romano de Torre la Sal durante el siglo XX (sobre este tema véase Arasa, 2001, 92-101, con todas las referencias bibliográficas), que subrayaban cómo, en líneas generales, los materiales más modernos que aparecen en este yacimiento no irían más allá de época Sertoriana. Por lo tanto, a la luz de estos trabajos de investigación, el declive de Torre la Sal y el final de su ocupación, en algún momento del segundo cuarto del siglo I aC, explicaría la ausencia de materiales que se pudiesen fechar con posterioridad al cambio de Era, e incluso con anterioridad, ya a partir de época Cesariana.

Las nuevas intervenciones permiten introducir ciertos matices a estas ideas. Las últimas prospecciones (El Brosseral) y excavaciones (asentamientos de Torre la Sal, Costamar y El Tancat), arrojan una información que, desde el punto de vista cronológico, pueden tener una lectura complementaria. Por tanto, a la hora de abordar los materiales que se fechan a partir del alto imperio, por razones explicativas, mantendremos las distinciones según su procedencia.

TORRE LA SAL

En las excavaciones arqueológicas acometidas en el asentamiento de Torre la Sal, se han registrado un número bastante limitado de cerámicas pertenecientes al periodo imperial romano. En algunos puntos concretos se han recuperado materiales que nos indican claramente cómo algunos espacios de este yacimiento pueden tener una frecuentación que supera el marco tradicionalmente establecido por la investigación. En este sentido, cabe citar un contexto de época Julio-Claudia documentado en un sondeo realizado junto al muro unidad 1084 (sector 5), en el área del *horreum*. Las cerámicas recuperadas son unos fragmentos lisos de terra sigillata sudgálica y partes de asas de ánforas Dressel 2-4 tarraconense.

Con una datación ligeramente posterior están los materiales que se fechan a partir de época Flavia (informes de terra sigillata hispánica) hallados en el sector 12. Éstos se documentan dentro de los rellenos constructivos de unas estructuras habitacionales que tienen un carácter marcadamente agrario y que se encuentran aisladas del antiguo núcleo urbano. A partir de finales del siglo I dC, también hay que mencionar la presencia de fragmentos aislados de terra sigillata africana A en el sector 10, formando parte de los depósitos que colmatan definitivamente toda el área de la necrópolis perteneciente al ibérico antiguo, junto al tramo de vía excavada al norte de la ciudad. Ello está en consonancia con los resultados de uno de los sondeos iniciales practicados al oeste de la vía ibérica, en el que se excavó un estrato (unidad estratigráfica 1009) con restos del mismo tipo de producción africana.

La única evidencia perteneciente al periodo bajo imperial que ha aparecido en el yacimiento de Torre la Sal, es un nivel que se puede fechar a partir del siglo V. En concreto, las piezas recuperadas son parte de una ala de mortero de terra sigillata africana D Hayes 91 y un fragmento de base de terra sigillata hispánica tardía con decoración a molde, en el que se representa un motivo realizado a base de círculos segmentados que probablemente pertenezca a una Dragendorf 37.

Se trata de piezas que han ocupado un lugar destacable dentro de distintos trabajos de investigación, en muchos casos con un punto de vista de la cronología de estas piezas ligeramente diferente. Desde que J. W. Hayes señalase el comienzo de la producción de los morteros de terra sigillata africana D Hayes 91 hacia mediados del siglo V dC (Hayes, 1972, 144), gran parte de la investigación rebajó la fecha inicial de su aparición hacia mediados del siglo IV dC (Fevrier, 1976, 68; 203; Carandini, Tortorella, 1981b, 106; Tortorella, 1987, 305; el propio J. W. Hayes consideró esta nueva posibilidad, véase Hayes, 1977, 282; Hayes, 1980, 486, 515-516). Quizás, la visión crítica

más completa de los problemas asociados a esta forma pertenece M. Mackensen (1993, 430-431, con abundantes referencias a distintos contextos), autor que considera que la fecha de aparición de las variantes iniciales clásicas del tipo Hayes 91 (Hayes 91 A-B; El Mahrine 52.1-3) se situarían en torno al 400-420 (Mackensen, 1993, 431), en contraposición a los que señalan que el origen de estos morteros sería anterior al siglo V dC. Estas fechas cada vez son más asumidas por la investigación actual (véase a este respecto Bonifay, 2004, 177).

Por el contrario, la terra sigillata hispánica tardía, forma Dragendorf 37 es una pieza que grosso modo se fecha entre los siglos IV y V (Mezquíriz, 1961, 115-118; Palol, 1974, 114, 206; Mayet, 1975, 160; Mayet, 1984, 265 ss.; Mezquíriz, 1985, 170). La ornamentación de esta pieza claramente sigue los parámetros del segundo estilo decorativo de Mayet (Mayet, 1984), tercer estilo López-Rodríguez (1985), que actualmente se considera que su desarrollo se inició en un momento avanzado del siglo IV (Juan Tovar, 1997, 564; Paz-Peralta, 2002, 555; 2008, 504; para éste investigador su gestación se realizó en torno al 380 dC) con perduraciones hasta comienzos del siglo VI (Paz-Peralta, 2008, 504). Estos vasos cerámicos se han documentado en el último relleno de amortización (unidad 1277) de uno de los dos hornos de cal (unidad 1276) detectados en el sector 15. Por otra parte, en este mismo espacio (sector 15) ha aparecido el material más tardío que se ha recuperado en la ciudad, aunque en este caso en las inmediaciones del vial oeste. Se trata de un fragmento de borde terra sigillata africana D Hayes 104, que se puede fechar en el siglo VI, aunque en este caso se ha registrado en el depósito superficial.

Es evidente que las cerámicas que rebasan la mitad del siglo I aC aparecen en Torre la Sal en un porcentaje poco elevado. Su carácter disperso, en la mayor parte de las ocasiones vinculado a niveles superficiales, nos habla de cómo su presencia en el núcleo urbano ibero-romano está más bien relacionada con una frecuentación tras el abandono de la ciudad. El grado de intensidad de este uso esporádico del espacio, con la información que tenemos, es difícil de evaluar; no obstante, por el momento todo parece indicar que fue más bien baja. Únicamente en el sector 15, los materiales alto imperiales se pueden relacionar sin lugar a dudas, con una actividad constructiva, aunque en este caso se encuentra fuera de la zona urbana y tipológicamente presenta bastantes diferencias con el sistema constructivo desarrollado en el proyecto edilicio original ibérico.

La presencia de material bajo-imperial en la colmatación del horno de cal 1276 es interesante, ya que permite plantear la posibilidad de que en este periodo, se empleasen las piedras calizas que formaban parte de los zócalos de los muros ibéricos como materia prima para la producción de cal. Por lo tanto, todo parece indicar que los vestigios cerámicos de época imperial y de la antigüedad tardía recuperados en el yacimiento, se deban fundamentalmente a actividades antrópicas relacionables con ocupaciones esporádicas de espacios concretos y con el desmantelamiento de elementos constructivos para su reutilización o transformación. Es muy posible que este proceso culminase en el periodo andalusí, tal y como se puede deducir por la presencia de diversas estructuras en la zona oeste, así como de una inhumación fuertemente alterada por trabajos agrícolas recientes.

ESTRUCTURAS NEGATIVAS ALTO IMPERIALES DE COSTAMAR

Fuera de los límites de la ciudad ibero-romana, los indicios de cerámicas alto imperiales son igualmente exiguos. Durante la intervención en la urbanización de los viales, concretamente en los sectores 057, 083 y 151, se ha recogido algún fragmento ocasional de terra sigillata sudgálica e hispánica, aunque siempre dentro de niveles superficiales. Mayor interés tienen los materiales romanos aparecidos en el yacimiento de Costamar, ya que se han recuperado formando parte de estratos de amortización de varias estructuras negativas.

Los materiales documentados durante esta intervención que se pueden adscribir a esta fase son escasos; sin embargo, constituyen una novedad ya que hasta este momento, en toda el área del yacimiento Costamar, no se había localizado ninguna estructura que se pudiese asociar a este horizonte cultural. Estas cerámicas se han exhumado en los grupos estratigráficos 156-409, 264-517, 265-518, 273-526 y 404-657, formando parte de los rellenos de colmatación que estaban amortizando estas estructuras negativas. Junto a éstos, habría que citar también la presencia de materiales alto imperiales en el grupo estratigráfico 224-477, aunque en este caso se trata de fragmentos residuales ya que la datación de este pozo es moderna.

El tipo de cerámica predominante que se ha inventariado en estas estructuras ha sido en esta ocasión la terra sigillata. De este tipo de producción han aparecido fragmentos pertenecientes del sur de la Galia, de Hispania, en este caso todos procedentes de talleres riojanos, así como del norte de África. Como es lógico, hay un predominio de la terra sigillata hispánica, Además de haberse inventariado algún ejemplo de cerámica africana de cocina. Por el contrario, no se ha determinado la existencia de de cerámica común y restos de ánforas pertenecientes a este periodo, aunque consideramos que la clasificación exhaustiva de todos los grupos estratigráficos definidos en Costamar permitirá obtener datos en este sentido.

La relación de hallazgos en este yacimiento ha sido la siguiente:

Grupo estratigráfico 156-409.- En esta estructura se ha localizado un fragmento informe perteneciente a un plato de terra sigillata sudgálica. Este material nos permitiría datar esta estructura en el siglo I dC, a partir de época Julio-Claudia.

Grupo estratigráfico 264-517.- En este grupo se ha identificado parte de una moldura perteneciente a un plato de terra sigillata hispánica Dragendorf 15/17. Su datación se sitúa a partir de fines del siglo I dC - siglo II dC.

Grupo estratigráfico 265-518.- Ha aparecido un borde de una cazuela de cerámica africana de cocina Hayes 197. Se trata de un tipo de cazuela que se puede fechar a partir del siglo II dC.

Grupo estratigráfico 273-526.- En este caso, a igual que en el 264-517, ha aparecido un fragmento de borde de un plato de terra sigillata hispánica Dragendorf 15/17 y un fragmento informe con decoración a molde. La cronología de esta estructura se enmarca entre fines del siglo I dC-siglo II dC.

Grupo estratigráfico 404-657: Se ha recuperado un fragmento de cuenco de terra sigillata africana A Hayes 9A y parte de la base de un *caccabus* de cerámica africana de cocina. Estos materiales se pueden datar a partir del siglo II dC.

Junto a estas cerámicas se ha documentado a su vez, un fragmento de un cuenco de terra sigillata hispánica Dragendorf 27 y una base de un plato de forma indeterminada que conserva parte de un grafito. Estas dos cerámicas han aparecido en una estructura de época moderna (grupo estratigráfico 224-477) por lo que son claramente residuales. También tiene un carácter residual el fragmento de base de un plato documentado en el grupo estratigráfico 359-612, acompañado de materiales de época moderna.

HALLAZGOS DE LA PROSPECCIÓN DEL PAI MARINA D´OR GOLF

Las prospecciones sistemáticas realizadas en el ámbito del PAI Marina d´Or-Golf durante el año 2004, permitieron localizar una serie de hallazgos de época romana vinculados yacimientos arqueológicos inéditos. Los asentamientos en los que se recuperaron materiales alto imperiales fueron El Coniller II (informes de cerámica africana de cocina), Mas de Bernardino I (informes de terra sigillata hispánica y un fragmento de ánfora Dressel 2-4 tarraconense), así como algún ejemplo aislado que en principio no se documentó asociado a más restos materiales, como el punto 72, hallazgo aislado donde se recuperó un fragmento de asa de ánfora rodia (aunque en este caso, su datación podría ser también republicana); o el punto 149, un fragmento de terra sigillata africana A. Más entidad tienen las evidencias pertenecientes al bajo imperio y la tardoantigüedad. La lista de yacimientos donde se han recuperado este tipo de materiales se reduce, en cualquier caso, a tres enclaves, esto es, el yacimiento de La Pedrera (base de terra sigillata hispánica tardía posiblemente Ritterling 8), El Brosseral y sobre todo El Tancat, en el que se realizó una intervención de evaluación preliminar descrita con anterioridad (véase subapartado “El Tancat, un asentamiento de la tardo-antigüedad”).

EL BROSSERAL

A no más de 400 metros al sudeste de El Tancat, destaca por la presencia de materiales tardíos el yacimiento de El Brosseral. Se trata de un yacimiento, probablemente de entidad menor, si bien debemos recordar que los datos proceden de noticias antiguas proporcionadas por Esteve (1989), y sobre todo del estudio realizado por Arasa (2001, 92), quien ya estableció el marco cronológico de este asentamiento y que hemos podido confirmar en las recientes prospecciones realizadas.

Acorde con dicho contexto cronológico, en el yacimiento de El Brosseral recuperamos un borde de un mortero de terra sigillata africana D Hayes 91 –aunque es complicado determinar la variante concreta, por la rotura del ala es muy posible que ésta sea la “B”– y un borde más completo de cuenco Hayes 99 (Fig. 1, 2-3, respectivamente). Dentro también del capítulo de las producciones clásicas, otro dato importante es la escasez de fragmentos recuperados de cerámica de cocina africana, lo cual es un rasgo que también se puede hacer extensible al yacimiento de El Tancat. De hecho, el único fragmento exhumado es un borde de puchero Hayes 200 (Fig. 1, 7) que se recogió durante las prospecciones de 2006. La datación de esta pieza se enmarca entre la segunda mitad del siglo II-siglo III dC (Aquilué, 1995, 70).

En el apartado de los restos anfóricos, hay que subrayar en este sentido la aparición de un borde de ánfora Keay LXII D (Fig. 1, 15), que pertenece a las series más arquetípicas (Keay, 1984, 322-324; Bonifay, 2004, 137-140, fig. 74, 8), y un fragmento de cuerpo con una ornamentación a base de líneas incisas paralelas y puntillado que probablemente se puede catalogar como parte de un ánfora ebusitana Keay LXX-LXXIX/RE-0314b (Keay, 1984, 363, 371; Ramón-Torres, 2008, 578, fig. 9,1-2) (Fig. 1, 11).

EL TANCAT

La intervención realizada en el yacimiento de El Tancat ha permitido recuperar un conjunto de materiales cerámicos interesante que se pueden adscribir a diferentes periodos que van desde el bronce final/hierro I, hasta la fase andalusí, con un predominio de los restos que se encuadran entre el siglo II e inicios del VII. También se ha recogido algún fragmento aislado de cerámica contemporánea, que se ha de relacionar con la intensa actividad agrícola desarrollada en esta área en el último siglo. En líneas generales, este primer análisis está condicionado por dos grandes factores.

El primero de ellos es el fuerte carácter fragmentario de los hallazgos, es decir, la mayor parte de los restos aparecidos en las zanjas mecánicas de valoración arqueológica de El Tancat se corresponden con fragmentos informes. De hecho, el volumen total de formas registradas (bordes, asas y bases netas) en el curso de los trabajos arqueológicos, ha sido poco representativo. Ésta situación, que no es atípica en muchos yacimientos, ha complicado la clasificación haciendo difícil la asignación de algunos restos a un periodo concreto, ante la gran variedad cronológica de materiales que se ha registrado, sobre todo en el estrato más superficial, de escasa potencia y fuertemente alterado por los trabajos agrícolas. Así por ejemplo, se ha recobrado un buen número de fragmentos de ánforas de producción africana que no siempre ha sido sencillo decidir si se trataban de cerámicas púnicas o de ánforas que se pudiesen fechar a partir del periodo imperial. Un juicio similar se puede hacer con respecto a la cerámica a mano y a torneta lenta, que en El Tancat se pueden relacionar tanto con fases del bronce/hierro I, como con la antigüedad tardía; no obstante, en éste último caso, sí que existen rasgos que permiten distinguir a un nivel macroscópico las diferencias entre los distintos tipos de pastas.

El segundo aspecto está relacionado con la procedencia de los hallazgos. La mayoría de los restos se han recuperado durante el proceso de realización de las zanjas y sondeos manuales en los que las estructuras documentadas aparecen a escasa profundidad con respecto a la superficie actual –algunas de las piedras que afloraban eran parte de estructuras constructivas–, por lo que un porcentaje destacable de estos hallazgos no tienen un contexto bien definido, a lo que hay que añadir que únicamente en algunos de los sondeos manuales se ha excavado completamente la secuencia estratigráfica con la intención de tener una idea precisa de las distintas fases de ocupación. Por tanto, y a la espera de futuras intervenciones, los datos que se van a comentar a continuación deberán ser considerados como provisionales.

Una parte importante de los restos aparecidos en este yacimiento se fechan a partir de época alto imperial. Aunque durante las prospecciones realizadas en el yacimiento se recogieron diversos fragmentos de terra sigillata hispánica y de terra sigillata africana A, –entre ellos un borde de la forma Hayes 27–, de esta intervención, el único individuo que se puede fechar con precisión para esta fase es un borde de terra sigillata africana A/D Hayes 28 (Fig. 1, 1), recuperado en la zanja 2 (unidad 1000), y que se puede datar a partir de inicios del siglo III (Hayes, 1972, 52; Carandini, Tortorella, 1981a, 55). Con todo, es presumible que una parte de los materiales comunes, incluyendo los contenedores descritos, se puedan vincular a los siglos I y II dC.

Ciertamente, el grueso de la cerámica recuperada en El Tancat se vincula a la antigüedad tardía, a excepción de la intervención llevada a cabo en la zanja 3, que ofreció restos exclusivamente andalusíes. Con esta datación se ha documentado la mayor parte de la cerámica de servicio de mesa, en concreto, cuencos y platos de terra sigillata africana D. A su vez, todos los fragmentos de cerámica a torno con decoración peinada o acanaladuras, y la gran mayoría de los ejemplares a mano y torneta lenta, se pueden asociar a este marco cronológico. Esta preponderancia de los materiales tardíos, que se vinculan en algunas zanjas a las estructuras excavadas, es probable que nos esté indicando la fase de ocupación más intensa en este yacimiento. En este sentido, por su significación cronológica, hay que mencionar el borde de un cuenco de terra sigillata africana D Hayes 99 (zanja 12, unidad 1014); un fragmento de borde almendrado de una fuente de terra sigillata africana D Hayes 104 A (zanja 13, unidad 1000); y por último, un borde de una fuente de terra sigillata africana D Hayes 104B (zanja 6, unidad 1025).

Hay que destacar que tanto la forma Hayes 99 como la Hayes 104B, se han recuperado en las superficies constructivas donde fueron edificadas las estructuras murarias documentadas en los sondeos de ampliación de las zanjas 6 y 12. Todas estas cerámicas son características de una facies del siglo VI (Aquilué, 1998, 13) (Fig. 1, 4-6). Junto a estos ejemplares hay que citar el borde de un plato de terra sigillata africana D Hayes 87A, que se recuperó en el curso de las prospecciones, con una datación del siglo V (Hayes, 1972, 136; Carandini, Tortorella, 1981b, 94).

Además de estos restos, hay que recalcar la presencia de un borde de ánfora africana Keay LXII "N" (zanja 6, unidad 1019) (Fig. 1, 16). Como es sabido, este tipo de contenedor (Keay LXII) es el ánfora africana más característica del siglo VI y buena parte del VII (Remolà, 2000, 159). Pese a que los trabajos de M. Bonifay y D. Piéri (1995, 102-103; Bonifay, 2004, 137-140; 2005, 455-456) han supuesto una profunda revisión de las 22 variantes originariamente establecidas por Simon Keay (1984, 309-350) para este tipo, además de una nueva estructuración de su evolución cronológica, la variante "N" es la que se ajusta mejor al fragmento registrado en este yacimiento (Keay, 1984, 333). Con todo, hemos de señalar que, tipológicamente, esta forma tiene evidentes problemas de diferenciación con respecto a la forma Keay XXXIV (cfr. Keay, 1984, 236, fig. 98, 3; para M. Bonifay este ejemplar citado por S. Keay pertenecería a otro tipo, *vid.* Bonifay, 2004, 143), a pesar de los intentos posteriores por redefinir más claramente esta forma (Bonifay, 2004, 143-144). El inicio de la producción de las variantes recuperadas, tanto en El Tancat como en El Brosseral, se fecha en algún momento entre el 500-600 dC (Keay, 1998, 146).

Dentro de la cerámica común, también hay que mencionar la presencia de ejemplares importados. Por su significación cronológica, destaca un borde de cazuela africana tipo FCW 12 (Fulford, 1984, fig. 68, 12.1) localizado en la zanja 2, unidad estratigráfica 1000 (Fig. 1, 8), cuya fecha de fabricación se situó inicialmente entre el 530-575 (Fulford, 1984, 183). Sin embargo, en algunos estudios se ha sugerido que este marco cronológico debería ser ampliado, debido a que se ha constatado la presencia de esta forma en contextos posteriores al año 600 (Pascual, Ribera, Roselló, 2003, 97). Junto a esta cazuela de producción africana, en este yacimiento se ha observado la presencia de cerámicas romano-ebusitanas tardías. De entre ellas, sobresale la existencia de varios fragmentos de cuerpo (Fig. 1, 9-10) con decoración vegetal incisa (hojas de palma) recuperadas en las prospecciones y durante el proceso de excavación (como en el anterior caso, en la zanja 2, unidad 1000). Todas estas decoraciones se pueden asimilar al ánfora de pequeñas dimensiones Keay LXX-LXXIX/RE-0314b (Keay, 1984, 363, 371; Ramón-Torres, 2008, 578, fig. 9,1-2). Además de este recipiente, se han documentado un pitorro vertedor, que pertenece a la forma RE-0901 (Ramón-Torres, 2008, 581, fig. 12; posiblemente la variante "d"), y un fragmento de decorado con tres líneas paralelas incisas flanqueadas por dos líneas onduladas, que se puede asimilar a un cuenco del tipo RE-0809 (Ramón-Torres, 2008, 573, fig. 6, 1-3 y 579, fig. 10, 12) (Fig. 1, 14 y 13, respectivamente). Por último, hay que mencionar un fragmento de cuello de una botellita, también con decoración incisa, de tipología indeterminada aparecida durante las prospecciones de El Tancat (Fig. 1, 12).

Desde un punto de vista cronológico, estos materiales, aunque cuentan con precedentes bajo imperiales, son ejemplos característicos de las producciones manufacturadas durante la ocupación vándala y bizantina de la isla, entre el siglo VI y VII (Ramón-Torres, Cau, 1997, 288; Buxeda, Cau, Gurt, Tsantini *et alii*, 2005, 228-232; Ramón-Torres, 2008, 571-582). En la provincia de Castellón, materiales romano-ebusitanos tardíos semejantes se han documentado en el yacimiento del Sitjar

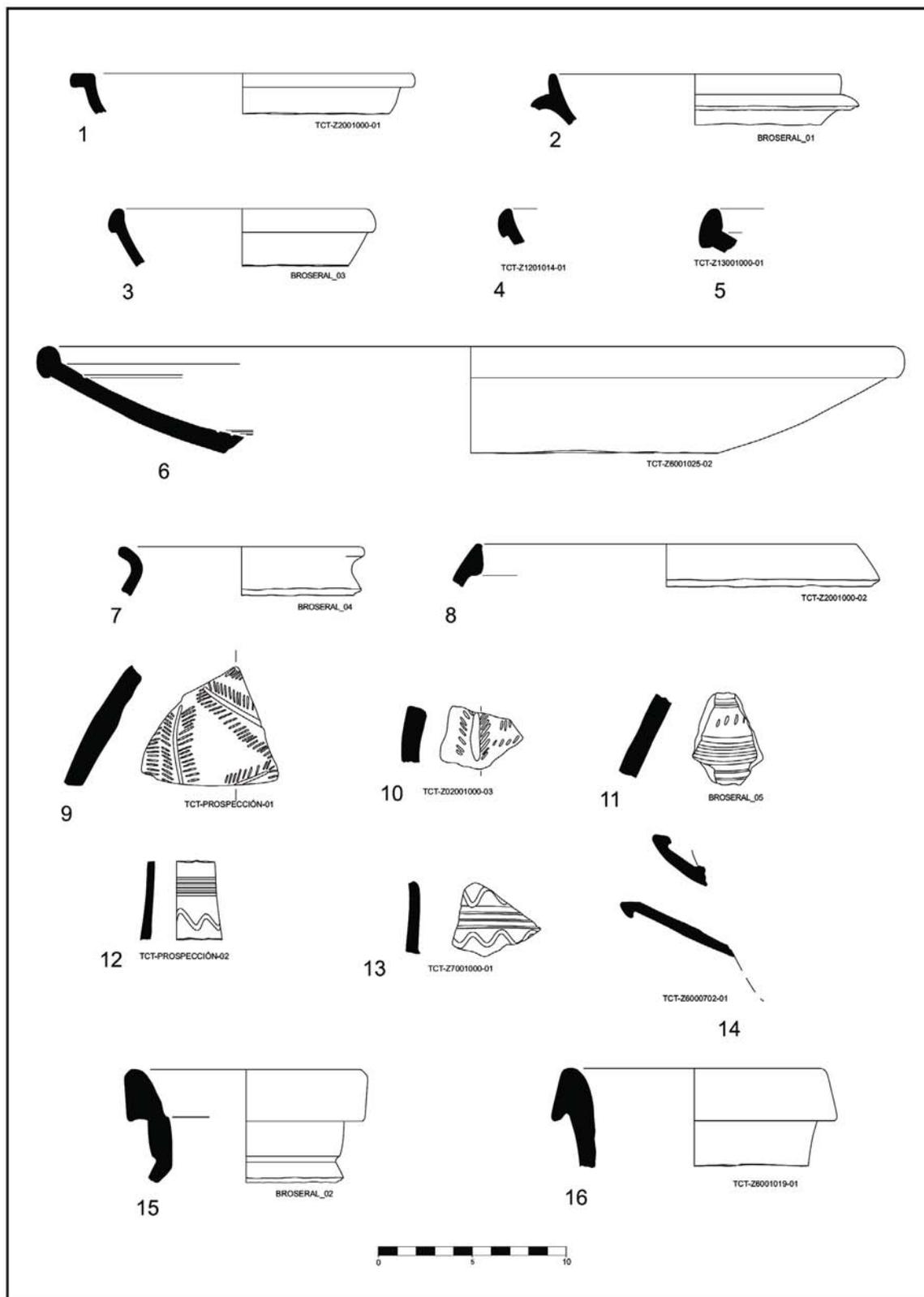


Figura 1: Materiales recuperados en El Tancat y El Brosseral. Terra sigillata africana A/D, 1; Terra sigillata africana D, 2-6; Cerámica africana de cocina, 7; Cerámica común africana, 8; Cerámica romano-ebusitana, 9-14; Ánfora africana, 15-16.

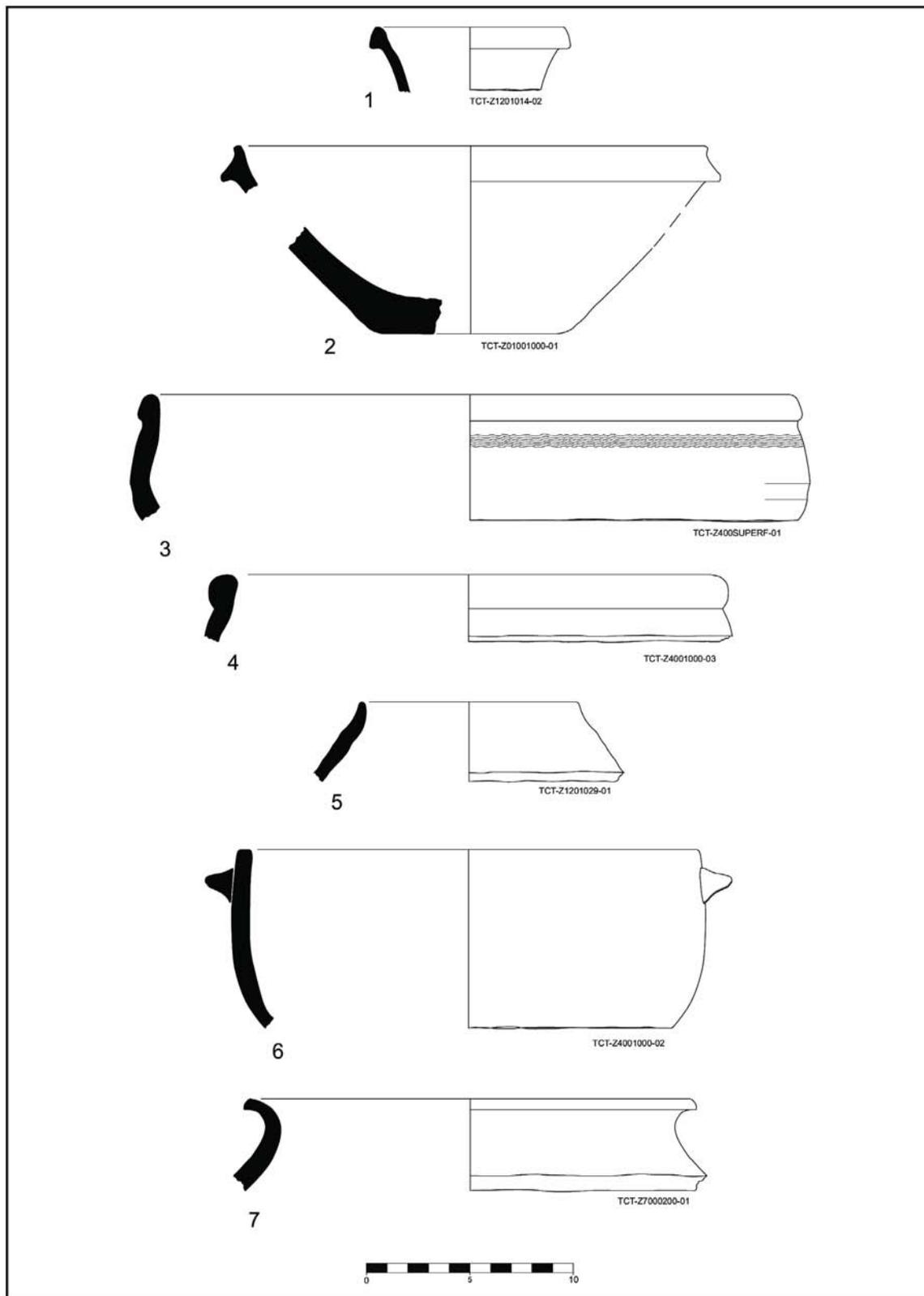


Figura 2: Materiales recuperados en El Tancat. Cerámica común romana, 1-3; Cerámica a mano-torneta lenta importada, 4; Cerámica a mano-torneta lenta local, 5-7.

Baix (Onda, Castellón), también asociados a niveles del siglo VI-VII (Berrocal, Salvados, Garibo *et alii*, 2004-2005, 393-394, fig. 7).

Otra de las grandes familias de materiales que se han documentado ha sido la cerámica a mano/torneta lenta, con un peso claro de las producciones locales. No obstante, en la zanja 4 del yacimiento de El Tancat se ha aislado un ejemplar de cazuela Fulford HMW 20.1- Reynolds RHW 3.1 (Fulford, 1984, 163 y 165, fig. 58; Reynolds, 1993, 149, p. 67) (Fig. 2, 4), cuya pasta técnicamente responde a los rasgos de la *fabric* 1.6-7 definidos por D. P. S. Peacock (1984, 12-13). Este tipo de piezas, por sus características petrológicas, se asume que fueron producidas en algunas áreas del mediterráneo central, fundamentalmente en la Italia meridional, Sicilia o Cerdeña (Peacock, 1984, 12; Macías, 1999, 62; Cau, 2003, 17), durante el siglo VI (Macías, 1999, 62; con una exposición de distintos contextos donde aparecen estas piezas).

Casi toda la cerámica a mano/torneta lenta de fabricación local, se puede relacionar con ollas de perfil bajo que presentan un diámetro de boca pequeño, aunque en ocasiones se han documentado ejemplares de mayor formato (Fig. 2, 7). A estos especímenes se le añade algún ejemplar de cazuela con lengüeta (Fig. 2, 6), junto con un tipo de recipientes que presentan un borde con tendencia reentrante muy acusada (Fig. 2, 5). Todo este repertorio muestra un tipo de pasta que, por lo general, contrasta visiblemente con las cerámicas prehistóricas modeladas a mano, sobre todo en cuanto a su mayor dureza y el tipo de desgrasante. Por último, hay que subrayar la importancia cuantitativa que tiene la cerámica común, en el que existe un claro predominio de las formas cerradas (Fig. 2, 1), si bien se han recuperado también formas abiertas tipo morteros (Fig. 2, 2). Sobresale a su vez, una fuente con decoración incisa ondulada aparecida en los niveles superficiales de la zanja 2, unidad 1000 (Fig. 2, 3), con una datación avanzada.

El Tancat constituye pues un yacimiento que presenta una fuerte dispersión de materiales de diferentes épocas; no obstante, todos los sondeos en los que se ha podido excavar de forma sistemática la secuencia estratigráfica, han demostrado cómo las estructuras aparecidas, ya sean paramentos, silos o grandes fosas, se asocian a materiales de época tardoantigua. Así mismo, es significativo que la asociación de importaciones de cerámicas tardías observada en el asentamiento –producciones africanas, ebusitanas, cerámicas del mediterráneo central–, se ajusta bastante bien al esquema trazado por P. Reynolds, en el que las Islas Baleares jugarían un papel destacable como un centro de paso y de redistribución dentro del tráfico comercial del mediterráneo occidental tras la conquista bizantina (Reynolds, 2007, 41, 45-46).

INTRODUCCIÓN

Presentamos a continuación un primer estado de la cuestión sobre las producciones andaluzas documentadas en las intervenciones llevadas a cabo por la *Fundació Marina d'Or de la Comunitat Valenciana* en los diferentes sectores excavados con motivo del desarrollo del PAI de Torre la Sal (Cabanes, Castellón). Estos restos, que constituyen el material que cuenta con mayor número de hallazgos sobre el total excavado, presentan una serie de rasgos que conviene adelantar.

En primer lugar, el marco cronológico que abarcan estas cerámicas tiene una amplitud que va desde el siglo X al siglo XIII, situándose el grueso de las cerámicas entre un momento avanzado del siglo X y siglo XI. Aunque hasta ahora no se ha podido aislar ningún contexto claro de época emiral, no se descarta que este vacío pueda ser completado en el futuro; del mismo modo, hay que destacar que los conjuntos tardíos –siglos XII-XIII, así como los más inmediatos a la conquista–, son muy escasos.

En segundo lugar, debe tenerse en cuenta que los materiales recuperados proceden de los rellenos de colmatación de estructuras negativas de distinta naturaleza que, como ya se ha comentado (véase el subapartado “La fase andalusí de Torre la Sal y la superposición de los espacios”), parecen reflejar diferentes usos de un mismo espacio, por lo que es importante acometer el estudio individualizado de los materiales que amortizan cada estructura, con el fin de intentar datar posibles fases de uso y abandono final de las mismas.

Finalmente, la imagen que se va esbozar a continuación debe ser entendida como una visión preliminar de la cultura material andalusí recuperada, y por tanto, como una primera propuesta de trabajo que servirá de guía para el estudio en profundidad de los materiales que se desarrollará en un futuro inmediato, por lo que la valoración final y el peso real de las técnicas y producciones que se van a enumerar, indiscutiblemente está sujeta al estudio final de las mismas.

ASPECTOS TÉCNICOS DE LOS MATERIALES CERÁMICOS

Parece clara la vinculación existente entre los tipos de pastas y las diferentes clases de cerámica documentadas. Atendiendo a otros criterios, podemos realizar dos grandes agrupaciones ya descritas en algunos trabajos: por un lado, piezas realizadas con “pastas naturales”; y por otro “pastas modificadas” (Coll, 2004, 42; *cf.* Bazzana, 1990, 43-46). Las primeras suponen el uso de las arcillas tal cual se extraen de las áreas de captación, o al menos con un mínimo tratamiento, en clara contraposición a la segunda categoría de pastas que son sometidas a una fuerte transformación, ya sea por la adición de componentes, como por su depuración. Así, las pastas predominantes son las relacionadas con la cerámica común bizcochada y la cerámica de cocina, usualmente fabricadas con pastas poco pesadas y de cierta porosidad (se pueden observar en las piezas de mayor tamaño vacuolas en su interior), predominando las cocciones oxidantes o mixtas, y las pastas poco decantadas, por lo que el desengrasante puede observarse a simple vista. A excepción de las piezas que tienen una cierta envergadura, como las destinadas al almacenaje, el grosor de las paredes raramente supera el centímetro.

Un ejemplo de arcillas que presentan la incorporación intencional de desengrasante lo constituye ciertas tinajas de gran formato (recuerdan a las *dolia* romanas), las cuales presentan pastas con una gran proporción de partículas de diversos minerales.

En el otro polo, estarían aquellas piezas que tienen arcillas de calidades y facturas muy superiores, normalmente con un intenso grado de depuración. Estas arcillas se pueden observar en formas destinadas al servicio de mesa y en aquellos vasos cerámicos que presentan alguna clase de acabado en sus superficies, ya sea mediante el empleo de engobes o revestimientos vidriados. Así mismo, se ha observado la presencia pastas que destacan por su singularidad dentro del conjunto total y cuyo origen claramente no coincide con las características petrológicas del marco geográfico que es objeto de estudio.

En lo referente al moldeado de las piezas, hemos considerado interesante hacer las siguientes distinciones: por un lado, piezas realizadas a mano/"torneta lenta"; por otro, piezas realizadas a torno rápido; y por último, aquellas formas realizadas a torno rápido, pero que han tenido algún tipo de modificación a mano tras su torneado. Así, queremos destacar que se han identificado ejemplares fabricados a mano/"torneta lenta" entre los materiales recuperados. Como ya han apuntado diversos investigadores, se trataría de vasos cerámicos en cuya fabricación no intervendrían instrumentos de revolución, o en su defecto se emplearían elementos auxiliares como es la llamada "torneta lenta". La "torneta" representaría un primer nivel de utillaje primitivo al consistir en una rueda, aún de baja velocidad de revolución, que fue utilizada principalmente en ámbitos musulmanes domésticos de las primeras fases andalusíes (Gutiérrez-Lloret, 1988, 121; 1996, 44-48; cfr. Ación, 1986; 243-267; Matesanz, 1987, 245-261, para contextos del norte peninsular cristiano).

La variabilidad de este tipo de elementos es muy grande, tal y como han demostrado los estudios etnoarqueológicos. Recientemente, N. Cuomo di Caprio (2007, 176) ha ofrecido una definición bastante clara de esta clase de tornos. Según esta autora "...*consiste in un disco di scarso peso e dimensioni ridotte che ruota mediante un perno centrale sopra una base ed è messo in azione dalle spinte impartite dalle mani del vasaio (oppure mediante spinte col piede se il tornio è molto basso oppure è retto da congegni manovrabili col piede...)*". Con todo, esta investigadora es reticente a utilizar el término "torneta lenta" (emplea más bien la expresión "torno primitivo"), al igual que otros investigadores (cfr. Vidale, 2007, 27), ya que la velocidad de rotación estaría en función de la fuerza que se le aplicara al disco. El funcionamiento sería por tanto a impulsos que darían lugar a una rotación breve, lo cual impediría trabajar a un ritmo constante (*vid.* también Kirchner, 2007, 224). Quizás sería un instrumento más adecuado para regularizar y mejorar el acabado de piezas modeladas anteriormente a mano (Cuomo di Caprio, 2007, 177; Vidale, 2007, 27).

En nuestro caso se ha podido evidenciar cómo aparentemente, el modelado a mano es más usual en ciertas formas, como por ejemplo algunas piezas discoidales que pudieron ser empleadas a modo de tapadera o para hornear el pan. No obstante, y a pesar de que este tipo de técnica se ha vinculado especialmente a contextos con una cronología emiral, en el área estudiada se puede observar una más que probable perduración del modelado a mano en momentos posteriores. En cualquier caso, lo más habitual es la presencia de piezas fabricadas con torno rápido, mostrando algunas de ellas una indudable pericia técnica. Una buena muestra de esta maestría se observa en los grosores ínfimos que presentan algunos tipos de ollas, que a veces no superan los cuatro milímetros de grosor.

El último tipo de técnica que se ha podido documentar consiste en la combinación del torno rápido y el empleo de un modelado a mano, con posterioridad al torneado, con el uso de diversos instrumentos. En realidad se trata de una técnica derivada de la anterior que implica la adición de una fase más de trabajo en la cadena operatoria, realizando un raspado de la superficie exterior del vaso (especialmente su mitad inferior) con la ayuda de alguna clase de espátula o instrumento similar. Esta práctica contrasta notablemente con algunas técnicas decorativas, como el espatulado, el bruñido o el alisado, que tienen unas características diferentes al modelado que se está describiendo. El resultado es un recipiente cerámico en cuyo interior se observan las típicas marcas dejadas por el proceso de torneado mientras que al exterior se puede ver una especie de "raspado" que faceta la superficie, dándole un aspecto grosero. Esta transformación a veces también afecta a la forma original de la cerámica, de tal modo que se puede hablar de una auténtica deformación de la configuración simétrica del vaso. Por el momento, se ha observado esta técnica registrada especialmente en piezas de cocina.

A falta del inventario completo, es difícil ponderar el peso exacto que tienen estas técnicas en los conjuntos excavados, a excepción hecha de la clara preponderancia de la cerámica a torno. En cuanto a las implicaciones cronológicas de estas técnicas, volveremos más adelante sobre este tema. De cualquier manera, cabe destacar que no se aprecia una diferencia de pastas en la cerámica a mano con respecto a las que están torneadas, aspecto que se puede hacer extensible al proceso de cocción. En otras palabras: al menos en los materiales recuperados en esta intervención, la cerámica a mano no se puede asociar al empleo de técnicas más deficientes en cuanto a la selección de pastas o la cocción. Por lo que respecta a ésta última, se ha advertido la presencia de piezas realizadas tanto en atmósferas oxidantes, como en atmósferas reductoras, así como algunos ejem-

plos mixtos (cuando en algún momento de la combustión se han alternado atmósferas reductoras con oxidantes). Así mismo, hay un claro predominio de la monococción, si bien para las piezas con revestimiento vítreo, es más que probable que su fabricación se produjese mediante la aplicación de dos cocciones.

LAS PRODUCCIONES CERÁMICAS

El abanico de producciones cerámicas que se han recuperado en estas intervenciones ha sido muy extenso, especialmente en el sector 055. A continuación haremos una descripción básica de las mismas. En la formulación de las siguientes líneas nos hemos servido de los estudios de Manuel Retuerce y Juan Zozaya (1986) centrados en los acabados y las decoraciones de los vasos cerámicos adscribibles a este periodo.

VERDE-MANGANESO

No nos extenderemos sobre este tipo de cerámica, cuya caracterización es de sobra conocida. Como es sabido, se define por una decoración que es resultado de la combinación de motivos en color verde (óxido de cobre, en ocasiones con tonalidades cercanas al azul turquesa) y color negruzco amoratado (óxido de manganeso), sobre un fondo blanco (barniz estannífero) (Guichard, 1990, 71-73). Esta producción, a todas luces, es importada en el área intervenida, posiblemente de varios sitios a juzgar por las pastas que estas piezas presentan (de tonalidades beige claras por un lado y, por otro, con cocciones mixtas que dejan ver un núcleo ferruginoso). Salvo una posible botellita, el único tipo formal clasificado en este caso ha sido el atafor de pie anillado, que en todos los casos presentan superficies exteriores sin revestimiento.

Las decoraciones son de diferentes tipos, destacando por su fácil identificación los ornamentos epigráficos a base de grafía cúfica, los llamados “cordones de la eternidad” y de manera más imprecisa, habría que citar motivos de carácter geométrico o vegetal.

VERDE-MANGANESO (INTERIOR) Y MELADO (EXTERIOR)

Constituye un grupo heterogéneo, del que de momento hemos identificado aproximadamente una docena de individuos, pero que a su vez es, sin lugar a dudas, uno de los elementos más singulares que se han podido documentar en el curso de las distintas intervenciones. En realidad se trata de una variante de la anterior producción que la bibliografía no tiende a tratar de forma diferenciada. No obstante, en esta ocasión hemos considerado útil hacer esta distinción con la intención de comprobar la posibilidad de que estas piezas procediesen de diferentes áreas de producción.

A grandes rasgos, la característica más sobresaliente es que se trata de piezas que conjugan una decoración de verde manganeso en el interior del vaso cerámico, con un vidriado melado-amarillento, en ocasiones con tonalidades cercanas al verde en el exterior. Otro rasgo definitorio es que, en todos los casos, los revestimientos están muy degradados y tienden a saltar con facilidad, en contraste con las piezas de verde manganeso carentes de revestimiento exterior. En todos los individuos la decoración está muy afectada por descascarillados, presentando importantes lagunas en los motivos hasta el punto de que en algunas partes de estos atafores ya únicamente se ve el bizcochado. En apariencia, ello se debe más a las características propias de su fabricación que a procesos post-deposicionales. De otro lado, en los vidriados exteriores la situación es más variada, pudiéndose observar casos de una calidad notable.

Conviene tener en cuenta que este tipo de producción se ha recuperado tanto de forma aislada, como asociada al verde-manganeso definido en el punto anterior. Las variantes que se han recogido son las siguientes:

TIPO 1

Se trata de la variante más usual de todas y se ha documentado de momento en los grupos estratigráficos 8, 43, 51, 58, 63, 69 y 74, todos pertenecientes al sector 055. Se trata de un atafor

carenado de pequeñas-medianas dimensiones (aunque poseemos un ejemplar de gran formato) que tiene un borde engrosado y la base anillada (Fig. 1, 1-2). Se asimila formalmente al atafior II de la tipología de Roselló-Bordoy (1978, 16-17, fig. 1, II) y en todos los ejemplares presenta unos bordes que siguen los parámetros consignados por este autor (Roselló-Bordoy, 1978, 20, fig. 3, a). Hemos definido dos variantes:

Tipo 1a.- Base anillada simple (Fig. 1, 1).

Tipo 1b.- Base anillada con presencia de una moldura o resalte cerca del pie (Figs. 1, 2; 2, 1).

Los motivos decorativos apenas se pueden discernir; no obstante, la parte del borde carenado presenta una decoración a base de agrupaciones de líneas verticales, a la que le sigue una especie de cenefa, ya en la parte del fondo del plato, formada por motivos triangulares o en zigzag. El motivo central que aparece en el umbo parece alguna clase de dibujo geométrico enrevesado (Fig. 2, 1).

TIPO 2

No tan frecuente como el caso anterior, su presencia se observa en los grupos estratigráficos 22, 43 y 51 del sector 055. Las diferencias, por otra parte, también son patentes con respecto al tipo 1 aparecido en las presentes intervenciones, tanto desde un punto de vista formal como decorativo. En este caso se trata de un perfil de atafior, cercano al tipo III de la clasificación de Roselló-Bordoy (1978, 19, fig. 2, III), también con base diferenciada, que tiene un perfil de tendencia más esférica, carente de carena (Fig. 1, 3). Así mismo, las decoraciones en apariencia reproducen motivos de carácter epigráfico y del “cordón de la eternidad”, en una franja central.

Hay que hacer notar, que el tipo 1 y el tipo 2 se han documentado formando parte del mismo relleno en dos casos: grupos estratigráficos 43 y 51, asociados a fragmentos de la producción de verde-manganeso descrita en el anterior epígrafe.

Es evidente que el análisis de estas cerámicas plantea problemas de muy diversa índole, especialmente en el último caso, sobre todo cuando se intentan agrupar producciones que posiblemente sean diferentes, tanto en origen como en proceso de fabricación, a pesar de que técnicamente tengan toda una serie de puntos en común. Por el momento, esbozaremos unas primeras ideas que deberán ser contrastadas con el estudio exhaustivo de estas producciones.

Nuestro tipo 1 es claramente una producción de procedencia mallorquina. Las características técnicas y formales que tienen las piezas documentadas, muchas de ellas bastante peculiares, hacen que se puedan equiparar a un conjunto de materiales que hoy día los investigadores asumen que tienen un origen mallorquín. El descubrimiento de que esta clase de atafiores de verde manganeso fueron fabricados en los talleres de Madina Mayùrqa se inició con los estudios pioneros de Roselló-Bordoy a finales de los años 70 (Roselló-Bordoy, 1978). Los argumentos de este investigador eran firmes. La presencia de atafiores del tipo II (nuestro tipo 1) en el testar de la casa Debrull, así como las propias particularidades formales y decorativas de estas piezas, eran pruebas sólidas a la hora de pensar en su origen insular (Roselló-Bordoy, 1978, 115; Guichard, 1990, 76). La confirmación de esta hipótesis fue producto de la comparación de un lote de piezas que decoran la fachada de la iglesia de San Piero de Grado, en Pisa (Berti, Tongiorgi, 1981), con materiales procedentes de Mallorca (Berti, Tongiorgi, 1986; Azuar, 2004, 88; 2005, 176). El resultado de estos estudios fue que se vinculó la fabricación de estas piezas a un taller de Mallorca, a partir de los trabajos en equipo emprendidos por Graziana Berti, Roselló-Bordoy y Liana Tongiorgi (1986); a ello habría que añadir los análisis de pastas realizados por T. Mannoni, (*vid.* Berti, Mannoni, 1991). La investigación italiana ha seguido trabajando en esta conexión a lo largo de distintas publicaciones (Berti, Mannoni, 1997, 435-437; Berti, 2003, 20, fig. 16-18).

El retrato que hacen estos investigadores de estas cerámicas se adecua a la perfección a los especímenes aparecidos en nuestras excavaciones. G. Roselló observa cómo en el atafior II “...las paredes rectas quedan prácticamente libres de decoración exceptuando grupos de trazos verticales en número variable: tres o cuatro que presentan una alternancia de color, verde-manganeso. La decoración propiamente dicha se aplica únicamente en la base y, por lo general, ocupa toda su superficie con verdadero horror vacui que no se apreciaba en lo califal.” (Roselló-Bordoy, 1978, 109). Por tanto, uno de los rasgos más característicos de estos atafiores es su “barroquismo”, en los que

se plasma una intrincada decoración a base de complicados esquemas geométricos, vegetales y florales, a veces, incluso combinados (Roselló-Bordoy, 1978, 107).

En trabajos posteriores, también se ha detallado con claridad la ornamentación de este atai-for: “*La decorazione piu comune, sugli esemplari de Maiorca in cui è possibile identificare la forma <<Ataifor II>> [...] è quella con elementi in verde i bruno tracciati su un fondo bianco che ricopre la superficie interna dei recipiente (in alcuni casi, presumibilmente a causa dello statu di conservazione, è visibile solo il verde o solo il bruno). Contrasta netamente con l’interno la superficie esterna rivestita da una vetrina di tonalità giallastre [...]*” (Berti, Roselló, Tongiorgio, 1986, 107). Siguiendo las descripciones que hacen estos estudios se observa visiblemente cómo la decoración es coincidente con nuestras piezas: “*...la tematica maiorchina presenta come caratteristica fondamentale la distribuzione degli elementi decorativi in due zone ben delimitate del pezzo: a) fianco, b) fondo. La nota più tipica è costituita dalla decorazione del fianco su cui troviamo sempre l’alternanza di tratti verticali a gruppi in verde e in bruno. Il numero di tratti che formano ciaucun gruppo è variabile e non sembra ripetuto un ritmo determinato anche per quanto concerne le distanze fra gruppo e gruppo. Il tema decorativo del fondo presenta di solito una disposizione radiale [...] anche se mascherat in complicate strutture geometriche, vegetali o geometrico-vegetali*” (Berti, Roselló, Tongiorgio, 1986, 109). Aunque existe un claro predominio de los motivos figurados y geométricos también hay alguna representación de naves.

La producción de verde manganeso mallorquina ha sido atestiguada, además de en la fachada de la iglesia pisana de San Piero de Grado, en las excavaciones de la Piazza Dante de Pisa (Berti, García-Porras, 2006, 163, fig. 5). También está atestiguada su difusión a la isla de Ibiza (Kirchner, 2002, 382, fig. 54). En cambio, una revisión rápida de las publicaciones sobre materiales islámicos en la zona del Sharq-al Andalus permite ver cómo las referencias directas a este tipo de materiales son escasas. Se han identificado atai-foros producidos en Mallorca, formalmente cercanos al tipo 1 (tipo II de Roselló-Bordoy), en la ciudad de Valencia (Bazzana, Lerma, Navarro *et alii*, 1992, 67 y 69, fig. 20, pieza no clasificada originariamente como verde-manganeso; Lerma, 1987, 343, fig. 5.13; estos paralelos son citados por P. Rosser, *vid.* Rosser, 1994, 144, nota 83), en Cullera, Valencia (Roselló-Mesquida, 2008, 370-371, fig. 5,7) y en la ciudad de Alicante (Rosser, 1994, 128-129). De igual manera, creemos que el atai-for recuperado en la intervención de Foietes de Dalt (Villajoyosa, Alicante) también tiene un origen mallorquín (García, Llorens, Pérez, 2004, 92, fig. 8; clasificada como producción africana).

Por el contrario, el área de fabricación del atai-for tipo 2 (tipo III de Roselló-Bordoy) es más difícil de situar (Figura 1, 3). Es cierto que se puede establecer una cierta relación con algunos ejemplares mallorquines, también con decoración de verde manganeso interna y vidriado melado externo, que presentan decoración epigráfica (*nasji*). En este caso, la característica tipológica fundamental es que se trata de un recipiente de pared curva, sin interrupción, con el borde más o menos señalado (Berti, Roselló, Tongiorgio, 1986, 112, fig. 14). A esto se le añade el hecho probado que durante el siglo XI, tanto el atai-for tipo 1/tipo II de Roselló-Bordoy (que hemos analizado en anteriores párrafos) como el atai-for tipo 2/tipo III de Roselló-Bordoy, fueron producidos al mismo tiempo en Mallorca en distintos talleres (Roselló-Bordoy, 1983, 118). En cualquier caso, esta vinculación hay que valorarla con prudencia, puesto que el tipo 2/tipo III, a diferencia del atai-for II de Roselló, no tiene unos rasgos formales y decorativos tan específicos, y por lo tanto su presencia se puede rastrear también en otras localizaciones del al-Andalus.

La investigación ha concedido un tratamiento desigual a la combinación de verde-manganeso interior-melado exterior, a excepción dada de los ejemplos mallorquines y de Madinat Al-Zahra (Córdoba). Ello está motivado muchas veces por la ausencia de estos productos, por no realizarse un tratamiento distintivo de esta variante con respecto al verde manganeso carente de cubierta exterior, o finalmente por haberse registrado solamente la ornamentación de verde-manganeso en los estudios, al considerarse secundario el revestimiento exterior. Todos los datos indican que se trata de una técnica con un origen califal, teniendo en cuenta los especímenes cordobeses. Carlos Cano advierte que esta decoración se registra abundantemente en Madinat Al-Zahra (Cano, 1996, 12-13). Aparecen exclusivamente en atai-foros de base plana, que por otra parte, son los más comunes dentro de esta ciudad. Este autor señala que es muy posible que haya una difusión de estas piezas a núcleos circundantes, como sería el caso de Madinat Ilbira (Granada).

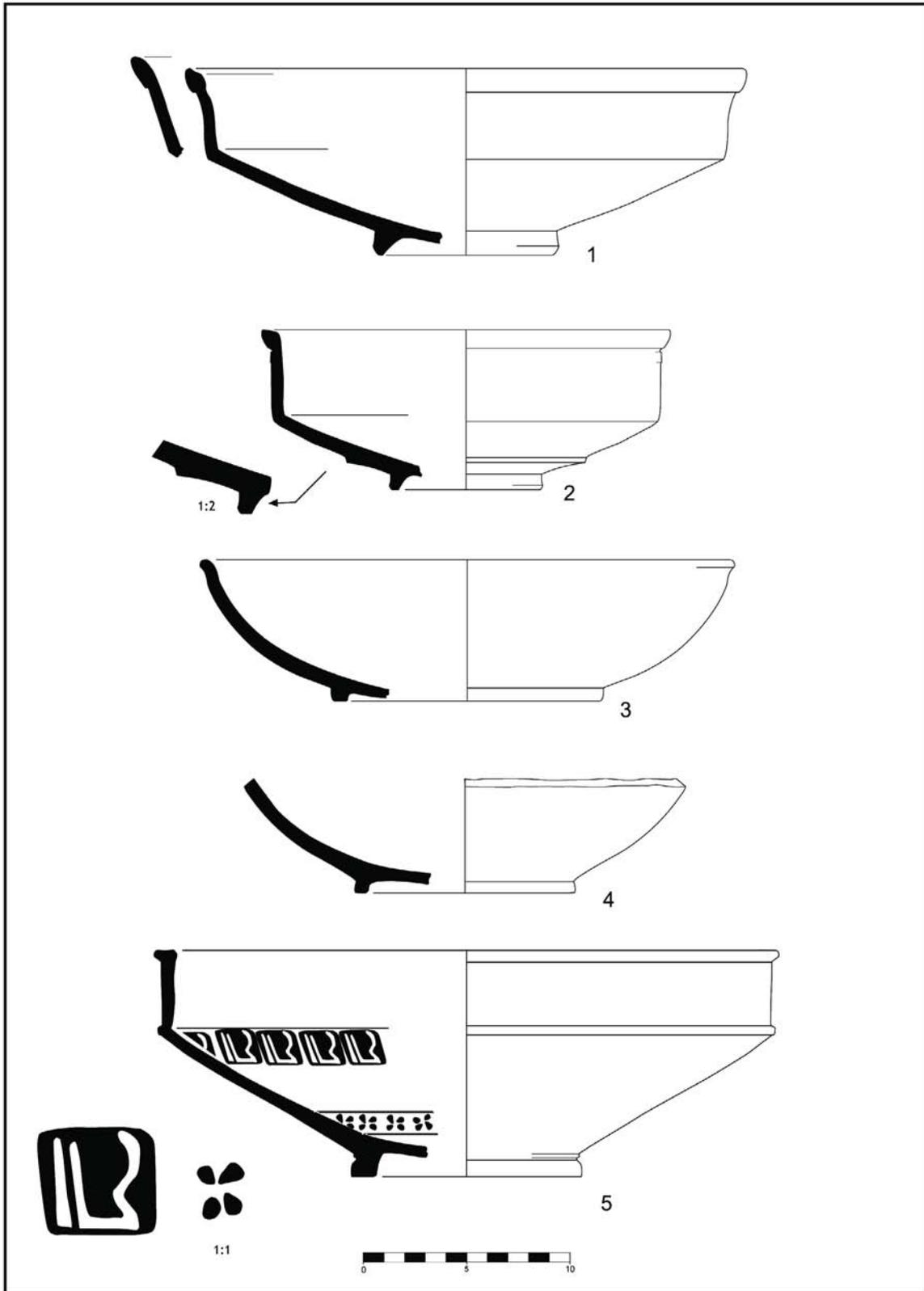


Figura 1.– Producciones verde-manganeso interior-melado exterior. 1.– Ataifor tipo 1a. 2.– Ataifor tipo tipo 1b. 3.– Ataifor tipo 2. 4.– Ataifor verde-manganeso sobre fondo melado (grupo estratigráfico 37). 5.– Ataifor vidriado con decoración estampillada bajo cubierta.

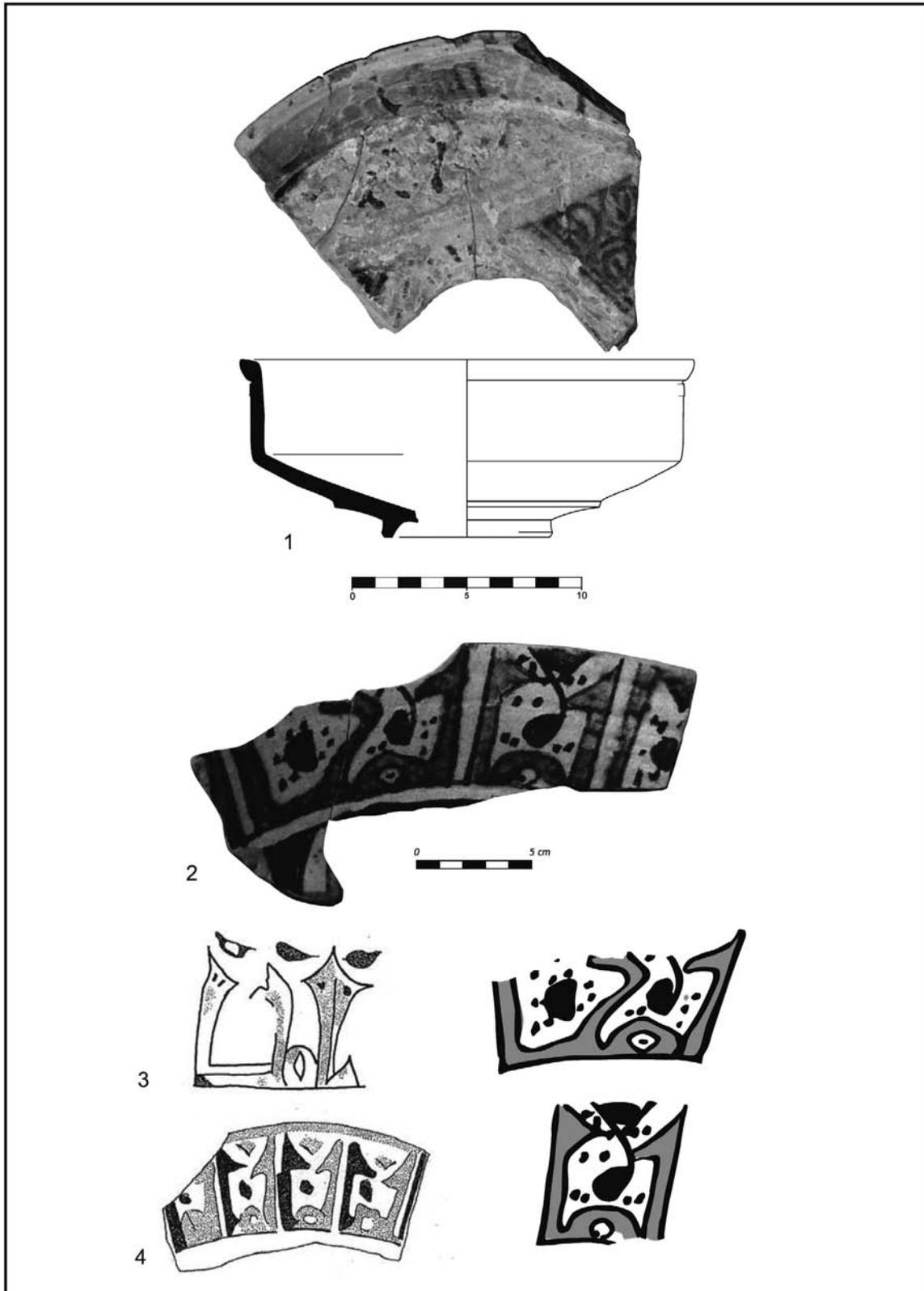


Figura 2.– 1. Ataifor de producción mallorquina tipo 1b. 2. Ataifor de verde-manganeso aparecido en el grupo estratigráfico 9 del sector 055 con decoración epigráfica. 3-4.– Decoración epigráfica con el lema *al-mulk*. Comparación con epigrafía de Madinat Al-Zahra (según Cano 1996; sin escala).

Además del caso de Córdoba y su ámbito más cercano de actividad comercial, existen ejemplos en otras zonas con las cuales se puede establecer una cierto símil técnico. En el área toledana, también hay noticias de piezas con decoraciones semejantes. José Aguado habla de la presencia de “...escudillas de barro, vidriadas, embadurnadas por dentro de cristal blanco y por fuera de cristal amarillo (melado pálido).” (Aguado, 1983, 43). Un ejemplo claro a este respecto lo constituyen algunos de los hallazgos documentados en Vascos (Toledo) (Izquierdo, 1999, 194). Así mismo, aunque no destacan por su cantidad, en otras zonas de la Meseta se ha documentado este tipo de ornamentación, especialmente en el periodo califal-taifas (Retuerce, 1998, 90-105). En Ciudad Real, en los yacimientos de Calatrava la Vieja y Alarcos, también se ha documentado piezas decoradas con verde-manganeso interior y con revestimiento exterior melado que se asocian a una producción local, aunque en este caso de época almohade (Retuerce, 1998, 124-125; Retuerce, De Juan-García, 1999, 248).

El territorio valenciano tampoco está exento de esta problemática. De todos los talleres o áreas de producción conocidas en el Levante, de las cuales se tengan noticias sobre la fabricación de verde manganeso, en concreto Denia y Valencia (Coll, 2004, 49), las referencias son desiguales. En Denia se ha publicado conjunto de piezas del siglo XI, de distinto origen, que responden a las mencionadas características (Gisbert, Burguera, Bolufer, 1992, 119-123; Gisbert, 2000, 46-51). En esta misma línea se puede citar los especímenes documentados en la ciudad de Valencia (Bazzana, Lerma, Navarro, Soler, 1992, pág. 96, núm. 233, inv. 917/1391, fig. 21; pág. 104, núm. 254, inv. 917/0074, fig. 31; p. 111, núm. 281, inv. 917/0451; pág. 114, núm. 295, inv. 917/0302, fig. 28). De otro lado, ya en el ámbito murciano, en el testar del horno de San Nicolás (Murcia) no se hace referencia a esta combinación (Navarro, 1990, 34-36, fig. 6).

Este listado de ejemplos, que no tiene la intención de ser exhaustivo, simplemente intenta remarcar cómo esta mezcla de revestimientos, si bien no es muy frecuente en todos los ámbitos, puede rastrearse su presencia prácticamente por todo el territorio de influencia andalusí. Esta concurrencia de materiales con rasgos técnicos comunes, localizados fundamentalmente en el área del al-Andalus, ha llevado sugerir a ciertos investigadores que las piezas que presentan cubiertas diferentes en sus superficies serían una especificidad hispanomusulmana (Berti, Mannoni, 1990, 114-118). No obstante, con el tiempo se ha admitido que también existe la posibilidad que alguna de estas piezas pudieran proceder de talleres norteafricanos, en concreto de la zona tunecina (Berti, García-Porrás, 2006, 162, 163).

VERDE-MANGANESO SOBRE FONDO MELADO

La única pieza que se podría incluir en esta categoría, documentada en el grupo estratigráfico 37 (Fig. 1, 4), presenta un alto grado de degradación, lo que hace que su asignación a este tipo de ornamentación no esté exenta de ciertas dudas. Se trata de un recipiente que carece de revestimiento exterior (la pasta también parece más grosera), y en este caso, aparentemente el rasgo definitorio es que a un vidriado melado, en ocasiones con ciertas tonalidades verdosas, se le superpone una decoración de verde-manganeso. Tampoco descartamos que se trate de ataífor con decoración melada y óxido de manganeso que presenta fallos en la cocción, no obstante, la primera impresión visual nos sugiere también la presencia de verde en la cubierta. Este ataífor, que formalmente recuerda al tipo 2, presenta una fuerte concreción que impide ver la ornamentación. Algunos autores han señalado que esta técnica es más usual en contextos del siglo XI (*vid.* Gisbert, 2000, 26).

DECORACIÓN ESTAMPILLADA BAJO CUBIERTA

Únicamente poseemos un ejemplar recuperado en el sector 055 (grupo estratigráfico 53) que se puede incluir en esta técnica (Fig. 1, 5). Se trata de un ataífor carenado con un vidriado melado, muy degradado, tanto interno como externo, que se superpone, en la cara interna, a una decoración estampillada. La decoración impresa se desarrolla en dos cenefas. La primera de ellas está formada por la repetición de estampilla, que puede ser un motivo pseudo-epigráfico. El mal estado de conservación de esta estampilla impide decir mucho más sobre la matriz original. La segunda cenefa, que se sitúa en la parte central del recipiente repite un motivo vegetal formado por cuatro hojas o pétalos.

No hemos encontrado ninguna referencia bibliográfica para esta pieza, aunque todo parece indicar que no se puede relacionar a ninguno de los talleres hispanomusulmanes publicados hasta la fecha (Denia y Mandarim de Chinês).

CUERDA SECA

De momento, los ejemplos que se pueden adscribir a este tipo de producción son contados (recuperados en los grupos estratigráficos 19, 40, 58 y 73 del sector 055), algunos de ellos dudosos. Las características de estas piezas son bien conocidas, esto es, son recipientes con una técnica decorativa en las que se emplean pigmentos mezclados con grasas vegetales, en vez de fundentes minerales, y barnices.

La mayor parte de los autores sostienen que sería un tipo de decoración que se desarrollaría sobre una pieza ya bizcochada (*vid.* Soler, 1990, 100). El procedimiento de aplicación es muy concreto; consiste en la realización de un motivo con un carboncillo sobre el que se aplicaría óxido de manganeso con grasa de origen vegetal. Entre los espacios vacíos dejados por los trazos de óxido de manganeso se aplican los distintos barnices, que no llegan a mezclarse gracias a la aplicación del mencionado óxido de manganeso con la grasa que impide que en su trazo se produzca la vitrificación.

Todos los individuos recuperados se pueden clasificar dentro de la forma ataífor, a excepción un fragmento de jarrita aparecida en el grupo estratigráfico 19. Asimismo, aparentemente los cuatro ejemplos se pueden considerar cuerda seca total. La cuerda seca total es generalmente más rica en color, y puede combinar esmalte estannífero con vedríos pigmentados con manganeso, hierro, cobre o esmaltes turquesa de cobre y estaño.

BARNIZ ESTANNÍFERO

En este caso, la característica definitoria sería la presencia exclusiva de un barniz vitrificado en blanco. Hasta hace unos años, algunos autores consideraban que antes de la incorporación del óxido de estaño, para conseguir superficies vitrificadas en blanco, se recurrió a un engobe blanco al que se le sobreponía una cubierta vítrea transparente de plomo. Para una parte de la investigación, habría pues una evolución en este tipo de revestimientos con claro significado cronológico. Con todo, esta cuestión polémica, que ha sido objeto de un intenso análisis prácticamente desde mediados del siglo pasado, se ha zanjado a favor de la consideración de estas cubiertas como verdaderos esmaltes estanníferos (sobre este tema véase Guichard, 1990, 71-73; Coll, 2004, 45). Los trabajos de Vendrell-Saz recogen los rasgos definitorios de los esmaltes estanníferos medievales musulmanes (Coll, 2004, 45). Todos los esmaltes analizados presentan estaño en una proporción oscilante del 5 al 10 por ciento, que es el elemento que influye de manera determinante en la fórmula, mientras que la proporción del resto de componentes (arena o sílice y otros fundentes) es variable según los distintos talleres. Con el fin de conseguir una fusibilidad a baja temperatura se les añadía óxido potásico (Molera, Pradell, Vendrell-Saz, 2001, 254).

La proporción de materiales que se pueden incluir en esta categoría es pequeña, al igual que el repertorio formal que prácticamente se ciñe a los ataífores y sobre todo a formas cerradas, tipo redomas o limetas. En cualquier caso, nos gustaría aclarar que no se puede descartar que algunos ejemplos de los recuperados pertenezcan a fragmentos de piezas de verde manganeso, especialmente en el caso de los prototipos de tendencia abierta. Es decir, en algunos casos la muestra conservada pertenecería a partes en las que sólo hubiese el barniz estannífero.

BARNIZ ESTANNÍFERO Y ÓXIDO DE COBRE

Como el caso anterior es una producción muy minoritaria (de momento únicamente tenemos dos ejemplares, en el grupo estratigráfico 5 y en el grupo estratigráfico 23), que siempre aparece asociada a formas cerradas. En realidad se trata de una variante de la anterior, que en este caso añade a la cubierta en blanco, realizada con el mencionado barniz estannífero, trazos pintados en verde (óxido de cobre). Los motivos dibujados son de tendencia lineal.

VIDRIADO MELADO Y ÓXIDO DE MANGANESO

En esta técnica decorativa, conocida en el área del Levante como "Alcalfoll" (Azuar, 1989, 317) se integran aquellas piezas que se caracterizan por tener una decoración dibujada en óxido de manganeso bajo cubierta barnizada muy brillante de color melado. Tal y como se ha escrito en más de una ocasión, el melado es el color natural que se surge tras aplicar una cubierta de plomo sobre barro ocre o rosado. La tonalidad final será amarilla pajiza o miel envejecida según haya menos o más hierro en la pasta. También tendrá un color amarillo el barniz que contiene una mayor proporción de alúmina (la arcilla misma), añadida con el fin de aumentar la viscosidad y la dureza del barniz (Coll, 2004, 47). Es un tipo de producción con una considerable dispersión en el al-Andalus, además de tener una gran amplitud cronológica.

En esta intervención, los ejemplos han sido poco numerosos y de tendencia más bien fragmentaria. A igual que en otros apartados, las formas abiertas, jofainas y ataifores, son aparentemente los tipos más frecuentes sobre los que aparece esta clase de decoración. No obstante, el ejemplar más completo que presenta esta técnica es un fondo de jarrita o redoma (grupo estratigráfico 15). Las decoraciones pintadas son de diversos tipos: goterones, espirales, motivos de carácter lineal.

VIDRIADO MONOCROMO

Bajo este apelativo se reúnen aquellos materiales con una cubierta vidriada de plomo que normalmente es resultado de la mezcla de carbonato de plomo y sílice reducido a polvo. La coloración final depende del tipo de pasta sobre la que se aplique, así como de los componentes químicos que se le añadan a la anterior fórmula. En este apartado podríamos distinguir aquellas piezas que tienen un vidriado melado (las que presentan simplemente el vidriado de plomo) y las que tienen un vidriado en verde (con óxido de cobre), con un abanico de tonalidades que van desde el verde pálido al oliváceo. La cantidad de materiales con este tipo de revestimiento no es muy abundante. En estas intervenciones, la forma predominante es la redoma, aunque también tenemos ejemplos de otros morfotipos. La función de esta cubierta no es solo decorativa, sino que también proporciona estanqueidad a la pieza en ciertas situaciones.

VIDRIADO MONOCROMO Y DECORACIÓN EN RELIEVE

Únicamente en dos piezas (una redoma del grupo estratigráfico 8 y un ataifor del grupo estratigráfico 53) se ha documentado una decoración en relieve bajo la cubierta vítrea. La técnica consiste en generar una decoración en saliente que forma parte de la propia pared del vaso (es decir, no hay ningún elemento aplicado) mediante escisión o a través de una matriz que es revestida con un vidriado.

ENGOBE BLANCO

Con esta denominación nos referimos a un conjunto de vasos cerámicos cuya superficie exterior ha sido cubierta con un pigmento blanco, probablemente de tipo alcalino. No descartamos, en cualquier caso, que algunos ejemplos sean piezas con el barniz estannífero muy degradado, carentes de brillo, y con aspecto pulverulento debido a problemas de conservación vinculables a una técnica poco cuidada (aplicación del estaño sin fritar, baja proporción de sílice en los vidriados, etc.). Por el momento, todos los ejemplos se pueden asimilar a vajilla de mesa destinada al servicio de líquidos: redomas, botellitas y jarros con pitorro vertedor. Es interesante reseñar que junto a individuos fabricados en el ámbito local, se han documentado algunos tipos que visiblemente han sido importados, tal y como se deduce a partir del tipo de arcillas que presentan estos fragmentos (pastas ferruginosas).

ENGOBE BLANCO Y ÓXIDO DE HIERRO

Son muy pocos los fragmentos que se han recuperado con esta técnica decorativa, exclusivamente en el grupo estratigráfico 8 y en el grupo estratigráfico 63. Es una decoración bícroma que

sencillamente añade a la cubierta de engobe blanco unos trazos sobrepintados en rojo (con óxido de hierro). Por el momento es difícil saber cuáles son las formas concretas que presentan esta ornamentación, debido a lo fragmentados que están los recipientes; de cualquier manera, todo apunta a que serían jarritas o redomas. Aparentemente, las pastas también nos indican que no serían fabricadas en talleres locales.

A diferencia de otras decoraciones pintadas, la aplicación de las pinceladas parece más cuidada. Los motivos trazados son una combinación de triángulos y ángulos entrecruzados.

DECORACIONES PINTADAS (ÓXIDO DE MANGANESO Y ÓXIDO DE HIERRO)

Aun cuando a los dos últimos apartados (engobe blanco; engobe blanco y óxido de hierro) se pueden entender en cierto modo como decoraciones pintadas, la bibliografía suele reservar esta categoría a aquellas piezas que sobre la superficie bizcochada se añaden trazos pintados con pigmentos. De hecho, para una parte importante de la investigación (Retuerce, Zozaya, 1986; Azuar, 1989; Retuerce, 1998) se trataría de un tipo de decoración bícroma, en la medida que consiste en la aplicación de un color sobre otro formado por la tonalidad de la pasta (Azuar, 1989, 306). Por lo tanto, la pasta en ciertas piezas también cumple un rol cromático, lo cual implica que en ciertas producciones hay una selección intencional de las arcillas con este fin. En los sectores estudiados, la decoración pintada no es una producción que destaque cuantitativamente, en comparación con otras clases de cerámica. Ello se debe a que en los análisis preliminares este tipo de cerámica, con respecto a otras que tienen un revestimiento más llamativo, pasa más desapercibida; por ello, a medida que se vaya avanzando el trabajo, es más que probable que aumente la cantidad de fragmentos en los distintos grupos estratigráficos. Los diseños que aparecen sobre estas piezas, siempre mediante la aplicación de óxido de hierro o de manganeso, muestran una gran libertad en la combinación de trazos horizontales, diagonales, medios círculos que tienden a formar motivos geométricos principalmente. En cualquier caso, la ornamentación más usual es mediante trazos gruesos lineales o incluso goterones. De momento no se ha observado decoración figurada.

En el capítulo de las formas, prácticamente casi todos los fragmentos recuperados que presentan decoración pintada son jarras y jarritas. También los candiles en algunas ocasiones presentan este tipo de decoración. Como se puede ver en la tabla, se ha dividido este tipo de decoración en dos grandes grupos en función de la tonalidad que presentan los trazos.

ÓXIDO DE MANGANESO Y DECORACIÓN INCISA

Consiste en la combinación de dos técnicas distintas: la incisión y la decoración pintada. Es decir, los escasos ejemplos documentados que siguen estos parámetros presentan trazos incisos y pintados, siempre en óxido de manganeso. Suelen ser composiciones donde hay un predominio del diseño lineal, también con la presencia de ondulaciones (grupo estratigráfico 67).

ENGOBE BLANCO, ÓXIDO DE MANGANESO Y DECORACIÓN INCISA

De entre todas las formas que presentan esta clase de ornamentación, destaca un jarro con pico vertedor (grupo estratigráfico 30 del sector 055), aunque en este caso con un baño de engobe blanco sobre el que se plasma el resto de la decoración.

CERÁMICA COMÚN

Constituye, como es lógico, la producción dominante. Se trata de una cerámica de uso doméstico, normalmente empleada para contener alimentos, como vajilla de servicio de mesa, etc. Suelen ser piezas de una única cocción (cocción oxidante, aunque también reductora). Es frecuente que los elementos decorativos sean sacrificados en aras de la funcionalidad, aunque también se observan ornamentaciones en algunos casos. Aparentemente, todos los ejemplos observados se pueden vincular a una producción de carácter local, si bien no descartamos que existan también importaciones.

Las escasas decoraciones tienden a ser incisas (aquí habría que incluir también las decoraciones peinadas) o impresas, ya sea mediante la utilización de instrumentos punzantes, digitaciones o plástica (también pueden aparecer de forma conjunta). En este sentido, la decoración plástica a base de cordones aplicados (incisos o no) sobre la superficie del recipiente es una decoración muy típica dentro de las tinajas y en algunos alcadafes.

CERÁMICA DE COCINA

Sin ser una producción que alcanza los niveles cuantitativos de la descrita en el anterior apartado, siempre esta presente en todos los grupos estratigráficos. Tal y como se ha escrito en más de una ocasión, es una cerámica destinada a cocinar alimentos, ya sea por fuego directo o indirecto. Se trata de unos recipientes en el que los aspectos funcionales se priorizan por encima de cualquier tipo de consideración adicional. Aparentemente, todos los casos proceden de talleres locales.

Son piezas que pueden presentar cocciones reductoras u oxidantes, con una variabilidad formal relativamente reducida (ollas, cazuelas, tapaderas). No obstante, nos parece interesante señalar que se ha observado el que ciertas piezas de cerámica común (jarros y en menor medida jarritas) también presentan marcas de haberse empleado para cocinar alimentos.

REPERTORIO FORMAL

Una de las impresiones iniciales que se obtiene de la observación de todo el repertorio cerámico registrado en estas intervenciones es su homogeneidad formal. Es decir, todos los contextos tienden a reproducir, con apenas diferencias, los mismos tipos cerámicos, con una preponderancia clara de la vajilla de uso cotidiano.

Un examen rápido ha permitido identificar sin problemas jarritas, jarras (algunas de ellos con asas torneadas), barreños, redomas, tinajas (y fragmentos de contenedores de gran tamaño), alcadafes, tapaderas para distintos recipientes y ollas de cocina. Por el contrario, otras formas de la vajilla de mesa, normalmente destinadas al servicio de alimentos, no son tan fáciles de encontrar, especialmente en el caso de formas abiertas tipo ataifores, jofainas y recipientes afines que únicamente se documentan con técnicas decorativas específicas.

Por tanto, en lo referente al estudio tipológico, el primer rasgo definitorio es que hay una relación clara entre las distintas producciones que se han descrito en el anterior punto y las formas. Esto se puede entender fácilmente con un ejemplo sencillo: de la misma manera que siempre que aparece un fragmento con engobe blanco de caolín, este se corresponde con una redoma o una botellita, no encontraremos en este yacimiento ninguna olla que tenga revestimiento vidriado.

El esquema tipológico que se ha seguido es el desarrollado por Roselló-Bordoy a partir de la sistematización de la cerámica islámica de Mallorca (Roselló-Bordoy, 1978; 1991), que es probablemente la propuesta de clasificación más aceptada (*vid.* Acién, 1994; Salvatierra, Castillo, 1999). La siguiente relación es provisional, y no excluye vasos cerámicos que no se ajustan tan bien a esta terminología. El catálogo de formas aparecido es el siguiente.

- Vajilla de mesa: jofaina, ataifor, jarrita, jarro (a veces con pitorro vertedor), redoma, limeta (botellita).
- Contenedores de almacenaje y conservación de productos sólidos-líquidos: jarra, tinaja.
- Vajilla de cocina: olla, cazuela.
- Recipientes y objetos de uso múltiple: alcadafe, barreño, tapadera.
- Objetos de iluminación: candil.
- Juguetes.

Como se puede observar, el repertorio cerámico reproduce los prototipos usuales que se documentan en este periodo. Con todo, nos gustaría hacer una serie de aclaraciones en torno a algunos rasgos propios que presentan estos vasos cerámicos. En esta intervención, tanto las jofainas como los ataifores tienen en la mayor parte de los casos algún tipo de revestimiento vítreo, siendo la excepción algunas variantes de ataifores de base plana y paredes de tendencia esférica que únicamente están bizcochadas. Asimismo, las formas cerradas (redomas), es frecuente que estén

vidriadas o que tengan alguna clase de tratamiento de sus superficies, aunque también se ha dado algún caso sólo bizcochado.

En cuanto a la cerámica de cocina, las excavaciones no han permitido observar la dualidad olla/marmita. En principio, en el área andalusí de Torre la Sal no parece que la marmita esté representada; muy al contrario, todos los fragmentos recuperados se pueden asimilar a ollas de cuerpo esférico que presentan un labio simple o con resalte exterior, cuello por lo general con acanaladuras y asas en cinta preferentemente. Son tipos clásicos que formalmente se pueden relacionar con lo que la bibliografía ha denominado “olla valenciana” (Bazzana, 1986, fig. 5; cfr. Bazzana, Lerma, Navarro *et alii*, 1992, fig. 3, 185 y en general figs. 4-5). Dentro de esta misma categoría de cerámica hay que mencionar que las cazuelas presentan unas dimensiones y una variabilidad muy amplias.

Ciertas variantes de tapaderas responden a las características de lo que algunos autores han considerado que serían piezas para ahornar pan, vajilla de mesa o incluso como disco para tornejar cerámica (Rosselló-Bordoy, 1991, 170; este investigador las denomina “disco”; *vid.* también a este respecto Gutiérrez-Lloret, 1991, 171 y ss. sobre las funciones culinarias de este objeto). En un texto del autor árabe Ibn al-Awwam se refiere a estos discos planos para cocer y servir el pan ázimo con el término *tabaq* (Gutiérrez-Lloret, 1991, 171). Existen distintos paralelos para estas piezas, quizás las más semejantes que se pueden asociar a nuestras formas son las documentadas en el yacimiento de Bayyana (Pechina, Almería) (Castillo, Martínez, 1993, 83, lám. 3, 7) y en el yacimiento El Castillón (Montefrío, Granada) (Motos, 1993, 225, fig. 10, 1-13). En todos los casos son piezas realizadas a mano, planas y de forma discoidal. Por el contrario, no se ha registrado la presencia de ningún hornillo portátil tipo “*tannur*”.

Para finalizar este repaso, citaremos que el único ejemplo de juguete aparecido se corresponde con una miniatura, que no supera los seis centímetros de altura y que imita una jarrita con decoración de óxido de hierro. Asimismo, no deja de ser curioso cómo a pesar de las numerosas estructuras que se pueden vincular a la explotación del agua (pozos y cenias) no han aparecido rastros de cangilones o arcaduces.

CRONOLOGÍA DE LOS CONJUNTOS

PREMISAS

Una de las cuestiones más complejas es la que atañe a la datación de estos conjuntos. Antes de desarrollar este apartado vamos a realizar una serie de precisiones. La primera hace referencia a un aspecto que hemos comentado anteriormente, el hecho de que en todos estos contextos se reproducen reiteradamente las mismas categorías formales. Sabemos que hay producciones que apenas evolucionan formalmente y que se fabrican durante largos espacios de tiempo. Este “estancamiento formal” repercute en una menor precisión a la hora de situar la cultura material en un marco cronológico concreto. Como es lógico, un estudio profundo de las cerámicas seguramente aportará matizaciones en este sentido y permitirá ver diferencias en contextos que hoy por hoy parecen similares.

Otro elemento que hay que apuntar es que la composición de los conjuntos, mayoritariamente está representada por cerámica común y de cocina. El volumen, de manera aproximada, oscila en torno al 90-95 por ciento; no obstante, este porcentaje podría ser mayor en más de un caso. Ello quiere decir que predominan aquellas cerámicas que responden más a criterios funcionales, y por ello menos susceptibles de evolucionar formalmente, frente a otro tipo de producciones que están más influenciadas por las modas, y por tanto, son más sensibles a experimentar cambios, sobre todo en la cuestión de las técnicas decorativas.

Otra idea, que a nuestro juicio se debe usar con prudencia, como argumento que sirve para fechar un contexto (junto a los paralelos formales), es el empleo mecánico de “la ausencia de ciertas producciones” en el registro arqueológico como indicio cronológico. El trasfondo de esta idea es que el registro material es una imagen real de las cerámicas que en un momento dado se están comercializando y consumiendo, y por lo tanto, el que ciertos tipos de cerámica estén ausentes es una prueba de que la datación de un conjunto dado ha de ser por lógica anterior a la fecha inicial de fabricación conocida para los tipos de producciones no presentes. Es cierto que este argumento

ha sido empleado de forma satisfactoria para datar contextos arqueológicos. Un buen ejemplo lo constituye el yacimiento de Cercadilla (Córdoba), donde la carencia de cerámica vidriada es un dato importante para fechar en época emiral los distintos hallazgos (Camino, González, 1993, 772).

Sin embargo la observación de los conjuntos recuperados en la excavación del sector 055, en los que se reproducen frecuentemente una serie de rasgos formales con independencia de que estén presentes o ausentes ciertos materiales con una datación más precisa (verde-manganeso, cuerda-seca, esgrafiados, etc...), nos hace pensar que este enfoque en nuestro caso no es del todo adecuado y que puede conducir a errores. En este sentido, es factible que en ciertos ámbitos, como el que nos ocupa, algunos tipos cerámicos no fuesen tan usuales en el registro arqueológico y, por tanto, su ausencia o presencia no es tan crucial para fechar un conjunto en un determinado periodo.

Otro elemento fundamental que influye en la cuestión cronológica es la secuencia estratigráfica. Salvo raras excepciones, todas las cerámicas se ha recuperado formando parte de los rellenos de colmatación de estructuras negativas excavadas en el terreno geológico (sobre estas estructuras sólo había tierra de cultivo). Esto quiere decir que frente a otros yacimientos donde existe una amplia sucesión vertical de estratos pertenecientes a distintos momentos, en nuestro caso, la posibilidad de emplear la secuencia estratigráfica para aislar contextos materiales superpuestos es un hecho que se produce en contadas ocasiones en el registro estratigráfico. Para paliar este importante obstáculo, se está comparando los materiales entre diferentes estratos para poder establecer relaciones sincrónicas entre los distintos procesos de amortización (véase el subapartado "Métodos de excavación, de registro y de análisis estratigráfico" y los resultados preliminares de su aplicación sobre las estructuras neolíticas en "Sincronía y diacronía en Costamar. Las primeras fases de ocupación").

El punto de partida a la hora de aplicar esta estrategia de análisis es la imposibilidad del funcionamiento sincrónico de todas las estructuras negativas, especialmente en el sector 055, donde se entremezclan pozos, silos, balsas, y otra serie de elementos cuyo uso coetáneo hubiese generado problemas en el desarrollo de las distintas actividades. Por ello, la dinámica de trabajo que se está siguiendo es intentar establecer relaciones entre los distintos grupos estratigráficos a través del casado de materiales, para poder dilucidar las posibles fases sincrónicas de amortización de las estructuras documentadas.

Otro condicionante es la propia tradición bibliográfica. Aún cuando la publicación de materiales pertenecientes a época andalusí aumenta cada día, ya sea a través estudios sobre algún tipo concreto de producción o monografías de yacimientos, la cronología de su cerámica se halla aún en un estadio embrionario (Roselló-Bordoy, 2000, 5). Esto es así en parte porque, pese a la continua aparición de nuevos contextos, se siguen empleando como paralelos conjuntos (muchos de ellos excavados ya hace años), pero sin una conveniente revisión crítica de los mismos, o bien de yacimientos pertenecientes a grandes ciudades, caracterizados por una riqueza de cerámicas que usualmente no aparece en la mayor parte de intervenciones fuera de estas ubicaciones. Este problema no es nuevo; Helena Kirchner, hace ya veinte años que lo expresó acertadamente: "...la mayoría de ellos [trabajos de investigación] se interesan exclusivamente en los aspectos tipológicos y descriptivos o en las cronologías, siempre dudosas, a su vez a causa de que se fundamentan casi siempre en valoraciones y analogías estilísticas" (Kirchner, 1988, 91).

Como es lógico, desde los años 80 esta situación se ha ido corrigiendo poco a poco, aunque de forma desigual, de tal modo, que nuestro conocimiento de los materiales cerámicos no es el mismo ni en todas las áreas del al-Andalus, ni para todas las fases de la ocupación islámica, ni para los distintos tipos de producciones.

Una vez descrita la problemática que nos afecta, pasamos a explicar los elementos que hemos empleado para establecer una datación general de los conjuntos. Al igual que ocurría con la caracterización formal de los materiales, la datación final que tengan los contextos está sujeta obviamente a la realización de un inventario exhaustivo; por ello, advertimos de antemano que la datación que se va a proponer es la que sugieren los conjuntos más completos, que no tiene porque ser exclusivamente la de todos los que se han registrado en el curso de las excavaciones.

El primer aspecto al que se ha prestado atención ha sido intentar delimitar la presencia de aquellos materiales cuya cronología conocida ofrece una mayor precisión. Como es lógico han aparecido cerámicas que también tienen una significación cronológica, como por ejemplo los platos con decoración de óxido de manganeso y vidriado melado; no obstante, su grado de precisión es

menor que las tres primeras. Del mismo modo, no se le ha dado un tratamiento diferenciado aquellas cerámicas con cubierta de barniz estannífero por el hecho de que su datación se pueda asimilar a priori a la del verde-manganeso. Así mismo, se ha intentado establecer una ordenación de los conjuntos en función de la cantidad de materiales que estos presentaban, ya que normalmente a un mayor volumen de materiales suele haber mejores condiciones para establecer una cronología más precisa. Los elementos en los que hemos apoyado la datación han sido los siguientes.

VERDE-MANGANESO

Tradicionalmente, ha sido un tipo de cerámica que se ha relacionado con el periodo califal, en parte por su gran presencia en yacimientos pertenecientes al califato de Córdoba (como las excavaciones del palacio Madinat al-Zahra). Su perduración en época de taifas (siglo XI) también se comprobó, planteándose la idea de que la fabricación de esta clase de cerámica sería abandonada en el siglo XII (Guichard, 1990, 75). Sin embargo, la investigación ha comprobado cómo este tipo de producción no llega a desaparecer totalmente en el siglo XII, llegándose incluso a documentar perduraciones en el siglo XIII (Roselló-Bordoy, 1987, 135; Retuerce, 1998, 424).

En cualquier caso, y pese a la posible comercialización de piezas de verde manganeso no manufacturadas en el al-Andalus desde inicios del califato, la investigación admite que la producción cordobesa, que como sabemos es el primer ejemplo de verde manganeso hispanomusulmán, no arranca antes de mediados del siglo X (Barceló, 1993, 298). Como es lógico, la fabricación de piezas de verde manganeso en otras zonas del al-Andalus es posterior, aunque de momento no se ha determinado el ritmo de difusión de esta técnica por la península Ibérica.

VERDE MANGANESO Y REVESTIMIENTO VIDRIADO EXTERIOR

La producción mallorquina tiene un marco cronológico preciso (atafor tipo 1). Cuando en los años 80 se empezaron a dar los primeros resultados sobre este tipo de cerámica se estableció que los ejemplares pisanos fueron insertados en la fachada de San Piero en Grado en los primeros decenios del siglo XI, lo cual estaría en consonancia con los materiales recuperados en Mallorca (Berti, Roselló, Tongiorgio, 1986, 113; Roselló-Bordoy planteó inicialmente una cronología de taifas, *vid.* Roselló-Bordoy, 1978, 24). A medida que se han ido identificando de forma más exacta las distintas fases constructivas de esta iglesia, las últimas fechas que se barajan van del último cuarto del siglo X al primer cuarto del siglo XI, a igual que todos los "bacini" que se asocian a la fase 1.1 (Berti, García-Porras, 2006, 163). En las excavaciones de la Piazza Dante en Pisa se han recuperado piezas de verde manganeso mallorquín en estratos fechados entre mediados del siglo X e inicios del siglo XI. Estos datos coinciden en gran medida con los ejemplares ibicencos, aunque en este caso la cronología de estos recipientes tienden más hacia el siglo XI que hacia el siglo X (Kirchner, 2002, 116).

Algunos autores han señalado cómo ciertos aspectos decorativos y formales podrían indicar dataciones más avanzadas (Azuar, 2005, 176-177), más bien del siglo XI-XII; no obstante, estas conjeturas no se basan en contextos de excavaciones sino exclusivamente en el establecimiento de paralelos con otras piezas conocidas.

CUERDA SECA

El marco cronológico general para esta clase de cerámica va de fines del siglo X e inicios del XI hasta comienzos del siglo XIII (Soler, 1990, 114-115). Una vez más, el problema reside en saber cual es el momento exacto en que apareció esta modalidad decorativa en el al-Andalus. En este sentido, existe una controversia entre la historiografía italiana y los trabajos de investigación que se han desarrollado en la península Ibérica, a excepción de los trabajos de C. Delery en Mértola, que sugieren la presencia de cuerda seca total producida en el al-Andalus en el siglo X (Delery, 2003), lo cual está más en la línea de las investigaciones italianas. En el primer caso, los autores italianos sostienen que los "bacini" con cuerda seca total producidos en talleres del al-Andalus que se documentan en la fachada de la Iglesia de San Piero en Grado (Pisa) y la Iglesia de San Zeno en Pisa (Berti, García-Porras, 2006, 165), se fecharían entre el último cuarto del siglo X y el primer cuarto del siglo XI).

En el segundo caso, se sostiene que la cronología de las piezas decoradas con cuerda seca es siempre posterior al siglo X, en base a los conjuntos documentados en yacimientos y por el hecho de que esta decoración esté ausente en los alfares conocidos y estudiados de época califal en los que se fabricaban cerámicas de verde manganeso (Azuar, 2005, 179). No sólo eso, sino que para algunos estudiosos, la comercialización de la cuerda seca total en algunas áreas de la península Ibérica no se produjo hasta segunda mitad del siglo XI, como sería el caso del Sharq al-Andalus (Azuar, 1989, 324-327).

PRESENCIA DE PIEZAS ESTAMPILLADAS CON VIDRIADO VERDE

En concreto nos estamos refiriendo a la pieza aparecida en el grupo estratigráfico 53, que como hemos visto, tiene como particularidad una decoración estampillada con vidriado verde amarillento. No hemos encontrado en la bibliografía ninguna pieza semejante que tenga estas características, aunque no se descarta que pueda ser un defecto de fabricación. No obstante, de momento vamos a considerar a efectos cronológicos, únicamente la primera clase de decoración (estampillado/vidriado monocromo).

En la actualidad únicamente se conocen dos talleres en la península Ibérica que fabricasen este tipo de cerámica: los alfares de Denia (Gisbert, Burguera, Bolufer, 1992), con una cronología del siglo XII y primer tercio del XIII, y los talleres de Mandarim de Chinês en Lisboa, que se fechan en el siglo XII (Bugalho, Folgado, 2001). Sin lugar a dudas, el atañor aparecido en nuestras excavaciones no se puede relacionar con los que se han documentado en estos dos centros productores, lo que sugiere otro origen. Lo interesante es que para parte de la investigación, la fabricación de este tipo de atañor en el al-Andalus no se produjo hasta época almorávide y almohade (Azuar, 2005, 181). Por el contrario, el registro italiano arroja, una vez más, dataciones más antiguas, del siglo XI para piezas fabricadas probablemente en el al-Andalus y Marruecos. Concretamente, las fechas irían desde mediados del siglo XI (iglesia de San Stefano y excavaciones de la Piazza dei Cavallieri en Pisa) hasta finales de esta centuria (iglesia de San Sisto en Pisa) (Berti, García-Porrás, 2006, 181). En resumen, aun cuando desconocemos la zona donde se manufacturó el atañor del grupo estratigráfico 53 y teniendo presente la polémica que existe sobre este tema, hemos visto que la investigación fecha la aparición de esta variante decorativa a partir del siglo XI, en el mejor de los casos.

PRESENCIA DE CIERTOS RASGOS FORMALES EN LAS CERÁMICAS

Ciertos aspectos formales, como algunos tipos concretos de atañores, tapaderas o la presencia de asas torneadas, nos hablan de que algunos grupos estratigráficos posiblemente se deban datar, como muy pronto, a partir de un momento avanzado del periodo califal. Evidentemente, se trata de una cuestión compleja y que se basa sólo en el establecimiento de paralelos con otros conjuntos similares conocidos. Por tanto, estas características simplemente se han de tomar como un indicativo, no muy preciso, de la fase cronológica en la cual se insertan estas piezas. Por otro lado, es importante destacar que estos rasgos no se han documentado por ahora en contextos emirales y raramente en primera mitad del siglo X.

Quizás el elemento más significativo en este punto es la presencia de atañores de cuerpo carenado, borde vertical y labio saliente, que se pueden asimilar al tipo II de Roselló-Bordoy (1987, 130). Este tipo de atañor es característico de los siglos XI y XII, momento en el que cada vez más predominan las formas carenadas en la vajilla de servicio de mesa. Aunque ya existen prototipos carenados en época califal, estas piezas realmente se convertirán en piezas corrientes a partir de la fase almorávide, y especialmente en el periodo almohade donde la carena es cada vez más acusada (Retuerce y Zozaya, 1991).

De otra manera, los atañores de cuerpo esférico aparecidos en nuestras intervenciones son morfotipos más clásicos que pertenecen al tipo I de Roselló-Bordoy (1978). Según Zozaya (1980) estos platos derivan de formas con un origen chino y fatimí y tienen una extensión masiva por el al-Andalus. Su cronología arranca desde el siglo X, con decoraciones de verde manganeso, blanco estannífero y óxido de cobre y reflejo metálico. Existen naturalmente, perduraciones en momentos posteriores.

DECORACIÓN EPIGRÁFICA EN VERDE MANGANESO

Sin lugar a dudas, este es otro de los elementos que proporcionan una información bastante precisa sobre la cuestión cronológica. Todos los ataifores de verde manganeso presentan motivos epigráficos que se pueden clasificar como cúfico lineal simple. A través de la comparación con la epigrafía lapídea, sabemos que este sistema de escritura se desarrolló durante el reinado de al-Hakam II, entre 961-976. A diferencia del estilo precedente (cúfico florido), aparecido durante el gobierno de Abd al-Rahmân II, esta decoración epigráfica está definida por una simplicidad y mesura en su trazado que afecta de forma especial a los ápices triangulares de los trazos verticales de las letras (Roselló-Bordoy, 2000, 21).

La mayor parte de esta ornamentación, como en nuestro caso, reproduce el lema "*al-mulk*". Se trata de una leyenda que se suele traducir como el "Dominio" o el "Señorío"; es a su vez el título de la azora 67 del Corán, del dominio "*al-mulk*" es la expresión epigráfica más común en esta clase de producciones y posee un claro valor ornamental dentro de la simbología califal.

El plato recuperado en el grupo estratigráfico 9 (Fig. 2, 2) tiene un friso que rodearía toda la pieza con la fórmula "*al-mulk*" encadenada. En este caso se combina el lema totalmente desarrollado (Figura 2, 3) con una versión abreviada del mismo (Fig. 2, 4), en el que ha perdido la última letra. Por tanto, toda la epigrafía plasmada en la cerámica (cúfico lineal simple) se ha de fechar a partir de comienzos del último tercio del siglo X.

TÉCNICA DE FABRICACIÓN

Nos gustaría hacer una serie de comentarios a este respecto, en base a la experiencia de la excavación de los sectores pertenecientes a las fases andalusíes documentadas en las intervenciones realizadas en PAI de Torre la Sal. Obviamente, en el estadio en el que se encuentran los trabajos de catalogación es arriesgado hacer una valoración de tipo cronológico sobre las técnicas de manufactura. No obstante, sí que nos gustaría señalar que el modelado a mano/torneta lenta es una técnica cuyo uso, al menos en este yacimiento, aparece también asociada a verde manganeso y cuerda seca. Por ahora, no podemos establecer más matizaciones a este respecto, ya que haría falta una clasificación completa de todo el material, así como calibrar el peso real de esta técnica en cada conjunto, lo cual sin duda es el camino para ver cual es la frecuencia de su utilización en cada periodo.

En cualquier caso, el empleo del modelado a mano, aun cuando es una técnica más usual en contextos emirales, en nuestras excavaciones está presente en periodos posteriores.

HALLAZGOS NUMISMÁTICOS

Únicamente, se ha recuperado una moneda asociada a un relleno de colmatación de uno de los pozos que más materiales ha proporcionado, el grupo estratigráfico 51 (unidad estratigráfica 5102). La moneda es un dirham fechado en siglo XI (Collado, en este volumen).

CONCLUSIÓN SOBRE LA CRONOLOGÍA DE LOS CONJUNTOS EXCAVADOS

En las páginas precedentes hemos intentado exponer cuales son elementos sobre los cuales, a nuestro juicio, podemos apoyar la datación de los contextos excavados. Evidentemente, no existe un conjunto igual ni todos los rellenos han mostrado el mismo registro de materiales, pese a su homogeneidad aparente. Sabemos también, por la propia disposición de las estructuras en el espacio, que los distintos grupos estratigráficos, aun cuando no se observan superposiciones estratigráficas, no pudieron funcionar en un mismo momento. A su vez, no hay que olvidar que todos esos materiales han aparecido en rellenos de abandono de las estructuras, lo cual quiere decir que estas fechas se refieren al momento final de uso de los silos, pozos, cenizas, etc.

Dicho esto, y teniendo en cuenta todas las salvedades que hemos explicado anteriormente, aproximadamente un 24 por ciento de las estructuras (22 de los 93 grupos estratigráficos donde han aparecidos restos materiales) se pueden fechar a partir del último tercio del siglo X, como datación

más antigua. Por otro lado, aunque parte de la bibliografía, especialmente la investigación italiana, concede que la manufactura de estas piezas ya pudo existir en un momento avanzado del siglo X, una importante tendencia historiográfica afirma que la *facies* cerámica descrita es la que será característica del siglo XI (*vid.* la posición a este respecto de ciertos investigadores como R. Azuar; 2005). En esta línea, estarían aquellos grupos estratigráficos cuya datación claramente es del siglo XI (piezas estampilladas con vidriado verde, hallazgos numismáticos).

Todos estos conjuntos vienen definidos por la presencia, en mayor o menor medida, de verde manganeso de distinta procedencia (algunas piezas con decoración epigráfica en cúfico simple), cuerda seca, en sus distintas variantes, así como una serie de rasgos formales que les alejan de las primeras fases de la ocupación islámica de la península Ibérica (siglo IX y gran parte del siglo X).

Si añadimos a este grupo de estructuras, con una cronología más o menos concreta, aquellos grupos estratigráficos que tienen alguna clase de producción afín a las anteriores (piezas decoradas con barniz estannífero, barniz estannífero y óxido de cobre o la combinación de vidrio melado con óxido de manganeso) los conjuntos que se pueden encuadrar entre el siglo X y el siglo XI aumentan hasta prácticamente un tercio del total. Naturalmente, estos contextos no se pueden datar con tanta precisión, pero los puntos en común entre ambos son patentes.

Todas estas propuestas son provisionales y se tienen que someter a comprobación; no obstante, consideramos que constituyen un buen punto de partida para abordar la cuestión de las dataciones de estos contextos. Así mismo, queda la tarea ardua de estudiar la cronología de aquellos grupos estratigráficos en los que exclusivamente aparecen materiales comunes o de cocina.

INTRODUCCIÓN

En este apartado se recoge una selección de los restos no cerámicos que por su singularidad dentro del registro recuperado, creemos es interesante hacer mención. El catálogo de piezas es muy amplio; no obstante, por razones de espacio vamos a referir aquellas que son más destacables. Tipológicamente se trata de objetos, tanto simples como compuestos, que en la mayoría de los casos están destinados al adorno personal, aunque también se han documentado otros fines (de carácter funcional o económico; por el momento están ausentes los que puedan tener un carácter religioso, como los ídolos). Los materiales empleados en su fabricación son diversos; sin embargo, destacan por su frecuencia la piedra pulimentada, la fauna, la malacofauna y el metal. Como es lógico, algunos de estos materiales son prácticamente exclusivos del periodo neolítico, como es el caso de la piedra pulimentada y la malacofauna; por el contrario conforme nos adentramos en periodos históricos, estos mismos productos tienden a desaparecer. Junto a la piedra, el metal es el material no cerámico más común a partir del periodo ibérico, siendo el hierro y el bronce las opciones empleadas en la mayor parte de las situaciones.

El rango cronológico de las piezas reproduce todo el espectro cultural que se ha documentado en las intervenciones llevadas a cabo, sin bien conviene subrayar cómo han sido los horizontes neolítico e ibérico los que más restos ha aportado en este sentido. Por último, mencionar que la pretensión de estas líneas es tan solo dar a conocer, a través de una breve presentación, un conjunto de piezas que en el futuro serán objeto de un estudio exhaustivo en el que se analizaran otros factores que en estos momentos sólo podemos esbozar.

PERIODO NEOLÍTICO

En el yacimiento neolítico de Costamar se ha recuperado un importante grupo de materiales que se integran dentro de lo que podríamos denominar objetos de ornamento personal. Entre todos ellos, la malacología trabajada ha sido el material más usado, en ocasiones cambiando apenas la morfología natural de la pieza de origen. Siguiendo los trabajos Josep Lluís Pascual-Benito (1998) al respecto, los moluscos recuperados, con diferente tamaño, hasta este momento pertenecen a tres clases: gasterópodos, bivalvos y escafópodos.

Los primeros son conchas univalvas que tienen una forma cónico-helicoidal en torno a un eje interno que le da una torsión en espiral muy característica. La mayor parte de los ejemplos recuperados en este yacimiento pertenecen a la familia *cancellaridae*, y a especies como la *Columbella rustica* y *Conus mediterraneus*.

Los bivalvos son moluscos formados por dos valvas que se separan tras la muerte del animal. Existen ejemplares completos recuperados en la intervención de Costamar, pertenecientes a la especie *Glycymeris sp.*; igualmente, en este yacimiento han sido también usuales otras como *Cerastoderma edule*, *Acanthocardia tuberculata* y *Venus decusata*.

Por último, los escafópodos son moluscos pequeños de cuerpo alargado, con manto tubular, sobre el que se moldea la concha en forma de colmillo, abierta por los dos extremos. Se ha observado el uso conjunto de piedra trabajada y cuentas de *dentalium* en alguno de los colgantes.

La mayor parte de la malacofauna trabajada formaría parte de colgantes, y en un alto porcentaje se realizaron sobre moluscos bivalvos y gasterópodos. Muchos de estos colgantes se efectuaron con formas naturales enteras, poco o nada modificadas. Para ello, se ha practicado un orificio de suspensión en la parte superior de los moluscos, en la zona del natis (no se puede descartar que en algunos de los casos se haya producido de forma natural por rotura o abrasión). Este tipo de colgantes aparecen en todos los horizontes culturales del neolítico (Pascual-Benito, 1998, 131).

Algunos de los ejemplos más espectaculares de objetos de adorno que se han exhumado en el yacimiento neolítico de Costamar lo constituyen las cuentas discoidales. Destaca en este sentido las 469 cuentas que formarían parte de un collar (Fig. 1, 1), recuperadas en el grupo estratigráfi-

co 66-319, adscrito al neolítico genérico ya que, junto al mismo, únicamente se recuperaron cinco pequeños fragmentos cerámicos informes que no nos han permitido afinar su adscripción a través de la cerámica o la industria lítica. Se trata en todos los casos de cuentas con forma discoidal, con una envergadura inferior a los 10 milímetros y a los 2-3 milímetros de grosor aproximado. Para su elaboración se empleó *dentalium*, al que se le confirió un perfil cilíndrico con bordes ligeramente convergentes, en el que su rasgo dominante es su escasa elaboración y la eliminación de sus extremos distales. El empleo de este molusco como elemento de ornamentación está atestiguado desde el paleolítico superior, documentándose también en todas las fases del neolítico (Pascual-Benito, 1998, 121). Por tanto, la cronología que se establece para estos tipos es amplia, además de tener una difusión geográfica bastante universal (Pascual-Benito, 1998, 118).

Realizado con la misma técnica se presenta un segundo collar (Fig. 1, 2), al que ya hemos aludido con anterioridad, que apareció formando parte del adorno personal que conservaba el inhumado 310-563. En este caso está formado por 860 cuentas discoidales, de menor tamaño que las anteriores (6 milímetros de diámetro); hay que destacar que 379 de las cuentas presentan restos de ocre, lo que creemos se debe a su contacto directo con el cuerpo (las que mejor lo conservan son las que aparecieron dispuestas alrededor del cuello). Junto al collar apareció un colgante, posiblemente realizado sobre una garra de oso (agradecemos la información a Josep Lluís Pascual-Benito).

De otro lado, se han catalogado moluscos bivalvos (pectúnculo) con perforación invasiva en toda la superficie de la valva. Este tipo de objetos han sido clasificados por algunos autores como brazaletes de concha. La mayor parte de los ejemplares recuperados en el Levante se asocian a cronologías avanzadas del neolítico I y neolítico II pleno (Pascual-Benito, 1998, 162-163). La inhumación 310-563 conservaba igualmente 7 brazaletes (Fig. 1, 2) que, como ocurría con el collar, se encuentran impregnados de ocre (véanse las medidas en la tabla de la Fig. 2).

También asociado a la fase inciso-impresa, se recuperó en el grupo estratigráfico 334-587, una agrupación de 26 piezas malacológicas de *Columbella rustica* con perforación realizada sobre el dorso de la última vuelta de la espira y que hemos montado como un brazalete o tobillera (Fig. 1, 3). Una reconstrucción similar se ha seguido para el conjunto de elementos de adorno recuperados en el grupo estratigráfico 260-513 (Fig. 1, 4), en el que se combinan 64 piezas discoidales con 23 colgantes –6 de ellos fragmentados– de forma oval y de sección cóncava, en ocasiones con un ligero abultamiento basal (Pascual-Benito, 1998, 142). Esta estructura fue adscrita al neolítico genérico ya que, a parte de las piezas malacológicas mencionadas, únicamente se recuperó un fragmento cerámico informe. A este respecto hay que destacar que, tanto en este caso, como en el del collar comentado para el grupo estratigráfico 66-319, no se recuperaron más que algunos restos esporádicos de fauna y los escasos fragmentos cerámicos mencionados que podrían formar parte del relleno de tierra que amortiza las estructuras, por lo que ambas piezas de ornamentación personal parecen haber sido arrojadas intencionalmente en el interior de las estructuras; a este respecto, la interpretación de este tipo de actos deposicionales puede estar relacionado con su ocultación voluntaria (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 372) o incluso vinculada con actos ceremoniales concretos que conllevan la destrucción de adornos creados ex profeso para determinados rituales sagrados (Noain, 1995, 273).

Junto a la malacofauna, otro grupo de objetos son los que se han realizado empleando material lapídeo. Quizás dentro de esta familia, los que más destacan sean los brazaletes o pulseras. Normalmente, los fragmentos conservados responden perfectamente a los rasgos definitorios que se han delimitado para esta clase de materiales: objetos con diferentes secciones, con una amplia perforación anular que supera los 4 centímetros (Pascual-Benito, 1998, 158). Las partes de brazaletes recuperados en las estructuras 000-227, 000-228 y 230-483 (véanse fotos en CD adjunto), se adscriben a la fase inciso-impresa y se caracterizan por tener una sección rectangular carente de perforaciones (al menos en los fragmentos conservados), con cantos redondeados y una superficie muy pulida. Los ejemplares fabricados en mármol y caliza se documentan durante todo el periodo neolítico (Pascual-Benito, 1998, 161).

Además de estos elementos, que en líneas generales se vinculan a las fases más antiguas del asentamiento de Costamar, hemos de mencionar la presencia de un collar realizado con cuentas de “piedra verde” (Pascual-Benito, 1998, 218), posiblemente variscita o calaita. A falta de un análisis mineralógico, aparentemente todos los atributos que tienen estas piezas se pueden relacionar con

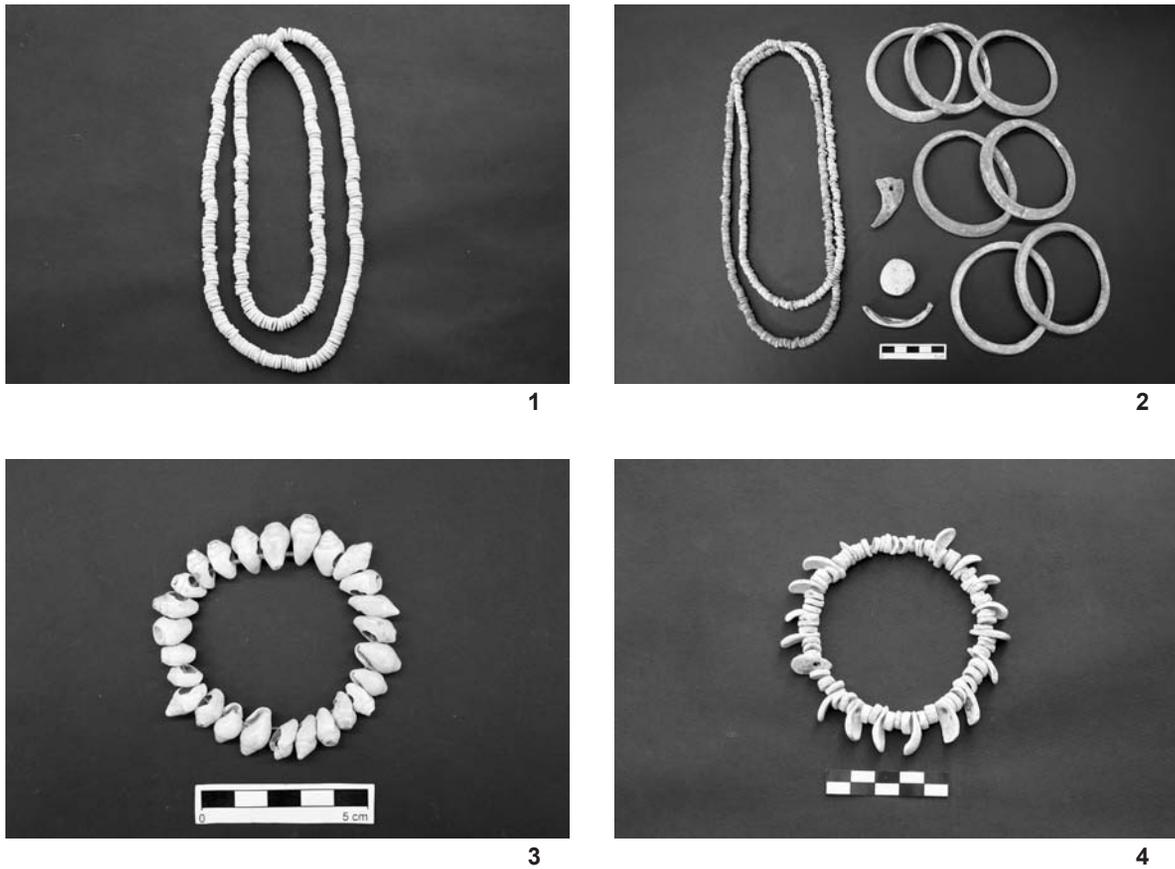


Figura 1.– 1. Collar recuperado en el grupo estratigráfico 66-319. 2. Conjunto de ornamentos personales que acompañaban al inhumado 310-563 de Costamar. 3. Elementos de adorno del grupo estratigráfico 334-587. 4. Brazaletes de cuentas discoidales y ovaes recuperadas en el grupo estratigráfico 260-513.

Código	Diámetro interior	Grosor
C-310-56302-14	7 cm	0,90 cm
C-310-56302-15	7,10 cm	0,90 cm
C-310-56302-16	7,20 cm	0,80 cm
C-310-56302-17	7,30 cm	0,90 cm
C-310-56302-18	7,40 cm	0,90 cm
C-310-56302-19	8 cm	1 cm
C-310-56302-20	8,30 cm	0,80 cm

Figura 2.– Tabla de medidas de los brazaletes de la inhumación 310-563.

los materiales procedentes de las minas neolíticas de Can Tintorer, cuya explotación se produjo al menos desde el IV milenio. Este tipo de piedras, presentan una característica coloración verde en diferentes tonalidades con un acabado mate en la mayor parte de los especímenes. Las 36 cuentas que forman parte de este collar (Lám. XII) reproducen los modelos más característicos que se suelen documentar en estos casos, es decir, cuentas de cuerpo cilíndrico, discoidal y ovoide o en “tonelete”. De igual modo, hay que mencionar que las cuentas de este collar aparecieron asociadas a tres conchas de *dentalium* que hemos usado en su reconstrucción, si bien como es obvio, en todos los casos el montaje de los adornos corporales para su exposición parte de una interpretación subjetiva.

Por último, cabe destacar la presencia de un instrumento fabricado sobre la cornamenta de un cérvido y que hemos interpretado como una hoz (Fig. 3, 1). Se trataría de una herramienta compuesta, con una longitud total de 37 centímetros y que presenta un primer tramo en su parte proximal que cumpliría la función del mango, y un segundo tramo curvado desde cuyo extremo distal arranca un candil que haría las veces de recogedor de las espigas. La particularidad de la herramienta reside en que, en el centro de la cara lateral, presenta una ranura de 2,50 centímetros de longitud por 0,80 de ancho en la zona distal que se estrecha progresivamente hasta los 0,40 centímetros; la ranura presenta un corte biselado y rebajado –al parecer por abrasión– mientras que el otro corte no llegó a ser rebajado; al lado izquierdo de la ranura aparecen igualmente varias incisiones que parecen estar relacionadas con el proceso de fabricación de esta herramienta (Fig. 3, 2). Interpretamos esta ranura como la preparación para el encaje de una lámina de sílex que sería insertada de forma vertical u oblicua en un plano perpendicular al mango y sujeta con resina vegetal, siguiendo el modelo constatado en la pieza 2 del asentamiento lacustre de La Draga, interpretada como “...*una falç o ganivet-falç*.” (Bosch, Chinchilla, Tarrús, 2006, 29; sobre la interpretación del uso de este tipo de herramientas realizada por Gibaja y Palomo, *vid.* 140).



Figura 3.– Vista de la posible hoz neolítica y detalle de la ranura superior en la que se insertaría la hoja.

PERIODO IBÉRICO

La excavación de la necrópolis en el poblado ibero-romano de Torre La Sal ha proporcionado un buen número de objetos formando parte del ajuar que acompañaba los restos del difunto. La variedad de elementos recuperados es amplia, aunque se pueden clasificar en tres grandes grupos: vasos cerámicos, objetos de adorno personal y armamento perteneciente a la panoplia del guerrero. Tal y como se ha señalado en capítulos anteriores (véase el subapartado “Torre la Sal ibérico: Trama urbana, área sacra y ámbito productivo”), uno de los conjuntos más singulares ha sido el grupo estratigráfico 59 que se exhumó en el sector 10. En esta cremación apareció una urna con tapadera de cierre hermético, en cuyo interior se habían depositado dos fíbulas (incompletas) de La Téne, dos fragmentos de espuelas de bronce y un aro de hierro. Rodeando y pegada al recipiente por el exterior había una falcata, que es posiblemente la pieza de más entidad de las recuperadas en todos los enterramientos (Fig. 4).



Figura 4.— Vistas generales de la falcata y detalles de la decoración mediante damasquinado de plata.

La pieza en cuestión presenta una hoja curva y asimétrica que, desde la empuñadura hasta la punta mide 63 centímetros de longitud; la punta presenta filo dorsal con una longitud de 15,50 centímetros. Desde la empuñadura hasta el inicio del doble filo presenta acanaladuras longitudinales en el extremo opuesto al corte, de anchura variable y parecen presentar una sección en “U”. Las acanaladuras son divergentes junto al mango y convergen hacia la zona central, coincidiendo con el estrechamiento de la hoja, para volver a abrirse en la parte más ancha; finalmente, convergen en un mismo punto a la altura del arranque del doble filo, consiguiendo un efecto estético de mayor realce de la punta, habida cuenta que en algunos puntos de las acanaladuras parece conservar restos de damasquinado de plata (véanse fotos en CD adjunto). La anchura máxima de la hoja es de 6,50 centímetros y la mínima de 4 centímetros.

La empuñadura parece responder al tipo de cabeza de caballo, de 10 centímetros de longitud, y conserva guarda lateral de barra maciza que apoyaría sobre el apéndice la guarda basal. A la guarda se encuentra adherida por corrosión, parte de la embocadura de la vaina (aproximadamente 9 centímetros) junto con 2 anillas de suspensión (con un diámetro interno de 1,80 centímetros). La cartela y el dorso de la empuñadura están decorados con diversos motivos realzados mediante damasquinado (Fig. 4); en el lateral se conserva un motivo de hojas de hiedra enfrentadas, insertas en triángulos y entre dos líneas paralelas; junto a ellas –sin que se haya conservado el damasquinado de plata– se aprecian dos franjas más, una formada por lo que parecen ser dientes de lobo y una tercera, posiblemente formando espirales enlazadas. Éste último motivo se conserva mejor en el dorso, formando un friso de espirales enlazadas enfrentadas y bajo ellas (en dirección hacia la hoja) parecen quedar restos de una doble línea de dientes de lobo y posibles hojas ya sobre el dorso de la hoja de la falcata.

En la bibliografía moderna la hipótesis más común sobre el origen de la falcata ibérica sostiene que ésta deriva de un sable de origen griego. Aunque en ocasiones se han seleccionado determinados textos para explicar el origen de dicha pieza, hay fuentes que apuntan a datos contradictorios que han sido ignorados (Quesada, 1994, 77, 79).

De hecho, una de las dos únicas referencias directas a la falcata como arma empleada en Iberia procede de Estrabón (111, 4,15) quién atribuye su empleo a los iberos, junto con hondas y la jabalina. Ahora bien, el contexto general de la descripción de Estrabón se ajusta más a la Celtiberia que al territorio puramente ibérico, y ello en ciertas situaciones ha causado problemas porque a veces se han introducido en la traducción de Estrabón prejuicios derivados del conocimiento arqueológico de los materiales (Quesada, 1994, 84)).

Siguiendo a Aranegui (1992, 322), si atendemos a la decoración del ejemplar analizado, se observa que las falcatas con decoración de damasquinado de plata son escasas, apareciendo en La Albufereta (Alicante), El Cigarralejo (Murcia), El Cabecico del Tesoro (Murcia), Illora (Granada) y Los Collados de Almedinilla (Córdoba), destacando los ejemplares de la necrópolis de La Serreta de Alcoi (Reig, 2000). La aplicación de decoración en las falcatas es un aspecto exclusivo del armamento documentado en la península Ibérica, sobre todo a partir de la mitad del siglo IV aC (Zevi, 1990, 166-170).

Genéricamente se admite que el uso de la falcata entre los iberos se observa a partir de finales del siglo V aC, encontrándose un claro exponente en la costumbre de depositar la panoplia del guerrero entre las ofrendas funerarias, muy alejada de las prácticas y ritos de los grupos humanos colonizadores que progresivamente fueron influyendo sobre aquéllos (Aranegui, 1992, 323).

La fase más moderna de la necrópolis ibérica, que se enmarca entre fines del siglo II aC y el siglo I aC, también ha proporcionado una interesante colección de objetos, tanto en metal como fauna trabajada, entre los que sobresalen distintos fragmentos de espejo, partes de una cajita de metal (en proceso de restauración), un posible instrumento musical de viento (Marsá, 2008) e inclusive también algún resto de la panoplia (en este caso, una punta de lanza y un regatón). Quizás el elemento mejor conservado de todos los aparecidos en este momento lo constituye una sonda espatulada (*specillum* o *spathomele*). Se trata de un instrumento del que hay abundantes referencias en las fuentes, con unas características más o menos recurrentes (VV. AA., 1990, 338-339; Santapau, 2003, 291). Desde un punto de vista formal, es un largo vástago, usualmente de sección circular, con una terminación en oliva –engrosada– en uno de sus extremos y con una espátula en el opuesto (Fig. 5).

La investigación sostiene que el uso de este instrumento probablemente sería más farmacéutico que quirúrgico, ya que el extremo en oliva podría utilizarse para mezclar los medicamentos y la espátula para aplicarlos en las partes afectadas. Como instrumental médico-quirúrgico funcionaría, principalmente, como depresor para ver la inflamación de garganta, o calentado como cauterizador (Molina, 1981, 256). Aunque, hubo una gran variedad de formas de espátulas, casi todas tienen en común la forma de remo, pudiendo tomar alguna de ellas la forma de pico de pato, o bien la forma lanceolada.

PERIODO ROMANO

El volumen de materiales que se pueden encuadrar en esta categoría es mucho más reducido en comparación con otros periodos, y de hecho, algunos de los ejemplares que poseemos aparecen en los rellenos de colmatación de silos de la fase andalusí. En concreto, sobresale la presencia –en el grupo estratigráfico 22 del sector 55– de una fíbula en omega de considerable tamaño (Fig. 6). Atendiendo a la función, la fíbula es un objeto metálico cuyo propósito es sujetar las diversas prendas de vestir (Labeaga, 2000,1). Las fíbulas en omega tienen como característica un anillo no cerrado de bronce de sección circular o romboidal que va disminuyendo hacia los extremos, por el que la aguja se mueve libremente en todo su recorrido. Este objeto adopta la forma de omega al doblar sus extremos hacia el exterior, con frecuencia rematando su parte distal con un engrosamiento o botón.

La aguja, un alambre de bronce de sección circular o cuadrangular como en el caso de nuestra pieza, queda engarzada al anillo mediante una abrazadera. La sección de la fíbula es romboidal y presenta una rica decoración incisa a base de pares de líneas oblicuas enfrentadas que crean un

recorrido en zigzag a lo largo de la pieza hasta llegar a los extremos distales, donde las incisiones son verticales y sirven de unión con el cambio de la sección que pasa a ser circular. El engrosamiento distal de los apéndices presenta también un par de incisiones laterales que le dan mayor realce.

Las fíbulas en omega están realizadas tecnológicamente a partir de la fundición de una barra fusiforme que luego es trabajada manualmente a martillo para darle la forma conveniente y definitiva (Labeaga, 2000, 82-83) y su origen es muy discutido. En líneas generales, se admite que bien su existencia es fruto de una invención producida en alguna de las tres zonas donde principalmente aparece (Gran Bretaña, Escandinavia o la península Ibérica) o quizás nace como evolución de un tipo de adorno del Hallstatt final que se documenta en las costas del Adriático con torno al siglo V aC (Fowler, 1960; Labeaga, 2000, 81; Lage, 2001, 29-30; López, 2003, 251).

En cuanto a su cronología, en Hispania se fechan a partir de mediados del siglo II aC, si tenemos en cuenta los ejemplares de Numancia, y tiene su mayor auge en época imperial hasta el bajo imperio (Erice, 1995, 211-216), cuando se encuentra en las necrópolis de la Meseta desde el final del siglo V hasta mediados del VII, perdurando incluso en las necrópolis visigodas. Un ejemplar de este tipo de fíbula se conoce en el yacimiento de Sant Josep (la Vall d'Uixó), perteneciente a la fase tardorromana que puede fecharse en el siglo V (Rosas, 1980; Arasa, 1995).



Figura 5.— Vista de la sonda espatulada que formaba parte del ajuar de la cremación 32.



Figura 6.— Fíbula omega recuperada en un silo de adscripción andalusí.

INTRODUCCIÓN

En el presente subapartado se presenta el catálogo de las monedas recuperadas durante las intervenciones realizadas en los diferentes sectores del PAI Torre la Sal, siguiendo para su exposición el orden numérico reflejado en la lámina XXIV. En cada entrada, se indican, en primer lugar, el número de catálogo de la pieza, y una breve descripción de su localización (sector, grupo o unidad estratigráfica, etc.); seguidamente los parámetros metrológicos que identificaran cada moneda: el metal con el que están hechas, su peso en gramos, posición de cuños en horas, el módulo de cada ejemplar en milímetros y su estado de conservación. A continuación la autoridad, la denominación o valor de la moneda, la ceca y la referencia bibliográfica (si es posible); el período cronológico en el que fue acuñada. Para finalizar se realiza una descripción de los diseños de anverso y reverso.

CATÁLOGO

01.– TS-001001079-01

Contexto: Asentamiento de Torre la Sal; sector 1; la moneda se documentó sobre la unidad 1079, un relleno de gravas compactadas identificado en el sondeo 1 al exterior del *horreum* y que ha sido interpretado como los restos de un pavimento muy alterado.

AE. 27,43 g., 1 h., 34 mm. MC.

Roma. As. RRC –.

Siglos III-II aC.

Anverso: [Cabeza laureada de Jano bifronte, encima].

Reverso: [Proa a derecha; abajo ROMA].

02.– TS-015001000-03

Contexto: Asentamiento de Torre la Sal; sector 15; se recuperó durante las tareas de limpieza en el nivel superficial (unidad estratigráfica 1000).

AE. 10,06 g., 4 h., 26 mm. RC.

Itirra. Unidad. CNH, 179, nº 29.

Siglo II aC. Posterior al 104 aC.

Anverso: Cabeza masculina a derecha, rodeada por tres delfines, con dos rizos detrás de la oreja.

Reverso: Jinete con palma y clámide a derecha; debajo, inscripción ibérica Itirra.

03.– TS-001001082-01

Contexto: Asentamiento de Torre la Sal; sector 1; registrada durante el proceso de delimitación del muro 1082, estructura que cierra el *horreum* por el oeste.

AE. 17,41 g., 7 h., 31 mm. BC.

Arse. Cuarto. CNH, 309, nº 39.

Segunda mitad del siglo II aC.

Anverso: Cabeza femenina galeada a derecha; delante, leyenda ibérica [*ikorbeles*]; detrás, leyenda *balkakaltur*.

Reverso: Proa de nave a derecha, encima, Victoria; delante caduceo y en el exergo, leyenda ibérica Arse.

04.– TS-014001000-01

Contexto: Asentamiento de Torre la Sal; sector 14; unidad estratigráfica 1000 (estrato superficial).

AE. 4,74 g., 7 h., 17 mm. BC.
Arse. Cuarto. CNH, 309, nº 40.
Segunda mitad del siglo II aC.
Anverso: Venera.

Reverso: Delfín a derecha; encima, creciente y signo ibérico *a*; debajo, tres glóbulos y signos ibéricos *ai*.

05.– TS-014001145-01

Contexto: Asentamiento de Torre la Sal; sector 14; apareció en el relleno 1145 del recinto 1 (patio abierto) del edificio A.

AE. 3,94 g., 4 h., 18 mm. BC.
Arse. Cuarto. CNH, 309, nº 41.
Segunda mitad del siglo II aC.
Anverso: Venera.

Reverso: Delfín a derecha; encima, creciente y a su lado signo ibérico *a*; debajo, tres glóbulos y signos ibéricos *ai*.

06.– TS-014001000-02

Contexto: Asentamiento de Torre la Sal; sector 14; unidad estratigráfica 1000 (estrato superficial).

AE. 14,43 g., 6 h., 28 mm. BC.
Valentia. As. CNH, 317, nº 1.
Fines del siglo II e inicios del I aC.
Anverso: C LVCIEN C MVNI Q; cabeza galeada de Roma a derecha.
Reverso: VALE - NTIA; cornucopia sobre rayo, dentro de una corona de espigas.

07.– IS-14429502-02

Contexto: Sector 144 (necrópolis islámica); en la zona sur, cercana al límite del paleocauce, se documentó una agrupación de materiales cerámicos andalusíes, con algunos restos óseos sin conexión anatómica, varios fragmentos cerámicos ibéricos y dos monedas (grupo estratigráfico 295, unidad estratigráfica 29502).

AE. 17,72 g., 12 h., 29 mm. RC.
Valentia. As. CNH, 317, nº 1.
Fines del siglo II e inicios del I aC.
Anverso: C LVCIEN C MVNI Q; cabeza galeada de Roma a derecha.
Reverso: VALE - NTIA; cornucopia sobre rayo, dentro de una corona de espigas.

08.– IS-14429502-01

Contexto: Sector 144 (necrópolis islámica); en la zona sur, cercana al límite del paleocauce, se documentó una agrupación de materiales cerámicos andalusíes, con algunos restos óseos sin conexión anatómica, varios fragmentos cerámicos ibéricos y dos monedas (grupo estratigráfico 295, unidad estratigráfica 29502).

AE. 15,84 g., 10 h., 27 mm. MC.
Valentia. As. CNH, p. 317, nº 1.
Fines del siglo II e inicios del I aC.
Anverso: C LVCIEN C MVNI Q; cabeza galeada de Roma a derecha.
Reverso: VALE - NTIA; cornucopia sobre rayo, dentro de una corona de espigas.

09.– TS-01201000-01

Contexto: Asentamiento de Torre la Sal; sector 12; unidad estratigráfica 1000 (estrato superficial).

AE. 11,16 g., 12 h., 29 mm. BC.
Calagurris. As. RPC 435.

Siglo I aC-I dC. (27 aC-14 dC).

Anverso: MVN - CAL IVL. Cabeza desnuda, a derecha.

Reverso: M PLAET TRAN Q VRSO / II VIR ITER. Toro a derecha.

10.- IS-032-S03-01

Contexto: Sector 032 (necrópolis islámica), sondeo 03 (sobre el paleocauce amortizado con materiales ibéricos). Se recuperaron las monedas 10, 11 y 12 y un pequeño colgante de bronce.

AE. 8,57 g., 12 h., 20 mm. BC.

Siracusa.

200-190 a.C.

Anverso: Cabeza de Serapis barbado, a derecha

Reverso: ¿Isis? de pie a izquierda con cetro y sistro. Leyenda griega *sirakosion*.

11.- IS-032-S03-01

Contexto: Sector 032 (necrópolis islámica), sondeo 03 (sobre el paleocauce amortizado con materiales ibéricos). Se recuperaron las monedas 10, 11 y 12 y un pequeño colgante de bronce.

AE. 3,83 g., 12 h., 15 mm. RC.

Panormo.

Post 200 aC.

Anverso: Zeus barbado y laureado a derecha.

Reverso: Guerrero con casco y coraza, de pie, a izquierda, con lanza, escudo al pie y pátera en la mano. Leyenda griega *panormitan*.

12.- IS-032-S03-01

Contexto: Sector 032 (necrópolis islámica), sondeo 03 (sobre el paleocauce amortizado con materiales ibéricos). Se recuperaron las monedas 10, 11 y 12 y un pequeño colgante de bronce.

AE. 3,96 g., 12 h., 15 mm. MC.

Panormo.

Post 200 aC.?

Frustra.

13.- IS-05505102-01

Contexto: Sector 055, grupo estratigráfico 51, unidad estratigráfica 5102. Depósito de amortización de un pozo de la fase andalusí.

Vellón. 3,05 g., 2 h., 20 mm. RC. Partida.

Valencia. Abd al-Aziz. Dirham. Prieto 161?

(412-452 H/1021-1060 dC).

14.- TS-006001034-01

Contexto: Asentamiento de Torre la Sal; sector 6; unidad estratigráfica 1034. Se trata del relleno de amortización superficial del horno de cal 1032.

Gobierno Provisional. 1870.

Cu. 1 céntimo. 0,78 g., 15 mm. MC.

Cal. p. 809, nº 27.

